CHRISTIAN JACQ

LA REINA LIBERTAD III
La espada resplandeciente

Traducción de Manuel Serrat

Contraportada
Apofis, el emperador de los hicsos, ha logrado hacerse con el control de la zona del Delta. Egipto es un lamento bajo el yugo destructor de la horda de hicsos, que torturan y esclavizan con una crueldad nunca antes vista. Apofis solo desea ver a este pueblo orgulloso y valiente exterminado. Quiere sus bienes, quiere sus tierras y sus casas y, lo que es peor, quiere sus almas.

Y los egipcios saben que si ceden ante sus pretensiones serán aniquilados.

Pese a que la caída de Tebas, el núcleo de la resistencia egipcia, parece inminente, todavía no está todo perdido. El pueblo vuelve la vista hacia Ahotep, la Reina Libertad, quien, enarbolando una espada resplandeciente, sigue resistiendo a los embates del enemigo y les guía decidida a la liberación. Con su ímpetu y su inteligencia ha conseguido que su pueblo no pierda la esperanza. Y este confía en ella ciegamente porque nunca les ha abandonado y porque su fuerza les ha devuelto la dignidad. En una lucha en la que ya ha perdido a su esposo y a su amado hijo, el faraón Kamosis, a la reina ya no le queda ya otro amor que el amor a la libertad. Y luchará hasta la muerte si es necesario para recuperarla. En el silencio del templo al que se ha retirado para recobrar las fuerzas, la reina Ahotep invoca la protección de Amón y Osiris. Protección para ella y para su pueblo, y también para su segundo hijo, Amosis, que, tras la muerte de su hermano, está llamado a convertirse en el nuevo faraón.

Christian Jacq

Nació en París en 1947. Doctorado en Egiptología por la Universidad de la Sorbona, ha dedicado casi toda su vida al estudio de la civilización del Antiguo Egipto. Fundador del Instituto Ramsés, es autor de diversos ensayos, textos de divulgación histórica, así como de novelas. Entre sus obras cabe señalar: El Egipto de los grandes faraones; La Reine Soleil, premio Jean d'Heurs de Novela Histórica 1989; L'Affaíre Touttankhamon, Prix des Maisons de la Presse 1992; Las

egipcias, El egi ptólogo, El faraón negro y la trilogía «El juez de Egipto». Pero es con su pentalogía sobre el faraón Ramsés II (El hijo de la luz, El templo de millones de años, La batalla de Kadesh, Bajo la acacía de Occidente y La dama de Abu Simbel), y la tetralogía «La Piedra de Luz» (Nefer el Silencioso, La mujer sabia, Paneb el Ardiente y Lugar de Verdad) con las que Christian Jacq se ha convertido definitivamente en uno de los mayores fenómenos literarios europeos. La espada resplandeciente cierra la trilogía «La Reina Libertad», iniciada con El imperio de las tinieblas y La guerra de. las coronas.

Dedico este libro a todas los que consagraron su vida a la libertad luchando contra las ocupaciones, los totalitarismos y las inquisiciones de cualquier clase

El número 1.790 se derrumbó.

Con la nariz en el lodo, Grandes Pies no tenía ya deseos de vivir. Tras tantos años pasados en el campo de concentración de Sharuhen, en Palestina, sus últimas fuerzas se habían agotado.

Sharuhen era la base de la retaguardia de los hicsos, que ocupaban Egipto desde hacía más de un siglo y habían instalado su capital en Avaris, en el Delta. Su jefe supremo, el emperador Apofis, no se limitaba a que reinara el terror por medio del ejército y la policía. Tras dar su aprobación a una seductora idea del gran tesorero Khamudi, su fiel mano derecha, había erigido un presidio al pie de la fortaleza de Sharuhen, en una zona pantanosa e insalubre. En invierno, soplaba un viento gélido; en verano, caía un sol asesino. El lugar estaba infestado de mosquitos y tábanos.

-Levántate -suplicó el número 2.501, un escriba de unos treinta años, que, en tres meses, había perdido diez kilos.

-No puedo más... Déjame.

-Si renuncias, Grandes Pies, vas a morir. Y nunca volverás a ver tus vacas.

Grandes Pies quería morir, pero deseaba aún más ver de nuevo su rebaño. Nadie sabía cuidarlo como él.

Como muchos, había creído en la propaganda de los hicsos: «Traed a vuestros flacos animales, para que pasten en las herbosas tierras del norte -ofrecían-. Cuando recuperen su vigor, volveréis a vuestras casas.»

Los hicsos habían robado los rebaños, habían matado a los boyeros que habían protestado con vehemencia y habían arrojado a los demás al campo de exterminio de Sharuhen.

Grandes Pies nunca les perdonaría que lo hubieran separado de sus vacas. Habría aceptado una labor suplementaria, trabajos forzados, penosas marchas por tierras inundadas, un menor beneficio, pero no aquello.

El número 1.790 se levantó.

Como sus compañeros de infortunio, había soportado que le marcaran el número de condenado en presencia de todos los prisioneros, obligados a mirar. El que apartaba la mirada o cerraba los ojos era ejecutado de inmediato.

Grandes Pies todavía sentía el atroz dolor provocado por el cobre enrojecido al fuego. Cuanto más aullaba, más duraba el suplicio. Y varios heridos habían muerto de infección. En el presidio de Sharuhen no había médico ni enfermero, y no se dispensaba el menor cuidado. Si no hubiera tenido una robusta constitución, una delgadez natural y la costumbre de contentarse con poco, ya haría tiempo que el boyero habría sucumbido. En Sharuhen, los grandes comedores no duraban más que unos meses.

-Toma, come un poco de pan seco.

Grandes Pies no rechazó el suntuoso regalo de su amigo, condenado por haber conservado en su casa un himno al faraón Sesostris. Denunciado por un vecino, había sido considerado un peligroso conspirador y lo habían deportado de inmediato. El emperador Apofis, autoproclamado faraón, no soportaba la menor referencia al glorioso pasado de Egipto.

Una chiquilla se acercó a los dos hombres.

-¿No tenéis algo para comer? ¡Tengo hambre!

Grandes Pies se avergonzó por haberse zampado demasiado deprisa el mendrugo de pan.

-¿Los guardias no te han dado hoy tu ración?

-Me han olvidado.

-¿No los ha llamado tu mamá?

-Mi mamá ha muerto esta noche.

La chiquilla se alejó para reunirse con el cadáver de su madre. Nadie podía hacer nada por ella. Si alguien la tomaba a su cargo, la niña le sería arrebatada enseguida y entregada como pasto a los mercenarios de la fortaleza.

-Un nuevo convoy -advirtió el escriba. La pesada puerta de madera del campo acababa de abrirse.

Provista de un bastón, una mujer alta, de enormes manos, golpeaba a unos ancianos que caminaban penosamente.

Uno de ellos se derrumbó con el cráneo aplastado. Los demás aceleraron el paso con la esperanza de evitar los golpes, pero los torturadores hicsos no respetaron a nadie.

Sorprendidos de estar vivos aún, los más fuertes se levantaron con mucha lentitud, temiendo nuevas sevicias. Pero sus verdugos se limitaron a mirarlos con aire burlón.

-¡Bienvenidos a Sharuhen! -clamó Dama Aberia-. Aquí aprenderéis, por fin, a obedecer. Que los vivos entierren a los muertos y limpien ese campo. ¡Es una verdadera pocilga!

En boca de una hicso que nunca comía cerdo, no podía haber peor insulto.

Grandes Pies y el escriba se precipitaron, pues a Dama Aberia le gustaba que los deportados dieran pruebas de buena voluntad. La falta de ardor en la tarea llevaba al suplicio.

Con las manos, excavaron fosas en las que metieron los cadáveres, sin que pudieran celebrar el menor rito. Según su costumbre, Grandes Pies dirigió una muda plegaria a la diosa Hathor, que acogía en su seno las almas de los justos y se encarnaba en una vaca, la más hermosa de las criaturas.

-Mañana habrá luna nueva -anunció Dama Aberia con cruel sonrisa antes de abandonar el campo.

Un anciano que acababa de llegar con el último convoy se acercó a Grandes Pies.

-¿Podemos hablar?

-Ahora que ella se ha marchado, sí.

-¿Por qué esa diablesa se preocupa por la luna?

-Porque, cada vez que renace, elige a un prisionero y lo estrangula lentamente ante los demás.

Encorvado, el anciano se sentó entre ellos

-¿Qué son esas cifras en vuestros brazos?

-Nuestros números de penado -respondió el escriba-. Mañana mismo tú y los nuevos seréis marcados.

-¿Significa eso que... más de dos mil desgraciados han sido deportados aquí?

-Muchos más -estimó Grandes Pies-. Incontables prisioneros han muerto o han sido torturados antes de quedar reducidos a un número...

El anciano apretó los puños.

-Hay que mantener la esperanza -declaró con inesperado vigor.

-¿Por qué razón? preguntó el escriba, desengañado.

-Porque los hicsos están cada vez menos seguros de sí mismos. En las ciudades del Delta y en Menfis se organiza la resistencia.

-La policía del emperador acabará con ella.

-¡Tiene cada vez más trabajo, créeme!

-Hay tantos delatores... Nadie escapa a las mallas de la red. Yo maté con mis propias manos a un vendedor de papiro que había

denunciado a una mujer a la milicia de los hicsos solo porque se le negaba. Y, sin embargo, era joven y mucho más fuerte que yo. Pero encontré la energía necesaria para acabar con a aquel monstruo, y no lo lamento. Poco a poco, la población comprende que inclinar la cabeza lleva al matadero. Lo que el emperador desea es el exterminio de los egipcios, a los que sustituye por hicsos. Roban nuestros bienes, nuestras tierras, nuestras casas, y quieren también destruir nuestras almas.

-Este es el objetivo del campo -advirtió el escriba con voz rota.

Apofis olvida que Egipto tiene verdaderas razones para esperar -se exaltó el anciano.

El corazón de Grandes Pies latió algo más deprisa.

-La Reina Libertad -prosiguió el viejo-, ella es nuestra esperanza. Jamás renunciará a combatir contra Apofis.

-Las tropas tebanas no han conseguido apoderarse de Avaris -recordó el escriba-, y el faraón Kamosis ha muerto. La reina Ahotep lleva luto y se esconde en su ciudad. Antes o después, los hicsos se apoderarán de Tebas.

-¡Te equivocas! La reina Ahotep ha hecho ya tantos milagros... Nunca renunciará.

-Solo es una leyenda. Nadie conseguirá aniquilar el poderío militar de los hicsos y ninguno de nosotros saldrá vivo de este campo, cuya existencia ignoran los tebanos.

-Yo tengo confianza -dijo Grandes Pies-. La Reina Libertad me permitirá volver a ver mis vacas.

-Mientras -recomendó el número 2.501-, limpiemos nuestra prisión. De lo contrario, nos apalearán.

Entre los recién llegados, cuatro habían sucumbido durante la noche. Grandes Pies acababa de enterrarlos cuando Dama Aberia cruzó la puerta del campo.

-Ven enseguida -le dijo el campesino al anciano-. Hay que reunirse y ponerse en fila.

-Me duele tanto aquí, en el pecho... No puedo moverme ya.

-Si no estás de pie, Dama Aberia te apaleará hasta la muerte.

-No le daré ese gusto... Sobre todo, amigo, sobre todo... mantén la esperanza.

El anciano lanzó un lacerante estertor. Su corazón acababa de ceder.

Grandes Pies corrió a reunirse con los demás, bien alineados ante Dama Aberia, que sacaba más de una cabeza a la mayoría de los prisioneros.

-Ha llegado la hora de distraernos -dijo ella-, y sé que esperáis con impaciencia el número del afortunado que será el héroe de nuestra fiestecita.

Contempló a cada deportado con gula. Allí, Dama Aberia detentaba el derecho de la vida y la muerte.

Como si no estuviera satisfecha, recorrió las hileras; luego, se detuvo ante un hombre, joven aún, que no pudo impedir que todos sus miembros temblaran.

-Tú, el número dos mil quinientos uno.

Bañada por la claridad del alba, la reina Ahotep levantó las manos hacia el dios oculto, en señal de veneración.

-Mi corazón se orienta hacia tu mirada. Gracias a ti, nos saciamos sin comer y calmamos nuestra sed sin beber. Eres el padre de quien no tiene madre y el marido de la viuda. ¡Qué dulce es contemplar tu misterio! Tiene el sabor de la vida, da la sensación de una tela delicada a quien se reviste con él; es un fruto lleno de sol.

La hermosa mujer de treinta y nueve años estaba sola, al oriente de Karnak, celebrando la resurrección de la luz, que había vencido a la noche.

Pero ¿no era eso una ilusión en un Egipto cuyas provincias del Norte se ahogaban bajo el yugo opresor del emperador de los hicsos? Tras haber perdido a su marido y a su hijo mayor, que habían combatido valerosamente al invasor, la mujer que ocupaba la función de esposa de dios no sentía ya otro amor que el de la libertad, esa libertad que parecía inalcanzable dada la superioridad del ejército enemigo.

¿Cómo olvidar el formidable impulso que había llevado a las tropas tebanas hasta Avaris, la capital del emperador de las tinieblas? Pero se había roto al pie de una fortaleza inexpugnable, y los egipcios habían tenido que batirse en retirada.

Tras la desaparición del faraón Kamosis, digno sucesor de su padre, Seqen, la regente se había retirado al templo para recuperar fuerzas en el silencio. En el interior del recinto, en aquel hermoso pero modesto santuario, había meditado bajo la protección de Amón y de Osiris. Amón era el señor de Tebas, el creador del buen viento, el poseedor del secreto de los orígenes, cuya capilla solo se abriría por sí misma el día de la victoria total sobre los hicsos. Osiris, asesinado y resucitado luego, era el juez del más allá, el señor de la cofradía de los «justos de voz», a la que pertenecían entonces Seqen y Kamosis.

Muerto en combate, Seqen había caído en una trampa. Cuando se disponía a lanzar un nuevo asalto contra Avaris, Kamosis había sido envenenado y había vuelto para morir en Tebas, junto a su madre y ante la montaña de Occidente.

En ambos casos, un único culpable: el espía hicso que se había infiltrado en el Estado Mayor tebano. Por dos veces, había golpeado en la cabeza.

Sin embargo, la reina Ahotep solo estaba rodeada de compañeros incuestionables, que habían probado su valor y habían arriesgado su vida luchando, cada cual a su modo,

contra los hicsos: Qaris, el intendente de palacio, especialista en información; Heray, el superior de los graneros, verdadero ministro de Economía; Emheb, el gobernador de Edfú, que había mantenido el frente de Cusae en un período desesperado y había sufrido varias heridas; Neshi, el portador del sello real, tan unido a Kamosis que había presentado su dimisión, rechazada por la reina; Ahmosis, hijo de Abana, un arquero selecto, gran exterminador de oficiales hicsos; el afgano y el Bigotudo, dos resistentes que comandaban los regimientos de élite y condecorados por sus hazañas; Lunar, el almirante de la flota, excepcionalmente competente y de constante valor.

¿Cómo imaginar, ni un solo instante, que uno de ellos pudiera ser ese espía a sueldo del emperador de las tinieblas? Evidentemente, había que buscar en otra parte y permanecer al acecho sin cesar. A pesar de su diabólica habilidad, el espía acabaría traicionándose.

Y entonces, Ahotep tendría que actuar con la rapidez de la cobra real.

La esposa de dios rodeó el pequeño lago sagrado, donde, cada mañana, el faraón debería haber tomado agua fresca procedente del Nun, el océano de energía, para proceder a las purificaciones y crear así un nuevo dinamismo, indispensable a todas las formas de existencia, de la estrella a la piedra.

Pero el joven faraón Kamosis había muerto a los veinte años, y su sucesor, su hermano Amosis, solo tenía diez.

Por segunda vez, Ahotep se convertía en regente y debía pilotar, de nuevo, el navío del Estado.

Aunque no había sido vencido, el emperador, sin embargo, tampoco triunfaba. Correspondía a la Reina Libertad demostrarle que nunca reinaría sobre las Dos Tierras.

Con manifiesta alegría, Risueño el Joven se reunió con su dueña. Olvidando su peso, el perrazo se levantó y puso las dos enormes patas delanteras en los hombros de la reina, que a duras penas mantuvo el equilibrio. Tras haberle lamido

concienzudamente las mejillas, el perro precedió a Ahotep, que se dirigía hacia el palacio de la gran base militar instalada al norte de Tebas(1)

Nota I. En el paraje de Deir el-Bahari.

En el corazón de una árida zona, el joven rey Seqen había formado a los primeros soldados del ejército de liberación, en condiciones especialmente duras. Luego, habían construido un cuartel, algunas casas, una fortaleza, una residencia real, una escuela, un hospital y las capillas. Los reclutas aprendían allí el oficio de soldado, al mando de instructores de puño de hierro, que nada les ocultaban de los terroríficos combates que les aguardaban.

En las puertas de palacio, Risueño el Joven se quedó inmóvil y olisqueó la atmósfera. Más de una vez, al igual que su padre, Risueño el Viejo, su olfato le había permitido descubrir el peligro y salvar así a Ahotep, que se guardaba mucho de desdeñar sus advertencias.

El intendente Qans se presentó en el umbral.

Rechoncho, de redondas mejillas, con una calma imperturbable, Qaris era la encarnación de la amabilidad. En lo más duro de la opresión de los hicsos, no había dudado en desempeñar el papel de agente de contacto entre los escasos resistentes y en recabar información, aun a riesgo de ser denunciado y condenado a muerte.

-¡Majestad, no os esperaba tan pronto! Los equipos de limpieza están trabajando aún y no he tenido tiempo de supervisar la comida.

Apaciguado y con la mirada chispeante, Risueño el Joven lamió la mano al intendente.

-Convoca a los responsables en la sala del consejo.

La obra maestra del intendente Qaris era una maqueta de Egipto en la que se podían ver las partes del territorio liberadas y aquellas que seguían ocupadas por los hicsos.

Cuando la joven Ahotep había descubierto por primera vez ese secreto de Estado, solo Tebas gozaba de relativa autonomía. Entonces, gracias a las hazañas de los faraones Seqen y Kamosis, los hicsos ya solo controlaban el Delta, y su aliado nubio, el príncipe de Kerma, seguía atrincherado en su lejano dominio del Gran Sur.

La Balanza de las Dos Tierras, Menfis, punto de paso y de equilibrio entre el Alto y el Bajo Egipto, había sido, ciertamente, liberada, pero ¿por cuánto tiempo? Las tropas del almirante hicso, Jannas, no se limitarían eternamente a defender Avaris y no tardarían en lanzar una ofensiva.

Los dignatarios se inclinaron ante la regente. Su descuidado aspecto revelaba la inquietud y el desaliento.

Flaco y con el cráneo afeitado, el canciller e intendente del ejército, Neshi, alivió a sus colegas tomando la palabra.

-Las noticias no son buenas, majestad. Si deseamos defender Menfis, y eso se anuncia especialmente difícil, tendremos que reunir allí el grueso de nuestras tropas. En caso de derrota, el camino de Tebas quedaría libre.

Muy incisivo de ordinario, Neshi parecía aplastado por el peso de la realidad.

-¿En qué piensas, Emheb? -preguntó la regente.

Tras haber combatido mucho tiempo en primera línea, el buen gigante, a su regreso de Menfis, estaba autorizado a emitir una opinión que algunos consideraban decisiva.

El gobernador Emheb se expresó con ardor.

-O atacamos de nuevo Avaris para deslomar a Jannas, o establecemos una línea de defensa en la que sus hombres se estrellen. Como la primera solución me parece demasiado arriesgada, defenderé, pues, la segunda. Pero, en ese caso, Menfis sería muy mala elección. Al margen del período de la crecida, los hicsos pueden utilizar sus armas pesadas, carros y

caballos, y no tendremos tiempo de edificar murallas en torno a la ciudad.

-Lo que significa que la abandonamos a sus propias fuerzas -concluyó la reina.

Los dignatarios agacharon la cabeza.

-Que se entreguen armas a su guarnición -ordenó Ahotep- y que las palomas mensajeras nos informen de la evolución de la situación. Estableceremos nuestra linea de defensa a la altura de Fayum, a un centenar de kilómetros al sur de Menfis, en el lugar llamado Puerto de Kamosis en homenaje a mi hijo mayor. Que Neshi organice, de inmediato, un campamento militar y que los ingenieros construyan muelles de piedra. El almirante Lunar agrupará allí la mayoría de nuestros navíos de guerra, y el gobernador Emheb tomará las disposiciones necesarias para detener un eventual asalto de los carros hicsos. Que nuestros astilleros multipliquen sus esfuerzos para aumentar el número de unidades.

Todos aprobaron las decisiones de la reina.

El consejo se dispersaba cuando un oficial de la guardia irrumpió en la sala.

-¡Majestad, es muy grave! ¡Centenares de soldados acaban de desertar!

Loco de rabia, el emperador Apofis colocó otra vez la corona roja del Bajo Egipto en la cámara fuerte de la ciudadela de Avaris, de donde no saldría nunca más. De nuevo, había intentado llevársela; de nuevo, le había provocado insoportables dolores en la cabeza y le había abrasado los dedos.

En un intento por olvidar aquel emblema de una época ya pasada, el señor de los hicsos subió lentamente a la más alta torre de la monumental ciudadela que dominaba su capital, transformada en un gigantesco campamento militar.

Alto, de nariz prominente y blandas mejillas, con el vientre hinchado y las piernas gruesas, el emperador, de setenta años, era de una fealdad espantosa, que utilizaba, de buena gana, como un arma para subyugar a sus interlocutores.

Apofis se quitó la cadena de oro que llevaba al cuello y de la que colgaban tres amuletos que encarnaban la vida, la prosperidad y la salud. Los ingenuos creían que le permitían conocer los secretos del cielo y de la tierra. Pero llegada la hora de la guerra total contra los tebanos y su maldita reina, no soportaba ya aquella bagatela.

El emperador de las tinieblas destrozó los amuletos y arrojó los restos al vacío.

Con los nervios ya calmados, contempló sus dominios, las doscientas cincuenta hectáreas de Avaris, la mayor ciudad del Oriente Próximo que se levantaba al nordeste del Delta, en la orilla este del brazo pelusíaco del Nilo, que los egipcios denominaban las Aguas de Ra.

Ra, la luz divina... Hacía ya muchos años que los hicsos la habían sustituido por la fuerza armada. Con sus murallas de contrafuertes y sus torres almenadas, la fortaleza, considerada inexpugnable, era el perfecto símbolo de ella.

Desde el abortado asalto del faraón Kamosis, envenenado por su espía, el emperador había abandonado solo una vez su cubil para dirigirse al templo de Set, el señor de la tormenta y de las perturbaciones cósmicas, fiel protector de Apofis. Quien se alimentaba con su violencia ignoraba la derrota.

Antaño presa de una incesante actividad, el puerto comercial de Avaris ya solo recibía unos pocos barcos cargueros, bajo la vigilancia de la Marina de Guerra. Nadie había olvidado la hazaña de los marinos de Kamosis, que se habían apoderado de trescientos navíos, llenos de riquezas, que Tebas había heredado.

Ese descenso de los tratos comerciales con los vasallos del imperio era solo pasajero; en cuanto la revuelta tebana fuese

aplastada, enormes cantidades de oro, plata, lapislázuli, maderas preciosas, aceite, vino y demás productos llegarían de nuevo a la capital de los hicsos. La fortuna del emperador y de sus amigos seguiría aumentando, más deprisa aún que antaño.

Apofis detestaba el sol y el aire libre. Regresó a su palacio, situado en el interior de la fortaleza. Unas pequeñas aberturas dejaban pasar el mínimo de luz.

Gracias a su equipo de pintores llegados de Creta, el emperador había cubierto los muros de frescos, que estaban de moda en Cnosos, la capital de la gran isla. Destructor de muchas obras maestras del Imperio Medio, Apofis presumía de haber borrado de su ciudad cualquier rastro de arte egipcio. Cada día, en el cuarto de baño, en su alcoba, en los pasillos y en la sala del consejo, admiraba los paisajes de Creta; laberintos, grifos alados, danzarines de piel amarillenta o acróbatas que saltaban sobre los cuernos de un toro.

Cuando hubiera conquistado el Alto Egipto y arrasado Tebas, el emperador iniciaría un proceso de inmigración masiva para erradicar la antigua población, de la que nada debía subsistir. La vieja tierra de los faraones se convertiría realmente en una provincia de los hicsos, donde la misma noción de Maat, la frágil diosa de la verdad, de la justicia y de la armonía, habría desaparecido.

A Apofis le gustaba vagabundear horas y horas por la ciudadela, pensando en la extensión de su imperio, el más vasto nunca creado, que se extendía del Sudán a las islas griegas, pasando por Siro-Palestina y Anatolia. Los insensatos que intentaban rebelarse eran implacablemente eliminados. El ejército de los hicsos torturaba a los cabecillas y a sus familias, quemaba sus casas y sus aldeas. Así reinaba el orden hicso.

Solo la reina Ahotep se atrevía, aún, a desafiarlo. Tras haberla considerado una loca y una intrigante, el emperador había tenido que admitir que era una adversaria de consideración. Su ridículo ejército de campesinos se había aguerrido con el paso de los años, y Kamosis, el intrépido, había conseguido llevarlo hasta el pie de la ciudadela de Avaris.

Aquella hazaña solo había arañado el poderío hicso. Obligados a retroceder, los tebanos no tenían ya capacidad para reanudar la ofensiva, pero eran excelentes en el arte de tender trampas, dado su perfecto conocimiento del terreno. Así pues, el emperador no cedía a la precipitación, tanto más cuanto que debía resolver un notorio conflicto entre sus dos principales dignatarios: el gran tesorero Khamudi y el almirante Jannas.

Khamudi, depravado y cruel, estaba dispuesto a todo para enriquecerse, pero era un fiel ejecutor de las decisiones del emperador.

Jannas, el comandante en jefe de los ejércitos hicsos, cuya popularidad no dejaba de aumentar, era el héroe que había salvado Avaris.

Para complacer a la casta de los oficiales superiores, Apofis debería haber sacrificado a Khamudi; pero, en caso de haber actuado así, habría convertido al almirante Jannas en un personaje en exceso poderoso, al que numerosos soldados habrían considerado ya como el futuro señor de los hicsos.

Alimentado por la fuerza de Set, Apofis reinaría aún mucho tiempo. Por fortuna, Jannas era un auténtico soldado, que respetaba escrupulosamente las órdenes y nunca se propondría, conspirar contra el emperador. El gran tesorero debía comprender que el almirante garantizaba la seguridad del Imperio y que debía contentarse con sus numerosos privilegios.

El emperador no visitó a su esposa, Tany, a la que no había concedido el título de emperatriz, pues el verdadero poder no se compartía. Egipcia de origen modesto, había llevado a la tortura y la muerte a numerosas mujeres acomodadas, tras denunciarlas como resistentes. Aterrorizada por la visión de los soldados egipcios durante el ataque de Kamosis, guardaba cama.

Cuando Apofis salió de sus aposentos, el gran tesorero Khamudi le hizo una gran reverencia.

Con el negro pelo pegado a su redondo cráneo, los ojos algo rasgados, pesada osamenta y gordezuelos las manos y los pies, Khamudi era un gran comedor, aficionado a los vinos fuertes y a las jóvenes egipcias, a las que infligía las peores sevicias en compañía de su esposa Yima, tan perversa como él. No ocultaba al emperador sus bajezas ni sus malversaciones financieras, y no tomaba iniciativa alguna sin su consentimiento.

-Todo está listo, majestad.

Jefe de la guardia personal de Apofis, Khamudi había seleccionado a piratas chipriotas y libios, que no vacilarían en matar a quien esbozara el menor gesto de amenaza contra el emperador. Vistiendo túnicas con motivos florales, con los cabellos largos y trenzados, los brazos tatuados, aquellos cancerberos formaban una infranqueable muralla en torno al señor de los hicsos cuando aparecía en las calles de la capital. Generosamente pagados, podían permitirse cualquier mujer. Puesto que los tribunales habían sido suprimidos, Apofis se erigía en juez único y nunca desautorizaba a sus servidores.

El cortejo atravesó el cementerio de palacio, donde habían sido enterrados con sus armas, en sumarios sepelios, los oficiales hicsos muertos en combate. Dada la falta de espacio y el número de cadáveres que debían enterrarse, el emperador había tomado una decisión que horrorizaba a los egipcios: en vez de disponer una nueva necrópolis, enterraría a los muertos en los jardincillos e, incluso, en las casas. ¿No era estúpido perder un espacio precioso por unos despojos que pronto se reducirían a osamentas?

-¿Alguna protesta contra mi política? -preguntó Apofis, cuya voz ronca helaba la sangre.

-Algunas -respondió Khamudi, meloso-, pero ya he hecho lo necesario. Dado que el campo de concentración de Sharuhen está lleno, de momento, he considerado necesario abrir otro en Tjarul(1). Los rebeldes han sido deportados allí.

Nota (1). Tjaru-Sile, en el Delta, en el istmo formado entre el lago de Ballah y el lago Menzala.

-Perfecto, Khamudi.

Con la cabeza cubierta por un tocado a rayas en forma de seta, de talla media, casi flaco, de palabra y gestos lentos, el almirante Jannas ofrecía una engañosa apariencia. Quienes le habían considerado inofensivo no estaban ya en este mundo.

Tras haberse inclinado, también, ante el señor de los hicsos, el almirante había asistido a los rápidos funerales de sus hombres, muertos por las heridas recibidas durante el feroz combate con los egipcios en el puerto comercial de Avaris. Jannas podía presumir de haber frenado el ataque de Kamosis, muerto poco después, pero la reina Ahotep seguía siendo un peligro real.

Entre la general indiferencia, más de cien asnos fueron degollados y arrojados a las fosas con los cadáveres de los militares. Luego, el emperador inspeccionó el dispositivo de seguridad emplazado por Jannas para que un nuevo ataque fluvial de los tebanos no tuviera posibilidad alguna de éxito.

-Buen trabajo, almirante.

-Majestad, ¿cuándo tomaremos de nuevo la ofensiva?

-Limítate a obedecerme, Jannas.

En menos de una jornada, el rumor se había extendido por toda la base militar de Tebas: la reina Ahotep se retiraba definitivamente al templo de Karnak, su hijo Amosis renunciaba a la corona y el ejército de liberación deponía las armas.

En poco tiempo, las hordas de los hicsos caerían sobre la ciudad de Amón y acabarían con todos los que intentaran resistir. Nariz Chata había sido el primero en desertar, seguido de inmediato por Vigoroso, un teniente de infantería que había combatido en Avaris y conocía la violencia del adversario. Convencidos por sus explicaciones, centenares de infantes se habían decidido a abandonar enseguida la base.

Un solo oficial había intentado recordar sus deberes a los soldados de Ahotep, pero su voz se había perdido de inmediato en un concierto de gritos, y había tenido que apartarse para no ser pisoteado.

-Hay que avisar a nuestros camaradas de la fortaleza -preconizó Vigoroso.

Los guardias se unieron a la muchedumbre de los que huían, seguidos muy pronto por la mayor parte de la tropa que residía en el edificio.

-¿Por dónde pasamos? -preguntó Nariz Chata.

-Por el Norte no -respondió Vigoroso-. Chocaríamos con los regimientos de élite del afgano y el Bigotudo.

-¿Y qué? Por mucho que sean los mejores, sin duda no tienen más deseos de morir que nosotros.

-¡Podría haber pelea! Yo voy hacia el Sur.

En la más completa confusión, los desertores se dispersaron. Dirigida por Nariz Chata, una ruidosa masa se encaminó hacia el Norte.

Pies de excepcional finura, piernas largas y elegantes, nalgas perfectamente torneadas, una espalda que se ofrecía a las caricias...

Justo después de la reina Ahotep, Felina era la más hermosa mujer del mundo. Y él, el Bigotudo, tenía la insensata suerte de hacer el amor con ella. Cuando la había conocido, durante la campaña de Nubia, se había enamorado inmediatamente de ella, aun rechazando un vínculo duradero, incompatible con su vida de soldado. Pero Felina se había escondido en el barco que zarpaba hacia Egipto, y el Bigotudo no había tenido valor para resistirse a ella.

La hermosa nubia no se había limitado a convertirse en una maravillosa esposa. Especialista en pociones, drogas y talismanes, se ocupaba de los heridos en los campos de

batalla y había salvado numerosas vidas. Puesta a la cabeza del servicio médico de intervención rápida, Felina era considerada una heroína de la guerra de liberación.

El Bigotudo la besó tiernamente en el cuello.

-El gran consejo se eterniza -se lamentó ella.

-¿Y qué importa? La reina pierde el tiempo convenciendo a dignatarios que, como de costumbre, desaprueban unas decisiones que ella llevará, de todos modos, a la práctica. ¿No deberías pensar en otra cosa...?

Se escucharon repetidos golpes en la puerta de la habitación.

-¡Ah, no! -protestó el Bigotudo-. ¡Bien tengo derecho a una hora de intimidad!

-Abre pronto -exigió la voz grave del afgano.

-¿Qué sucede?

-Una especie de motín -indicó el afgano, un fuerte barbudo tocado con un turbante-. Los soldados desertan en masa e intentan corromper a nuestros hombres.

-¡No va a ser así! -rugió el Bigotudo, serenado de pronto-. ¡Nuestros muchachos no van a comportarse como cobardes! El Bigotudo estaba equivocado.

Convencidos por el rumor, los miembros de los regimientos de élite se dejaban arrastrar por la corriente.

El afgano intentó agarrar a un fugitivo, pero el Bigotudo detuvo su brazo.

-Están como locos; no podemos retenerlos.

-¿Y los que se dirigen hacia el palacio?

-A fin de cuentas ¡no se atreverán a tomarla con la reina!

Sobreexcitado, Nariz Chata y más de doscientos desertores marchaban sobre la residencia de la regente, decididos a saquearla.

-Tal vez solo seamos dos -comentó el afgano-, pero no se lo permitiremos.

-Sobre todo, no salgáis -recomendó el canciller Neshi-. ¡Nuestros soldados han perdido la cabeza! Pasemos por detrás del palacio y refugiémonos en el desierto.

El intendente Qaris asintió. Si la guardia personal de la reina se oponía a aquella horda, sería una carnicería. Y Ahotep no escaparía al furor de sus propias tropas.

-Partid todos y dirigíos a Tebas para proteger a mi madre y a mi hijo -ordenó Ahotep.

-Pero vos, majestad...

-No discutas, Neshi.

-¿Cómo podemos abandonaros?

-Solo cuenta la seguridad de Amosis. Dirígete a Tebas sin perder un instante.

El tono de la reina era tan imperioso que dignatarios y guardias acallaron sus quejas.

Poniéndose una fina diadema de oro, la majestuosa morena de ojos verdes se presentó ante los amotinados.

Estupefactos, se quedaron inmóviles.

Aprovechando aquel momento de indecisión, el Bigotudo y el afgano se colocaron a uno y otro lado de la reina. Incluso con las manos desnudas, eliminarían a un buen número de agresores.

Nariz Chata avanzó.

-Se ha dicho que os retirabais al templo, majestad... ¡Y estáis aquí!... ¡Sois un fantasma!

-¿Por qué has hecho caso al rumor?

-¡Porque los hicsos están llegando y ya no tenemos jefe!

-Soy la regente y mando en el ejército. No se ha descubierto ninguna oleada de asalto. Y si fuera así, la detendríamos.

-¿Sois, en efecto..., real?

-Toca mi mano y lo sabrás. Nariz Chata vaciló.

Combatir a los hicsos le daba miedo, pero tenía una mínima posibilidad de salvarse. En cambio, tocar a la esposa de dios era cometer tal ofensa que sería fulminado.

Entonces, se inclinó hasta que su nariz rozó el suelo. Y sus camaradas le imitaron.

-Os han mentido -declaró Ahotep- y os habéis comportado como niños asustados. Quiero olvidar este incidente. Que cada cual regrese a su puesto.

Los soldados se levantaron y aclamaron a la Reina Libertad. Ya nunca harían el menor caso de un rumor infundado.

Un Neshi presa de la inquietud avisó a la soberana.

-Majestad, algunos desertores arrastrados por el teniente Vigoroso intentan apoderarse de varias embarcaciones para abandonar la base.

Seguida del Bigotudo, el afgano y algunos soldados ganados de nuevo para su causa, la soberana se apresuró hasta el embarcadero, donde el enfrentamiento entre los arqueros de la Marina, al mando de Ahmosis, hijo de Abana, y los partidarios de Vigoroso sería por fuerza un desastre.

-¡La reina! -gritó un desertor-. ¡La reina está viva! Ahotep se colocó entre ambos bandos, sola y sin armas.

El teniente Vigoroso comprendió que acababa de cometer un error irreparable. Al propagar un falso rumor y al incitar a huir a numerosos soldados se había condenado a muerte.

-Lo siento, majestad, pero no tengo elección. Tengo que salir de aquí en barco. Y mataré a quien intente impedírmelo.

-No utilices las armas más que para combatir al enemigo y liberar tu país.

-¡Vos no podéis perdonar a un desertor!

-Te necesito, os necesito a todos para vencer al emperador de las tinieblas. Matarnos mutuamente le habría dado el triunfo, pero he roto ese maleficio. Formamos de nuevo una sola alma y solo debes confiar en mi palabra.

Vigoroso envainó otra vez la espada. Ante la luminosa mirada de Ahotep, sus soldados confraternizaron.

Almirante, un barco de mercancías sin identificación llega por el canal del norte.

-Interceptadlo.

A priori, no podía tratarse de una artimaña de Ahotep. Pero, desde el inesperado ataque a Avaris, Jannas se tomaba en serio el menor incidente. Todos los accesos fluviales a la capital eran custodiados día y noche, y la más pequeña embarcación, severamente controlada. Ante la menor sensación de peligro, los arqueros de la policía tenían órdenes de disparar. Más valía equivocarse que poner en peligro la seguridad de la capital.

El almirante inspeccionaba cada día varios navíos de guerra y verificaba personalmente el estado del material. Cada unidad tenía que estar siempre lista para el combate. O la flota egipcia intentaría una nueva ofensiva, o Jannas recibiría la orden de zarpar hacia el sur y aniquilar a los tebanos. Tanto en

un caso como en el otro, le sería necesario reunir las condiciones para la victoria.

Durante su corta pausa de mediodía, el almirante se limitaba a una frugal comida, compuesta por un filete de mújol asado y lentejas.

Su ayuda de campo le advirtió de la visita del gran tesorero Khamudi.

-Está muy enojado y exige veros inmediatamente, almirante.

-Dile que espere. Terminaré de almorzar.

Jannas no se apresuró. Puesto que Khamudi le había humillado antes del ataque a Avaris, le devolvía el trato. Allí, en el navío almirante, el civil podía escupir sapos y culebras. Ningún marino le dejaría acceder a su camarote.

Contrariamente a su costumbre, Jannas degustó unas granadas y unos higos, que encontró de su gusto. En ciertas circunstancias, sabía apreciar las golosinas. Luego, se lavó las manos, se puso su gorro a rayas y salió a cubierta, donde Khamudi iba de aquí para allá.

Rojo de cólera, el gran tesorero se precipitó hacia el almirante, que lo detuvo con un gesto.

-Ni un movimiento precipitado en mi navío, Khamudi. Aquí todo está regulado y todo es preciso.

-¿Sabéis lo que acabáis de hacer, almirante?

-Tras una mañana de inspección, he almorzado. ¿Alguna pregunta más?

-¡Acabáis de interceptar un barco que me pertenece!

-¿El del canal del norte? No figuraba en mi lista de navíos autorizados a entrar en el puerto mercante.

-Vayamos a vuestro camarote, ¿os parece? Nadie debe oírnos. Jannas inclinó la cabeza afirmativamente.

Dada la excitación de Khamudi, la entrevista podía ser interesante.

-Admitiré de buena gana que el navío os pertenece, Khamudi, pero ¿por qué su capitán, un chipriota, no nos lo ha dicho?

-Porque su misión es confidencial, al igual que su carga, que debería haberme sido entregada directamente.

-¿Olvidáis que estamos en guerra y que tengo la obligación de controlar todas las mercancías cuando entran en Avans?

-Estas no, almirante. Entregádmelas, y no se hable más.

-Me gustaría satisfaceros, pero es imposible. Suponed que hayáis sido engañado... Sin saberlo, haríais penetrar en la capital productos peligrosos o armas destinadas a eventuales resistentes. El gran tesorero enrojeció.

-¡Os atrevéis a acusairne!

-No os acuso de nada. Temo simplemente que vuestra buena fe haya sido engañada, y esta es la razón por la que debo conocer la naturaleza del cargamento que esperabais.

-¡Pretendéis hacer que crea que no la habéis examinado! Jannas fingió reflexionar.

-No me quedaba otra solución, lo admito, pero me siento perplejo e impaciente por escuchar vuestra versión de los hechos.

Khamudi rabiaba.

-Se trata de droga, almirante; de esa droga que consumen los dignatarios y los oficiales superiores.

-Yo no.

-Cada cual se distrae como le parece. En períodos como este, es un remedio que muchos consideran indispensable. Y debo asegurarles ese pequeño placer. Además, tengo el consentimiento del emperador, que se sentiría muy descontento al saber que os metéis en mi territorio.

-¡Lejos de mí esa idea, gran tesorero!

-Entonces, haced que me entreguen de inmediato la mercancía.

-Puesto que las zonas oscuras se han aclarado, esa es mi intención. Para evitar un nuevo incidente, procurad que vuestra próxima entrega se haga conforme a las normas de seguridad. Khamudi salió del camarote dando un portazo.

Relajado, Jannas se permitió una copa de cerveza tibia. Hacía mucho tiempo que conocía el lucrativo tráfico de droga organizado por Khamudi. Era una excelente idea, por otra parte, puesto que ese tipo de producto calmaba la angustia.

No obstante, lo importante era haber conseguido que el gran tesorero comprendiera que no era el único dueño después del emperador. Cualquier operación comercial, en adelante, tendría que ser aprobada por el almirante. No se le escaparía información alguna, y la influencia de Khamudi iría disminuyendo.

Al final de una agotadora jornada, el ardor del sol se debilitaba por fin. Muy pronto el astro desaparecería por Occidente. Insensible al magnífico espectáculo, el almirante Jannas le daba un buen rapapolvo a un teniente de navío cuyos marineros eran poco disciplinados. No habría segunda advertencia. Una nueva falta de ese tipo y el culpable acabaría en el laberinto del emperador, del que nadie había salido aún vivo.

-Almirante, tenemos un problema -le advirtió un responsable de la policía fluvial.

-¿De qué tipo?

-Hemos detenido a un sospechoso en un almacén del puerto mercante. Al parecer, tiene que haceros algunas revelaciones y solo acepta hablar con vos.

-Vamos allá.

El cargamento de droga había sido desembarcado y entregado al gran tesorero. Los estibadores transportaban entonces pesadas jarras de aceite de iluminación, destinadas a palacio, donde ardían sin cesar las lámparas.

Un carguero lleno de cobre esperaría hasta el día siguiente. Extraído por condenados, cuya vida era de duración limitada, el metal servía para la fabricación de armas.

Jannas solo autorizaba ya un único canal de acceso, los demás estaban obstruidos por barreras flotantes. Si Ahotep utilizaba la misma estrategia que su difunto hijo Kamosis, obtendría un hiriente fracaso.

Pero ¿qué proyecto podía estar concibiendo aquella reina de increíble tozudez? La muerte de un marido y de un hijo habría destrozado a cualquier mujer; sin embargo, ella se obstinaba en creer en una victoria que antojaba imposible. Ni siquiera la sumaria ejecución de civiles y el aniquilamiento de aldeas enteras la habían convencido de que debía renunciar a su locura.

-Por aquí, almirante.

Dos policías montaban guardia ante un viejo almacén que merecía ser derribado.

En su interior había cajas sin fondo y trapos viejos.

Sentado contra una pared, se encontraba un hombre joven, mal afeitado y con esposas en las muñecas.

-¿Sois el almirante Jannas?

-En efecto, yo soy.

-Quiero hablar con vos a solas.

-¿Por qué razón?

-Se trata de la seguridad del emperador.

El prisionero hablaba entrecortadamente, y su mirada era difusa.

-Habla ahora.

Rápido como un felino, tomó el cuello del almirante entre sus manos para estrangularlo.

La diferencia de peso y de talla era tal que Jannas parecía vencido de antemano.

el hombre se levantó y apretó el antebrazo, con la intención de escapar

Pero el almirante no había perdido sus reflejos de luchador. Desenvainó el puñal y lo clavó en el vientre del agresor, que, fulminado por el dolor, soltó la presa.

Tras haberse liberado, Jannas lo degolló.

«Un drogado -pensó-. Un drogado enviado por Khamudi para asesinarme.»

Pese a los años de guerra, la modesta ciudad de Tebas, condenada en principio a la decrepitud, se había desarrollado. Aquí y allá se habían construido pequeñas casas blancas, donde moraban parejas jóvenes. Desafiando al destino, nacían niños que tal vez fueran el porvenir de Egipto.

Según las exigencias de Ahotep, la más hermosa estancia del palacio real, reconstruido apresuradamente, era la vasta alcoba de su madre, Teti la Pequeña. De edad avanzada,iba pareciendo cada vez más frágil, aún seguía maquillándose y vistiéndose con gran cuidado. Afectada por las desapariciones

de su yerno y de su primer nieto, la anciana dama se había encargado de la educación del segundo con tanto rigor como dulzura. Alternando los juegos y las enseñanzas, había transmitido al pequeño Amosis la miel de las antiguas sabidurías. Ciertamente, tenía que aprender a combatir, a manejar el arco y la espada, pero también a leer los jeroglíficos para convertirse en un escriba ejemplar.

La muerte de su hermano mayor había hecho madurar de pronto al muchacho de diez años, edad en la que uno se hacía plenamente responsable de sus actos. Lejos de minimizar la prueba, la reina madre le había hablado como a un adulto cuyo camino iba a estar sembrado de obstáculos.

-¿Cómo te sientes hoy? -preguntó Ahotep a su madre, sentada ante una ventana que daba a un jardín donde retozaban numerosos pájaros.

-Un poco más cansada que ayer, ¡pero muy orgullosa de ti! Al parecer, has puesto fin a una especie de revuelta por parte de nuestros soldados.

-Eran víctimas de un falso rumor. En adelante, el canciller Neshi les comunicará cada semana las informaciones oficiales, y también intervendré tan a menudo como sea necesario.

Teti la Pequeña tomó tiernamente la mano de su hija.

-Sin ti, Ahotep, Egipto no existiría.

-Sin ti, yo habría sido solo una rebelde ineficaz. Con tu actitud, me lo enseñaste todo. Y tú preparas a Amosis para los duros combates que le aguardan.

-Aunque su madurez sea sorprendente, aún es solo un niño. Amosis es tan prudente y mesurado como Kamosis era vivo y entusiasta. Necesita tiempo para asimilar una noción. Mejor sería no forzarlo y dejar que creciera a su ritmo, pero ¿tendrá esa posibilidad?

Ahotep compartía el análisis de su madre. Era preciso para ello, en efecto, que los hicsos no precipitasen los acontecimientos e iniciasen una ofensiva general.

El intendente Qaris sirvió a Teti la Pequeña unos pasteles de miel y jugo de algarrobo fresco.

-El médico desearía examinaros, majestad.

-No es necesario -protestó la anciana dama-. Prepárame más bien una buena cena.

Viendo el turbado aspecto de Qans, Ahotep se despidió de su madre y salió de la habitación en compañía del intendente.

-El sumo sacerdote de Karnak acaba de morir, majestad. Vuestra madre lo sabrá muy pronto. Puesto que se entendían bien y eran de la misma edad, temo que esta noticia la desmoralice.

-No estás equivocado, Qaris. ¿Hay algo más?

-El ayudante del sumo sacerdote, que se considera como el obligado sucesor, no es el hombre adecuado.

-¿Por qué razón?

-Es un personaje ambicioso. No tiene un gran corazón, y ha confundido el servicio a los dioses con un plan de carrera. Dado que tendía a minimizar los defectos de los demás, pocas veces Qaris se mostraba tan crítico.

-Es preciso que tengáis una total confianza en el sumo sacerdote de Amón, majestad. Cuando entréis en combate, él se encargará, en Tebas, del vínculo con lo invisible. Un ayudante como ese no cumplirá esta función y solo pensará en intrigar para acrecentar su poder temporal.

-¿Quién es tu candidato?

-No tengo ninguno, majestad, y confio en la clarividencia de la esposa de dios.

-Con tu experiencia, Qaris, ¿no serías tú un perfecto sumo sacerdote?

-¡Oh, no, majestad! Mi lugar está aquí, en este palacio.

-Reúne a los sacerdotes, escribas y administradores en el patio al aire libre del templo de Karnak.

-¿Incluido Heray? Ahotep sonrió.

-No, porque no podría encontrar un ministro de Economía mejor.

Cuando la esposa de dios entró en el patio, las miradas convergieron en ella.

El ayudante del sumo sacerdote se adelantó.

El inventario de los bienes de este templo está a vuestra disposición, majestad, al igual que los documentos referentes a su gestión.

-Antes de consultaros, debo rendir homenaje al difunto.

-Descansa en su residencia oficial. ¿Puedo acompañaros?

-Sé dónde se encuentra.

El rostro del ayudante se ensombreció.

La reina pasó lentamente ante los hombres que el intendente Qaris había seleccionado. Uno de ellos la impresionó. Recogido, con la mirada grave, no aparentaba más que treinta años.

-¿Qué función ocupas? -le preguntó ella.

-Soy portador de ofrendas.

-¿Conoces las palabras de los dioses?

-Entre las horas de servicio, estudio los textos jeroglíficos.

-¿Qué sabes de Amón?

-Es el escultor que se ha esculpido a sí mismo, el modelador de la eternidad, cuya perfecta acción fue el nacimiento de la luz. Es el único, que sigue siendo un todo al crear la multiplicidad. Su verdadero nombre permanece oculto para siempre, pues es la propia vida. Su *ojo* derecho es el día; su *ojo* izquierdo, la noche. Buen pastor, es también el piloto del navío. Señor de los silenciosos, trae al mundo a los dioses.

-Estos discursos no nos llevan a ninguna parte -protestó el ayudante-. Karnak necesita un administrador serio, no un pensador perdido en sus abstracciones.

-¿Acaso no le corresponde a la esposa de dios la elección del nuevo sumo sacerdote?

-Ciertamente, majestad, ¡pero os suplico que reflexionéis! He trabajado muchos años junto a mi superior, y no me había designado por casualidad.

-¿Por qué no te propuso claramente como sucesor? El ayudante pareció molesto.

-La enfermedad le había debilitado mucho... Pero nadie dudaba de sus intenciones. ¡Y no será el portador de ofrendas Djehuty quien pueda sustituirlo!

-Djehuty... El nombre del dios Thot, el señor de la lengua sagrada, sobre la que fundamos nuestra civilización. ¿No es este un signo del destino?

El ayudante permaneció boquiabierto.

-Escribe tu nombre en un pedazo de papiro, y que Djehuty lo haga también -exigió la reina-. Los depositaré en el naos de la diosa Mut, y ella tomará la decisión.

En cuanto terminara la velada fúnebre, puesta bajo la protección de Isis, comenzaría la momificación del sumo

sacerdote. Tras haberse recogido ante los despojos de un fiel servidor y haber pronunciado las fórmulas de glorificación, la regente penetró en la capilla de Mut, abrió el naos y retiró los documentos. Luego, regresó al gran patio.

El ayudante tenía cerrados los puños; Djehuty parecía extrañamente tranquilo.

-Uno de los papiros ha sido abrasado por el fuego de la diosa Mut -reveló arrojando al suelo los calcinados fragmentos-. El otro está intacto.

-Debemos aceptar la voluntad de lo invisible -afirmó el ayudante, que había creído reconocer su pedazo de papiro en la mano de Ahotep.

Ella se lo mostró.

El nombre preservado era el de Djehuty.

Alto, delgado, de mirada profunda y severa, el joven príncipe Amosis cruzó el umbral del templo de Karnak. Contempló largo rato la puerta axial de granito rosado antes de descubrir un pórtico de pilares cuadrados, cuya austeridad le dilató el corazón. Así concebía él la necesaria rectitud de todo ser ante los albures del destino. Y quedó maravillado ante el segundo pórtico, cuyos pilares representaban a Osiris de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos sujetando los cetros del juicio y de la resurrección.

Ante cada coloso se erguía un sacerdote de Amón.

-Míralos bien, hijo mío -exigió Ahotep-, y designa al que te parezca capaz de cumplir la función de sumo sacerdote.

-¿En qué consiste?

-En servir al principio oculto, celebrando diariamente los ritos, para que acepte no abandonar esta tierra.

Amosis, sin arrogancia ni precipitación, clavó su mirada en la de cada uno de los ritualistas. Dejaba penetrar en su alma las

palabras de iniciación mencionadas por su madre e intentaba percibir si correspondían al ser al que miraba.

-Designo a este -dijo el príncipe con voz firme, mirando a Djehuty a los ojos.

El ayudante del sumo sacerdote difunto olisqueó el suelo ante la reina.

-Perdonad mi vanidad, majestad. Obedeceré a Djehuty y cumpliré del mejor modo las tareas que me confie.

Tras haber entronizado al nuevo sumo sacerdote, entregándole el bastón del Verbo y poniendo en el dedo corazón de su mano diestra un anillo de oro, la reina se llevó a Amosis hacia el oriente del templo.

Ante la capilla de Amón, en un altar, estaba la espada de luz que habían manejado los faraones Seqen y Kamosis.

-La puerta de esta capilla solo se abrirá, por sí misma, cuando se produzca la definitiva victoria sobre los hicsos -recordó Ahotep-. Pero antes habrá que derramar mucha sangre y muchas lágrimas, y saber manejar esta arma sin debilidad. ¿Te sientes capaz, Amosis?

El príncipe se acercó al altar, tocó el porro y pasó el dedo por la hoja.

-La espada de Amón es demasiado pesada para mí. Pero cuando mi brazo sea lo bastante fuerte, la manejaré.

-Solo tienes diez años y has perdido a tu padre y a tu hermano mayor, que murieron para liberar Egipto. Pese a su valor, la tarea está muy lejos de haber terminado. ¿Aceptas proseguirla aun a riesgo de tu vida?

-Vivir sin libertad es peor que la muerte.

-Egipto no puede sobrevivir sin la presencia de un faraón, Amosis, y a ti te ha elegido el destino para ejercer esa suprema función, como acabas de demostrar. Hasta que seas

realmente capaz de cumplirla, asumiré mis deberes de regente.

-¿Por qué no os convertís en faraón, madre? Nunca podré igualaros.

-Cuando mi tarea haya concluido, cuando Egipto pueda respirar libremente, será necesario un gran rey, joven e imbuido del espíritu de Maat, para reconstruir un mundo en armonía con las potencias creadoras. La energía de reinar debe, pues, animar tu corazón.

Ahotep y su hijo se dirigieron hacia el nuevo sumo sacerdote Djehuty.

-Prepara la ceremonia de coronación -le ordenó la reina.

En el preciso instante en que Ahotep pronunciaba esas palabras, el emperador Apofis fue presa de un fuerte malestar mientras hacía la siesta en su habitación, iluminada por numerosas lámparas, que ardían noche y día. Los labios y los tobillos se le hincharon, y la garganta se le cerró; se asfixiaba.

-No habrá nunca más rey que yo -murmuró con una cólera que le devolvió la energía.

Tomando su daga de pomo de oro, con una flor de loto de plata y de hoja de bronce triangular, la clavó en el lugar del muro donde el pintor cretense había representado una palmera.

-¡Todo me pertenece, incluso esta imagen!

El emperador abrió la puerta de su habitación, ante la que hacían guardia dos hombres.

-Que vayan a buscar al gran tesorero y preparen mi silla de mano.

-¿Cómo os sentís, majestad?

-Al templo de Set, pronto.

Abandonando el cálculo de los beneficios obtenidos con la venta de la droga, Khamudi había acudido al palacio para ayudar a Apofis a instalarse en la magnífica silla de mano que habían utilizado algunos faraones del Imperio Medio.

Veinte fuertes mocetones la levantaron y adoptaron un ritmo rápido, evitando, no obstante, sacudir al señor de los hicsos. Cincuenta soldados se encargaban de la seguridad, y Khamudi, aficionado a la buena carne, tenía dificultades para seguir el ritmo.

Al paso del cortejo, los escasos ociosos se apartaban. Mujeres y niños entraban precipitadamente en las casas.

Pero un muchachito había dejado caer, en medio de la calle, un juguete de madera que representaba un cocodrilo con las mandíbulas articuladas. soltó la mano de su madre para recuperarlo.

-¡Deteneos! -ordenó el emperador.

Con grandes ojos asombrados y curiosos, el chiquillo miraba a los soldados de cascos y corazas negros.

Sin la intervención de Apofis, habría sido pisoteado. Sobre su pecho, tenía muy apretado el cocodrilo de madera.

-Llévatelo, Khamudi.

Loca de preocupación, la madre se lanzó hacia los milicianos.

-¡Es mi hijo! ¡No le hagáis daño!

Tras una señal del emperador, el cortejo siguió adelante. El chiquillo no vio cómo un oficial degollaba a su madre.

Los sacerdotes de Set y del dios sirio de la tormenta, Hadad, no dejaban de recitar las fórmulas de conjuro para impedir que el cielo se desencadenara. Desde el comienzo de la mañana, extrañas nubes amenazaban Avaris. Un viento furioso, procedente del sur, hacía gemir las encinas plantadas

alrededor del altar principal. Las aguas del canal más cercano se levantaban en furiosas olas. -¡Llega el emperador! -exclamó un sacerdote. La silla fue depositada, suavemente, en el suelo.

Muy pálido, jadeante, Apofis se levantó con dificultad.

-Este mal tiempo es anormal, majestad, y todos estamos muy inquietos -reconoció el sumo sacerdote de Set.

-Alejaos, tú y tus colegas, y seguid recitando las fórmulas. Los sacerdotes se apartaron. La voz ronca y la gélida mirada de Apofis eran más terroríficas aún que de ordinario. Contempló el cielo enloquecido, como si solo él fuera capaz de descifrarlo.

-Trae al niño, Khamudi.

El gran tesorero arrastró hasta el altar al muchachito, que no había soltado su juguete.

-Tengo que regenerarme -reveló Apofis-, pues la reina Ahotep acaba de concebir una nueva agresión contra mí. Lo que prevé no debe realizarse. Por eso, Set exige un sacrificio que me devuelva la salud, un sacrificio que produzca una monstruosa tormenta contra Tebas. Coloca al niño en el altar, Khamudi.

El gran tesorero creyó adivinar las intenciones de su señor.

-Majestad, ¿queréis que me encargue yo mismo?

Ahora su aliento me pertenece. Solo yo puedo extraerlo de su cuerpo.

Indiferente a los gritos y las lágrimas, Khamudi rompió el juguete del niño y colocó a este en el altar.

Y el emperador desenvainó la daga.

El trueno despertó a Teti la Pequeña.

Como si acabara de recuperar el vigor de su juventud, la anciana dama saltó de la cama, se vistió con una túnica azul

oscuro y tomó el corredor que llevaba a la habitación de Ahotep.

La puerta se abrió antes de que la reina madre hubiera tenido tiempo de llamar.

-¿Has oído?

Varios relámpagos cruzaron el cielo del amanecer.

-No recuerdo una tormenta semejante-dijo Teti la Pequeña.

-Nada tiene de normal -respondió Ahotep-. Solo hay una explicación posible: el emperador despierta el furor de Set.

-¡Es imposible celebrar la ceremonia de la coronación!

-Imposible; tienes razón.

Aun los más dormilones habían sido arrancados de su quietud. En el interior del palacio, la gente se agitaba, y el intendente Qaris no conseguía calmar los ánimos.

Ahotep entró en la habitación de su hijo.

De pie ante una de las ventanas, Amosis contemplaba el furor de los cielos.

-¿Están los dioses enojados conmigo? -preguntó con gravedad.

-No, Amosis. El emperador de las tinieblas ha percibido nuestras intenciones y quiere impedir que subas al trono de los vivos.

Una lluvia de increíble violencia cayó sobre Tebas, y las tinieblas cubrieron el sol(1).

Nota:i. Estas perturbaciones del cosmos se evocan en una estela de material calcáreo, de 1,80 metros de alto y i , io metros de ancho, que estuvo expuesta en el templo de Karnak.

-¡Es la oscuridad de los infiernos! -gritó una sierva, mientras su colega, igualmente aterrorizada, huía gesticulando.

Nota-Enciende las lámparas -ordenó la reina a Qaris.

El rostro del intendente se descompuso.

-El aceite no arde, majestad.

Un enorme ruido sobresaltó toda la casa.

Por efecto de un rabioso viento, el techo del cuartel cercano al palacio acababa de volar y de aplastarse contra un granero. Presa del pánico, los tebanos salían de sus casas y corrían en todas direcciones.

Los perros aullaban a la muerte, a excepción de *Risueño,* que no abandonaba a su dueña.

Los muros de una casa de las afueras se derrumbaron, y unos niños encerrados en una de las alcobas murieron.

-¡Vamos a morir todos! -predijo un ciego. A su vez, el Nilo se desencadenó.

Una barca de pescadores que intentaba alejarse hacia el sur fue levantada por una ola y zozobró. Aunque eran excelentes nadadores, los cinco hombres perecieron ahogados.

En el puerto, las embarcaciones se quebraban al chocar unas contra otras. Ni siquiera el barco de guerra que había llevado a Ahotep de la base militar a la ciudad de Tebas pudo resistir la tempestad. Sus mástiles cayeron sobre los marineros de guardia. El capitán fue aplastado por la barra de un gobernalle que se había vuelto incontrolable. En menos de un cuarto de hora, el barco se hundió.

Los rayos no dejaban de caer.

Una bola de fuego incendió un taller de carpintería, y las llamas saltaron a las viviendas vecinas. El viento atizaba el fuego y hacía inútiles los esfuerzos de los aguadores.

Impotente, Ahotep asistía al desastre.

Muy pronto, Tebas solo sería una ruina, al igual que la base militar. Utilizando el poder de Set, Apofis reducía a la nada veinte años de esfuerzos.

Sin la Marina, con unas centenas de soldados supervivientes, la reina ya solo podría implorar la clemencia del tirano, que haría ejecutar a quienes hubieran sobrevivido al cataclismo.

Mejor era perecer en combate.

Con su hijo refugiado en el desierto en compañía de algunos fieles, Ahotep se enfrentaría sola con el señor de los hicsos. No llevaría más arma que el puñal de sílex que había utilizado en su juventud, cuando decidió ser la primera en resistirse al ocupante.

Veinte años de lucha, de sufrimientos y de esperanza; veinte años durante los que había conocido el amor e intensos períodos de felicidad; veinte años de rechazos de la opresión que concluían en una derrota de la que Egipto no se recuperaría.

-Prepárate para partir, Amosis.

-Deseo quedarme con vos, madre.

-La cólera de Set solo se extinguirá con la destrucción de Tebas. Debes sobrevivir. Algún día, reanudarás la lucha.

-Y vos, madre, ¿qué pensáis hacer?

-Reunir a los soldados que estén en condiciones de combatir y atacar Avaris.

El muchacho permaneció imperturbable.

-¿No se trata de un suicidio?

-Apofis debe creer que su victoria es total. Desaparecida yo, muerto tú en Tebas, ¿qué más puede temer? Tendrás que comenzar de cero, Amosis, como yo misma hice. Sobre todo, no renuncies nunca. Y si la muerte interrumpe tu obra, que tu ka pueda animar otro corazón.

Amosis se lanzó a los brazos de su madre, que lo estrechó largo rato.

-Piensa solo en la rectitud y el respeto a Maat, hijo mío; son las únicas fuerzas de las que el emperador nunca dispondrá.

La tormenta arreciaba. Numerosas casas habían sido devastadas, y las víctimas eran contables. Los *ueds* se habían transformado en torrentes que acarreaban piedras y restos. En la orilla occidental, las antiguas necrópolis eran invadidas por ríos de barro.

-Apresúrate, Qaris -exigió la reina-. Vete con mi hijo hacia el desierto del este. Que Heray te acompañe, si lo encuentras.

-Majestad, deberíais...

-Me quedo junto a la reina madre.

Ahotep besó a Amosis por última vez y lo entregó al intendente con la esperanza de que escaparan de la tormenta.

Al volverse, la reina descubrió a un inesperado aliado: *Viento del Norte,* un asno monumental, de pelaje gris, hocico y vientre blancos, de anchos ollares e inmensas orejas. Los ojos, en los que brillaba una vivaz inteligencia, miraban a la soberana.

-¿Qué intentas decirme?

El asno dio media vuelta, y Ahotep lo siguió.

En cuanto salió de palacio, la reina quedó empapada en pocos segundos.

Viento del Norte levantó la cabeza y señaló con el hocico las nubes negras que los relámpagos seguían desgarrando.

-¡Sí, hay que intentarlo! -le dijo acariciándolo.

Ahotep corrió hacia la capilla del palacio, donde se conservaba el cetro de oro cuya parte superior tenía la forma del animal de Set, una especie de okapi. Encarnación del poderío, había sido confiado a la reina por la diosa Mut.(1)

Nota (1)i. La Osa Mayor, sede de la potencia de Set.

Y otro animal de Set, el asno, acababa de abrir un camino: puesto que el emperador se dirigía al dios de la tormenta, ¿por qué no imitarle?

Ahotep subió al tejado del palacio y blandió hacia el cielo el cetro de oro.

-¡Tú que manejas el rayo, revélate! ¿Qué puedes temer de mí? Manejo tu símbolo, detento esa luz que no destruye, sino que ilumina la tierra. Obedéceme, Set, o ningún culto te será rendido ya. No, el emperador de las tinieblas no es tu único señor. ¿Por qué te levantas contra tu país y contra tu hermano Horus, el faraón de Egipto? ¡Muestra tu verdadero rostro! ¡Que tu energía penetre en tu cetro!

Las nubes se abrieron para dejar que apareciera, al norte del cielo, la figura de una pata de toro, donde residía la misteriosa fuerza que nunca dominarían los humanos.

Y un nuevo relámpago, más violento y más intenso que los demás, brotó de las profundidades del cosmos para precipitarse hacia el cetro de oro que la Reina Libertad sujetaba con mano firme.

E1 grito de rabia de Apofis resonó en toda la ciudadela y heló de espanto a quienes se hallaban en ella.

El emperador acababa de sentir, en su carne, un dolor atroz. La quemazón significaba que el fuego de Set se volvía contra él. Sobre su templo de Avaris se amontonaban unas nubes

negras que procedían de las cuatro esquinas del espacio a la velocidad de un caballo al galope. Brotaron de ellas ráfagas de rayos: unos caían sobre las viviendas de los sacerdotes; otros, en la avenida de encinas que llevaba al altar. Las ramas se inflamaban, y el viento atizó el incendio.

Una lluvia tempestuosa cayó sobre Avaris con tal violencia que los soldados se refugiaron en los puestos de guardia y en los cuarteles, ocultando la cabeza con sus manos para intentar escapar de la cólera de Set.

-¡Hemos sido maldecidos! -gritó Tany, la esposa del emperador, de pie en la cama y con baba en los labios.

Dos sirvientas la obligaron a tenderse.

-¡Son los tebanos! ¡Ya vuelven! La reina Ahotep con una espada... ¡Las olas sumergirán la capital! ¡El fuego destruirá la ciudadela!

Mientras Tany deliraba, el emperador subía lentamente la escalera que llevaba a la más alta torre.

Bajo el diluvio, dirigió su daga hasta el cielo negro como la tinta.

-¡Eres mi aliado, Set, y debes herir a mis enemigos!

Se produjo un relámpago más cegador aún que los precedentes, y con un estruendo que rompió tímpanos, el rayo cayó sobre la torre.

Desde el intento de asesinato del que había escapado por los pelos, el almirante Jannas gozaba día y noche de una cuidadosa protección. En adelante, Khamudi no tendría ya oportunidad alguna de pillarle por sorpresa.

Al almirante no le había sorprendido saber que el gran tesorero había tomado idénticas disposiciones. Comprendiendo que Jannas conocía sus intenciones, temía, a

su vez, ser eliminado. Entre ambos hombres se iniciaba una lucha a muerte.

-La reunión del consejo supremo se mantiene, almirante -le confirmó su ayudante de campo.

-¿Noticias del emperador?

-Según unos, murió fulminado; según otros, agoniza. Y algunos afirman que ha perdido el uso de la palabra. Almirante...

-¿Qué sucede?

-La mayoría de los hicsos están dispuestos a obedeceros.

-¡Olvidas a Khamudi!

-Tiene sus partidarios, es cierto, pero son mucho menos numerosos que los vuestros. En cuanto sea necesario...

-Aguardemos al consejo supremo -decidió Jannas.

Pese a las pinturas cretenses, brillantes y coloreadas, la sala del consejo permanecía fría y siniestra. Todos los grandes dignatarios del Imperio estaban presentes. Jannas y Khamudi se hallaban frente a frente, junto al modesto trono de pino del emperador.

Cuando el médico de palacio anunciara oficialmente la muerte del emperador Apofis o su incapacidad para gobernar, ¿qué ocurriría? Unos pensaban que Khamudi se apoyaría en su posición de gran tesorero para asegurar una interinidad que convertiría en definitiva; pero Jannas, el jefe del ejército, rechazaría por fuerza esa solución.

Solo un baño de sangre resolvería el inevitable conflicto entre los dos aspirantes al poder. Y en este juego, el almirante sería el más fuerte.

Por eso, Khamudi, que sufría unos picores que las pomadas no conseguían calmar, no mostraba su habitual seguridad.

Aunque había sobornado a muchos oficiales superiores, temía no salir vivo de la ciudadela.

De pronto, apareció Apofis.

Vistiendo un manto de un pardo oscuro, con pasos pesados, el emperador clavó su gélida mirada en cada uno de los dignatarios antes de sentarse.

Todos se sintieron culpables por haber dudado de él, y Khamudi recuperó la sonrisa.

-Set ha infligido terribles daños a Tebas -declaró Apofis, cuya voz ronca hacía temblar a los más valerosos-. La ciudad está medio destruida; el ejército de Ahotep, diezmado, y su Marina de Guerra, aniquilada.

-Majestad -preguntó Jannas-, ¿me dais la orden de atacar a los rebeldes para darles un golpe fatal y entregaros a esa reina, viva o muerta?

-Cada cosa a su tiempo, almirante. Primero, sabed que mi protector, Set, ha hecho de mí un nuevo Horus. En los documentos oficiales, se me llamará, en adelante, «el que apacigua las Dos Tierras». Luego, Set me ha revelado las razones de su cólera contra Avaris: esta ciudad, mi capital, alberga a traidores, conspiradores y tibios que se atreven a criticar y desaprobar mis decisiones. Estoy decidido a eliminar esa podredumbre. Luego, almirante Jannas, nos encargaremos de Ahotep.

El harén de Avaris era un infierno. Estaban allí encerradas las más bellas muchachas de la antigua aristocracia egipcia. En cualquier momento debían satisfacer los deseos de los dignatarios del Imperio. Si una de ellas mentaba suicidarse, los miembros de su familia eran torturados y deportados. Algunas, sin embargo, se agarraban a esa supervivencia, recordando que, antaño, una conspiración fomentada en el interior del harén había estado a punto de tener éxito. ¿Y no corría el rumor de que el emperador agonizaba? Tal vez su sucesor fuera menos inhumano.

Soñando con una suerte menos cruel, una magnífica muchacha morena, de veinte años, abrió la puerta de la sala donde sus compañeras y ella misma se maquillaban aguardando a los visitantes.

El grito de terror se heló en su garganta cuando el soldado hicso le destrozó el cráneo de un mazazo.

-Exterminad a esa basura -ordenó el oficial a sus hombres, ataviados con casco y coraza como si fueran a librar un feroz combate-. El emperador ha decidido cerrar este harén porque aquí se murmura contra él.

Los asesinos lamentaron no tener la ocasión de aprovecharse de aquellas soberbias hembras antes de sacrificarlas. Pero las consignas de Apofis eran estrictas.

Con el corazón atravesado por un puñal, el borrico de dulce mirada murió sin comprender lo que le reprochaban. Era el centésimo asno que sacrificaba el sumo sacerdote de Set para apaciguar la cólera del dios. Cubierto de sangre, el hombre se cambiaba de túnica cuando vio que se acercaba una escuadra mandada por Khamudi.

-Síguenos, sumo sacerdote.

-Pero tengo que matar aún unas bestias y...

-Síguenos.

-¿Adónde me lleváis?

-El emperador quiere verte.

-¡El emperador! Debo lavarme y...

-No es necesario. Y bien sabes que al emperador le horroriza esperar.

Apofis estaba en el estrado instalado sobre sus dos distracciones favoritas: a un lado, el laberinto; al otro, la arena, donde actuaba un toro de combate. Desde el inicio de

la depuración, pasaba varias horas al día viendo morir a aquellos y aquellas a quienes había condenado. Unos acababan corneados y pisoteados; otros, desgarrados al caer en una de las múltiples trampas del laberinto.

El sumo sacerdote se derrumbó ante el emperador.

-¡No dejamos de rendir homenaje a Set, majestad! Vuestras directrices se ejecutan fielmente.

-Perfecto, sumo sacerdote. Pero ¿no perdiste, durante la tormenta, tu confianza en mí?

-¡Ni un solo instante, majestad!

-Mientes muy mal. Dadas tus altas funciones, te dejo elegir: el laberinto o el toro.

-Majestad, mi obediencia es total, y os aseguro que...

-Dudaste de mí -lo interrumpió Apofis-. Es una traición imperdonable, un crimen que merece la muerte.

-¡Piedad! ¡No!

Exasperado por los sollozos del condenado, el emperador le empujó con una fuerte patada y lo hizo caer a la arena.

El sumo sacerdote corrió dando la espalda al monstruo, que le empitonó de una sola cornada.

El emperador se interesó en su próxima víctima, una cocinera de palacio. La desvergonzada se había atrevido a afirmar que Apofis estaba gravemente enfermo. Acabaría en el laberinto.

La seguirían soldados, negociantes y funcionarios de la Administración, hicsos que, también ellos, habían dudado de la grandeza de Apofis. En cuanto a los egipcios sospechosos, estaban siendo deportados en masa a Tjaru y a Sharuhen, bajo la responsabilidad de Dama Aberia, cuya competencia hacía maravillas. La operación requeriría tiempo, pero Avaris quedaría depurada.

Tocada con el disco solar, con los ojos llameantes, la estatua de la diosa Mut contemplaba a la reina Ahotep, que iba a agradecerle que hubiese protegido el templo de Karnak durante la devastadora tormenta, de la que Tebas se recuperaba trabajosamente.

En cuanto el rayo había quedado aprisionado en el cetro de oro de la regente, las nubes se habían dislocado, la lluvia había cesado y el viento se había calmado. Poco a poco, el cielo recobraba su serenidad, iluminado de nuevo por un sol triunfante.

Heray reunía voluntarios para hacer que desaparecieran las huellas del cataclismo. La única arma eficaz ante la desgracia era la solidaridad. Traducción cotidiana de la diosa Maat, devolvía la esperanza a las víctimas y multiplicaba la eficacia de quienes las ayudaban.

Enriquecida ya con mil anécdotas, la leyenda de la reina se embellecía con su capacidad para hechizar a Set, el violento, y para capturar su fuego; pero Ahotep permanecía indiferente a las alabanzas, pues quería escuchar el juicio de Mut. Padre y madre a la vez, vida y muerte, ¿aceptaría la esposa de Amón que el joven Amosis fuese faraón?

Sin su consentimiento, incluso los milagros serían inútiles.

-Siempre me has mostrado el camino que debía seguir, Mut. Amosis no es solo mi hijo, es también el futuro faraón. Si no fuera así, yo habría buscado a alguien más para cumplir esa función. Estoy convencida de que el furor de Set fue provocado por el emperador de las tinieblas, con el fin de impedir la coronación y no porque Amosis sea incapaz de reinar sobre las Dos Tierras. Pero tal vez me equivoco... Tu mirada sabrá penetrar la oscuridad, pues nunca me has mentido. ¿Debe subir Amosis al trono de los vivos?

La estatua inclinó hacia delante la cabeza.

Heray permitió que sus cien kilos se derrumbaran en una sólida silla baja. Su habitual alegría de vivir parecía alterada.

-Los daños son considerables, majestad. Necesitaremos varios meses para ponerlo todo en condiciones y reconstruir el número de casas necesario, sin olvidarnos de edificar a toda prisa improvisados alojamientos.

-El Tesoro ayudará a los más necesitados -prometió Ahotep.

-Desgraciadamente, hay muertos, entre ellos varios niños.

-Cada difunto será enterrado ritualmente, y nombraré sacerdotes del ka para que los hagan revivir cada día.

-La base militar se ha visto gravemente dañada -reveló el intendente Qaris-. A pesar de los esfuerzos de nuestros marinos, más de la mitad de la flota fue destruida por el huracán.

-Que los carpinteros pongan de inmediato manos a la obra y que contraten el máximo número de aprendices. Hasta que dispongamos de una cantidad suficiente de barcos, no habrá ni un día de descanso, aunque se doblará la paga.

-Es inútil que nos tapemos los ojos -precisó el canciller Neshi: si los hicsos atacan, seremos aniquilados.

-Primero tendrán que superar el obstáculo que constituyen nuestras tropas reunidas a la altura de Fayum.

-Sabéis muy bien, majestad, que no conseguirán contener una verdadera ofensiva. Y reconstituir nuestras fuerzas exigirá tiempo, mucho tiempo.

-Lo más urgente decretó Ahotep- es la coronación del nuevo faraón.

Durante algunos días, Tebas decidió olvidar sus heridas, no pensar en la probable oleada de hicsos y consagrarse a las ceremonias de la coronación, cuya parte secreta tuvo lugar en el templo de Karnak. El nuevo sumo sacerdote Djehuty y la esposa de dios presidieron el perfecto desarrollo del ritual, que vio cómo Amosis era purificado por Horus y Thot, y

proclamado luego soberano del Alto y el Bajo Egipto por las diosas buitre y cobra.

Su primer acto como faraón consistió en ofrecer una estatuilla de la diosa Maat al dios Amón, el principio oculto, y en jurar que observaría durante toda su vida la rectitud y la justicia, para que los vínculos entre lo divino y lo humano no se rompieran.

Reconocido rey por aclamación, Amosis salió del templo para ir al encuentro de su pueblo. Le precedían portadores de enseñas que simbolizaban las provincias de Egipto, cuyo unificador debía ser.

La voz de Ahotep proclamó los nombres y los deberes del nuevo faraón, que sucedía a Kamosis.

-Amosis es el que reúne el Doble País, el hijo de Amón-Ra, brotado de su ser; el heredero a quien el Creador dio su trono, su verdadero representante en la tierra. Valeroso, desprovisto de mentira, nos transmite el soplo de vida, hace que brille la realeza, establece firmemente a Maat y derrama la alegría. Es el soporte del cielo y el gobernalle del navío del Estado.

Ya avanzada la noche, cuando la luna llena brillaba en la vertical del templo y en la ciudad resonaban aún los ruidos de la fiesta, un niño de diez años recordaba cada una de las palabras pronunciadas por su madre. Entre el temor y el orgullo, acababa de comprender que su existencia no se parecería a la de los demás hombres y que, poco a poco, la función real se apoderaría de todo su ser.

Con las estelas y estatuas egipcias destruidas o desnaturalizadas, Apofis se aprovechaba plenamente de las pinturas de Minos, el artista cretense al que acababa de convocar, sumiendo a Ventosa en la angustia. Temible seductora, la joven hermana del emperador atraía a su lecho a los dignatarios sospechosos de no aprobar sin reservas la política de Apofis. Tras haber obtenido confidencias en la

almohada, Ventosa los denunciaba. Y los traidores eran condenados al laberinto.

Devoradora de hombres, la soberbia euroasiática había vivido una verdadera conmoción al enamorarse de Minos. Sin dejar de cumplir su papel de espía, seguía enamorada del cretense, cuyo inconfesable secreto, sin embargo, conocía: dispuesto a todo para regresar a su país, conspiraba contra el emperador. Ventosa había estado a punto de revelar la verdad al señor de los hicsos, pero eso hubiera supuesto condenar a su amante a una muerte atroz.

Por primera vez, se negaba a servir al emperador.

Pero ¿no acabaría este averiguándolo? Cuando la miraba, ella tenía la impresión de estar prisionera de una telaraña donde se debatía en vano. Cuando lo decidiera, Apofis devoraría a sus presas: Ventosa y su amante cretense.

De momento, hablaba con Minos.

Angustiada, la muchacha temía lo peor. El emperador podía hacer que torturaran al pintor, que lo deportaran, que lo arrojaran al laberinto. Luego, llegaría su turno. Aquel supuesto hermano mucho mayor que ella la había aterrorizado siempre, aunque fuese una de las pocas personas, si no la única, que podía dirigirse a él con cierta desenvoltura. Pero Ventosa no se hacía ilusión alguna: el día en que ya no fuera útil a Apofis, la entregaría como pasto a sus oficiales o, peor aún, a las dos mujeres que la odiaban, la mujer del emperador, Tany, y la esposa del gran tesorero, Yima.

Ventosa sería incapaz de justificar su silencio. Como conspirador, Minos debería haber sido ejecutado. Y no podía esperar la menor clemencia hablándole de amor al emperador.

Era imposible imaginar una vida sin Minos. En el mundo cruel y perverso donde flotaba, él encarnaba la inocencia y la verdadera pasión, desprovista de sombras y cálculos. Pintor genial, amante sincero, le ofrecía una felicidad inesperada.

Fueran cuales fuesen las consecuencias de su actitud, protegería a Minos. Pero ¿estaba vivo aún?

Ventosa desdeñaba la droga que circulaba por la capital y hacía la fortuna de Khamudi, ese advenedizo pretencioso, cuya avidez solo era equiparable a su crueldad. Tan depravado como su esposa, medio loca, su distracción era infligir las peores sevicias a jóvenes esclavas. Pero seguía siendo el brazo derecho del emperador.

La puerta de la habitación se abrió.

-¡Minos, por fin! Estás tan pálido. ¿Qué te ha pedido Apofis?

-Grifos... Quiere que pinte grifos a uno y otro lado de su trono, ¡como en el palacio de Cnosos! Así se hará invulnerable. Al borde del desmayo, el pintor no podía confesar a su amante que creía que había llegado su última hora. Incluso en los brazos de Ventosa, que se le entregaba con ardor, el cretense se sentía prisionero aún de la gélida mirada de Apofis.

Sabía.

El emperador lo sabía, y se divertía con su presa. Los grifos serían, probablemente, la última obra de Minos.

Minos había empezado a dibujar los grifos y estaba del todo decidido a batir marcas de lentitud. De ese modo, mientras la obra no estuviera terminada, su vida estaría a salvo, y tal vez encontrara un medio de eliminar al emperador.

A pesar de su diferencia de edad, el cretense se sentía incapaz de acabar con Apofis con las manos desnudas. Necesitaría un puñal, pero nadie, ni siquiera Ventosa, se presentaba ante el señor de los hicsos sin haber sido registrado.

De pronto, un viento gélido contrajo los músculos de su espalda.

-Tu trabajo no avanza deprisa, Minos, y los meses pasan - advirtió la horrible voz ronca del emperador.

Según su costumbre, había aparecido como un demonio que surgiera de las tinieblas. Nadie le oía acercarse.

-Majestad, apresurar mi mano podría estropear la obra.

-Necesito enseguida esos grifos, mi joven amigo. Y sobre todo, que inspiren miedo y que su mirada sea terrorífica.

Pese a las repetidas demandas de Jannas, Apofis no lanzaría ofensiva alguna mientras los dos grifos no estuvieran en condiciones de defender el trono. El almirante se mostraba muy impaciente mientras afirmaba que no había que dar tiempo a Ahotep para reconstruir sus fuerzas, pero su visión era demasiado roma. El emperador, en cambio, sabía que los daños sufridos por los tebanos tardarían varios años en ser reparados. En cuanto los ojos de los grifos lanzaran brillos destructores, en cuanto su poder estuviera fuera del alcance de cualquier conspirador y terminara la depuración, Apofis resolvería definitivamente el caso de la reina y de los resistentes.

Minos no se atrevía a volverse.

-¿Me has comprendido bien, joven amigo?

-¡Sí, sí, majestad!

Apofis se fue por el pasillo que llevaba a la sala del consejo.

En el umbral se encontró con un Khamudi excitado.

-¡Un mensaje, señor! ¡Un mensaje de vuestro informador! El espía hicso no se había manifestado desde hacía mucho tiempo, sin duda porque había tenido las mayores dificultades para transmitir ese pedazo de papiro escrito en lenguaje codificado, del que solo el emperador poseía la clave.

Al leer el texto, el rostro de Apofis expresó un odio tal que el propio Khamudi quedó impresionado.

-¡Ahotep se ha atrevido! Esa maldita reina se ha atrevido a llevar a cabo la coronación de su hijo, un chiquillo que tiene

hoy once años y al que presenta como faraón. Uno y otra serán aplastados. Pero primero sembraremos el desconcierto en sus propias filas.

Llevándose las manos al vientre, el gran tesorero se retorció de dolor.

-Perdonadme, majestad, es un cálculo en la vejiga. No creo que pueda asistir al consejo.

-Haz que te operen, Khamudi. Tenemos mucho trabajo por delante.

Con el pelo decolorado para parecer rubia, y cada vez más rechoncha dada su inmoderada afición a los dulces, Yima se mordía las uñas.

Sin su marido Khamudi, estaba perdida. Como algunos murmuraban que la enfermedad del gran tesorero era consecuencia de un maleficio hecho por Apofis, el desgraciado no tenía posibilidad alguna de sobrevivir. Y después de su desaparición, ¿no perdería Yima la mayor parte de su fortuna, requisada por palacio? Ciertamente, defendería su causa ante Tany, pero esta, guardando constantemente cama, solo se preocupaba de su propia persona.

-Ha llegado el cirujano -la avisó el portero.

El terapeuta era un cananeo, como ella, y tenía buena reputación. Se decía que era capaz de tratar un caso semejante al de Khamudi, que no dejaba de gemir.

-Mi marido es un hombre muy importante; hay que cuidarle del mejor modo.

-Nadie ignora el eminente papel del Gran Tesorero, dama Yima. Confiad en mi técnica.

-¿Es realmente... eficaz?

-Sí, pero dolorosa.

-Tengo droga.

Yima hizo absorber a su marido un analgésico a base de adormidera rosa. Por lo general, se limitaba a una pequeña cantidad para mejorar su rendimiento amoroso, pero esa vez la dosis lo durmió.

El cirujano sacó de su bolsa un tubo de cartílago que introdujo en el conducto urinario del enfermo hasta el cuello de la vejiga.

Khamudi no reaccionó.

El facultativo metió un dedo en su ano, descubrió el cálculo y lo empujó hacia el cuello. Luego, sopló con todas sus fuerzas en el otro extremo del tubo, para dilatarlo, y aspiró bruscamente para conseguir que el cálculo pasara.

Tras haber fijado otro tubo al que acababa de utilizar, hizo que el cálculo descendiera por el pene y lo sacó a mano.(1)

Notal (1):. Descripción de acuerdo con El viaje a Egipto de Edward Brown, El Cairo, 1974.

Con el espíritu brumoso aún, Khamudi entró en el despacho del emperador, que acababa de redactar un texto mediante jeroglíficos.

-¿Cómo te sientes, amigo mío?

-Liberado, majestad. aunque cansado y con náuseas.

-Te recuperarás muy pronto. No existe mejor remedio que un trabajo encarnizado, y eso es precisamente lo que pienso ofrecerte.

El gran tesorero se habría tomado, de buena gana, algunos días de descanso, pero las órdenes del emperador no se discutían, sobre todo cuando tenía ante él a un adversario tan inquietante como Jannas.

-¿Están bien provistas nuestras reservas de escarabeos?

-Los tenemos de todos los tamaños y en varios materiales, desde la piedra a la loza.

-Necesito miles, Khamudi, y exijo que se inscriban enseguida. He aquí el mensaje que debe ser entregado a todas las regiones posibles.

En el lugar llamado Puerto-de-Kamosis en memoria del faraón difunto, el gobernador Emheb reforzaba cada día su dispositivo defensivo gracias al ardor de soldados veteranos. En esa magnífica región del Egipto Medio, el coloso pensaba a menudo en su ciudad de Edfú, al sur de Tebas, una ciudad que probablemente nunca volvería a ver.

Aunque la suerte le hubiera sonreído en el frente de Cusae, sin duda acabaría abandonándole, si tanto recurría a ella. Una vez más estaba en primera línea, en compañía de Ahmosis, hijo de Abana, arquero de élite y capitán de navío. Entre ambos, sabían remontar la moral de las tropas en las peores condiciones. Pero cuando había sido informado de los daños infligidos en Tebas por un cataclismo, el vividor de cuello de toro, de anchos hombros e hinchada panza, se había sentado en el umbral de su tienda, pensando que la epopeya de Ahotep corría el peligro de terminar en un desastre.

Si no recibía refuerzos, ¿cómo podría Emheb resistir una ofensiva de la envergadura de los hicsos? El emperador se tomaba tiempo para permitir que Jannas adiestrara un enorme ejército que comenzaría arrasando Menfis, destruiría luego a su paso las bolsas de resistencia -de las cuales, la más importante era la de Puerto-de-Kamosis- y caería, por fin, sobre Tebas, incapaz de defenderse.

-Gobernador -le dijo Ahmosis, hijo de Abana-, nuestros aliados de Menfis acaban de enviarnos estos mensajes del emperador.

Se trataba de una decena de escarabeos de loza y cornalina, todos con el mismo texto, escrito con groseros jeroglíficos y con faltas que no habría cometido un escriba experimentado.

-Transmitámoslos de inmediato a la regente -recomendó Emheb-; este ataque podría resultarnos fatal.

“A todos los habitantes del Doble País, en nombre del emperador Apofis, rey del Alto y el Bajo Egipto, he aquí lo que debe ser conocido: el rayo de Set ha caído sobre Tebas, la ciudad de los rebeldes. Su palacio ha sido destruido, la reina Ahotep ha muerto y su hijo Amosis, faraón fantoche, ha perecido en la ruina. El ejército de los insumisos no existe ya. Los supervivientes han desertado. Que todos se sometan a Apofis. Cualquiera que desobedeciere será severamente castigado.”

-¡Nadie debe leer este texto! -se inflamó el canciller Neshi.

-Demasiado tarde -se lamentó la reina Ahotep.

-Nos arriesgamos a una desbandada general -se angustió el intendente Qaris-. Aquí, en Tebas, demostraréis fácilmente que el emperador sigue mintiendo y practicando una política de desinformación, pero en otros sitios... En Menfis, los resistentes depondrán las armas y tal vez, incluso, en Puerto-de-Kamosis.

-Nos queda un modo de contraatacar: redactaré de inmediato un corto mensaje que nuestros escribas copiarán en pequeños papiros. Los confiaremos, a *Bribón y* a su escuadra.

Excepcional atleta, formado y condecorado, *Bribón* era el jefe indiscutible de las palomas mensajeras, capaz de recorrer de un tirón mil doscientos kilómetros a una velocidad media de setenta y dos kilómetros por hora. Herido en una peligrosa misión, se había recuperado por completo y pasaba, de buena gana, sus veladas con *Risueño el Joven,* a quien parecía contar sus recuerdos de guerrero infatigable.

Siempre capaces de orientarse en función del magnetismo terrestre, las palomas eran amenazadas por las rapaces y las flechas enemigas. Pero los soldados de *Bribón* habían aprendido a utilizar la astucia, sirviéndose de su muy desarrollada agudeza visual.

Existía otro peligro, más pérfido. Según Ahotep, el espía hicso había envenenado antaño a uno de los mensajeros para interrumpir el contacto entre ella y su hijo Kamosis. Desde aquel incidente, los soldados vigilaban de cerca el palomar.

Y con un concierto de batir de alas, *Bribón* y sus camaradas emprendieron el vuelo -unos hacia el sur, otros hacia el norte para propagar el mensaje de la reina Ahotep.

-No os mováis -recomendó Ahmosis, hijo de Abana, a los dos soldados que, con un fardo al hombro, se disponían a desertar.

-Con una flecha solo matarías a uno de nosotros -replicó el más joven.

-Deberías desconfiar -objetó su camarada-. Habrá disparado otra flecha antes de que puedas acercarte a él.

-No tengo la menor intención de eliminar a unos soldados egipcios -precisó Ahmosis, hijo de Abana-, pero detesto a los cobardes. Si dais un paso más, será el último, porque os dejaré tullidos y nunca más podréis caminar.

-¿No conoces las noticias? La reina ha muerto; no hay ya faraón, no hay Tebas, no hay ejército de liberación. Se impone la retirada antes de que aparezcan los hicsos.

-El emperador es un mentiroso.

-Y entonces, ¿por qué no viene la reina?

Un rumor de alas intrigó al arquero, que no dejaba de apuntar a los desertores.

La paloma se posó y la reconoció: *Bribón,* con un mensaje atado a su pata derecha.

-Despertaremos al gobernador. Pasad delante.

Dado el aire intransigente del tirador de élite, los dos hombres prefirieron obedecer.

El gobernador no dormía. También reconoció de inmediato a *Bribón,* que lo contemplaba con una mirada inteligente y orgullosa.

Tras haberle acariciado dulcemente la parte alta de la cabeza, Emheb desenrolló el minúsculo papiro que llevaba el sello real, lo recorrió a toda prisa y, luego, leyó en voz alta el texto.

-«Año segundo del reinado del faraón Amosis, el tercer día del primer mes de la segunda estación. El vil asiático Apofis, emperador de las tinieblas y usurpador, sigue mintiendo mediante escarabeos de propaganda. La reina Ahotep, esposa de dios y regente del reino, está perfectamente bien, al igual que su amado hijo, el faraón del Alto y el Bajo Egipto, Amosis. En Tebas, se llevan a cabo los ritos en favor de Amón, dios de las victorias, y el ejército de liberación sigue preparándose para acabar con los invasores y restablecer el reinado de Maat.»

Los dos desertores se quedaron boquiabiertos.

-Os lo dije -recordó Ahmosis, hijo de Abana.

-Bueno, hemos metido la pata -reconoció el de más edad-. Podríamos olvidarlo, ¿no?

-El gobernador Emheb precisará el castigo que deberá seros impuesto.

El arco seguía tenso, con la flecha dispuesta, y el gobernador Emheb tenía una mirada dura y colérica, que no presagiaba nada bueno.

Poniéndose a la espalda de los dos soldados, les soltó con vigor una patada en el culo.

-Por esta vez, bastará -decretó-. Pero si volvéis a creer cualquier estupidez, dejaré que Ahmosis, hijo de Abana, se encargue de vosotros.

Hacía varios meses que duraba la batalla de los comunicados. En Menfis, tras unos movimientos de pánico, los responsables de la resistencia habían conseguido mantener una apariencia de cohesión entre sus tropas. Inúndados de escarabeos hicsos que contradecían los papiros de las palomas mensajeras, ciudadanos y campesinos se reunían para discutir.

En los comienzos del año tres de Amosis, su convicción quedó establecida: el emperador mentía. Unos oficiales llegados de Tebas confirmaron a los jefes de las provincias de la zona libre que la reina Ahotep proseguía el combate y que el joven faraón Amosis tenía un carácter tan decidido como su padre y su hermano.

Con un poco de suerte, tal vez la noticia circularía por Avaris y por el Delta.

-He trabajado todo el día y estoy agotado -se quejó Minos.

-Yo haré desaparecer tu fatiga -prometió Ventosa, lavando con agua perfumada el juvenil cuerpo de su amante cretense. Minos olvidó muy pronto las horas pasadas perfeccionando el menor detalle de los grifos, a causa de las muy precisas exigencias del emperador, y acarició con ardor las formas perfectas de la hermosa euroasiática.

Juntos llegaron al placer, en un nuevo deslumbramiento que apaciguó las angustias de Ventosa y devolvió la esperanza a Minos. Pero, pasado el éxtasis, la realidad les saltó de nuevo a la cara: nunca Ventosa confesaría a su amante que le había espiado y que conocía sus intenciones; nunca Minos confesaría a su amante que quería librarse del emperador. Convencido de que Apofis le había descubierto y jugaba con su presa, el pintor temía no sobrevivir a sus grifos.

-En palacio solo se habla de tu nueva obra maestra, pero nadie la ha visto. Hace mucho tiempo que la sala del trono es inaccesible.

-Apofis no utilizará los monstruos antes de considerarlos perfectos. Él, que tanta prisa tenía, me obliga a rectificar mi

estilo para que estén del todo de acuerdo con su visión. Son terroríficos, Ventosa; apenas si me atrevo a contemplarlos. Un poco de intensidad en la mirada, y habré terminado. Luego, el emperador los animará con su magia destructora.

-¿Por qué tienes tanto miedo, Minos?

-Cuando descubras los grifos, lo comprenderás.

-¿Crees que Apofis va a elegirte como su primera víctima?

El pintor se apartó de su amante.

-¡Es muy capaz! ¿Sabías que por Avaris corren extraños rumores que afirman que la reina Ahotep y su hijo siguen vivos?

-No escuches esos chismes, amor mío.

-Quiero regresar a Creta contigo, Ventosa. Allí nos casaremos, tendremos hijos y viviremos felices, sencillamente.

-Sí, sencillamente...

-Al rey Minos el Grande le gustan los artistas. Él me permitió llevar su nombre. Tendremos una casa soberbia, cerca de Cnosos, la capital, en un soleado valle. Puesto que mi trabajo termina, habla con el emperador. Que nos deje partir.

Para completar su curación, el gran tesorero Khamudi tenía que observar un período de abstinencia demasiado largo para su esposa, de modo que Yima hacía arrumacos por los pasillos de palacio, buscando un macho lo bastante atractivo y, a la vez, lo bastante discreto como para no revelar nunca su breve relación.

Detuvo al seductor Minos, que regresaba a sus aposentos.

-¿Habéis terminado vuestra obra maestra? -le preguntó con una sonrisa incitadora.

-El emperador debe decidir.

-Solo se habla de vos, Minos, y de vuestro extraordinario talento. Me gustaría conoceros mejor.

-Mi trabajo requiere todo mi tiempo, señora. Ella le rozó con un movimiento de caderas.

-También hay que saber distraerse, ¿no creéis? Estoy segura de que merecéis mucho más que los brazos de una sola mujer. Atrapado en un estrecho pasillo, el cretense no sabía cómo escapar de aquella rubia cada vez más apremiante.

-¡No te acerques a Minos! -exigió la cortante voz de Ventosa. Yima no se desconcertó.

-¡He aquí nuestra hermosa princesa! Así pues, el rumor es cierto: aún no te has cansado de él.

Ventosa abofeteó a Yima, que lanzó unos estridentes gritos de niña aterrorizada.

-Vuelve junto a tu marido y no pongas nunca más los ojos en Minos; de lo contrario, te los arrancaré.

Tany no soportaba la luz del día ni la oscuridad de la noche. Había hecho disponer alrededor de su lecho una decena de lámparas, cuyas llamas la tranquilizaban. Con las ventanas cubiertas por pesadas cortinas que no dejaban pasar el menor rayo de sol, la esposa del emperador se sentía segura. Nunca más se atrevería a contemplar los canales de Avaris que habían utilizado los egipcios para lanzar un asalto contra la capital de los hicsos.

Cada noche, Tany tomaba un somnífero a base de semillas de loto machacadas, esperando no ser brutalmente despertada por la pesadilla que la enloquecía: una mujer de extraordinaria belleza aniquilaba el ejército de Apofis, quemaba al emperador con su mirada, desmantelaba la ciudadela y la reducía a ella al estado de esclava, obligada a besar los pies y las manos de sus siervas.

Con la cama empapada, Tany gemía de terror.

-Majestad -advirtió su camarera-, la señora Yima desearía veros.

-Mi querida y dulce amiga... ¡Que entre!

La esposa de Khamudi se inclinó ante la obesa, apoyada en unos almohadones. La nunca nombrada emperatriz era la mujer más fea de la capital y, a pesar de la gran cantidad de ungüentos con que cubría su piel grasa, exhalaba un olor nauseabundo.

Pero Yima la necesitaba. Aunque no abandonara ya su habitación, la horrenda Tany seguía ejerciendo una indudable influencia, y la mujer del gran tesorero pensaba utilizarla.

-¿Cómo va hoy vuestra salud?

-Catastrófica como siempre, ¡ay! Nunca me recuperaré.

-No digáis eso, majestad -susurró Yima-. Estoy convencida de lo contrario.

-¡Qué amable eres, fiel amiga! Pero... pareces contrariada.

-No me atrevo a importunar a vuestra majestad con mis pequeñas preocupaciones.

-¡Atrévete, te lo ruego!

Yima jugó a la niña enojada y puso mala cara.

-Me han insultado y puesto por los suelos.

-Pero ¿quién?

-Alguien muy importante, majestad. Por eso no tengo derecho a revelar su nombre.

-No me contraríes, Yima.

-Me siento tan molesta...

-Ábreme tu corazón dulce amiga. Yima bajó los ojos.

-Ha sido el pintor Minos.

Tiene aspecto de tímido, pero, en realidad, es un horrible macho cabrío. Nunca un hombre me había tratado de ese modo.

-Quieres decir que...

Yima inclinó afirmativamente la cabeza, y Tany la besó en la frente.

-¡Pobre cría! Cuéntamelo todo.

Ayudada por el intendente Qaris, Teti la Pequeña quería acudir a la sala del consejo, donde estaban reunidos el almirante Lunar, el superior de los graneros Heray, el canciller Neshi y los dos comandantes de las tropas de élite, el Bigotudo y el afgano. Como el joven rey Amosis, su rostro era grave.

Ahotep ayudó a su madre a sentarse.

-Las noticias del Puerto-de-Kamosis son malas -reveló la reina-. Los soldados están deprimidos y ni siquiera el gobernador Emheb consigue ya devolverles el valor. En cuanto llegue la primera ofensiva de los hicsos, se producirá la desbandada. Por esta razón, me parece indispensable reforzar el frente con la casi totalidad del armamento de que disponemos.

-La flota está lejos de haberse reconstruido -recordó el canciller Neshi-. Si enviamos nuestros barcos y nuestras tropas a Puerto-de-Kamosis, Tebas quedará sin defensas.

-Solo en apariencia -rectificó Ahotep-, pues los hicsos no atravesarán nuestras lineas, siempre que tengamos tiempo para consolidarlas.

-Y si lo logran, será que todos estaremos muertos.

-Te has vuelto muy prudente, Neshi; antaño habrías sido el primero en aprobar esta estrategia.

-La apruebo, majestad, y sin la menor reserva. Rodear Tebas con una muralla no serviría de nada. Es indispensable, en efecto, tomar nuevo impulso y llevar el conflicto lo más lejos posible, hacia el norte, sean cuales sean los riesgos.

No muy cómodos en las justas oratorias, el afgano y el Bigotudo se limitaron a asentir. Pensando en aplastar hicsos, olvidaban la evidente superioridad del adversario.

-La reina Ahotep tiene razón -declaró Teti la Pequeña-. Hay que alejar el peligro de Tebas y proteger la persona del faraón, que debe crecer en sabiduría, en fuerza y en armonía.

Con la mirada, el joven Amosis hizo comprender a su madre que nada tenía que añadir.

-Heray y Qaris -dijo Ahotep-, os encargaréis de la seguridad del faraón. Dispondréis de la guardia habitual de palacio y de refuerzos que yo misma elegiré. Si somos vencidos en Puerto-de-Kamosis, una paloma mensajera os hará llegar la orden de partir con el rey, para que pueda proseguir la lucha.

La obra era tan terrorífica que Minos no se atrevía a contemplarla. Con su esfuerzo, había conseguido que la mirada de los grifos fuera insoportable. Habríase jurado que los dos monstruos que custodiaban el trono del emperador estaban dispuestos a saltar y a despedazar a quien intentara acercarse.

-Un esfuerzo más -exigió la voz ronca de Apofis- y será perfecto. En el ojo izquierdo falta ese matiz de crueldad que hará a mis dos guardianes del todo implacables.

Tras haber tragado saliva, el pintor hizo la pregunta que le obsesionaba.

-¿Cuál será mi próximo trabajo, señor?

-Tú y tus compañeros descubriréis los palacios de las ciudades del Delta. Gracias a vosotros, los dioses de Egipto desaparecerán, uno tras otro. En todas partes, se impondrán las pruebas del toro y del laberinto, y nadie pensará en rebelarse contra mí. Así pues, el emperador respetaba la vida al pintor para que prosiguiera su obra de propaganda. Minos nunca regresaría a Creta. Después de abandonar al artista, Apofis se dirigió a la pequeña estancia excavada en el centro de la fortaleza. Nadie podía oír lo que allí se decía.

El emperador se sentó pesadamente en una silla de madera de sicomoro.

Dos guardias hicieron pasar al almirante Jannas.

-Cierra la puerta, Jannas.

Pese a estar acostumbrado a los combates y la muerte, al almirante le impresionaba el lugar y aquel hombre que sabía utilizar su fealdad como un arma amenazadora.

-¿Estás satisfecho de nuestro nuevo dispositivo de seguridad, almirante?

-Sí, señor. Ninguna expedición egipcia podrá tener éxito ya. Avaris está fuera de alcance.

-Pero eso no te basta...

-En efecto. Sigo considerando necesario atacar el frente enemigo, romperlo y destruir Tebas.

-Ha llegado la hora, Jannas. Lanza una primera oleada de asalto.

El gobernador Emheb estaba maravillado.

Estaba maravillado por la nobleza de la reina Ahotep, cuya aparición en la proa del navío almirante había transformado a unos soldados agotados y desesperados en rudos combatientes decididos a morir por ella; maravillado, también,

por la magnitud del dispositivo que convertía Puerto-de-Kamosis en una verdadera base militar, apta para contener un ataque hicso.

Con su minuciosidad habitual, el almirante Lunar había formado una imponente barrera de barcos de guerra. Los especialistas en ingeniería excavaban fosos en las riberas. Ocultos con ramas cubiertas de hierba y tierra, atraparían a los carros hicsos. Los arqueros se dispondrían en varias líneas para derribar a los intrépidos que consiguieran cruzar en primer lugar los obstáculos. Además, por idea de Neshi, se habían levantado numerosas tiendas de buena calidad a la sombra de los sicomoros y las palmeras, mientras los albañiles construían un cuartel. Por su parte, el Bigotudo y el afgano sometían a sus tropas de élite a un entrenamiento intensivo. Y la reina ponía en práctica otro gran proyecto: excavar canales de derivación, cuyo papel podría resultar decisivo.

En los estandartes, el signo de reconocimiento de los resistentes era un disco lunar en una barca que servía para escribir la primera parte del nombre de Ahotep, «el dios Luna», el que daba la fuerza necesaria para combatir. *Hotep,* «la paz», segunda parte del nombre, todavía era solo un sueño.

Cuando la soberana levantaba la espada de Amón ante el ejército recogido y confiado, cada soldado se sentía invencible. Iluminada por el sol del amanecer, la hoja llameaba. Los poderosos rayos que brotaban de aquel foco luminoso de insostenible intensidad herían los corazones.

Y el gobernador Emheb admiraba cada vez más a esa reina a la que había conocido adolescente, apasionada e intransigente, y cuya fe en la libertad no dejaba de crecer.

-¿Cómo está defendida Tebas, majestad?

-No queda ya un solo barco, ni un solo regimiento, y la base militar está casi desierta. Todo se decidirá aquí, Emheb. Ningún hicso debe pasar de Puerto-de-Kamosis.

El papel de espía no era, decididamente, fácil de mantener, sobre todo frente a un adversario de la talla de Ahotep. Hacer llegar un mensaje a Avaris presentaba serias dificultades, pero previamente se planteaba una espinosa pregunta: ¿qué informaciones debía transmitir?

La reina había tenido la inteligencia de repartir las tareas asignando a cada responsable una misión muy concreta, pero solo ella conocía el plano de conjunto.

¿No sería el abandono de Tebas un engaño? ¿Realmente Puerto-de-Kamosis se convertiría en el primer puesto avanzado, o serviría de base de retaguardia para una ofensiva en el Delta? El espía era incapaz de responder a esas preguntas y a muchas otras. ¿Y por qué no atacaba el emperador, a no ser porque encontrara en Avaris unas dificultades que le inmovilizaban allí?

Apostar por la paciencia y acechar el momento oportuno: aplicando esa estrategia, el espía había conseguido suprimir a dos faraones, Seqen y Kamosis.

Así pues, la prudencia le recomendaba no cambiar.

El condenado, un oficial de carros que se había atrevido a emitir críticas sobre la espera del emperador, acababa de cruzar la tercera puerta del laberinto.

Era una auténtica hazaña.

Escapando de las mortales trampas, se mostraba tan astuto como rápido. Un brillo de interés brotaba de los ojos de Apofis. Ante la cuarta puerta, un arco de alheña, se había extendido tierra roja. El condenado advirtió que estaba llena de pedazos de cristal que, de haber corrido, se habrían clavado en sus pies. Evitó esa trampa, tomó impulso y consiguió agarrarse al arco. Balanceándose, tomaría velocidad y saltaría más allá de la zona peligrosa.

Ese fue su error.

En la hojarasca estaba oculta una hoja de doble filo, que agarró a manos llenas. Por efecto del dolor, la soltó y cayó de espaldas sobre los pedazos de cristal. Con la nuca atravesada, se desangró.

-Otro inútil -dijo Apofis-. ¿Te has divertido un poco, Ventosa?

Sentada a la diestra del emperador, la hermosa euroasiática asistía al espectáculo con ojos distraídos. El oficial al que había enviado a la muerte no era un buen amante.

-Me es dificil olvidar mis preocupaciones.

-¿Cuáles son?

-Minos te ha dado una satisfacción plena. ¿Por qué no dejas que parta hacia Creta?

-Porque necesito aún su talento.

-¡No faltan compañeros de taller!

-Minos es distinto, bien lo sabes.

-¿Y si suplico al emperador que me conceda este favor?

-Tu querido amante nunca abandonará Egipto.

¿Habían creado los dioses obra maestra más hermosa que el cuerpo de Felina? Con ella, el Bigotudo olvidaba la guerra, esa guerra que le había llevado muy hacia el sur, para encontrar allí a la nubia de largas piernas ambarinas.

Gracias al conocimiento de las plantas medicinales, Felina salvaba a numerosos heridos. Puesta a la cabeza de los servicios de urgencias y considerada una heroína, atraía la mirada de los soldados que, dado el carácter de su marido, no se permitían ni un gesto ni una palabra fuera de lugar.

Al entrar en la resistencia, el Bigotudo se había jurado, sin embargo, no unirse a una mujer. Dadas las escasas posibilidades de supervivencia de quienes combatían en primera línea, más valía, como el afgano, pasar de una amante a otra. Pero no había contado con la magia de Felina y su tozudez. Una vez elegido el Bigotudo, se había mostrado tan posesiva como una liana. No obstante, ¡qué deliciosa era esa prisión!

Apartándose de él, Felina le miró con ojos burlones.

-¿En qué piensas en estos momentos?

-¡En ti..., claro!

-No solo en mí. Dime la verdad.

El Bigotudo observó el techo del camarote del barco donde los amantes pasaban ardientes horas.

-El peligro se acerca. Felina no sonreía ya.

-¿Tienes miedo, acaso?

-Claro. Somos uno contra diez y no será fácil. Puede afirmarse, incluso, que el combate está perdido de antemano.

-¡Olvidas a la reina Ahotep!

-¿Quién puede olvidarla? Sin ella, Apofis habría conquistado todo Egipto hace tiempo ya. Moriremos por la Reina Libertad, y ninguno de nosotros lo lamentará.

Llamaron a la puerta de la cabina.

-Soy yo, el afgano.

Felina se envolvió en un chal de lino.

-Entra -dijo el Bigotudo.

-Siento mucho importunaros, pero la cosa comienza a moverse. Jannas y sus tropas han salido de Avaris para dirigirse hacia el sur. En los arrabales de Menfis, el almirante ha tenido una desagradable sorpresa: las organizaciones de resistencia habían aniquilado los puestos de guardia hicsos.

-¡La población va a ser aniquilada!

-Es seguro, pero los menfitas han conseguido frenar el avance de Jannas y advertirnos.

-¿Piensa enviarles refuerzos la reina?

-Solo dos regimientos: el tuyo y el mío.

-También nosotros seremos aniquilados.

-Dependerá de nuestra movilidad: el objetivo de la maniobra consiste en atraer a los hicsos hacia Puerto-de-Kamosis. ¿No es tentador perseguir a los que huyen y exterminarlos?

-Evidentemente, si la jugarreta falla, no lo contaremos. El Bigotudo se vistió con lentitud.

-Reparte cerveza fuerte a nuestros soldados.

-Ya lo he hecho -respondió el afgano-. Ahora, vamos a explicárselo.

-Las explicaciones no sirven de nada. Se limitarán a morir como héroes, al igual que sus jefes.

-No te entregues al pesimismo, Bigotudo.

-¡No me digas que hay algo peor!

-No te lo diré.

-Voy con vosotros -declaró Felina.

-Ni hablar -repuso el Bigotudo-. Y es una orden.

Se abrazaron largo rato, convencidos de que se besaban por última vez.

Ventosa había hecho mal suplicando al emperador y revelándole su afecto por Minos. Intentando ofrecerle la felicidad con la que soñaba, lo ponía en peligro; de modo que consideró necesario revelar a Minos que conocía sus verdaderas intenciones, para que dejara de conspirar contra Apofis. Juntos, aprenderían a soportar la realidad.

La noche había caído ya, pero el pintor cretense no había empujado aún la puerta de la habitación de su amante, absorta en sus pensamientos.

Nerviosa, fue por el pasillo que llevaba al taller del cretense. Estaba vacío.

Buscando a sus colegas, los encontró en el comedor que les estaba reservado, pero Minos no cenaba con ellos.

Inquieta, Ventosa corrió hasta la habitación del pintor. Estaba vacía, también.

Desamparada, preguntó a varios guardias. Fue en vano. Metódicamente, exploró la ciudadela.

Y en un cuartucho donde se amontonaban cestos de ropa, lo descubrió.

Minos había sito colgado de un garfio de suspensión lo bastante fuerte como para aguantar su cadáver.

Jannas se presentó ante el gran tesorero Khamudi. Uno y otro iban acompañados por sus guardias de corps. El almirante habría prescindido de esa gestión, pero era Khamudi quien pagaba el sueldo de los militares y, antes de emprender la conquista de Tebas, había que hacer un balance concreto de la situación.

Jannas y Khamudi intercambiaron frases de cortesía.

-El ejército hicso cuenta con doscientos cuarenta mil hombres -recordó el almirante-. No pienso dejar desguarnecidas Siro-Palestina, ni las ciudades del Delta, ni la capital, claro está.

Partiré con cincuenta mil soldados, a los que pagaréis, de inmediato, una prima excepcional.

-¿Está de acuerdo el emperador?

-Lo está.

-Debo comprobarlo, almirante. Como responsable de las finanzas públicas, no puedo permitirme error alguno.

-¡Comprobadlo, y pronto!

-En vuestra ausencia, me encargo de la seguridad de Avaris. Distribuid las consignas para que el conjunto de las fuerzas armadas me obedezca sin discutir.

-Deben obediencia a las órdenes del emperador.

-Así lo entiendo.

Cuando Jannas inspeccionó los cuerpos del ejército, tuvo la desagradable sorpresa de comprobar que muchos oficiales y soldados se habían convertido en adictos a la droga vendida por Khamudi. Tal vez algunos fueran así más ardientes en el combate, pero la mayoría había perdido buena parte de su vigor. Sin embargo, la superioridad del armamento hicso era tal que los egipcios no podrían resistir mucho tiempo.

Los arrabales de Menfis reservaban a Jannas otra desagradable sorpresa: una serie de emboscadas, en las que perecieron centenares de hicsos. Hondas y arcos de los resistentes, tan móviles como avispas, resultaron de terrible eficacia, y el ataque de los carros, a menudo bloqueados en las callejas, fue casi inútil. Así pues, Jannas decidió reconquistar casa tras casa, y destruir luego todas las que albergaran rebeldes.

La limpieza de los alrededores de la gran ciudad le tomó varias semanas, dada la determinación con que actuaban sus adversarios. Aun sitiados, se negaban a rendirse y preferían morir con las armas en la mano.

-Esta gente está loca -le dijo su ayuda de campo.

-No; nos odian. La esperanza que alimenta la Reina Libertad les insufla un valor casi sobrenatural. Cuando muera, volverán a ser corderos.

-Almirante, ¿no convendría olvidar Menfis y dirigirnos hacia el sur?

-Los menfitas saldrían de su ciudad y nos atacarían por la retaguardia.

Las puertas de la Balanza de las Dos Tierras se negaron a abrirse cuando Jannas se presentó ante ellas. Dicho de otro modo, los resistentes se consideraban capaces de aguantar un asedio.

Jannas estaba organizándolo cuando su ayuda de campo le anunció la ofensiva de regimientos egipcios procedentes del sur.

-¡Vienen a echar una mano a los insurrectos, almirante! Y no son unos aficionados. Nuestra vanguardia ha sido exterminada.

El comandante en jefe de las fuerzas de los hicsos era consciente de que su tarea iba a ser mucho menos fácil de lo previsto. Poco a poco, los egipcios aprendían el arte de la guerra y disponían de una fuerza no desdeñable: la voluntad de liberar su país.

-Hay que impedir que estos regimientos entren en Menfis -consideró Jannas-. Que una parte de nuestras tropas sitie la ciudad y la otra me siga.

Ni el Bigotudo ni el afgano eran generales ordinarios que se adaptaran a un protocolo bien establecido, adoptaran un plan

de batalla rígido y observaban, desde lejos, cómo se hacían matar sus hombres. De su pasado como clandestinos acostumbrados a sobrevivir en las peores condiciones, habían conservado el sentido de la intervención puntual y destructora. Fraccionaron, pues, sus tropas, para que, en caso de fracaso, las pérdidas no fueran irremediables.

La disciplina, demasiado estricta, de los hicsos había sido la mejor baza de los comandos egipcios, que atacaban en oleadas sucesivas tras haber eliminado a los oficiales y haber hundido el barco de cabeza. Otros habrían deseado explotar su ventaja llevando más adelante la ofensiva, pero el Bigotudo había dado orden de batirse en retirada a bordo de rápidos veleros.

-Diez muertos y veinte heridos en nuestras filas -anunció el afgano-. Y les hemos causado grandes daños. Si todo va bien, Jannas tendría que perseguirnos.

-Nuestros arqueros matarán a los timoneles, y nuestros nadadores de combate harán agujeros en los cascos, comenzando por mí.

-No te creas más fuerte de lo que eres, Bigotudo, y no olvides que primero debes tener el mando.

Durante unas horas, los dos hombres se preguntaron si Jannas no arrasaría Menfis antes de tomarla con ellos.

Pero, en pleno mediodía, las primeras velas de los pesados navíos hicsos aparecieron.

No se dijo ni una sola palabra. Cada cual sabía lo que debía hacer.

El explorador hicso se quedó inmóvil.

Encargado de descubrir cualquier presencia sospechosa en la orilla y avisar enseguida al barco de cabeza, parecía cada vez más incómodo.

Sin embargo, nadie a la vista y nada sospechoso.

Nada, salvo un bosquecillo de tamariscos cuyas ramas se movían por efecto del viento. Pero se movían demasiado, como si los enemigos intentaran ocultarse allí. ¿Por qué lo hacían tan mal? El explorador se tendió en la pista y observó.

En los tamariscos, no había signo de vida, de modo que solo eran caprichos del viento.

El hicso prosiguió su exploración, volviéndose varias veces. La campiña parecía tranquila, y ninguna embarcación navegaba por el río. Los egipcios habían huido como conejos hacia el sur, pero no escaparían al ejército de Jannas.

El explorador trepó a lo alto de una palmera para indicar al colega que examinaba la otra orilla que todo iba bien.

El mismo mensaje llegó al barco de cabeza, que prosiguió su lento avance.

El Bigotudo aguardó a que estuviera al alcance para iniciar la intervención de sus arqueros, mientras el afgano y sus hombres eliminaban a los exploradores.

Pero la reacción de los hicsos fue tan rápida que los egipcios solo debieron su salvación a una precipitada retirada. Varias flechas silbaron a oídos del afgano, que vio caer, muy cerca, a dos jóvenes soldados.

-Nuestras emboscadas solo provocan arañazos -lamentó el Bigotudo-. Aunque sufra algunas pérdidas, a Jannas le importan un bledo. Ha decidido avanzar y somos incapaces de impedírselo.

Menfis estaba sitiada, reducida a la impotencia y a la espera de una destrucción total, que el emperador difería para sumir a sus habitantes en la angustia; el ejército de Jannas avanzaba hacia el sur; la depuración iba por buen camino... A Apofis no le faltaban motivos de satisfacción. En cuanto a la muerte de Minos, era solo un incidente. Sus colegas cretenses ejecutarían el programa decorativo previsto por el emperador.

Apofis sabía que el crimen había sido cometido por Dama Aberia por orden de Tany. Como Minos conspiraba contra él y, un día u otro, lo habría mandado al laberinto, el emperador no sancionaría a su esposa.

Ventosa se inclinó ante el señor de los hicsos.

-Me gustaría solicitar un favor.

-Olvida al pintor, no era digno de ti.

-Me gustaría repatriar a Creta su cuerpo. Eso intrigó a Apofis.

-Extraño proyecto... ¿Cuáles son tus verdaderas intenciones?

-Por una parte, evitar la eventual cólera del rey de Creta haciéndole saber que la muerte de su artista preferido ha sido natural; por la otra, acostarme con él para conocer sus pensamientos y convertirlo en mi esclavo.

Una maligna sonrisa animó el rostro del emperador.

-Quieres tomarla con un rey... ¿Por qué no? Estás en el apogeo de tu belleza y tienes muchas posibilidades de conseguirlo. Librarme del cadáver de Minos y utilizarlo como arma contra los cretenses es una hermosa idea. Pongo un barco a tu disposición.

Bribón se posó en la cubierta del navío almirante, justo ante Ahotep. Tras haberlo felicitado y acariciado, la reina leyó el mensaje que llevaba.

Terminada la lectura, reunió su consejo de guerra.

-Buena noticia: aunque sitiada, Menfis resiste y retiene una parte de las tropas de Jannas. Mala noticia: las trampas que le tienden el afgano y el Bigotudo resultan poco eficaces. Es un ejército poderoso y bien equipado, que avanza hacia nosotros.

-Si os comprendo bien, majestad -dijo el gobernador Emheb-, estáis convencida de que nuestro frente no aguantará.

-Tiene que aguantar.

-Todo está listo para contener un asalto -afirmó el canciller Neshi-. Jannas no espera ciertamente una fuerte oposición. Nos imagina ya huyendo hacia Tebas.

Procedente del sur, otra paloma mensajera se posó en cubierta. Ahotep identificó a uno de los compañeros de *Bribón,* encargado de las comunicaciones con el palacio real.

El corto texto hizo palidecer a la reina.

-Debo regresar a Tebas inmediatamente. Mi madre agoniza.

Aprovechando la ausencia del almirante Jannas, el gran tesorero Khamudi había invitado a cenar a los oficiales superiores acantonados en la capital, para ofrecerles una buena cantidad de droga, una propiedad en el Delta, caballos y esclavos, todo a cambio de una cooperación sin limites.

Era necesario que Jannas intentara aplastar al enemigo, de acuerdo con las directrices del emperador. En cambio, el almirante no debía exaltarse, vaciar las guarniciones del Delta y desorganizar las defensas de Avaris. Le correspondía al gran tesorero encargarse de la seguridad del emperador y de la capital, evitando irrazonables aventuras. En adelante, cualquier orden que diera el almirante solo sería ejecutada ya con el consentimiento de Khamudi.

Ningún oficial superior había rechazado las proposiciones del gran tesorero. Así, el terreno perdido quedaba reconquistado. Asegurándose la amistad de militares de alto rango, Khamudi minaba la autoridad de Jannas y disminuía el número de sus partidarios.

Regresó a casa de excelente humor, con el deseo de degustar una abundante comida.

Pero descubrir a Ventosa en la antecámara de su villa le quitó el apetito. Había tanto desprecio en la mirada de la hermosa euroasiática que se estremeció.

-Me gustaría ver a vuestra esposa -dijo ella con voz pausada.

-Está..., está en la cabecera de la esposa del emperador.

-La esperaré tanto tiempo como sea necesario.

-¿Deseáis... un refresco?

-No será necesario.

-Sentaos cómodamente, os lo ruego.

-Prefiero permanecer de pie.

Khamudi era incapaz de aguantar la mirada de Ventosa, que nada tenía ya de seductora. Por fortuna, su esposa hizo una ruidosa entrada llamando a su camarera.

-¡Ventosa! Qué agradable sorpresa, pero...

-Tú ordenaste el asesinato de Minos.

-Pero ¿cómo..., cómo te atreves...?

-Pediste la cabeza del hombre al que amaba y la obtuviste. Por eso, te crees omnipotente. Te equivocas, Yima. Eres solo una loca y así perecerás.

Yima se arrojó al cuello de su marido.

-¡Escúchala, querido, me está amenazando!

Molesto, Khamudi tenía que calmar a su mujer y, a la vez, no ofender a la hermana del emperador.

-Eso es solo un malentendido, y estoy seguro de que... La mirada de Ventosa llameó.

-Los asesinos y sus cómplices serán castigados -prometió-. El fuego del cielo caerá sobre ellos.

Lentamente, la euroasiática salió de la ciudad, indiferente ante la crisis de histeria que se había apoderado de Yima.

Con una patada, el almirante Jannas dio la vuelta al cadáver del arquero egipcio al que sus hombres, por fin, acababan de derribar. Encaramado a un sicomoro, el tirador de élite había matado a numerosos hicsos.

-¿Han sido neutralizados los otros?

-Solo queda uno, almirante -respondió su ayuda de campo-. Pronto ajustaremos cuentas.

Jannas veía arder las velas de tres barcos de cabeza, que habían sido gravemente dañados y amenazaban con hundirse.

-Traedme a los capitanes.

Los tres oficiales saludaron al almirante.

-Conocíais los riesgos -recordó Jannas-. ¿Por qué no habéis tomado las precauciones necesarias?

-El adversario es hábil -respondió el más experimentado-. No hemos cometido error alguno.

-Falso. Habéis sido vencidos por alguien menos fuerte que vosotros, y eso es indigno de un hicso. Vuestros marineros han evitado el desastre. Elegiré entre ellos a los nuevos capitanes. Por lo que a vuestros cadáveres se refiere, adornarán la proa de vuestros navíos y demostrarán al enemigo que sabemos castigar la incompetencia.

Apartándose de los condenados, Jannas procedió de inmediato a los nombramientos.

-Tanto por tierra como en el río, el camino está despejado -anunció el ayuda de campo-. Podemos avanzar sin temor.

-Eso es lo que quieren hacernos creer los egipcios -objetó Jannas- y han sacrificado a muchos hombres valerosos para lograrlo. Después de habernos atacado como avispas, fingen renunciar y apuestan por nuestra credulidad. Emboscadas y escaramuzas eran solo la preparación para la verdadera trampa, concebida desde hace mucho tiempo. Vamos a inmovilizar la tropa y a registrar cada pulgada de terreno hasta que hayamos descubierto su verdadero dispositivo.

El barco de la reina había batido todas las marcas de velocidad. Apenas había atracado en el muelle de Tebas cuando Ahotep bajaba por la pasarela instalada a toda prisa. Una silla de mano la llevó, tan rápidamente como fue posible, al palacio real, donde la recibió el intendente Qaris, visiblemente conmovido.

-¿Está todavía viva mi madre?

-Agoniza, majestad.

El joven faraón Amosis salió al encuentro de Ahotep.

-No me he separado de la cabecera de mi abuela -reveló-. Ella me ha hablado de mis deberes y de la necesaria soledad del rey. Pero me ha prometido estar siempre presente a mi lado cuando el miedo me invada. Su único temor, madre, era no volver a veros.

Ahotep empujó lentamente la puerta de la habitación de Teti la Pequeña.

La anciana dama había conseguido abandonar su cama para sentarse ante el sol poniente. Le quedaba tan poca vida que apenas se atrevía a respirar.

-Aquí estoy -murmuró Ahotep, posando su mano en las de su madre.

-Qué feliz soy... Había suplicado a la diosa del Occidente que esperara hasta tu regreso. ¿Han atacado los hicsos?

-Todavía no.

-Cometen el error de dejarte organizar nuestra defensa... Porque triunfarás, Ahotep. Naciste para liberar Egipto y obtendrás esa victoria por todos nosotros, por todos los que han muerto y por las generaciones que vendrán.

Aunque extremadamente débil, su voz seguía siendo clara.

-¿Sabes qué es la vida, querida hija? Los sabios inscribieron la respuesta en los jeroglíficos. La vida es el nudo del cinturón que separa y une nuestro ser pensante y nuestro ser animal. Es también el lazo de la sandalia que nos permite caminar y avanzar, el espejo en el que contemplamos el cielo, la flor que se abre. La vida es el oído que escucha la voz de Maat y nos hace vivos, y el ojo que da la facultad de crear. Posees todas esas cualidades, Ahotep, y debes utilizarlas para hacer que renazca, realmente, un faraón en el trono de los vivos. Nunca he dudado de ti, pues tu corazón ignora la bajeza y la pequeñez. Has sabido sobrevivir a la desgracia, el fuego de la esperanza nutre tu alma. Yo voy a descansar en la muerte, Mut, la madre divina. Y si el tribunal del más allá me concede el renacimiento, mi ka reforzará el tuyo. ¿Puedes ponerme un poco de crema suave en las mejillas y de ocre en los labios? No me gustaría partir descuidada.

Cuando Ahotep regresó de la estancia donde Teti la Pequeña guardaba sus productos de belleza, la reina madre había muerto. En un último deseo, no había querido que su hija escuchara su último suspiro.

De acuerdo con su voluntad, Ahotep la maquilló con esmero.

Ahotep hizo perfumar el palacio real como nunca lo había estado. ¿No estaban formados los dioses por esencias sutiles? Los suaves olores deleitaron el olfato de Teti la Pequeña, cuyo cuerpo había sido momificado de acuerdo con las antiguas reglas. Djehuty, el sumo sacerdote de Amón, dirigió la velada

fúnebre, durante la que la difunta, gracias a las fórmulas de glorificación, se convirtió a la vez en una Hathor y en un Osiris.

Como en el caso de los grandes iniciados, el corazón de carne de Teti la Pequeña fue sustituido por un escarabeo de piedra engarzado en oro. Príncipe de las transmutaciones en el más allá, no testimoniaría contra ella en la sala del juicio y le garantizaría una eterna juventud.

Ahotep, como esposa de dios, presidió la ceremonia de los funerales de su madre, aquella mujer extraordinaria que había impedido que Tebas sucumbiera y había participado en cada etapa de la guerra de liberación. Tan diferentes la una de la otra, Teti la Pequeña y Ahotep no habían tenido la costumbre de hacerse confidencias. Pero se comprendían con una sola mirada y habían dirigido siempre el navío en la misma dirección.

Cuando la puerta de la morada de eternidad quedó sellada, Ahotep se sintió tan sola que tuvo la tentación de renunciar a una lucha desigual cuyo resultado era en exceso previsible. Pero hubiera supuesto traicionar a su familia y hacerse indigna de todo un pueblo al que había convencido de que luchara sin debilidades.

-Nunca te olvidaré, abuela -prometió Amosis-. Cuando hayamos expulsado al invasor, te haremos un gran homenaje. Llevando con ellas el alma justificada de Teti la Pequeña, centenares de golondrinas sobrevolaban la necrópolis de la orilla oeste de Tebas. Al día siguiente, al amanecer, resucitaría con el nuevo sol.

-En vuestra ausencia, madre, no he permanecido inactivo. Primero, leo mucho; luego, observo a la gente; finalmente, recluto.

Ahotep quedó asombrada.

-¿A quién reclutas?

-Nuevos soldados -respondió Amosis-. Puesto que todas nuestras fuerzas deben concentrarse en Puerto-de-Kamosis,

Tebas no podía permanecer pasiva. Inspecciono regularmente los astilleros donde nuestros carpinteros construyen nuevos barcos de guerra y recorro los barrios y la campiña para enrolar voluntarios. Los oficiales de la guardia real los forman; Heray los aloja y los alimenta. Así creasteis, mi padre y vos misma, nuestro primer regimiento, ¿no es cierto? Muy pronto, Tebas no estará indefensa.

El adolescente empezaba a sentir el enorme peso de su cometido.

-Estoy orgullosa de ti, Amosis.   De pronto, el joven faraón pareció contrariado.

-He sido víctima de un robo: me han quitado un par de sandalias de ceremonia. El intendente Qaris lo descubrió, pero es imposible precisar en qué momento se produjo el latrocinio, pues no había utilizado esas sandalias desde la coronación.

-¿Sospechas de alguien?

-No, madre. Decenas de personas podrían haberse introducido en la estancia donde estaban guardadas.

¿Simple robo o nueva fechoría cometida por el espía? Perjudicar al faraón, eliminarlo como a sus predecesores: ese seguía siendo el único objetivo.

A pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido encontrar su cuerpo. Por lo demás, ya decidiremos.

El comandante de carros encargado de sitiar Menfis observaba el décimo asalto que lanzaba contra la gran ciudad de muros blancos. Ciertamente, se había apoderado de la mayoría de los arrabales a costa de encarnizados combates, casa por casa; ciertamente, los egipcios sufrían graves pérdidas, pero ¡seguían resistiendo! La ciudad entera se había alzado en armas, convencida de que la Reina Libertad acudiría rauda en su auxilio. Menfis acabaría cayendo, pero el sitio duraría mucho tiempo. Por ello, el comandante había mandado mensajes al

almirante Jannas y al gran tesorero Khamudi reclamando refuerzos. Con unos miles de soldados más, le sería más fácil forzar las puertas de la ciudad.

La respuesta de Jannas había sido negativa: comprometido en la reconquista del sur, el almirante no se privaría de hombre alguno. Pero la reserva de infantes del Delta era tal que el comandante no dudaba de la conformidad del gran tesorero.

Quedó extrañado por el mensaje oficial, redactado en nombre del emperador. Si la seguridad de Avaris era prioritaria, tenía que resolver solo el problema de Menfis. ¿No acabaría la falta de provisiones con la obstinación de los rebeldes?

So pena de exasperar a sus superiores, el comandante no podía insistir. Ejecutaría las órdenes al pie de la letra, como buen hicso, y se tomaría el tiempo necesario para derribar la muralla blanca de Menfis y acabar con todos sus habitantes.

Mientras el navío almirante atracaba, todos los soldados de Puerto-de-Kamosis lanzaron gritos de alegría. La Reina Libertad estaba de regreso, y a la cabeza de las fuerzas egipcias, cuyo poder multiplicaría, la joven sabría romper el impulso hicso antes de reanudar la ofensiva.

Desde la elección del paraje como base militar, su aspecto había cambiado mucho. Instalaciones de albañilería sustituían las tiendas, muelles de piedra facilitaban la descarga de los géneros y un astillero aseguraba el mantenimiento de los barcos de guerra.

-¿Cómo van las cosas? -preguntó Ahotep al gobernador Emheb.

-Todo está listo, majestad.

-¿Está el almirante Lunar satisfecho de su dispositivo?

-Lo ha reforzado al máximo.

-No perdamos ni un instante para desplegar nuestros hombres. Según el último mensaje de *Bribón,* el almirante Jannas se acerca.

El último enfrentamiento con los regimientos al mando del afgano y el Bigotudo había sido especialmente violento. Ciertamente, el ejército de Jannas obtenía victoria tras victoria y proseguía su lento avance hacia el sur, pero había perdido dos barcos más y había sufrido bajas no desdeñables.

Todos se felicitaban por la prudencia del almirante. Los egipcios le presentaban batalla en los lugares más inesperados, utilizando pequeñas unidades condenadas a una muerte segura.

-Lo malo, almirante -recordó su ayuda de campo-, es que seguimos ignorando el lugar exacto donde Ahotep ha reunido el grueso de sus tropas. Nuestros exploradores son sistemáticamente eliminados; ninguno ha regresado para procurarnos la información. A mi entender, la reina se ha replegado hasta Tebas. Allí nos espera.

-Sería un gran riesgo -objetó Jannas-: la derrota militar y, a la vez, la destrucción de su capital. No, están lejos de Tebas; probablemente, en el Egipto Medio. Allí ha consolidado su principal línea de defensa. Siento que estamos cerca del objetivo.

Con los restos de sus respectivos regimientos, el afgano y el Bigotudo, extenuados, llegaron a Puerto-de-Kamosis.

Felina se encargó inmediatamente de los heridos; algunos estaban demasiado graves y no sobrevivirían. Por fortuna, el Bigotudo solo tenía una herida en la pierna y múltiples contusiones, que los bálsamos de la nubla curarían fácilmente.

La reina Ahotep recibió a los dos hombres en su pequeño palacio, cuya pieza principal era una capilla donde se había depositado la espada de Amón.

-Lo siento, majestad -dijo el afgano-, pero solo hemos sido capaces de frenar a Jannas, y a qué precio...

El Bigotudo estaba tan apenado como su compañero.

-Habéis cumplido perfectamente vuestra misión -dijo Ahotep-. Gracias al valioso tiempo que habéis ganado, ha sido posible excavar los canales de derivación.

Una magra sonrisa animó el rostro fatigado de los dos guerreros.

-Entonces -dijo el Bigotudo-, nuestros hombres no han muerto por nada.

-Muy al contrario, han desempeñado un papel esencial. Si no hubierais conseguido retrasar a Jannas, no habríamos tenido posibilidad alguna de vencerle.

-Hemos matado a muchos hicsos, y su flota ha sido dañada -precisó el afgano-, pero todavía nos superan en número y en material.

-¿Cuándo pensáis que atacará Jannas?

-Se ha vuelto tan desconfiado que avanzará muy despacio -respondió el Bigotudo-. Es preciso seguir eliminando a sus exploradores para que el almirante descubra Puerto-de-Kamosis en el último momento. A mi entender, no llegará hasta aquí antes de tres semanas.

-Eso pienso yo también -confirmó el afgano.

Habían pasado tres semanas desde el último enfrentamiento serio con los egipcios. Sin embargo, los hicsos seguían avanzando con extrema lentitud. No había ni un solo barco en el Nilo, y las aldeas a orillas del río habían sido abandonadas.

-Es evidente que el enemigo se ha batido en retirada -estimó el ayuda de campo-. ¿No deberíamos acelerar la marcha hacia Tebas?

-Ignoramos la posición exacta del adversario. Dicho de otro modo, los egipcios siguen preparando emboscadas. Apresurarnos sería un suicidio. Más vale ganar terreno pulgada a pulgada.

-¡Hace varios días que no hemos encontrado oposición alguna!

-Eso es lo que me inquieta. Los egipcios deben estar agrupándose para intentar cerrarnos el paso.

A la salida de una curva del Nilo, Jannas descubrió la muralla de barcos establecida por el almirante Lunar a la altura de Puerto-de-Kamosis.

Al hicso se le hizo la boca agua. ¡Por fin, una verdadera batalla! Con frialdad, analizó la situación. En las orillas se veían palmeras y matorrales de tamariscos. Sin duda, arqueros egipcios se ocultaban allí. Ante él estaba el grueso de la flota enemiga, compuesta por navíos más rápidos, pero más ligeros que los suyos.

-¡Mirad, almirante! ¡Es ella!

En la proa de un navío, cuyo estandarte estaba adornado con el disco lunar en su barca en forma de creciente, se erguía una mujer tocada con una diadema de oro, vestida con una túnica roja y llevando la espada de Amón, que brillaba bajo el sol.

La reina Ahotep... Solo podía ser ella, en efecto.

-Nos desafia e intenta atraernos -estimó Jannas-. La parte media de la barrera va a abrirse; nos meteremos en la nasa y habremos caído en la trampa. Hábil, pero insuficiente... Ahotep me ha subestimado, y ese error le resultará fatal.

-¿Cuáles son vuestras órdenes, almirante?

-Lanzaremos el ataque a todo lo ancho del río y golpearemos toda la barrera flotante. El choque será terrible, y los cuerpo a cuerpo, feroces; pero tendremos el efecto sorpresa a nuestro favor.

-¿Y nuestros carros?

-Reservémoslos para aplastar Tebas.

Los pesados navíos hicsos se desplegaron con lentitud. Comprendiendo que su estrategia había sido descubierta, ¿no iban los egipcios a dispersarse, convirtiéndose en fáciles presas? No se produjo movimiento alguno.

«Esta reina tiene agallas -pensó Jannas-; prefiere morir a retroceder. Una hermosa locura, pero una locura al fin y al cabo.» Protegidos tras los escudos, los arqueros hicsos estaban dispuestos a replicar a sus adversarios egipcios. Con gran sorpresa por su parte, no tuvieron que sufrir el menor disparo.

Ante la asombrada mirada de Jannas, los navíos de su flota, a excepción de los que transportaban los carros, avanzaban apaciblemente hacia la barrera flotante, a la que iban a destruir sin dificultad alguna.

De pronto, pareció que las dos riberas se desgarraban. Serradas por la base, las palmeras cayeron sobre los atacantes, y grandes bosquecillos de tamariscos fueron apartados para dejar al descubierto unos canales de derivación en los que aguardaban numerosas barcas, que se arrojaron sobre los hicsos.

Batalla de arqueros, flechas encendidas, garfios para el abordaje, furiosas peleas donde muchos hombres morían, intervención de las embarcaciones rápidas y manejables de Ahotep, varias unidades de los hicsos inmovilizadas, incendiadas y hundidas... Con los labios emblanquecidos, Jannas ordenó el repliegue.

El rey Amosis ya no era un niño. Convertido en un joven cuya prestancia imponía a cualquiera, demostraba cada día más sus aptitudes para la función de faraón. Menos atlético que su hermano mayor Kamosis, parecía, sin embargo, un monarca decidido, cuya seriedad y capacidad de trabajo sorprendían a sus íntimos.

Limitándose a un consejo muy restringido, formado por el intendente Qans, el canciller Neshi y el superior de los graneros Heray, Amosis había tomado la medida a la provincia tebana y a los territorios vecinos, cuya agricultura era

floreciente. Gracias a un rigor administrativo que él garantizaba, el rey no solo podía alimentar a la población, sino también aprovisionar el frente e, incluso, hacer reservas en previsión de una mala crecida.

Los daños provocados por la cólera de Set eran solo un mal recuerdo. Impulsado por Amosis, un intenso programa de reconstrucción había permitido realojar rápidamente a los más menesterosos, cuyas condiciones de existencia habían mejorado de un modo sensible. Pasados unos meses, todos los tebanos tendrían una casa o una vivienda adecuada. Nacía una nueva ciudad más agradable para vivir.

Casi cada día el rey iba a los astilleros, donde los carpinteros trabajaban con ardor, conscientes de que poseían, sin duda, la clave de la victoria futura. Egipto necesitaría numerosos barcos de guerra, su arma principal contra los hicsos. Amosis conocía a cada artesano y se preocupaba por su familia y su salud. En cuanto veía que uno de ellos llegaba al límite de sus fuerzas, le obligaba a tomar un descanso. Pero se mostraba implacable con los tramposos y los enfermos imaginarios, a quienes condenaba a trabajos forzados. En plena guerra, el monarca no toleraba forma de cobardía alguna.

Como había prometido a su madre, Amosis se preocupaba de la defensa de Tebas. Recorriendo la campiña y las aldeas, había conseguido formar un pequeño ejército de voluntarios, dispuestos a combatir hasta la muerte para impedir que los hicsos destruyeran la ciudad del dios Amón.

El rey no se hacía ilusión alguna sobre la eficacia de esa modesta tropa, pero su existencia contribuía a acabar con el miedo de los tebanos y les permitía creer, aún, en un porvenir mejor. Como su padre había hecho antes, Amosis formaba verdaderos soldados en la base militar de Tebas, en previsión de futuros enfrentamientos.

El monarca se hallaba precisamente en un poblado del sur de Tebas para enrolar nuevos reclutas cuando, a pocos pasos, resonó una llamada de auxilio.

Acompañado siempre por los mismos guardias que él había elegido, Amosis entró en la arquería de donde procedían los gritos. Con sus látigos, dos sargentos reclutadores amenazaban a una muchacha de deslumbrante belleza.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el rey.

Esta traidora se niega a revelarnos el lugar donde se oculta su hermano. Habéis dado la orden de verificar el estado civil de todos los habitantes de la provincia, majestad, y la cumplimos.

-Explícate -exigió Amosis, mirando a los ojos de la acusada, que no bajó los suyos.

-Mis padres han muerto. Mi hermano y yo nos encargamos de la granja que nos legaron. Si lo enrolan por la fuerza, ¿cómo podré hacerlo yo sola?

-Nadie es enrolado a la fuerza en mi ejército. Pero tal vez tu hermano sea solo un fugitivo. ¿Cómo saber si dices la verdad?

-Por el nombre del faraón, ¡te lo juro!

-Salid -ordenó Amosis a los sargentos reclutadores sin dejar de contemplar a la muchacha.

Esbelta, de natural elegancia, orgullosa, tenía el aspecto de una reina.

-Te encuentras precisamente ante el faraón. ¿Cuál es tu nombre?

-Nefertari.(1)

Nota,(1). Su nombre de reinado será Ahmosis-Nefertari. La primera gran esposa real de Ramsés II tomará también el nombre de Nefertari.

-Nefertari, «la Bella entre las bellas»... No has usurpado tu nombre.

El cumplido no hizo ruborizarse a la muchacha.

-Por lo que se refiere a mi hermano, majestad, ¿qué decisión tomáis?

-Puesto que me has dado tu palabra, seguirá encargándose de su granja. Para un hombre solo es una tarea excesiva, de modo que he decidido concederle la ayuda de dos campesinos, que serán pagados por la Administración.

Ella expresó, por fin, una emoción.

-Cómo agradecéroslo, majestad...

-Abandonando esta morada y acompañándome a palacio.

-A palacio, pero...

-Tu hermano ya no te necesita, Nefertari, y tu lugar no está ya aquí.

-¿Me prohibiréis que vuelva a verle?

-¡Claro que no! Pero estamos en guerra, y cada uno de nosotros debe cumplir su función lo mejor posible.

-¿Y no consiste la mía en ayudar a mi hermano?

-Ahora, consiste en ayudar a tu rey.

-¿De qué modo?

-Una mujer que sabe administrar un dominio tiene forzosamente cualidades de organizadora. Necesito a alguien que supervise los talleres de tejido que fabrican las velas de nuestros navíos de guerra y que ayude al intendente Qaris, cuyas fuerzas declinan. Es una gran responsabilidad, pero te creo capaz de asumirla.

Una sonrisa de infinita dulzura iluminó el rostro de Nefertari.

-¿Aceptas pues?

-Nada conozco del protocolo, majestad, y...

-Aprenderás pronto; estoy seguro.

El cortejo real se acercaba a Tebas cuando el jefe de la guardia se quedó inmóvil. Inmediatamente, varios soldados rodearon al faraón y a Nefertari.

-¿Qué sucede? -preguntó Amosis.

-Un centinela tenía que esperarnos aquí, majestad. Su ausencia es anormal. Os propongo que enviemos exploradores.

-No nos separemos -objetó el rey.

-Majestad... ¡Tal vez seguir adelante sea peligroso!

-Debo saber qué ocurre.

Todos pensaban en la llegada de las tropas de los hicsos y en el saqueo de Tebas, cuyas calles estarían sembradas de cadáveres. Ni un solo navío escaparía a las llamas.

-No hay humo a la vista, majestad.

El primer puesto de guardia que encontraron también había sido abandonado. ¿Sus soldados habían huido, o se habían lanzado hacia la ciudad para ayudar a sus camaradas?

Nefertari aguzó el oído.

-Oigo canciones que salen de la ciudad. Se acercaron.

¡Eran canciones, en efecto, y muy alegres!

Apareció un oficial que corría hasta perder el aliento. Los guardias de Amosis blandieron sus armas.

-Majestad -gritó el oficial-, acabamos de recibir un mensaje de Puerto-de-Kamosis: ¡la reina Ahotep ha puesto en fuga a los hicsos!

Tocado con su gorro a rayas, Jannas compareció ante el emperador, cuya tez era de una inquietante palidez.

-Exijo la verdad, almirante.

-La mitad de mi flota ha sido destruida en Puerto-de-Kamosis, pero nuestros carros están intactos y he infligido severas pérdidas al enemigo. Sin embargo, es previsible un contraataque, de modo que soy favorable a la aniquilación de Menfis.

-Hay algo más urgente, almirante. La resistencia de esa maldita ciudad suscita emulaciones. Varias ciudades del Delta se agitan contra nuestras milicias. Intervén de inmediato.

A la salida de la fortaleza de Avaris, Jannas se cruzó con un irritado Khamudi. Rodeados por sus guardias de corps, ambos hombres se desafiaron con la mirada.

-Vuestra campaña no ha sido muy brillante, almirante. Teníais que aplastar a las tropas egipcias, pero la reina Ahotep sigue viva.

-¿Por qué no enviasteis refuerzos a mi subordinado que sitia Menfis?

-Porque el emperador no quiso.

-¿Realmente le hablasteis de ello?

-¡No os permito que pongáis en duda mi palabra, almirante!

-Vos nunca habéis tenido palabra, Khamudi. Hoy está en cuestión la propia seguridad del Imperio, y yo debo garantizarla. No os crucéis en mi camino, de lo contrario...

-De lo contrario, ¿qué?

Desdeñoso, Jannas siguió adelante.

-Habéis obtenido una magnífica victoria, majestad -dijo el almirante Lunar a la reina Ahotep-. Lástima que Jannas no haya ordenado el desembarco de sus carros, que habrían caído en los fosos abiertos en las riberas.

-Victoria es un término excesivo -dijo la reina ante su consejo de guerra-. Hemos perdido muchos marinos y muchos barcos, y Jannas está indemne.

-Esta vez, majestad -observó el gobernador Emheb-, el enemigo no ha sufrido solo unos arañazos. Habéis obligado a retroceder a Jannas en persona. ¿Quién podría haber imaginado semejante resultado cuando empezamos a combatir?

-Las últimas noticias que llegan del Delta no son malas -añadió el almirante Lunar-. Una parte de Menfis resiste el asedio de los hicsos y varias ciudades más están dispuestas a levantarse.

-¡Demasiado pronto, demasiado pronto! -consideró el Bigotudo-. ¡El emperador hará que acaben con los resistentes!
-¿Y no podemos, al menos, ayudar a Menfis? -sugirió el afgano.
-Es indispensable -afirmó la reina-. Proporcionaremos alimento y armas a los menfitas para conseguir allí la fijación de un nuevo absceso.

-Es nuestra especialidad -dijo el afgano-. Con el Bigotudo, movilizaremos todas las organizaciones de resistencia y pudriremos la vida de los asaltantes. A partir de ahora, no pasarán ni una sola noche tranquila. Sus alimentos y su agua serán envenenados, sus patrullas atacadas, sus centinelas ejecutados.

Primero, algunos muchachos temerarios mataron a dos policías hicsos que querían meterlos en prisión. Luego, unas mujeres se unieron a ellos para luchar contra los milicianos encargados de deportarlos a Tjaru. Finalmente, la población de

los arrabales de Bubastis, armada con hachas y hoces, se arrojó sobre el cuartel, donde los ocupantes fueron pisoteados.

Llenos de alegría por ese triunfo inesperado, los resistentes lo festejaron quemando la ropa de los torturadores que habían abatido. ¡Al siguiente día, toda la ciudad iba a levantarse!

Y luego, al amanecer, se escucharon los relinchos de los caballos, cada vez más intensos, y restallaron órdenes como latigazos, secas y precisas.

-¡Los carros de Jannas! -gritó un chiquillo, descompuesto. En las vastas llanuras del Delta, como aquella en la que se levantaba Bubastis, nadie podía resistir el arma fatal de los hicsos.

Tras haberse puesto de acuerdo rápidamente, los jóvenes egipcios se colocaron ante los centenares de carros perfectamente alineados y, de modo ostensible, arrojaron sus armas.

-Hemos cometido una locura -gritó uno de ellos- e imploramos perdón.

Sumisos, se arrodillaron.

-Una victoria sin combatir -observó el ayuda de campo de Jannas.

-Con armas o sin ellas, los rebeldes son rebeldes -dijo el almirante-. Dejarles vivos sería un signo de debilidad que se volvería contra nosotros.

Jannas levantó el brazo y lo dejó caer brutalmente para ordenar el asalto.

Indiferentes a los gritos de sus víctimas, los carros de los hicsos los aplastaron. Y el almirante Jannas aplicó la misma estrategia en Athribis, en Leontopolis y en todas las demás ciudades donde algunos insensatos habían osado rebelarse contra el emperador.

Rodeado de piratas libios y chipriotas que garantizaban su seguridad, el gran tesorero Khamudi estaba especialmente orgulloso de su nuevo manto con flecos. Los beneficios producidos por la venta de droga no dejaban de aumentar y de acrecentar así su inmensa fortuna. Pero su éxito podía verse amenazado por el almirante Jannas, cuyo fracaso en Puerto-de-Kamosis no había minado su popularidad. Era incomprensible; como si la mayoría de los oficiales superiores fueran incapaces de admitir que ese romo militar los llevaba a su perdición.

Khamudi no había conseguido aún corromper a uno solo de los miembros del Estado Mayor de Jannas o de su guardia personal. Todos eran soldados que batallaban desde hacía mucho tiempo a su lado y creían en el porvenir de su jefe. Pero Khamudi acabaría encontrando el eslabón más débil.

De acuerdo con las instrucciones del emperador, Jannas acababa de exterminar a los rebeldes que habían provocado disturbios en varias ciudades del Delta. El ejército le era por completo fiel y, aquella misma mañana, sería públicamente felicitado por Apofis, por los servicios prestados al Imperio. Se olvidaba la humillante derrota de Puerto-de-Kamosis; se olvidaba a la reina Ahotep, que seguía desafiando a los hicsos. Si los dignatarios se volvían sordos y ciegos, ¿quién sino Khamudi podría salvar el Imperio? Él y solo él era consciente de los verdaderos peligros, y sin embargo, iba a verse obligado a inclinar la cabeza ante Jannas.

Su secretario le entregó un mensaje confidencial y urgente, procedente de la fortaleza de los hicsos que vigilaban las pistas que llevaban a las montañas de Anatolia.

En cuanto acabó de leerlo, Khamudi pidió audiencia al emperador, que conversaba con el almirante.

-¡Malas noticias, majestad! ¡Muy malas noticias!

-Habla ante Jannas -exigió Apofis.

-Los montañeses anatolios se han rebelado de nuevo y han atacado nuestra principal fortaleza. Su comandante reclama ayuda urgentemente.

-Lo había predicho, majestad -recordó el almirante-. No se someterán nunca. Si queremos librarnos de ellos, habrá que exterminarlos hasta el último.

-Ve inmediatamente a acabar con esa rebelión -ordenó el emperador.

-¿Y... la reina Ahotep?

-El Delta está pacificado; Avaris es inexpugnable. Gracias a mi espía, he obtenido el medio de bloquear a la reina y a su reyezuelo en su común reducto. Hoy nada es más importante que recuperar el control total de Asia.

Contrariamente a lo que esperaban numerosos soldados, la reina Ahotep no marchó sobre Avaris, sino que se limitó a proporcionar la ayuda necesaria a Menfis, para que los resistentes de la gran ciudad siguieran plantando cara a los hicsos.

Desde hacía varias noches, el cielo estaba tormentoso, y la energía no circulaba ya normalmente. El mensaje del dios Luna no presentaba ambigüedad alguna: gravitaba una amenaza sobre el rey Amosis. Sin ninguna duda, Apofis acababa de lanzarle un hechizo.

-¿Me autorizáis a dirigirme, por fin, a Edfú, majestad? -preguntó el gobernador Emheb, cuyo pesado cuerpo parecía cansado.

-Sabes muy bien que no -respondió con dulzura Ahotep-. ¿Con quién más iba a contar para estar segura de que no habrá ninguna relajación en Puerto-de-Kamosis? Estoy convencida de que Jannas no va a contraatacar enseguida. Sin dejar la vigilancia, tal vez podrías permitirte cierto reposo, en previsión de futuros combates.

La sonrisa de la reina era tan hechizante que Emheb no insistió.

-Debo regresar a Tebas -dijo ella-. En cuanto estemos listos, iniciaremos la ofensiva.

-Estaré a vuestro lado, majestad.

Tebas habría celebrado brillantemente, de buena gana, la victoria de Puerto-de-Kamosis, pero ¿cómo entregarse a la fiesta cuando el rey estaba enfermo? Los médicos no comprendían por qué el joven monarca no conseguía poner un pie en el suelo sin ser víctima de un insoportable dolor. Ningún ungüento le aliviaba, y el diagnóstico era pesimista: una enfermedad desconocida, que no podía curarse.

A pesar de la gravedad de su estado, Amosis no reducía su ritmo de trabajo. Cuando era necesario, sus guardias le levantaban, y él seguía recorriendo la campiña para reclutar nuevos soldados. Ni los consejos de moderación del intendente Qaris ni los de Heray eran escuchados; sin embargo, el faraón se debilitaba día tras día. Solo le consolaba la presencia de Nefertari, tan discreta pero tan eficaz que había conquistado el corazón de todo el personal de palacio. Ayudar a esa maravillosa muchacha a descubrir los usos y costumbres de la corte proporcionaba a Qaris una nueva juventud.

-Llega vuestra madre -anunció.

-La recibiremos en la gran sala de audiencia -decidió Amosis.

En los muelles, reinaba el regocijo. En cuanto la reina Ahotep pisó de nuevo el suelo de la capital, los tebanos, entusiasmados ante la idea de aclamar a la heroína que había obtenido una increíble victoria sobre los hicsos, sembraron de flores su camino.

En la entrada de palacio, los dignatarios formaban un pasillo de honor. Cuando Ahotep penetró en la sala de audiencia, el faraón Amosis inclinó la cabeza en signo de veneración.

-Que os sea rendido homenaje, madre mía, a vos que, una vez más, acabáis de salvar Egipto. En vos está el espíritu de Amón, y él os guía. Por mí os son ofrecidos el amor, el respeto y la confianza del pueblo de las Dos Tierras.

Conmovida hasta las lágrimas, Ahotep se arrodilló ante el faraón.

-Incorporaos, os lo ruego. Todos nosotros debemos prosternarnos ante la Reina Libertad.

Tras haberse celebrado un largo e intenso ritual en Karnak, durante el que la esposa de dios pronunció las palabras que invitaban a Amón a encarnarse en las piedras del templo y en el corazón de los seres, madre e hijo se encontraron cara a cara.

Amosis no disimuló en absoluto su sufrimiento y la degradación de su estado de salud.

-Ha sido el espía de Apofis quien te robó las sandalias -afirmó Ahotep-. Se las hizo llegar al emperador para hechizarlas e impedir que la vida circule por tus pies.

-¿Cómo podemos actuar?

-El sumo sacerdote Djehuty conoce las fórmulas de Thot que destruirán este hechizo. Para que cada parte de tu cuerpo esté, en adelante, protegida, te aplicaré los amuletos de la resurrección.

Remontándose a la época de las grandes pirámides, esas fórmulas abrían al viajero resucitado los caminos del más allá, ya fuesen de fuego, agua, aire o tierra. En la planta de los pies del rey, el sumo sacerdote dibujó la forma de las sandalias capaces de recorrer todos los espacios. Y Ahotep, después de haber magnetizado la nuca del monarca, aseguró la salvaguardia de cada uno de sus centros vitales.

Caminar otra vez sin sentir el menor dolor fue, para Amosis, como volver a nacer. La sangre circuló normalmente por su organismo y le reanimó su energía habitual.

-Te debo la vida por tercera vez -le dijo a su madre-. Tras haberme traído al mundo y coronado faraón, me devuelves la vitalidad.

-Eres el porvenir de Egipto, Amosis, y el emperador no se ha equivocado. Dime: ¿quién es esa maravillosa muchacha que te devora con los ojos?

-¡De modo que ya te has fijado en ella!

-Habría que estar mas ciego que un ciego.

-Si lo consientes, Madre, me gustaría que se convirtiese en la gran esposa real.

-¿Es una decisión que has madurado largo tiempo?

Amosis vaciló.

-No, la tomé en un instante.

-¿Cómo se llama?

-Nefertari. Es hija de campesinos, pero nació para ser reina.
Ahotep descubría un nuevo rostro de su hijo. El, tan paciente, tan dueño de sí mismo, tan serio, también era capaz de semejantes impulsos.

El largo silencio de la reina inquietó a Amosis. Naturalmente, ella había juzgado ya a Nefertari. Y si se oponía a la boda, ¿cómo reaccionaría él? Imaginar su existencia sin la mujer a la que amaba le era imposible, pero otro tanto ocurriría si se le privaba del apoyo de la reina Ahotep.

-¿No deberías hablar con ella, madre?

-No será necesario.

-Acaso su origen...

-Tu padre era jardinero.

-Piensas que ni ella ni yo nos hemos tomado tiempo para reflexionar, pero...

-La mirada de Nefertari es la de una gran esposa real, hijo mío, y es indispensable que el faraón sea encarnado por una pareja.

El emperador Apofis se felicitaba por el trabajo de su espía. Al conseguir que le llegaran las sandalias de Amosis, le había procurado un medio eficaz para inmovilizar a un joven guerrero que, en un futuro, podría haber resultado una amenaza.

Alcanzando a Amosis, llegaría al corazón de su madre, Ahotep, y ambos quedarían reducidos a la impotencia.

Apofis había introducido las sandalias en un gran cuenco de cristal lleno de veneno de escorpión, que exponía a la luz de mediodía. Calentado, el veneno se haría corrosivo, y afectaría, día tras día, los pies del insensato que se atrevía a denominarse faraón. Poco a poco, el dolor se haría insoportable, y Amosis acabaría matándose antes que seguir sufriendo.

Cuando el emperador iba a subir la escalera de la ciudadela, los chillidos de su esposa le importunaron. Tanto de día como de noche, horribles pesadillas asaltaban a Tany, a la que Yima, la mujer del gran tesorero, administraba dosis de droga cada vez mayores. Hacía ya mucho tiempo que Apofis ni siquiera visitaba a aquella loca que había tenido la acertada idea de librarle de Minos, cuya desaparición había provocado la de Ventosa, mucho más molesta. Antes o después, el emperador la habría ofrecido al toro.

Aunque los rayos del sol no lo tocaran aún, el cuenco de vidrio se tornó ardiente. Apofis lo colocó en la muralla. Apenas realizado aquel gesto, el cuenco estalló, y el veneno se vertió sobre sus pies y los abrasó como un ácido.

El tiempo se había detenido; la guerra, también.

En Anatolia y en Asia, los combates se multiplicaban en forma de guerrillas que impedían a Jannas obtener una victoria definitiva.

Menfis seguía dividida en dos: una zona bajo control de los hicsos; otra en manos de los resistentes, a quienes las tropas acantonadas en Puerto-de-Kamosis hacían llegar víveres y material.

Mes tras mes, la reina Ahotep, cercana ya a una esplendorosa cincuentena, consultaba al dios Luna, que le aconsejaba paciencia. Con alegría, había asistido al nacimiento de una nueva pareja real formada por Amosis y Nefertari. Al profundo amor que les unía, se añadía un sentido cada vez más acentuado de su función y sus deberes.

Cada noche, Ahotep meditaba a orillas del lago sagrado sobrevolado por las golondrinas, almas del otro mundo que se regeneraban al sol. Y allí fue a reunirse con ella su hijo, austero joven de veinte años.

-Pronto vamos a celebrar mi undécimo año de reinado, madre, y Egipto sigue ocupado. Hasta ahora, no me sentía capaz de combatir como mi padre y mi hermano mayor. Hoy, lo soy.

-Es cierto, Amosis, pero los presagios siguen siendo desfavorables.

-¿Hay que tenerlos en cuenta?

-¿No sería la precipitación un error fatal?

-Los hicsos no han reconquistado ninguna de las posiciones perdidas, numerosas embarcaciones han salido de nuestros astilleros, hemos movilizado a muchos hombres... ¿Por qué diferir el enfrentamiento?

-Me gusta oírte hablar así, hijo mío. Liberar nuestro país debe ser nuestra permanente preocupación. Pero solo el acuerdo de los dioses y el aliento de Amón nos proporcionarán las fuerzas decisivas.

Al pie del trono, se amontonaron lingotes de oro y de plata, paños, preciosos jarrones de elegantes formas, botes de ungüentos... Pero el feo rostro de Apofis no se suavizaba, y la atmósfera seguía crispada.

El embajador de Creta fue el último en depositar sus presentes: anillos de oro, copas de plata y unos jarros de cabeza de león.

-¡Basta! -se encolerizó el emperador-. ¡Tus tributos son más ridículos aún que los de tus predecesores! Pero ¿sabéis de quién os estáis burlando?

-Señor -intervino el embajador del Líbano-, hemos hecho el máximo posible. Debéis comprender que los rumores de guerra son muy nefastos para el comercio. Y, además, los largos períodos de mal tiempo han impedido a nuestros barcos hacerse a la mar. El tráfico de mercancías ha sido menos importante que de costumbre, y nos hemos empobrecido.

-Comprendo, comprendo... Acércate. El libanés hizo amago de retroceder.

-¿Yo, señor?

-Puesto que me has dado explicaciones, mereces una recompensa. Acércate a mi trono.

Temblando, el diplomático lo hizo.

De los ojos de los grifos brotaron unas llamas tan intensas como breves.

Con el rostro abrasado, el libanés lanzó chillidos de dolor y se revolcó en la masa de los regalos en un intento de apagar el fuego que le devoraba.

Muda de terror, la concurrencia le vio agonizar.

-He aquí el castigo reservado a quien se atreva a faltarme al respeto -precisó el emperador-. Tú, embajador de Creta, ¿qué tienes que declarar?

De edad avanzada y enfermo, el diplomático consiguió contener su miedo.

-No podíamos ofrecer más, señor. Nuestra isla ha sufrido numerosas lluvias y vientos violentos que han destruido la mayor parte de nuestras cosechas. Además, la muerte accidental de nuestros mejores artesanos en un incendio desorganizó nuestros talleres. En cuanto la situación vuelva a ser normal, el rey Minos el Grande os hará llegar otros tributos.

Por unos instantes, los dignatarios hicsos creyeron que esas explicaciones habían apaciguado el frío furor del emperador.

-Tú y los otros -prosiguió, entonces- os estáis burlando de mí. El miserable aspecto de estos desechos prueba que os negáis a pagar el impuesto y que os rebeláis. Mañana mismo, unos regimientos saldrán hacia las provincias de mi Imperio, y los responsables de este acto de insumisión serán ejecutados. Por lo que a vosotros se refiere, ridículos embajadores, os concedo un final a vuestra medida.

Con la gran hacha que manejaba tan bien como un leñador, Dama Aberia había cortado la cabeza a todos los portadores de regalos. Con los dos nubios y los tres sirios que habían intentado huir, empujando a los guardias, se había divertido cortándoles los pies antes de estrangularlos.

Los festejos no habían terminado; como los demás dignatarios hicsos, Dama Aberia iba a asistir al gran juego concebido por Apofis.

Ante la ciudadela se había trazado un rectángulo. En su interior se alternaban doce casillas blancas y doce casillas negras. Con las manos atadas a la espalda, los veinticuatro

embajadores que representaban las provincias del Imperio fueron conducidos por los policías.

-Vamos a desataros -anunció Apofis, sentado en una silla de mano que dominaba el tablero- y os daremos armas. Doce de vosotros formaréis un ejército; los otros doce, su adversario.

Atónitos, los diplomáticos se plegaron a las consignas de Apofis.

-¿Contra quién voy a jugar yo?... Contra ti, mi fiel Khamudi. El gran tesorero habría prescindido, de buena gana, de ese favor. Solo una estrategia era posible: dejar que el emperador ganara. -Haced exactamente lo que ordeno y respetad las reglas de este juego -advirtió Apofis-; de lo contrario, los arqueros acabarán con vosotros. Ahora, sois solo peones que Khamudi y yo moveremos.

Del de más edad al más joven, los diplomáticos se estremecieron.

-Iraní, avanza una casilla en línea recta -exigió Apofis. Khamudi le opuso al nubio, armado con una lanza, como su adversario.

-Que el iraní intente eliminar al nubio -decidió el emperador.

Aterrorizados, los dos embajadores se contemplaban. -Luchad. Que el vencedor saque del juego el cadáver del vencido y ocupe su lugar.

El iraní hirió al nubio en el brazo. Este soltó su arma.

-¡Está vencido, señor!

-Mátalo o muere.

La lanza cayó una vez, dos, diez... Luego, el iraní arrastró el cuerpo ensangrentado fuera del rectángulo y se puso a la cabeza de los peones de Apofis.

-Te toca a ti, Khamudi.

Si se dejaba ganar con demasiada facilidad, el gran tesorero corría el riesgo de disgustar al emperador.

-Que el sirio ataque al iraní -anunció.

El iraní intentó huir, pero los arqueros lo clavaron al suelo, disparando flechas a sus piernas. Y el sirio le aplastó la cabeza con su maza.

-No olvidéis que los vencedores salvarán la vida -añadió Apofis.

A partir de entonces, los que hacían de peones se mataron entre sí, en duelos rápidos y encarnizados.

Khamudi maniobraba bien, haciendo apasionante la partida. Vencedor, Apofis ya solo disponía de un peón, el viejo embajador cretense. Atónito, sin comprender de dónde sacaba tanta energía, apretaba la daga ensangrentada con la que había matado a tres de sus colegas.

-Como soldado victorioso, has salvado tu vida -decretó el emperador.

El cretense soltó su arma y salió titubeante del juego.

-Pero como traidor -añadió el señor de los hicsos-, debes ser castigado. Encárgate de él, Dama Aberia.

Los cinco hombres habían desembarcado en un lugar desierto de la costa egipcia de donde su barco se había alejado enseguida. Luego, en vez de tomar el camino de Sais, se habían alejado de la franja verde del Delta para adentrarse en el desierto. Provistos de mapas aproximados que indicaban cierto número de aguadas, esperaban evitar cualquier enfrentamiento a lo largo del trayecto que les llevaría hasta la provincia de Tebas.

Varias veces estuvieron a punto de ser interceptados por patrullas de los hicsos, por nómadas o por caravanas. A mitad de camino de su objetivo, temieron morir de sed, pues uno de los pozos anunciados estaba seco. Tuvieron que acercarse a la zona de los cultivos y robar fruta y odres de agua en una granja.

Dos de ellos no sobrevivieron. El primero se derrumbó, agotado; el segundo sucumbió a la mordedura de una cobra. Si los tres últimos no hubieran sido infantes bien entrenados, acostumbrados a moverse en un medio hostil, no habrían logrado superar una prueba que no imaginaban tan dura.

A menos de una hora de marcha de la base militar de Tebas, se toparon con los guardias egipcios.

Ya sin fuerzas, enflaquecidos, cayeron de rodillas en la arena.

-Venimos de la isla de Creta -declaró uno de ellos- y somos portadores de un mensaje para la reina Ahotep.

El canciller Neshi había interrogado por separado a los tres hombres que decían ser enviados de Minos el Grande. Como sus relatos concordaban, aceptó su petición.

Lavados, afeitados, alimentados, vistiendo taparrabos nuevos y custodiados por varios soldados, fueron introducidos en una pequeña sala del palacio de Tebas, donde la reina y el faraón Amosis estudiaban un informe de Heray sobre los servicios de intendencia del ejército.

-Soy el comandante Linas -declaró un barbudo de rostro cuadrado- y solo hablaré con la reina de Egipto.

-Tú y tus dos compañeros, inclinaos ante el faraón -ordenó Ahotep.

Su autoridad era tal que los tres cretenses obedecieron.

-¿Por qué tan largo viaje? -preguntó ella.

-Majestad, el mensaje del rey de Creta es estrictamente confidencial y...

-Mis guardias acompañarán a tus amigos a su habitación. Tú te quedas. El faraón y yo te escuchamos.

Linas, que estaba acostumbrado a mandar, comprendió que más valía no disgustar a aquella mujer.

-Minos el Grande me ha encargado que os invite a ir a Creta, majestad. Desea hablar con vos de proyectos tan importantes para vuestro país como para el nuestro.

-¿Qué proyectos?

-Lo ignoro.

-¿No eres portador de documento escrito alguno?

-Ninguno, majestad.

-¿Y por qué voy a entregarme a uno de los principales aliados de los hicsos?

-Dadas las leyes de hospitalidad que rigen en Creta, no corréis peligro alguno. En nuestro país, un huésped es sagrado. Minos el Grande os reservará una acogida digna de vuestro rango y, sea cual fuere el resultado de la entrevista, partiréis libre e indemne.

-¿Cómo puedes garantizarlo tú?

-No soy solo comandante del ejército cretense, sino también el hijo menor de Minos el Grande. Naturalmente, permaneceré en Tebas hasta que regreséis.

El canciller Neshi, el ministro de Economía Heray y el intendente Qaris compartían la misma opinión: aquella invitación era una burda trampa tendida por el emperador para atraer a la reina Ahotep a territorio enemigo y apoderarse de ella. La única respuesta posible consistía en enviar de nuevo a Creta al hijo de Minos el Grande y sus acólitos

-¿Y si el soberano de la gran isla fuera sincero? -se preguntó la reina-. Creta no soporta de buen grado el dominio hicso. Su pueblo es orgulloso, y su cultura, rica y ancestral. Sus relaciones con Egipto siempre fueron excelentes, pues los faraones, a diferencia de Apofis, no intentaron colonizarla.

-Es cierto, majestad -intervino Neshi-, pero la situación actual...

-Precisamente esta situación no es, en absoluto, favorable a Creta. Supongamos que Minos el Grande teme ser atacado y depuesto. Supongamos que sospecha que Apofis quiere devastar su isla. ¿Qué otra solución le queda sino una alianza contra los hicsos? Pese a sus innumerables tentativas de desinformación, Apofis no ha conseguido ocultar nuestra lucha. El eco de nuestros éxitos, por mínimo que sea, ha llegado a Cnosos. Hoy, Minos el Grande sabe que los hicsos no son ya invencibles. Si Creta se rebela, otros países sometidos la imitarán, y el Imperio se desintegrará desde el interior. El destino nos ofrece una inesperada oportunidad que debemos aprovechar.

El razonamiento de Ahotep era seductor. Pero el viejo intendente Qans se negó a entusiasmarse.

-Si Minos el Grande es un monarca inteligente y astuto, habrá deseado este análisis, y la trampa estaría así mejor tendida. Veo aquí una nueva marca de la perversidad de Apofis. Puesto que no consigue suprimiros, utiliza los servicios de un fiel vasallo con el cebo de una loca esperanza.

-Lá voz de Qaris es la de la razón -aprobó Heray.

-Desde el momento en que decidí luchar contra los hicsos -recordó la reina-, nunca la he escuchado. Y todos sabéis que no ganaremos esta guerra sin correr riesgos. Esta invitación es la señal que esperaba.

Qans se volvió hacia Amosis.

-¿Puedo solicitar al faraón que persuada a la reina de que renuncie?

-Si vos desaparecéis, madre -declaró el rey con gravedad-, ¿qué será de nosotros?

-Has sido ritualmente coronado y reinas en Egipto, Amosis. Al principio, te dirigirás a Puerto-de-Kamosis, nuestra base militar más avanzada, y seguirás apoyando la resistencia de Menfis, de modo que solo el Delta sea aún territorio seguro para los hicsos. Y aguardarás los resultados de mi entrevista con Minos el Grande, al mismo tiempo que ordenas la construcción de nuevos barcos. Si he caído en una trampa, Apofis no dejará de alardear de ello, y entonces tendrás que enfrentarte con él. Si, por el contrario, el rey de Creta acepta ser nuestro aliado, estaremos en posición predominante.

-¿Debo comprender, madre, que vuestra decisión está tomada?

Ahotep mostró aquella sonrisa que hechizaba a los más empecinados contestatarios.

-La he tomado porque te sé capaz de gobernar, Amosis.
Amosis sabía, por su parte, que la desaparición de la Reina Libertad sería mucho peor que un revés militar. Pero nadie convencería a Ahotep para que cambiase de opinión.

-Siempre he aprobado vuestras iniciativas, majestad -recordó el canciller Neshi-, pero debéis renunciar a esta por la simple razón de que dirigiros a Creta es imposible. En efecto, tendríais que atravesar el Egipto Medio, luego el Delta, por completo en manos de los hicsos, y por fin encontrar un barco con una tripulación experta.

Existe otro itinerario; el que han tomado los tres cretenses para llegar hasta nosotros.

-Las pistas del desierto... ¡Un trayecto agotador y peligroso! -La expedición incluirá marinos egipcios y los dos compañeros del hijo de Minos el Grande, que nos proporcionarán excelentes indicaciones. Por lo que al barco se refiere, lo

transportaremos desmontado y lo ensamblaremos en el lugar de la costa desde donde zarparemos.

-Majestad, este proyecto..., este proyecto...

-Lo sé, canciller: es irracional. ¡Pero imagínate si tiene éxito! El único detalle que contrariaba a Ahotep era que el espía del emperador estuviese informado y pusiera un fin prematuro a su viaje, provocando la intervención de los hicsos.

Los afligidos ojos de Viento del Norte rivalizaban en tristeza con la desesperada mirada de Risueño el Joven. Pero Ahotep no podía ceder ante sus súplicas. Les explicó que atravesar el país y luego el mar era demasiado peligroso y que, además, el asno y el perro tenían misiones precisas que cumplir. Viento del Norte debía seguir guiando a sus congéneres especializados en el transporte de materiales destinados al ejército, y Risueño el Joven tenía que velar por Amosis. Como su padre, Risueño el Viejo, el perro se había convertido en un temible guardián, dispuesto a combatir hasta la muerte para salvar al rey.

Los dos fieles servidores fingieron estar apaciguados.

-Si pudierais protegerme vosotros... -murmuró ella.

Con el ocaso, el calor de la jornada cedía. El suave viento del norte se había levantado, los duros trabajos campesinos se interrumpían y, en todas partes de la campiña, sonaban melodías de flauta.

Ahotep pensó en su marido y en su difunto hijo, y supo que compartían el banquete de los dioses.

-La cena está lista, majestad -anunció Nefertari-. ¡Oh, perdonad! He interrumpido vuestra meditación.

-No es hora de recuerdos; hay demasiado porvenir que construir.

Al contemplar a la gran esposa real, Ahotep pensó que Amosis, tan prudente por lo general, había tenido razón en no vacilar. Adornada con todos los dones que podrían haberla

transformado en una opulenta satisfecha con su suerte y buscando solo los pequeños placeres, la joven tenía la naturaleza de una reina: exigente, luminosa, más preocupada por el destino de su país y de su pueblo que por el suyo propio.

-Si no regreso, Nefertari, tendrás que combatir al lado del faraón. Sin tu fulgor y tu potencia mágica, carecería de la energía necesaria para vencer. Isis fue la que resucitó a Osiris; la gran esposa real es la que insufla el fuego del acto justo en el alma del rey. Sobre todo, no pierdas tiempo en tareas profanas y no disperses en banalidades tu palabra.

La firmeza de la mirada de Nefertari desmentía la fragilidad de su apariencia.

-Me comprometo a ello, majestad.

-Ahora, podemos cenar.

Ahotep se felicitaba por haber recuperado el control de la pista de los oasis que utilizaban antaño los nubios y los hicsos para comunicarse mensajes oficiales. En el Gran Sur, bajo control egipcio, el príncipe de Kerma parecía limitarse a sus riquezas y a su vida fastuosa, lejos de la guerra. Pero Ahotep se sentía escéptica y temía que despertase su humor belicoso. Esperando equivocarse, la reina apreciaba la salvaje belleza del desierto donde no era bienvenido lo humano.

Los hombres penaban, pero estaban tan orgullosos de haber sido elegidos para acompañar a la Reina Libertad que el esfuerzo les parecía leve. Solo los dos cretenses, firmemente invitados a llevar su carga como los demás, ponían mala cara. La calidad de las comidas y los vinos acabó tranquilizándolos, y largas paradas en los oasis les devolvieron el mejor humor. Aceptaron contestar a las preguntas de la reina, que les interrogaba sobre las condiciones de vida en Creta, donde, según ellos, reinaba una pronunciada afición a los juegos, las fiestas y la moda.

Siempre al acecho, Ahotep dormía cerrando solo un ojo. Si el espía había tenido la ocasión de avisar al emperador, ¿no

peinarían los hicsos un vasto territorio con el fin de interceptar a la reina?

Sin embargo, no se produjo el menor incidente, y la expedición llegó hasta la costa mediterránea sin encontrar una sola patrulla enemiga. Los doscientos últimos kilómetros, ciertamente, habían resultado en especial penosos, y se había hecho un gran uso de los remedios y ungüentos de Felina.

La travesía de la zona pantanosa había hecho añorar a los viajeros la dureza del desierto. Obligados a caminar por el agua estancada, amenazados por serpientes, devorados por los mosquitos, estaban convencidos de que debían su vida a la magia protectora de la esposa de dios, que, sin quejarse jamás, compartía sus pruebas. Luego, los egipcios descubrieron un universo nuevo: una playa de arena, olas y agua salada que se movía sin cesar. Por consejo de los cretenses, se atrevieron a bañarse; encontraron el agua pesada y pegajosa, aunque les ofreció un maravilloso bienestar después de la de los pantanos.

Ahotep dejó que sus marinos descansaran, muy satisfecha de que todos siguieran vivos. ¿No era eso señal de que había tomado una decisión justa?

Sin embargo, ella no bajaba la guardia.

-Los demonios del mar son más temibles que los del desierto -recordó la reina durante la comida bajo las estrellas-. Conocemos bien los caprichos del Nilo, pero los de esta inmensidad pueden sorprendernos. Sin embargo, la cruzaremos.

Ante la escéptica mirada de los dos cretenses, los marinos egipcios ensamblaron el barco previsto para largos viajes. Con su doble mástil, formado por dos fustes oblicuos unidos en lo alto, su cabina de techo horizontal, sus velas nuevas, sus remos y su sólido gobernalle, tenía muy buen aspecto.

-¿Pensáis ir a Creta... con esto?

-Nuestros antepasados lo hicieron -respondió Ahotep. -Ignoráis todos los peligros que nos acechan, majestad. -Con buenos vientos de popa, no se tarda más de tres días en recorrer la distancia que separa Creta de Egipto, es preciso casi el doble para ir de Egipto a Creta, y los cambios del viento son numerosos e imprevisibles, las olas peligrosas, sin mencionar las tormentas. En resumen, es preciso que la quilla del barco soporte las presiones laterales de las olas y del viento.

-Las soportará.

-Además, si el tiempo empeora y las nubes ocultan las estrellas, ¡nos perderemos!

-No, con la carta que yo tengo. Nuestros antepasados, que fueron a menudo a Creta, nos legaron preciosos documentos. Haríais mal despreciando su ciencia. ¿Sabéis, por ejemplo, por qué se dice que la longitud de la duat(1), el mundo intermedio entre el cielo y el océano subterráneo, es de tres mil ochocientos catorce itero, según un término técnico de agrimensor? Porque corresponde al perímetro de la Tierra[?]. Aunque el mar asuste a la mayoría de los egipcios, nuestro pueblo ha contado con grandes navegantes, y sabemos cómo domeñarlo.

Notai(1). Unos quinientos kilómetros. 1. 3.814 itero=39.894,48 kilómetros. Esta indicación, proporcionada por las tumbas del Valle de los Reyes, era probablemente conocida antes. Véase J. Zeidler, «Die Lánge der Unterwelt nach ágyptischer Vorstellungw, en GdttingerMiszellen, 156, 1997, pp. 101-112.

-¡Pues no será con esa tripulación!

-¿No tiene ahora la ocasión de adquirir la experiencia que le falta?

Viendo la manera como maniobraban los marinos de la reina, ambos cretenses se tranquilizaron un poco. Pero acostumbrados a las cóleras del Mediterráneo, temían un pánico a bordo en caso de incidente. Los vientos cambiaron varias veces y, al amanecer del tercer día, el mar se enfureció. El capitán encontró la solución modificando el velamen y la

trayectoria del barco, cuya manejabilidad resultaba una valiosa baza. Sin perder nunca la sangre fría, la tripulación se adaptaba de modo sorprendente.

¿Y acaso la reina Ahotep no dialogaba todas las noches con el dios Luna para solicitar una apacible travesía?

Cuando concluía la cuarta jornada de navegación, los dos cretenses no creyeron lo que estaban viendo.

-Allí, nuestra isla... ¡Nuestra gran isla!

-Rindamos homenaje a Amón, el señor del viento, y a Hathor, la soberana de las estrellas y de la navegación -exigió Ahotep-. Sin su ayuda, no habríamos llegado a buen puerto.

La reina depositó pan, vino y un frasco de perfumes en un pequeño altar, y todos se recogieron.

-Barco a la vista -anunció el capitán.

Cuatro navíos avanzaban rápidamente hacia el velero egipcio.

-¡Nos toman por un enemigo y quieren atacarnos con su espolón! -gritó un cretense.

De hecho, la trayectoria adoptada no dejaba duda alguna sobre las intenciones de los bajeles de guerra.

Ahotep dio la orden de arriar las velas y se mostró en la proa, ofreciendo un blanco ideal a los arqueros de Minos el Grande.

Khamudi recorría su villa como un oso enjaulado. Aunque había doblado el número de guardias que se encargaban, día y noche, de su protección, no se atrevía ya a salir. Recorría su villa como un oso enjaulado. Aunque había doblado el número de guardias que se encargaban, día y noche, de su protección, no se atrevía ya a salir.

-¿Por qué mostrarse tan temeroso? -preguntó su esposa Yima-. A fin de cuentas, el almirante Jannas no va a atacar nuestra casa.

-¡Ese matón es muy capaz de hacerlo! Entre el poder y él, ya solo queda un obstáculo: yo. Ambos somos conscientes de ello, créeme.

-¿No sigues siendo la mano derecha del emperador?

El gran tesorero se dejó caer en un sillón y vació una copa de vino blanco.

-Apofis envejece y pierde cada día algo de su lucidez. Yima se escandalizó.

-¡Es la primera vez que te oigo criticar al emperador!

-No se trata de una crítica, sino de un hecho. Si queremos preservar la omnipotencia del Imperio, hay que ayudar mejor a Apofis.

Experta en juegos perversos, Yima nada entendía de política. Sin embargo, la angustia de su marido le hacía temer la pérdida de sus bienes.

-¿Estamos... en peligro?

-No, pues el emperador sigue concediéndome su confianza

-¿Piensa acaso en retirártela?

Jannas le ha metido esa idea en la cabeza. Hay demasiadas divergencias entre nosotros dos, y el almirante no soporta ya la influencia que ejerzo sobre numerosos dignatarios. Dicho de otro modo, está decidido a librarse de mí.

Yima palideció.

-¿Se trata de rumores o de hechos contrastados?

-He llevado a cabo una profunda investigación, y todos los indicios concuerdan; en cuanto regrese de Asia, Jannas intentará reducirme a la impotencia.

Yima se sentó en las rodillas de Khamudi y le cubrió de nerviosos besos.

-No es posible, querido mío. ¡No vas a permitirle que nos robe la fortuna!

-No, si me ayudas.

-¿De qué modo? -La mujer del emperador te escucha, ¿no es cierto?

-¡Es una vieja loca, enferma e impotente!

-De todos modos, ordenó eliminar al pintor Minos.

-Sí, pero Jannas es un bocado mucho más grande.

-Cierto, pero puedes convencer a Tany de que lleva el Imperio a la ruina. ¿Acaso no fue por la incompetencia de Jannas que nuestra capital se vio atacada por los egipcios y la emperatriz perdió su salud? Este almirante es la causa de todas nuestras desgracias. Si no le eliminamos, él nos eliminará.

Pareció que Yima comprendía.

-¿Y si Jannas ha muerto en Asia?

-Según su último mensaje, regresará en menos de una semana y será recibido como vencedor.

Tocado con su sempiterno gorro a rayas y no mucho mejor vestido que un simple soldado, Jannas permaneció indiferente a las aclamaciones de la muchedumbre que puntuaban su recorrido hacia la ciudadela. Soldados, policías y habitantes de Avaris celebraban un injustificado triunfo, pero solo el emperador debía conocer la verdad.

De acuerdo con el protocolo, fue Khamudi, en calidad de jefe de seguridad, quien recibió al almirante.

-¿Habéis tenido un buen viaje?

-¿Puede recibirme el emperador inmediatamente?

-Está haciendo la siesta. Soy el encargado de escuchar vuestro informe y transmitírselo.

-Ni hablar.

-¡Almirante! Esa es la costumbre y...

-Me importan un pimiento vuestras costumbres, gran tesorero. Estoy de regreso y me encargo otra vez de la seguridad de la capital y de la del emperador. Regresad a vuestras finanzas y a vuestro tráfico de drogas, y sobre todo no intentéis impedir que entre en la ciudadela, donde aguardaré a que nuestro soberano despierte.

Furioso, Khamudi se apartó.

Pese a la cantidad de problemas que le abrumaban, Jannas se había adormilado. Un soplo gélido le sacó brutalmente de su sopor. Ante él, el emperador.

-Has tardado mucho, amigo mío. ¿Acaso desfallecen nuestras tropas?

-La situación es grave, señor.

-Sígueme.

Los dos hombres se encerraron en la pequeña estancia dispuesta en el centro del palacio, donde nadie podía oírlos.

-¿Está pacificada Asia, Jannas?

-He exterminado a miles de rebeldes y a sus familias, he incendiado centenares de aldeas, he acabado con rebaños

enteros y he sembrado el terror por donde he pasado. Todos saben que ofender al emperador de los hicsos acarrea un castigo implacable.

-No has respondido a mi pregunta.

-Nadie se atreve a enfrentarse con nosotros de un modo directo, porque nada ni nadie puede oponerse a nuestros carros. Por desgracia, está la guerrilla, una guerrilla interminable, con la que yo habría acabado si una casta de auténticos guerreros no hubiera conseguido federar a los insurrectos y barrer a los potentados locales para formar una nueva potencia, a la que llaman «los hititas».

-¿Por qué no los has exterminado, Jannas?

-Porque conocen cada recodo de sus montañas y son capaces de sobrevivir en las condiciones más dificiles. Aun hambrientos y muertos de frío, combaten como bestias feroces y nos tienden mortíferas emboscadas. He colgado a sus mujeres, he despanzurrado a sus hijos, he arrasado sus casas..., y no se han rendido. Si hubiera enviado mis hombres a las gargantas y los barrancos, mi ejército habría sido diezmado.

La ronca voz del emperador se hizo amenazadora.

-¿Qué propones, entonces?

-He dejado sobre el terreno las fuerzas necesarias para que esos hititas se vean obligados a permanecer encerrados en su reducto. A corto plazo, no constituyen una seria amenaza. Sin embargo, al regresar, he reflexionado mucho sobre el problema. En Asia, los hititas; en Egipto, la reina Ahotep. Son dos casos comparables, dos bolsas de rebelión que debemos aniquilar so pena de verlas reforzarse o, peor aún, multiplicarse.

-¿No te encargué que evitaras ese tipo de catástrofes?

-Con los medios de que dispongo, considero que he hecho lo que podía.

-Yo debo juzgarlo, almirante.

-Podéis enviarme al laberinto o entregarme al toro, pero mi muerte no resolverá ninguna de las dificultades con las que se enfrenta el Imperio.

El tono de Jannas disgustaba al emperador, pero reconocía la validez de sus argumentos.

-¿Qué deseas exactamente, almirante?

-Plenos poderes.

Apofis permaneció rigurosamente inmóvil durante interminables instantes.

-Explícate, Jannas.

-Varias veces, el gran tesorero ha desbaratado mi acción de un modo lamentable. Comportándose de esa manera, nos debilita. Que Khamudi se limite a su papel de administrador y abandone sus intentos de corrupción de los oficiales superiores. Por lo que a mi plan se refiere, consiste en utilizar la casi totalidad de nuestras fuerzas, a excepción de un solo regimiento encargado de la seguridad de Avaris, para alcanzar tan pronto como sea posible tres objetivos: primero, arrasar la ciudad de Menfis; luego, romper el frente egipcio, destruir Tebas y traeros, muertos o vivos, a la reina Ahotep y a su hijo; finalmente, aplastar a los hititas, arrasando Anatolia si es preciso. Mis relativos fracasos solo se han debido a la dispersión de nuestros hombres, exigida por Khamudi. Es preciso poner fin a nuestras disensiones y aniquilar a los enemigos. Para lograrlo, hay una sola solución: utilizar, en cada etapa, toda nuestra potencia militar. Así conquistaron los hicsos su Imperio; así lo desarrollaréis.

El almirante era consciente de los riesgos que corría. Pero como comandante en jefe del ejército, no podía ya satisfacerse con mediocres resultados.

-¿Has terminado, Jannas?

-Nada tengo que añadir, señor, salvo que mi única preocupación es la grandeza del Imperio.

Los capitanes de los navíos de guerra cretenses se disponían a clavar sus espolones en el barco enemigo y a dar a sus arqueros la orden de disparar, pero la aparición de Ahotep los dejó estupefactos.

Con su diadema de oro y su larga túnica roja, tenía el aspecto de una reina. ¿Se trataba acaso de aquella egipcia de la que los narradores afirmaban que había rechazado a los hicsos? Ninguno de los marinos que componían su tripulación tenía una actitud agresiva. Y uno de los capitanes reconoció a los dos cretenses que estaban haciendo grandes señales.

La maniobra de ataque se interrumpió de inmediato y se limitaron a conducir la embarcación egipcia hasta el puerto.

Los dos cretenses fueron los primeros en pisar de nuevo el suelo de su patria. Explicaron a un oficial que regresaban de una misión y que la reina Ahotep pedía audiencia a Minos el Grande.

Tras una tormentosa discusión, el tono bajó. Ninguno de los miembros de la tripulación estaba autorizado a desembarcar, y el barco permanecería amarrado, bajo vigilancia, en el pequeño puerto, donde unos barcos mercantes descargaban jarras de aceite. La reina fue invitada a subir a un carro tirado por bueyes.

-Esperad un momento -ordenó.

Ahotep se entrevistó con el capitán egipcio para pedirle que no intentara nada y que esperara su regreso. Luego, se dirigió a los dos cretenses a los que había llevado a su país.

-Exijo que garanticéis la seguridad de mis marinos y que me aseguréis que serán bien tratados y correctamente

alimentados durante mi ausencia. De lo contrario, me marcharé de inmediato.

Una breve discusión entre cretenses acabó de un modo positivo, dando tiempo a la reina para examinar las macizas ruedas del carro. Egipto las había fabricado desde la primera dinastía, especialmente para hacer que avanzaran por terreno duro las torres militares destinadas a atacar los bastiones libios. Pero la técnica se había revelado inútil en los terrenos arenosos y, para el transporte de materiales, de hombres o de animales, la navegación por el Nilo era inigualable. La invasión de los hicsos, sin embargo, demostraba que los egipcios habían hecho mal olvidando la rueda. La reina concibió un nuevo proyecto que llevaría a la práctica en cuanto regresara, suponiendo que Minos el Grande no la hiciera prisionera.

Cómodamente instalada, Ahotep descubrió Creta. Bosques de pinos y encinas adornaban una sucesión de colinas. La carretera que llevaba del puerto a la capital, Cnosos, estaba flanqueada por puestos de guardia y pequeños albergues.

Tras haber atravesado un viaducto de terraplén enarenado, Ahotep contempló el otero que dominaba el valle de Kairatos, donde crecían los cipreses. A lo lejos, el monte Louktas. ¡Qué diferente era, del suyo, este país y cómo añoraba Egipto!

La ciudad de Cnosos estaba abierta. No había ni fortificaciones ni muralla, solo callejas comerciales con talleres y tiendas. Numerosos curiosos salieron de sus casas para admirar a la hermosa extranjera, que les sonrió dirigiéndoles amistosos gestos. Muy pronto, la atmósfera se relajó; mujeres y niños quisieron tocar a esa reina llegada de otro mundo y cuya leyenda afirmaba que traía suerte.

Desbordada, la policía intentó hacer frente a los manifestantes. Ahotep bajó del carro y se interpuso. De inmediato, se hizo la calma, aunque muy pronto quedó reemplazada por las aclamaciones de una bonchona muchedumbre, que adoptó a aquella mujer, tan hermosa y cálida.

Y a pie, coronada de lirios y acompañada por risueños niños, la Reina Libertad hizo su entrada en el palacio real de Cnosos, cuyos guardias no se atrevieron a intervenir.

El imponente edificio se albergaba tras unas gruesas murallas. Desde el río, se distinguían terrazas escalonadas que ocultaban un vasto patio de unos sesenta metros de largo y unos treinta de ancho. Cada uno de los costados del cuadrilátero estaba orientado hacia un punto cardinal. En ese espacio interior, de estancia agradable durante la época calurosa, se abrían ventanas oblongas con cruceros pintados de rojo.

Un oficial precedió a la reina por un pasillo de muros adornados con hachas y cabezas de toro.

La sala del trono era menos austera. Con una paleta de colores de notable refinamiento, los pintores habían creado admirables escenas, que representaban recolectores de azafrán, muchachas de cuerpo arrobador que llevaban preciosos cuencos, gatos, grullas, perdices, delfines y peces voladores. Espirales y palmetas decoraban los techos.

No faltaba ni un solo dignatario de la corte de Cnosos, y las miradas convergieron hacia Ahotep.

Imberbes, vistiendo cortos taparrabos multicolores y cruzados, los hombres mostraban un peinado especialmente cuidado: largos mechones ondulados se alternaban con mechas rizadas, más cortas, y otras en espiral que caían sobre la frente. Algunos calzaban botines de cuero, otros llevaban altos calcetines.

Las mujeres rivalizaban en elegancia y vestían, ostensiblemente, a la última moda. Faldas largas, cortas o con volantes multicolores, corpiños transparentes, joyas de oro, collares de ágata o de cornalina revelaban la afición de los cretenses por el lujo.

Pero Ahotep las eclipsaba a todas, pese a haber optado por la sencillez, con su tradicional diadema de oro y una túnica de

lino de inmaculada blancura. Un ligero maquillaje ponía de relieve la perfección de sus rasgos.

Miraba fijamente el trono de yeso, con alto respaldo, enmarcado por dos grifos, en el que se sentaba un anciano barbudo e imponente. En su mano derecha, llevaba un cetro; en la izquierda, un hacha doble, símbolo del rayo que utilizaba contra sus enemigos.

-Majestad, el faraón Amosis os presenta sus deseos de buena salud, para vos y para Creta.

Minos el Grande evaluaba a Ahotep.

Así pues, efectivamente, existía y estaba allí, en su palacio, sola y sin ejército, a su merced. Podía hacerla detener y enviarla al emperador, o ejecutarla personalmente y mandar su cabeza a Apofis.

La decisión del rey de Creta dejó estupefacta a la corte. -Venid a sentaros a mi diestra, reina de Egipto.

Desde su viudez, a Minos el Grande las mujeres no le interesaban. Rendir semejante homenaje a una soberana extranjera nada tenía, ciertamente, de protocolario. Y los encargados del protocolo quedaron escandalizados. Pero cuando Ahotep se instaló en un trono de madera dorada adornado con figuras geométricas, olvidaron sus críticas.

-¿Es este palacio digno del de Tebas?

-Es mucho más vasto, mejor construido y mejor decorado.

-Y sin embargo, los egipcios tienen fama de ser unos inigualables constructores -se extrañó el rey.

-Nuestros antepasados lo eran; comparados con ellos, solo somos enanos. Pero estamos en guerra y solo cuenta la liberación de nuestro país. Si el destino nos es favorable, será preciso reconstruirlo todo, y tomaremos, entonces, ejemplo de nuestros predecesores. Que la desgracia que ha caído sobre Egipto respete Creta.

Por tan sencilla declaración, Minos el Grande, vasallo del emperador de los hicsos, debería haber encarcelado a la provocadora:

-¿Qué os parece mi corte? -le preguntó.

-Brillante y refinada. Y no veo ningún hicso.

Según la mayoría de los dignatarios cretenses, la reina Ahotep se pasaba de la raya. Minos el Grande no pareció inmutarse. -¿No ha sido demasiado duro vuestro viaje?

-Por fortuna, el mar se ha mostrado tranquilo.

-A mi pueblo le gusta la música, la danza y los juegos. Por eso os invito, sin más dilación, a una comida de fiesta en vuestro honor.

El rey se levantó, y Ahotep le imitó. Uno junto al otro, ambos soberanos abandonaron la sala del trono para dirigirse a un jardín, donde se habían puesto mesas floridas y llenas de vituallas.

Tras un fabuloso banquete, la corte se había dirigido al lugar donde los acróbatas y danzarines habían ofrecido un espectáculo antes del punto álgido de los festejos: la prueba del toro. En la arena había aparecido un monstruo digno de los toros salvajes egipcios, que los veteranos cazadores consideraban como el animal más temible de la creación.

Para unos atletas ligeros y rápidos, el juego consistía en provocar la cólera del animal que cargaba contra ellos. En el último momento, lo empuñaban por los cuernos y, en un peligroso salto, que hacía temblar a la concurrencia, brincaban por encima del lomo y caían más allá de su cola.

La técnica de esos jóvenes era tan notable que ningún accidente deslució el juego.

-¿Qué suerte reserváis al toro? -preguntó Ahotep a Minos el Grande.

-Le devolvemos la libertad. Matar a tan noble animal, encarnación del poderío real, sería un acto bárbaro.

-¿Qué representa ese extraño dibujo en la pared de la arena?

-El laberinto, un símbolo vinculado al toro. Fue construido cerca de Cnosos y albergaba a un genio de terrible poderío, el Minotauro. Gracias al hilo que le entregó Ariadna, el héroe Teseo entró en el laberinto, mató al monstruo y salió sin perderse.

-¿Creéis, majestad, que existe un hilo de Ariadna que une a nuestros dos países?

Minos el Grande se mesó la barba.

-Si he comprendido bien, os cansáis de nuestras distracciones y deseáis abordar las cuestiones esenciales.

-Egipto está en guerra. Sea cual fuere la calidad de vuestro recibimiento, no puedo demorarme mucho tiempo.

La vacilación del rey de Creta estuvo preñada de amenaza.

-Como queráis... Dejemos que la corte se divierta y retirémonos a mi dominio.

El anciano caminaba con dificultades, pero su energía seguía intacta. Ahotep estaba satisfecha de negociar con un verdadero monarca.

Él se instaló con la reina en un despacho decorado con escenas campestres. En los anaqueles había tablillas de madera cubiertas de textos.

-¡Qué dificil es administrar un país! -se lamentó Minos el Grande-. Un instante de relajación, y el caos amenaza ya.

-¿No es más agotador aún tener que rendir cuentas a un tirano como Apofis?

El rey de Creta sirvió vino tinto en dos copas de plata, le ofreció una a Ahotep y se sentó en un robusto sillón mientras la reina se instalaba en una banqueta cubierta de paño multicolor.

-¿Cómo se encuentra mi hijo, el comandante Linas?

-Cuando salí de Tebas, estaba a las mil maravillas y parecía gustarle mucho nuestra modesta capital. Añadiré que fue él quien decidió permanecer en Egipto hasta mi regreso.

-Esas eran mis órdenes. Si no os hubiera ofrecido una garantía de ese valor, ¿habríais venido a Creta?

-No es vuestro hijo, ¿verdad?

El rey no se atrevió a mirar a su interlocutora.

-No, no lo es.

-Y ahora, ¿puedo conocer las razones de vuestra invitación?

-Yo, un fiel vasallo de los hicsos, recibo en mi isla a su principal enemiga... ¿Por qué no habéis retrocedido ante tan burda trampa?

-Porque no es una trampa. Vos sabéis que los hicsos quieren aniquilaros y que no podréis combatirlos solo. Por eso, intentáis una alianza con Egipto.

Minos el Grande contempló largo rato a Ahotep.

-¿Qué fuerza sobrenatural os permite plantar cara al emperador?

-El deseo de libertad.

-¿Y nunca renunciáis?

-Mi marido murió en combate, mi hijo mayor también, y mi hijo menor es hoy faraón, y está firmemente decidido a proseguir la lucha, aun siendo uno contra diez. Gracias a los esfuerzos

de nuestros carpinteros, nuestra Marina de Guerra puede rivalizar con la de los hicsos.

-¡En tierra, sus carros os aplastarán!

-No hemos encontrado aún el modo de evitarlo, pero estoy convencida de que existe.

El rey se arrellanó en su sillón.

-Ventosa, la hermana del emperador, vino a Cnosos para comunicarme que su amante, un pintor cretense al que yo estimaba mucho, había sido asesinado por orden de Apofis. Para vengarse, me reveló dos secretos de Estado. El primero fue la confirmación de vuestra existencia y de vuestros éxitos militares.

-Mi hijo Kamosis lanzó un ataque contra la capital de los hicsos, Avaris, y nuestro frente rechazó un ataque del propio almirante Jannas. Actualmente, controlamos el Alto Egipto, algo que la propaganda del emperador intenta ocultar.

-Gracias a mi marina mercante, puedo propagar la verdad en numerosos países.

En ese caso, los vasallos de Apofis sabrán que no es invencible, y la revuelta se extenderá.

-No seáis tan optimista, Ahotep, pues no todo el mundo tiene vuestro valor. Sin embargo, es posible que semejante noticia conmueva profundamente el Imperio.

-¿Estáis decidido a actuar, Minos?

-Antes debo hablaros del segundo secreto de Estado: existe una profunda rivalidad entre los dos principales ejecutores de la voluntad de Apofis, es decir entre Jannas y el gran tesorero Khamudi. Ambos hombres se detestan, y su enfrentamiento, más o menos sordo, acabará saliendo a la luz y debilitando el régimen hicso. Apofis envejece, la guerra de sucesión se prepara. ¿Quién va a ganarla?

-No importa -estimó la reina-. Lo esencial es aprovechar esta oportunidad. Cuando haya un vencedor, se comportará como el peor de los tiranos. Hay que intervenir antes de que asuma el poder.

-Creta está muy lejos de Egipto, y yo debo pensar, primero, en mi país.

-Aunque no combatáis a mi lado, ¿puedo estar segura, al menos, de vuestra neutralidad?

-Es un compromiso que exige madura reflexión, pues sus consecuencias podrían ser dramáticas.

-Es cierto

-Solo os queda una salida, Minos: reconocer mi soberanía sobre las islas de la cuenca mediterránea, y especialmente sobre la vuestra. Como reina de las lejanas riberas, os deberé protección, y contra mí, solo contra mí, se desencadenará la cólera de Apofis.

Minos esbozó una sonrisa.

-¿No seréis más exigente que el emperador?

-Mi única exigencia será vuestra palabra de no traicionarme. Seguiréis siendo rey de Creta, vuestro país mantendrá su independencia, intercambiaremos embajadores y tributos.

-Existe otra solución, Ahotep. Soy viudo, mi país carece de reina. Aquí estaríais segura, y mi pueblo os adoptaría sin dificultad.

-Soy fiel a un solo hombre, el faraón Seqen. Como esposa de dios intento reforzar continuamente el poder del rey de Egipto y atraer hacia él la benevolencia de Amón. Mi lugar está entre mi ejército. Refugiarme en vuestro país sería una cobardía incalificable. Reconoced pues mi soberanía, Minos; transmitid informaciones verdaderas por medio de vuestros marinos, no prestéis ayuda alguna a los hicsos y preparad vuestra isla para rechazar un asalto de la flota de Jannas.

-¡Vuestras condiciones son demasiado estrictas, Ahotep!

-Son las que deseabais oír, ¿no es cierto?

Minos el Grande no respondió.

-¿Qué ha sido de Ventosa? -preguntó la reina.

-Se ahogó en un desgraciado accidente. Es hora de que vayáis a reposar, Ahotep.

-¿Cuándo tendré vuestra respuesta?

-Cuando llegue el momento.

Los aposentos reservados a la reina de Egipto eran lujosos. Además de un mobiliario de madera de muy buena calidad, comprendían un cuarto de baño y unos aseos provistos de un asiento de madera colocado sobre una canalización conectada con la red de cloacas dispuesta bajo el palacio. Las aguas de lluvia bajaban de las terrazas por unos conductos cimentados, y el conjunto de los brazos desembocaba en un gran colector.

En una mesa de pórfiro había tazas decoradas con espirales, jarrones cónicos y otros con cabeza de león, que contenían agua, vino y cerveza. En cuanto a la cama, era confortable.

Ahotep se tendió preguntándose si saldría algún día de aquella prisión dorada.

Lo siento -dijo el jefe de la guardia-. El emperador está enfermo y no recibirá a nadie hoy.

-¿Ni siquiera a mí? -se sorprendió Khamudi.

-Mis órdenes son estrictas, gran tesorero. Nadie.

Era la primera vez que Khamudi se veía rechazado así. El almirante Jannas tampoco era admitido, ciertamente, ante el

emperador, pero la privilegiada posición del gran tesorero acababa de desaparecer.

Inquieto, Khamudi interrogó a sus fieles para saber cuánto tiempo había durado la entrevista entre Apofis y Jannas: ¡más de una hora! Por lo general, el emperador daba órdenes breves. Esa vez había habido una discusión.

Por su parte, el almirante se hallaba en el cuartel principal de Avaris, rodeado de todos los oficiales superiores. Dicho de otro modo, había reunido al Estado Mayor sin invitar al gran tesorero. Al borde del ataque de nervios, Khamudi regresó a su casa.

-¿De regreso ya? -dijo Yima con un arrumaco-. ¡Es por mí, claro! Ven, querido, voy a...

-Corremos peligro. Yima palideció.

-¿Quién..., quién nos amenaza?

-Estoy convencido de que Jannas ha pedido plenos poderes al emperador.

-¡Forzosamente Apofis se los ha negado!

-Me temo que no. No quiere recibirme, mientras que el almirante desvela sus planes a los generales.

-¿Y no puedes ser informado?

-Lo seré, pero demasiado tarde. Y creo saber de qué se trata; la guerra total, tanto en Egipto como en Asia, con la utilización de todas nuestras fuerzas. Ante esa perspectiva, mi papel se verá reducido al mínimo, o seré eliminado por haber contrariado los proyectos del almirante. Muy pronto sus esbirros vendrán a detenernos.

-¡Huyamos inmediatamente!

-Es inútil. Jannas habrá dispuesto, sin duda, a sus hombres las salidas de Avaris. ¿Y adónde iríamos?

-¡Tienes que forzar la puerta del emperador!

-Imposible.

-Pero entonces... ¿qué vamos a hacer?

-Combatir con nuestras armas. ¿Has convencido a Tany que el almirante Jannas, incapaz de defender Avaris, es el responsable de su enfermedad?

-Sí, sí.

-Ve a verla y explícale que ese loco piensa hacer la guerra en todos los frentes al mismo tiempo y que solo dejará la guardia imperial en la capital. Si los egipcios vuelven, no les costará ningún trabajo tomar la ciudadela. Tany será capturada y torturada.

Sin perder tiempo en maquillarse de nuevo y cambiarse de vestido, Yima corrió a ver a la esposa del emperador.

Los generales habían aprobado sin reservas la estrategia defendida por Jannas. Los rebeldes, tanto asiáticos como egipcios, no podían seguir burlándose así del Imperio hicso. Había que golpear con fuerza y aniquilarlos para demostrar que el ejército del emperador nada había perdido de su eficacia. Incluso los oficiales sobornados por Khamudi se habían unido a la causa del almirante.

En cuanto al gran tesorero, sería detenido en los próximos días, y enviado luego a uno de los campos de concentración de los que tan orgulloso estaba.

Mientras reflexionaba en el ineluctable encadenamiento de acontecimientos, Jannas permanecía pensativo. Ciertamente, seguía siendo el único comandante en jefe de los regimientos hicsos, pero sin el explícito asentimiento de Apofis. Como soldado que siempre le había obedecido, esa ambigüedad lo contrariaba. Deseaba obtener plenos poderes sin equívoco alguno y asediaría los aposentos de Apofis hasta obtener una

declaración oficial. El emperador sabía muy bien que no podía negársela.

Suponiendo que ese anciano se negara a admitir la realidad y condenar así el Imperio hicso a desaparecer, Jannas debía salvarlo. Si Apofis se obstinaba, el almirante tendría que librarse de él. Su ayuda de campo interrumpió el turbio curso de sus pensamientos.

-¡Almirante, un enorme escándalo! Se afirma que habéis mandado decapitar a vuestros criados para ofrecer sus cadáveres al templo de Set, antes de partir en campaña.

-¡Es delirante!

-El gran tesorero Khamudi ha lanzado contra vos una acusación de asesinato.

-Vayamos inmediatamente a mi villa para acabar con esas acusaciones.

Acompañado por sus guardias de corps, Jannas se dirigió rápidamente hacia su domicilio oficial.

El centinela encargado de vigilar la entrada había desaparecido. De acuerdo con las órdenes del emperador, un espacio arenoso sustituía al jardín, más reblandecido.

-Dispersaos en torno a la casa -ordenó Jannas a sus hombres. El ayuda de campo permaneció junto al almirante.

La puerta principal estaba abierta de par en par.

El almirante llamó a su intendente, pero no obtuvo respuesta. Degollado, el siervo yacía en el vestíbulo de entrada. El charco de sangre estaba aún caliente.

-Los asesinos acaban de marcharse -advirtió el ayuda de campo.

Autor de muchas matanzas, Jannas parecía perdido. Jamás había pensado que podrían emprenderla con él en su propia morada y atacar su casa.

Con pasos inseguros, el almirante atravesó el vestíbulo para entrar en la sala de recepción.

En una silla, en una posición grotesca, estaba el cuerpo de su camarera. A los pies, la cabeza cortada. Cerca de ella, se encontraban los cadáveres desnudos de la cocinera y el jardinero, cuya ensangrentada cabeza descansaba sobre su vientre.

El ayuda de campo vomitó.

Atónito, Jannas entró lentamente en su despacho.

El secretario había sido asesinado a hachazos, y su cabeza reposaba en un anaquel.

-Seguiré explorando esta carnicería -dijo Jannas a su ayuda de campo-. Tú ve a ver si mis hombres han descubierto a alguien; de lo contrario, que se reúnan conmigo.

En la habitación del almirante, las tres últimas siervas habían sido también decapitadas. El lecho, las sillas y los muros estaban manchados de sangre.

Ningún miembro de su servidumbre había sido respetado. Jannas tomó un jarrón lleno de agua fresca y lo vertió sobre su rostro.

Luego, salió de la casa y llamó a su ayuda de campo. Sorprendido al no recibir respuesta, tropezó con el cuerpo de uno de sus guardias, que tenía una flecha clavada en la nuca. A unos diez pasos, el ayuda de campo aparecía muerto del mismo modo. Algo más lejos, divisó otros guardias. Petrificado, Jannas comprendió que debía huir.

Dos enormes manos le apretaron el cuello. Con un codazo, golpeó el vientre del adversario para liberarse, pero Dama Aberia encajó el golpe sin pestañear.

-Nadie es más fuerte que el emperador -le dijo estrangulándolo salvajemente-. Te has atrevido a desafiarlo, Jannas, y esta insolencia merece la muerte.

El almirante se debatió con sus últimas energías, sin lograr que la asesina soltara su presa.

Con la laringe rota, murió maldiciendo a Apofis.

Ya está -anunció Dama Aberia al gran tesorero, rodeado de los piratas chipriotas que habían acabado con el personal y los guardias de Jannas.

-Destrípalo con una hoz. Oficialmente, el jardinero lo habrá asesinado para robarle.

Ahotep acababa de adormecerse cuando su cama tembló con tanta fuerza que estuvo a punto de caer. Los muebles gimieron, y un jarrón se rompió al caer al suelo. La tranquilidad volvió instantes después; luego, una nueva sacudida, más violenta que la primera, incitó a la reina a levantarse. El techo de su habitación se había agrietado. Afuera, gritaban.

Ahotep intentó salir, pero la puerta había sido cerrada desde el exterior.

-¡Abrid inmediatamente! Una voz turbada le respondió.

-Majestad, las órdenes...

-¡Abrid, o echo la puerta abajo!

El hombre que la liberó no era un guardia ordinario. Secretario particular de Minos el Grande, hablaba, como el rey, un egipcio aceptable.

-¿Soy vuestra prisionera?

-No, en absoluto, pero vuestra seguridad...

-No os burléis de mí; exijo la verdad.

-El rey Minos se ha marchado a la montaña sagrada para recoger el oráculo del toro en la gruta de los misterios. Por lo general, solo va allí cada nueve años. Dada la excepcional pregunta que debe hacer, ha roto la tradición y corre muchos riesgos. A veces, el soberano reinante no vuelve a salir de la gruta y es necesario reemplazarlo. En la corte, muchos piensan que Minos el Grande ha cometido el grave error de invitaros a Cnosos y sufrir esta prueba.

-La mayoría de los dignatarios cretenses son favorables a los hicsos, ¿no es cierto?

-Digamos que temen, y con razón, la cólera del emperador. Vuestra presencia ha convencido a más de uno de que debe cambiar de opinión. Pero quedan irreductibles que podrían resultar peligrosos. En su ausencia, el rey me ha pedido que velara por vos, y creo que la mejor solución consiste en encerraros en vuestra habitación, que será vigilada día y noche.

-¿Dentro de cuánto tiempo regresará a Cnosos Minos el Grande?

-La consulta del oráculo dura nueve días.

-¿Y... si no vuelve?

El secretario pareció molesto.

-Sería una tragedia para Creta. Temo una feroz lucha por el trono y la victoria de un partidario de los hicsos.

-Entonces, no me encerréis. Debo tener libertad de movimientos.

-Como queráis. Pero os ruego que no abandonéis esta ala del palacio, donde todos los guardias son hombres seguros.

-De acuerdo.

-Vuestro alimento y vuestra bebida son probados por mi cocinero. Podéis, pues, comer y beber con toda seguridad. Sabed que deseo vivamente el regreso de Minos el Grande y que vuestros proyectos se concreten.

-¿Son frecuentes esos terremotos?

-Cada vez más en estos dos últimos años. Algunos afirman que revelan la cólera de un volcán cuya serenidad han ofendido los hicsos al matar en sus laderas a unos piratas chipriotas. Las sacudidas son impresionantes, pero no causan grandes daños. El palacio de Cnosos es tan sólido que nada tenéis que temer.
-Me gustaría hablar cada día con vos sobre la evolución de la situación.

-Se hará según vuestros deseos, majestad.

Entre los marinos egipcios anclados en el pequeño puerto cretense donde se almacenaban las jarras de aceite, no reinaba el optimismo. Entre ellos y los autóctonos no había contacto alguno. Los soldados les llevaban dos comidas al día y jarras de agua; ni vino ni cerveza.

Les estaba prohibido desembarcar y el único intento del capitán había concluido al pie de la pasarela. Amenazado por las lanzas, había tenido que desandar el camino.

-Nunca nos entenderemos con esa gente -afirmó el segundo.

-En el pasado, antes de la invasión de los hicsos, comerciábamos con ellos -recordó el capitán.

-Hoy son enemigos.

-Tal vez la reina Ahotep consiga convertirlos en aliados. No sería su primer milagro.

-No sueñes, capitán. Creta es un vasallo del emperador y seguirá siéndolo. De lo contrario, el almirante Jannas la transformará en un desierto.

-Déjame soñar de todos modos.

-¡Más valdría admitir la realidad! Hace diez días que estamos inmovilizados aquí y no tenemos noticia alguna de la reina. ¡Abre los ojos, capitán!

-Explícate.

-Ahotep está muerta o encarcelada. Muy pronto los cretenses subirán a bordo y nos pasarán a cuchillo. Hay que partir enseguida.

-¿Y las amarras?

-Tenemos dos buenos nadadores que las cortarán durante la noche. Al amanecer, levamos anclas y salimos del puerto remando.

-¡Los arqueros dispararán contra nosotros!

-Les molestará la luz del levante. Y responderemos.

-Los barcos cretenses nos perseguirán.

-No es tan seguro. Saben que somos inexpertos en el mar y contarán con que naufraguemos. Además, somos más rápidos que ellos. Con las cartas y un poco de suerte, regresaremos a Egipto.

-¡No debo abandonar a la reina Ahotep!

-Su suerte está echada, capitán. Salva al menos a tu tripulación.

La reflexión fue amarga, pero era imposible escapar a la conclusión.

-De acuerdo, segundo. Prepara los hombres. Partiremos al alba.

Diez días.

Minos no había regresado de la gruta del oráculo, y eso significaba que el rey de Creta había muerto y que la guerra de sucesión acababa de iniciarse. Ahotep sería uno de los envites de esa encarnizada batalla. O el nuevo soberano la ejecutaría y haría desaparecer su cuerpo, o la pondría en manos de Apofis. Por lo que había sabido por boca del secretario de Minos, todos los pretendientes estaban convencidos de que la reina de Egipto representaba un peligro que había que eliminar.

Si no conseguía abandonar el palacio en las próximas horas, Ahotep no volvería a ver su país. Pero el ala donde se alojaba estaba entonces vigilada por nuevos soldados, que no la dejarían pasar.

¿Cómo huir, salvo tomando las ropas de una sierva e intentando eclipsarse con las demás criadas? Luego, habría que salir de la capital y recorrer la distancia que la separaba del puerto. Pero ¿estaba allí, aún, su barco?

Ahotep olvidó los obstáculos que hacían imposible su evasión.

En cuanto la camarera entrara para cambiar las sábanas, la dejaría sin sentido.

Llamaron a la puerta.

-Soy yo -murmuró el secretario de Minos el Grande-. Abrid pronto.

¿No iría el hombre acompañado por una nube de soldados? Esa vez, no tenía salida.

Ahotep abrió. El secretario estaba solo.

-Sin duda, Minos el Grande ha muerto en la gruta misteriosa -admitió-. Los sacerdotes exigen un plazo antes de hablar de sucesión. Es vuestra única oportunidad de huir, majestad. Subid a mi carro; os acompañaré hasta el puerto.

-¿Por qué corréis semejante riesgo?

-Porque creo en una alianza entre Egipto y Creta. Tanto para mi país como para el vuestro, no existe otro medio de escapar a la tiranía de los hicsos. Es la posición que defenderé en la corte ante el nuevo soberano, aunque sin esperanza de ser escuchado.

El carro tomó la carretera que llevaba al puerto. La reina esperaba, de un instante a otro, ser detenida por una patrulla. Gracias a las intervenciones del secretario de Minos el Grande, ningún puesto de guardia controló el vehículo.

El navío egipcio estaba aún en el muelle. Unos veinte infantes impedían el acceso.

-Habéis recibido la orden de no dejar bajar a nadie -recordó el secretario a un oficial-. La reina Ahotep, en cambio, sube a bordo.

Ante tal evidencia, el oficial se apartó.

Con los nervios tensos al máximo, como los demás miembros de la tripulación, el capitán no se atrevió a manifestar su júbilo.

-Estábamos convencidos de que no volveríamos a veros nunca, majestad, y estábamos dispuestos a partir.

-Habríais hecho bien. Levad el ancla, cortad las amarras e izad las velas. Si los arqueros cretenses tiran, responderemos. Mientras los egipcios ejecutaban con mucha rapidez las maniobras, el secretario del rey discutía fuertemente con el oficial para impedirle que iniciara las hostilidades. Consiguió convencerle de que Minos el Grande deseaba la partida de la reina Ahotep, cuya estancia en Creta debía seguir siendo un secreto de Estado.

Expuesto a los complejos argumentos, que no tenía tiempo de exponer a un superior, el oficial vio maniobrar el barco egipcio, que, beneficiándose de un fuerte viento de popa, se alejó muy pronto de la costa cretense.

Al mando del faraón Amosis, el ejército egipcio reunido en Puerto-de-Kamosis había tomado un altivo aspecto. Todos apreciaban la autoridad del monarca, que, sin embargo, seguía próximo a sus hombres. Además de ejercicios y maniobras cuya frecuencia no disminuía, el rey velaba por la intendencia y no toleraba transgresión alguna de las consignas. Una estricta higiene reinaba en el campamento, y las comidas eran excelentes.

Estas condiciones de vida, tan buenas como era posible, no hacían olvidar a nadie que, antes o después, se produciría un ataque hicso, de modo que el estado de alerta era permanente. Día y noche, numerosos vigías tenían la misión de avisar al faraón ante el menor signo de peligro.

Gracias a Bribón y a sus palomas mensajeras, Amosis permanecía en contacto con el Bigotudo y el afgano, que seguían animando la resistencia de Menfis. Los hicsos se limitaban a mantener el asedio sin intentar tomar por asalto la parte de la gran ciudad que no dominaban.

Amosis pensaba a menudo en Nefertari, que había permanecido en Tebas para ocuparse de las funciones que antaño ejercía Teti la Pequeña. Con la ayuda de Heray y de Qaris, la gran esposa real tenía que asegurar la prosperidad de las provincias del Alto Egipto, que proporcionaba a los soldados los productos alimenticios indispensables. Cada mañana, la muchacha acudía al templo de Karnak, donde celebraba el despertar de Amón y solicitaba su protección.

El pueblo amaba ya a esa soberana, a la vez simple y plenamente responsable.

-Sin novedad, majestad -le dijo el gobernador Emheb, cuya robusta constitución había prevalecido.

-Respóndeme sin rodeos: ¿podrían coger desprevenida a nuestra vigilancia?

-No veo cómo, majestad. Cualquier sistema es falible, claro está, pero he doblado todos los puestos. Tanto si el enemigo

llega por el río como si lo hace por la campiña o el desierto, será descubierto.

-¿Cómo se porta el cretense?

-Respeta su detención domiciliaria.

Amosis había considerado preferible llevarse al comandante Linas a Puerto-de-Kamosis, pero lo había puesto a buen recaudo para que supiera lo menos posible sobre el ejército egipcio. Sin duda, añoraba Tebas, pero ¿no era acaso un huésped muy particular, al que el faraón no tenía por qué mimar?

-¿Por qué no intenta Jannas aniquilarnos? -preguntó Amosis al gobernador Emheb.

-Porque no tiene las manos libres, majestad. O el emperador le ha enviado a sembrar el terror en algún país lejano, o el almirante se encarga de la seguridad del Delta y de la preparación de una ofensiva que lo barra todo a su paso. Jannas ha aprendido, sin duda, la lección de su fracaso.

-¿Y si algunas querellas internas debilitaran a los hicsos? El emperador es viejo; su trono quedará vacante muy pronto.

-¡Mucho me temo que ese anciano maléfico nos enterrará a todos!

Amosis reconoció el aleteo característico de *Bribón,* que regresaba del oasis de Siua, cerca de Libia.

El jefe del servicio de información egipcio se posó con su habitual precisión. Había alegría en su mirada.

Al leer el mensaje, el rey comprendió por qué estaba feliz *Bribón.*

-Mi madre ha regresado -anunció al gobernador Emheb-. Ella y su tripulación atravesaron las zonas pantanosas del Delta, tomaron las pistas del desierto y acaban de llegar al oasis.

-La pista está bajo nuestro control -recordó el gobernador, cuyo rostro lucía una amplia sonrisa-, pero de todos modos mandaré algunos hombres al encuentro de la reina.

En cuanto Risueño el Joven y Viento del Norte permitieron al faraón acercarse a la soberana, a la que habían acogido ruidosamente, Ahotep y su hijo se abrazaron.

-¿Os encontráis bien de salud, madre?

-Excelente. Este paseo por el mar me ha permitido descansar tras mi precipitada partida de Creta.

-¡Era, pues, una trampa!

-No exactamente. Minos el Grande había comprendido que los hicsos acabarían invadiendo su país, pero teme su reacción si se alía con Egipto. Le propuse que se pusiera bajo mi protección, como soberana de las lejanas riberas.

-¿Y... aceptó?

-Se retiró a una misteriosa gruta, donde meditan los reyes de Creta cuando necesitan nueva energía. Pero no regresó de ella, y sus sucesores potenciales han comenzado a desgarrarse mutuamente. Sin la ayuda del secretario de Minos, que confía en un entendimiento egipcio-cretense, habría sido su prisionera.

-¡Vuestro regreso es un nuevo milagro!

-La suerte no me ha abandonado aún, Amosis.

-No podemos entonces contar con Creta -se lamentó el faraón.

-La gran isla va a vivir profundos trastornos. ¿Qué saldrá de ello? Si el próximo monarca no acusa al secretario de Minos de alta traición, tal vez le escuche. Para serte sincera, es una mínima esperanza. Sin embargo, mi viaje no habrá sido en vano, pues el rey de Creta me ha comunicado que el almirante Jannas y el gran tesorero Khamudi, los dos hicsos más importantes después del emperador, se odian. Libran ya un

combate sin cuartel, sin duda con el objetivo de sustituir al viejo Apofis.

-¡Por eso Jannas no nos ha atacado aún! ¿Y si lo aprovecháramos para intentar recuperar Menfis y adentrarnos en el Delta?

-Esos son nuestros objetivos, Amosis, pero primero hay que resolver el problema que plantean los carros hicsos.

-Y habéis concebido un nuevo proyecto, ¿no es cierto?

-Antes de que hablemos de ello, convoca al cretense.

Buen comedor y generoso bebedor, reducido a la inactividad, el comandante Linas se había engordado.

-¡Majestad, qué contento estoy de volver a veros! -exclamó saludando a Ahotep-. Me atrevo a creer que me autorizáis a regresar a Creta.

-¿Quién eres?

Linas farfulló.

-Pero si ya lo sabéis, el hijo de Minos el Grande, su hijo menor.

-Él mismo reconoció que habías mentido por orden suya, para que yo abandonara Egipto sin inquietud. Un monarca no habría sacrificado a su hijo, ¿verdad? Tu historia no me convenció, Linas, pero de todos modos partí.

El cretense se arrodilló.

-Obedecí a Minos, majestad, pero de todos modos no soy un cualquiera. Se me considera uno de los mejores marinos cretenses y, en caso de conflicto, mi barco combatirá en primera línea.

-Puedes regresar a tu país -decidió la reina.

-Os lo agradezco, pero... ¿de qué modo?

-Ve a un pequeño puerto controlado por los hicsos y haz que te enrolen en uno de sus navíos mercantes que zarpe hacia Creta. Si tu nuevo rey desea transmitirme un mensaje, que te lo confíe. Te recibiremos de nuevo con benevolencia.

¿Por qué el espía de los hicsos no había impedido a Ahotep ir a Creta? Por dos razones: por un lado, porque esperaba que no llegase a la gran isla -tan grandes eran los peligros del viaje-; por el otro, porque estaba seguro de que Minos el Grande no se atrevería a pactar una alianza con los egipcios. En cambio, ignoraba que Ventosa se había rebelado contra Apofis y había puesto al descubierto secretos de Estado. Durante la ausencia de la reina, no se había perpetrado ningún intento de atentado contra la persona de Amosis. En Tebas, no había habido ningún incidente.

Ni Ahotep ni el faraón conseguían convencerse de que el espía hubiese renunciado a hacer daño.

-¿Se han producido recientemente muertes de oficiales superiores? -preguntó la reina.

-Un viejo general de ingeniería nos ha abandonado, en efecto, pero no tenía el perfil de un secuaz de Apofis.

-¿Acaso no es esta la principal cualidad que Apofis exige de él?

-Lo que significaría que ese monstruo ha muerto y que el emperador carece ya de su informador.

Es solo una hipótesis muy frágil, Amosis, y mejor será olvidarla. Sin embargo, sería recomendable que regresaras a Tebas y llevaras a cabo una profunda investigación sobre ese viejo general. Así tendrás la posibilidad de ver otra vez a Nefertari.

-Seguís leyéndome el pensamiento, madre. Estoy impaciente por conocer vuestro plan para luchar contra los carros hicsos.

-Consiste primero en rememorar nuestras propias técnicas; luego, en utilizar las del adversario.

Bribón llevó el mensaje de Ahotep al afgano y al Bigotudo, que se encontraban en el cuartel general de la residencia menfita, una granja medio destruida y aparentemente abandonada. Como hacía mucho tiempo que no interesaba ya a los hicsos, allí almacenaban alimentos y armas procedentes del sur, antes de introducirlos en la sitiada Menfis.

Conociendo todas las costumbres y los horarios del enemigo, los egipcios utilizaban del mejor modo las grietas del bloqueo. El comandante de los carros no lanzaba ya asaltos y se limitaba a demostraciones de fuerza, por medio de grandes maniobras destinadas a impresionar a los resistentes condenados a pudrirse allí.

El Bigotudo descifró el mensaje.

-¡Pero bueno! Eso es imposible; perderíamos la cabeza.

-¿La reina ordena que ataquemos Avaris?

-Pues casi has acertado. ¡Caramba!

-Me gustarían algunas explicaciones más -dijo el afgano.

-Debemos apoderarnos de un carro hicso y de varios caballos.

El afgano no tuvo ya ganas de bromear.

-¡Caramba! -murmuró también.

Atónitos, ambos hombres vaciaron una jarra de vino tinto, un caldillo local que daba valor.

-Supongo que la reina no nos deja elección.

-Ya la conoces -respondió el Bigotudo.

-La idea es genial, pero su realización es más bien dudosa, tanto más cuanto que no sabemos manejar los caballos ni los carros. No se trata de robar uno conduciéndolo.

-Eso es, afgano. Así pues, una parte del comando se encargará de los animales, que deben parecerse a los asnos, y otra, del carro, pues tendremos que llevarlo hasta el río. Y lo embarcaremos todo en un velero.

-Me gusta este atajo, que tiene la ventaja de eludir las fases críticas de la operación. ¿Crees, acaso, que podemos rogar, cortésmente, a un oficial hicso que nos autorice a examinar su vehículo? Tu primera reacción me parece adecuada; vamos a perder la cabeza.

-Órdenes son órdenes. ¿No querrás decepcionar a la Reina Libertad?

-En eso estoy de acuerdo, Bigotudo.

Ambos amigos reunieron a sus mejores hombres para formar un comando de treinta resistentes. Si fueran más, podían ser descubiertos y resultar ineficaces. Era inútil preguntarles si se presentaban voluntarios para una misión imposible, porque siempre debían serlo. Sin embargo, el objetivo no produjo entusiasmo alguno. Todos comprendieron que había muy pocas posibilidades de sobrevivir a esa locura.

-Pienso en tres acciones simultáneas -propuso el afgano-. Una: los menfitas crean una diversión atacando el campamento hicso más cercano a la muralla blanca. Dos: veinticinco de nosotros sacan el máximo de caballos del establo. Tres: los otros cinco se apoderan de un carro.

Más de cien preguntas pusieron de relieve las dificultades de la operación. Y el vino corrió a chorros.

Siguiendo los pasos de Teti la Pequeña, a la que cada día rendía homenaje, Nefertari no dejaba de embellecer Tebas. Había conquistado todos los corazones, incluidos los de los viejos sacerdotes y los más huraños artesanos. El intendente Qaris se había convertido en su devoto cómplice, y para el ministro de Economía Heray, presentarle las pruebas de una perfecta gestión era cuestión de honor.

La joven reina no permanecía encerrada en su palacio. Recorría la campiña, visitaba las casas de la capital, concedía la misma consideración a los pobres que a los ricos e intervenía en favor de los enfermos y de los más menesterosos. Las jornadas eran largas, agotadoras a veces, pero ¿cómo se habría atrevido a quejarse cuando Ahotep, desde hacía tantos años, luchaba poniendo en peligro su vida para liberar Egipto?

Solo la ausencia de Amosis le dolía realmente. Privada de su fuerza apacible, se sentía vulnerable.

¡Por fin regresaba!

Mucho antes de su llegada, Nefertari estaba ya en el embarcadero donde se festejaba el regreso del faraón.

Ni él ni ella escucharon las aclamaciones. En su mirada reinaba una felicidad tan profunda e intensa que estaban solos en medio de la jubilosa muchedumbre.

Nefertari casi conseguía que él olvidara la guerra, pues sus noches de amor eran muy alegres y apasionadas. Pero Amosis era el faraón y, llegada la mañana, tenía que asumir, por su pueblo, los deberes de su cargo. Venerar a Amón en Karnak era el primero de ellos, para que el vínculo entre el cielo y la tierra no se rompiese. Luego, venía la reunión de su consejo, a la que asistía Nefertari, cuyas recomendaciones eran casi órdenes. Conociendo a la perfección las fuerzas y las debilidades de la región, la gran esposa real orientaba los ánimos hacia las buenas decisiones.

-¿Cuánto tiempo piensas permanecer en Tebas? -le preguntó mientras disfrutaban de la dulzura del anochecer en la terraza de palacio.

-Solo el necesario para investigar la muerte de un viejo general y saber si era el espía hicso que estamos buscando.

-El espía hicso, pensó

-Mi madre le considera responsable de la muerte de mi padre y de mi hermano.

-De modo que ese monstruo ha asesinado a dos faraones... ¡y tú podrías haber sido su próxima víctima!

-Permanece muy atenta, Nefertari, y fijate en el más mínimo comportamiento sospechoso.

El rey recibió a Heray en su despacho. Mientras seguía velando por las cosechas y por el llenado de los graneros, un arma de guerra tan esencial como la espada, el ministro había extendido su dominio al conjunto de la economía tebana. De contacto fácil y mirada vivaz, Heray trataba con todo el mundo. ¿Cómo olvidar la época en la que descubría, en Tebas, a los partidarios de los hicsos? Siempre ágil pese a su voluminoso físico, no había dejado de mantener una red de informadores para que nada se le escapara y la seguridad de la capital quedara bien defendida.

-¿Has estudiado el caso, general?

-Detalladamente, majestad. Es un tebano que ascendió todos los peldaños de la jerarquía gracias a su capacidad para formar a jóvenes reclutas. Pasó la mayor parte de su existencia en la base secreta y se mostró, sobre todo, un ferviente partidario de la guerra contra los hicsos. Durante su agonía, aconsejó a sus íntimos que permanecieran fieles a la Reina Libertad.

-¿No se oculta nada tras esa hermosa fachada?

-Nada, majestad. Ese militar vivía en el cuartel y solo se ocupaba de sus soldados.

-¿Ningún viaje al norte?

-Ninguno.

-Y en su entorno, ¿nadie ha formulado sospechas sobre su comportamiento?

-Nadie, majestad.

-Así pues, era un oficial honesto y respetable, que sirvió bien a su país.

-Eso

-¿Tu organización no te ha indicado algún caso sospechoso entre los dignatarios tebanos?

-No, majestad.

-No relajes tu atención, Heray.

-Si queda todavía un solo partidario de los hicsos en nuestra ciudad, lo identificaré.

De acuerdo con el deseo de la reina Ahotep, el faraón acudió a la base militar para que prepararan allí un vasto terreno cerrado y unos establos destinados a los caballos hicsos, que, si el destino favorecía al comando encargado de apoderarse de ellos, pronto llegarían a Tebas.

-Vamos a ello -decidió el afgano.

-¿Te ocupas de los caballos o del carro? -le preguntó el Bigotudo.

-Los caballos son, sin duda, más peligrosos.

-Entonces, me encargo yo.

-¿Por qué tú?

-Porque sí.

-Lo echaremos a suertes.

-No hay tiempo. Yo sé de asnos, y los animales hicsos apenas son algo más largos y un poco más grandes. Sobre todo, no falles. Si no tenemos el carro, mis hazañas serán inútiles.

-El carro sin los caballos tampoco resultará muy útil, recuérdalo.

-Es extraño, ¿no? Cuando entramos en la resistencia, estaba seguro de que no llegaríamos a viejos. Y esta vez le vamos a propinar un golpe terrible al invasor.

-Ya soñarás más tarde. En marcha.

Corriendo el mismo riesgo, ambos hombres habían descubierto unos carros que estaban reparándose y algunos caballos apartados del campamento principal. Tal vez eran bestias enfermas o cansadas. El lugar tenía la notable ventaja de estar menos custodiado que los demás establos.

Hacia medianoche, quedaba solo una decena de centinelas velando por los cuadrúpedos y tres en el cobertizo donde tres carros aguardaban ser puestos en condiciones.

Tendidos en la cortante maleza, los egipcios observaban.

-Si un solo centinela da la alerta -murmuró el afgano-, estamos fastidiados. Hay que eliminarlos a todos al mismo tiempo y sin ruido.

-Temo que sus aliados de cuatro patas los imiten -soltó el Bigotudo-. Antes de llevárnoslos, entraremos en el dormitorio y eliminaremos a los demás hicsos.

Ambos hombres sabían que la menor imprecisión en la ejecución del plan sería fatal. Pero no era ya hora de discusiones, y todos, con el puñal en la mano, se dirigieron hacia el blanco que les había sido designado.

Un solo centinela tuvo tiempo de lanzar un grito, que fue ahogado muy pronto.

Con el corazón palpitante, los miembros del comando quedaron petrificados. Transcurrieron unos interminables segundos, pero ningún hicso se manifestó.

Los egipcios convergieron hacia el dormitorio. Y tras una señal del Bigotudo, entraron en él.

Solo los dos oficiales que dormían en el fondo del barracón esbozaron un gesto de defensa, pero los miembros del comando eran rápidos y decididos. Sin decir palabra, siguieron con su misión.

Por parte del afgano, no hubo dificultad alguna. Eligió el único carro provisto aún de sus dos ruedas y lo arrastró, con sus cuatro compañeros, hacia el río.

Del lado del Bigotudo, la tarea resultó mucho más ardua. El primer egipcio que se acercó a un caballo gris, por detrás, recibió una coz en pleno pecho y cayó de espaldas.

El Bigotudo le ayudó a levantarse.

-¿Te mantendrás de pie?

-Me ha deslomado, pero aguantaré. ¡Desconfiad de esas criaturas!

-Les pondremos una cuerda al cuello y tiraremos de ella.

La mayoría de los cuadrúpedos aceptaron el tratamiento de mejor o peor gana, pero uno relinchó, amenazando con morder, y otro se encabritó, salió del establo y comenzó a galopar.

-No nos demoremos aquí -ordenó el Bigotudo, que temía más reacciones violentas por parte de aquellas fieras.

Sin embargo, más bien satisfechos de aquel inesperado paseo, los caballos aceptaron ser conducidos hasta el río.

En la ribera, los egipcios se congratularon: un solo herido, y misión cumplida.

-Queda el embarque -recordó el afgano.

La pasarela era demasiado estrecha para el carro. Tuvieron que añadir la de repuesto y empujar el vehículo lentamente, para que no cayera en el río.

-Ahora los caballos -exigió el Bigotudo.

El primero se negó a subir; el segundo, también.

-Pinchémosles el trasero -recomendó el herido, que no sentía afecto alguno por aquellos animales.

-Demasiado peligroso -objetó el Bigotudo.

-¡No vamos a abandonarlos, a fin de cuentas!

-Tengo una idea.

El Bigotudo eligió el caballo más grande y robusto, un macho blanco de mirada directa, menos nervioso que sus congéneres.
-Os llevamos a Tebas -le anunció- y seréis bien tratados. El único modo de hacerlo es tomar ese barco. Da el ejemplo subiendo por esta pasarela. ¿Entendido?

El egipcio acarició la cabeza del cuadrúpedo y le dejó sentir su olor de humano. Tras un buen rato, el animal aceptó la invitación.

Una yegua le siguió tranquilamente, y los demás los imitaron.

-Sabes hablar al oído de los caballos -advirtió el afgano.

-Tengo tantos dones que no viviré lo bastante para explotarlos todos.

Cuando el alba se levantaba sobre Menfis, procedieron al relevo de la guardia en el vasto campamento hicso; otra aburrida noche en la que nada había ocurrido, otra aburrida jornada durante la que los sitiadores y los sitiados habían permanecido en sus posiciones. Tal vez el comandante

ordenara un desfile de carros para impresionar a los menfitas, recordándoles quién era el más fuerte.

El centinela bostezó, feliz de haber terminado. Tras haber bebido leche y comido pan fresco, dormiría hasta mediodía. Luego, comida y siesta.

Lo que creyó ver debía de ser un espejismo: un caballo, solo, vagaba por el campamento.

El cananeo avisó a su superior, cuyos ojos estaban nublados todavía.

-¡Mirad, allí!

-Parece... ¡No, no es posible! ¿Quién ha dejado escapar un caballo? Avisaré inmediatamente al comandante.

Arrancado brutalmente de su sueño, el comandante quiso verificarlo personalmente. Lo que advirtió le hizo montar en violenta cólera.

-Traedme enseguida a los responsables de esta incalificable falta de disciplina. Que el caballo sea devuelto al establo.

Más de media hora después, un lívido palafrenero presentó su informe.

-Los soldados, muertos... El establo, vacío...

-¿Qué estás diciendo?

-El establo y el dormitorio del oeste... ¡Ni un solo superviviente!

Acompañado por su ayuda de campo, el comandante se dirigió al lugar.

El palafrenero no había exagerado.

-¡Los resistentes se han atrevido a robar caballos! -se indignó el ayuda de campo-. Hay que avisar a Avaris.

-En mi opinión, sería un gran error.

-¡Comandante, es el reglamento! Un incidente de esa gravedad...

-Seríamos acusados de incompetencia y negligencia, tú, yo y nuestros subordinados. En el mejor de los casos, nos espera la cárcel. En el peor, el laberinto y el toro.

La pertinencia de los argumentos convenció al ayuda de campo.

-¿Qué..., qué proponéis?

-El silencio absoluto. Enterramos los cadáveres y eliminamos al palafrenero. Luego, lo olvidamos todo.

Orgullosos, robustos, con un metro cuarenta en la cruz, los caballos hicsos maravillaban e intrigaban a los egipcios. Viento del Norte y Risueño el Joven les observaban con atención, y el asno sabía ya que no serían capaces de llevar pesadas cargas, tanto más cuanto que una expresión egipcia se había impuesto para designar al imponente mamífero: el Bello.

En la base secreta de Tebas, la reina Ahotep y el faraón Amosis habían reunido al Estado Mayor, que se había deshecho en felicitaciones al afgano y al Bigotudo, incluido el gobernador Emheb, autorizado a abandonar temporalmente Puerto-de-Kamosis, cuyo mando había asumido el almirante Lunar. Al menor signo de peligro, avisaría a la capital.

-Son hermosas criaturas, es cierto -dijo el intendente Qaris-. Estoy contento de haber vivido bastante tiempo para verlos de cerca.

-¡No os acerquéis demasiado! -aconsejó el canciller Neshi-. Algunos caballos tienen la coz fácil. Yo renuncio a comprender su carácter.

-No es más dificil que el de los asnos -consideró Heray-. Seamos simplemente pacientes y atentos para ganarnos su confianza.

-Lo urgente es que tengan crías -aseguró Emheb-. Si conseguimos dominar a estos animales, necesitaremos muchos para rivalizar con los carros hicsos.

-Por ese lado, el trabajo ha comenzado -le tranquilizó el Bigotudo-. Según mis primeras comprobaciones, al caballo le gusta la autoridad. Como ha observado Heray, su dueño tiene que establecer con él una relación de amistad. La regla será, pues, un caballo por hombre. Aprenderán a conocerse y se harán inseparables.

-¿Has elegido ya el tuyo? -preguntó la reina.

-El gran macho blanco que nos observa, majestad. Él nos permitió embarcar y desembarcar sin demasiadas dificultades.

-Entre los hicsos los caballos están acostumbrados a tirar de los carros. Pero ¿por qué no montar, también, en ellos?

-El Bigotudo será así el primer jinete del ejército egipcio -dijo el afgano con ironía-. ¡Que lo pruebe enseguida!

-¿Subirme yo ahí?

-Ya te has sentado en un asno, ¿no?

-Por si no lo has advertido, ¡el caballo es mucho más alto y grande!

-El macho dominante te ha adoptado, Bigotudo; advierte tus intenciones. ¿No vas a decepcionar a la reina Ahotep? Herido en su orgullo, el aludido se instaló en la grupa del animal.

El cuadrúpedo no solo se negó a avanzar, sino que, además, se encabritó. El Bigotudo efectuó un soberbio patinazo y terminó en la arena del terreno de entrenamiento, cerrado y vigilado por una miríada de guardias.

Enojado, se levantó enseguida.

-Pero caramba, *Blancucho,* tú y yo somos amigos. No tienes razón alguna para hacerme una jugarreta.

-Intenta cabalgar mejor -aconsejó Ahotep.

-¿Cerca del cuello?

-Más bien en mitad del lomo.

Esta vez, el Bigotudo logró instalarse.

-¡Adelante, *Blancucho!*

El caballo relinchó y se lanzó al galope.

Sorprendido, el Bigotudo intentó agarrarse al cuello del corcel, cuya potencia y rapidez admiraron los espectadores, antes de asistir al vuelo planeado del primer jinete egipcio.

-¡Ay! Realmente duele -se quejó el Bigotudo, tendido boca abajo.

-Compórtate como un héroe -le recomendó Felina, que le daba un dulce masaje-. Este ungüento te aliviará muy pronto.

-El maldito caballo me ha roto todas las costillas.

-Ha sido tu caída, no el caballo, y te quedan algunas intactas. Ninguna herida es grave.

-Nunca volveré a montar en ese monstruo.

-Blancucho es magnífico y ya te echa de menos. Solo estás comenzando el aprendizaje, querido. Dentro de dos días, cabalgarás de nuevo por el terreno de entrenamiento.

-¡Quieres mi muerte, Felina!

El modo en que lo acariciaba le demostró lo contrario.

-Pese a algunas pequeñas imperfecciones, tu experiencia ha sido muy instructiva. La reina Ahotep ha concebido mejoras que te gustarán.

Felina estaba tan dotada para curar como para amar. Casi restablecido, el Bigotudo encontró de nuevo a *Blancucho* con placer.

En su lomo, Ahotep había puesto un paño. Y el caballo iba entonces equipado de bridas y riendas de cuero(1).

Nota (1) Los caballos egipcios no estaban herrados, y los jinetes no utilizaban silla ni estribos.

-¿Lo ha aceptado? -se sorprendió el Bigotudo.

-Hemos hablado mucho -indicó la reina- y hemos buscado juntos una solución que permita al jinete regular los movimientos del caballo sin herirlo. Pienso que estamos en el buen camino, pero te toca perfeccionar la técnica.

Cuando el Bigotudo consiguió transmitir sus órdenes a la montura, sintió una intensa alegría. Podía hacerle acelerar, reducir el paso, girar a la derecha y a la izquierda. El caballo reaccionaba pronto y apreciaba, visiblemente, el ejercicio.

-Me sorprendes -reconoció el afgano-. No te creía capaz de dominar esta nueva arma.

-Mientras cuidaban mis heridas, he estado reflexionando.

-¡Ah, sí!, ¿en qué?

-Un solo jinete no bastará. Otros deben imitarme.

-Sin duda -reconoció el afgano con voz sorda.

-He descubierto un caballo gris que te mira con mucho interés.

-Me gusta la tierra firme. Despegar las piernas del suelo, me angustiaría.

-El gobernador Emheb y el ministro Heray te levantarán sin dificultades.

Los dos bondadosos gigantes realizaron con efectividad su tarea.

A costa de algunas caídas, el afgano se convirtió en el segundo jinete del ejército egipcio.

Como nada se movía en Puerto-de-Kamosis, el Estado Mayor permanecía en Tebas, donde seguía descubriendo el universo de los caballos. Felina había conseguido curar a una yegua que tenía un ojo inflamado y había comprobado la eficacia de sus remedios con aquella raza.

También *Risueño el Joven* se acostumbraba a tratar con aquellos animales de gran talla. Ahotep calmaba a los nerviosos y tranquilizaba a los ansiosos. Los alimentaba por turnos y les hablaba largo rato.

En cuanto al Bigotudo y al afgano, excelentes jinetes ya, habían superado una etapa más haciendo saltar a *Blancucho y* a Gris obstáculos cada vez más altos. Varias veces se habían lanzado al desierto, por donde a los caballos les gustaba galopar devorando el espacio.

Pero los dos hombres y sus monturas no formaban, ciertamente, un cuerpo de ejército suficiente para enfrentarse con los carros hicsos. Había que saber si los carpinteros egipcios serían capaces de fabricar un carro idéntico al que había sido robado en Menfis.

El cadáver del almirante Jannas había sido arrojado a una gran fosa, junto con los de su ayuda de campo, sus criados y sus guardias de corps. Limpiada a toda prisa, la villa se convirtió en la vivienda oficial del nuevo almirante de la flota, propuesto por Khamudi y nombrado por el emperador. Gran consumidor de droga, el viejo marino estaba encantado con su inesperado ascenso y en nada molestaría al gran tesorero.

Los dignatarios hicsos no creyeron una sola palabra de la versión oficial, pero nadie se atrevió a investigar para

establecer una verdad facil de adivinar: amenazado con la destitución, Khamudi se había librado de Jannas.

Entonces se planteaban una sola pregunta: ¿había actuado o no por orden del emperador, invisible desde hacía varios días? Muchos pensaban que Apofis estaba agonizando. Algunos proponían aliarse con Khamudi, y otros, suprimirlo. Pero ¿a quién colocar en el trono? Ningún militar gozaba de la reputación de Jannas. Se formaban ya clanes, dispuestos a destrozarse entre sí, cuando corrió la noticia de que el conjunto de los responsables del ejército era convocado a la ciudadela. Considerado el brazo derecho de Jannas, un general de carros intentó abandonar Avaris embarcándose en un barco mercante. No importaba el destino. Desaparecería en el primer puerto y lo olvidarían.

Pero el capitán se negó a aceptar a bordo al imprevisto pasajero y avisó a la policía, que lo llevó de inmediato a casa de Khamudi.

-Eres un traidor y mereces la muerte -decidió el gran tesorero-. Te dejo elegir: o denuncias a los cómplices de Jannas y te cortarán la cabeza, o te niegas a hablar y serás torturado.

-Me niego a hablar.

-¡Imbécil! No resistirás mucho tiempo.   . Khamudi no se equivocaba.

Con el rostro abrasado y los miembros lacerados, el general dio los nombres de los partidarios del almirante asesinado. Detenidos en su casa o en los cuarteles, estos fueron decapitados ante sus soldados.

La sala de audiencia de la ciudadela seguía siendo gélida.

-Gracias a la depuración -declaró el emperador con su voz ronca-, numerosas ovejas negras han sido eliminadas. No penséis por ello que mi vigilancia se relaja. Si quedan aún partidarios de Jannas, serán descubiertos y castigados. Quienes se entreguen de inmediato se beneficiarán de mi clemencia.

Un joven capitán de carros salió de las filas.

-Majestad, cometí el error de creer en las palabras del almirante Jannas. Decía tener plenos poderes, y yo quería combatir a sus órdenes para afirmar la omnipotencia del Imperio.

-Tu franqueza te evita la vergüenza de la decapitación en la plaza pública. Serás degollado en el templo de Set.

-Majestad, os suplico que...

-Que corten la lengua a ese traidor y se lo lleven.

La sangre del capitán manchó el pavimento de la sala de audiencia.

-El gran tesorero Khamudi es nombrado comandante en jefe del ejército hicso -anunció Apofis-. Son mis órdenes, y él las ejecutará fielmente. Quien se niegue a obedecerle, con cualquier pretexto, será entregado al verdugo.

Borracho como una cuba, tendido en su cama, a Khamudi le costaba recuperar el aliento. Jamás había estado tan cerca del abismo. Si Jannas, respetando menos la persona del emperador, se hubiera decidido a tomar con más rapidez los plenos poderes, el gran tesorero estaría pudriéndose en un penal.

Por suerte, el almirante no se había mostrado lo bastante tortuoso y había cometido el fatal error de revelar al emperador sus verdaderas intenciones. Sintiéndose amenazado, Apofis había reaccionado con ferocidad.

Hostil al despliegue de sus fuerzas, el emperador quería conservar numerosos regimientos en el Delta y cerca de Avaris. El nuevo generalísimo prolongaba, pues, el statu quo: dejar que la situación se pudriera en Menfis y acentuar el esfuerzo de guerra en Asia para acabar con la revuelta hitita. Los hicsos quemarían más bosques, cultivos y aldeas, y matarían a los civiles, mujeres, niños y ancianos incluso, en

cuanto estos fueran sospechosos de complicidad con los insurrectos.

¡Quedaban Ahotep y su faraonzuelo! ¿Acaso no seguían el mismo camino que el príncipe de Kerma, ese nubio adormilado en su lejana provincia que se satisfacía con su harén y su buena carne? Si era una mujer inteligente, Ahotep habría comprendido que no cruzaría la frontera del santuario hicso y que debía contentarse con el terreno conquistado.

Pero lo que soportaba el viejo emperador, escaldado por el fracaso de Jannas, no iba a soportarlo mucho tiempo Khamudi. Quería ver a sus pies a aquella rebelde, desamparada y suplicante.

Ciertamente, existían otras prioridades, comenzando por el desarrollo del comercio de la droga. Khamudi se disponía a lanzar al mercado dos nuevos productos: uno de gama baja y barato, que podría comprar cualquiera, y otro raro y caro, reservado a los dignatarios del régimen. Los márgenes de beneficios serían tales que el gran tesorero doblaría muy pronto su inmensa fortuna.

Desaparecido Jannas y envejeciendo el emperador, el porvenir se aclaraba. Sin embargo, seguía existiendo una no desdeñable amenaza. Khamudi se confió a Yima, su abnegada esposa.

-¡Qué espantosa noche!

Presa de un desfile de pesadillas, a cuál más terrorífica, Tany había manchado su cama varias veces, lo que había obligado a sus siervas a cambiar las sábanas. Incluso despierta, la emperatriz seguía temblando al pensar en los torrentes de fuego que veía caer sobre Avaris.

Al amanecer, había devorado carne de caza en salsa y había bebido cerveza fuerte. Torturada inmediatamente por los borborigmos de su estómago, se había vuelto a acostar.

-La señora Yima desearía veros -avisó la camarera.

-Mi querida y tierna amiga... ¡Hazla pasar!

Maquillada en exceso, Yima hacía más arrumacos que de costumbre.

-Parecéis menos fatigada esta mañana.

-Es solo una apariencia, ¡ay! Tenías razón, Yima: el maldito almirante Jannas me echó mal de ojo. ¡Qué contenta estoy de que haya muerto! Con tu marido a la cabeza del ejército, la capital no teme ya nada.

-Podéis contar con Khamudi, majestad. Mientras él viva, ningún egipcio se acercará a Avaris.

-¡Cómo me consuela! Espero que el emperador no te haya causado problemas.

-Estaba demasiado contento de librarse del tal Jannas y de sus exorbitantes pretensiones.

-Mejor, mejor... ¡Pero tenemos que mantener nuestro pequeño secreto! Nadie debe conocer el papel de nuestra querida Dama Aberia.

-Tranquilizaos, majestad; solo circula la versión oficial del asesinato de Jannas por su jardinero.

-¿Ha recibido Dama Aberia su recompensa?

-Mi marido se ha mostrado muy generoso. Por lo que a vuestra devota sierva se refiere, le gustaría procuraros un remedio que podría apresurar vuestra curación.

-¡Ve pronto a buscarlo!

La escultural Dama Aberia entró en la habitación de la emperatriz.

-¿Tú, Dama Aberia...? ¿Eres tú la que conoce una poción que me devolverá la salud?

-No es una poción, majestad.

-¿De qué se trata, pues?

-De un remedio mucho más radical. Dama Aberia mostró sus enormes manos.

-¡No..., no comprendo!

-El mejor modo de preservar nuestro secreto, majestad, es hacer que calléis definitivamente. Al parecer, habláis mucho en vuestros sueños. Es demasiado peligroso.

La rolliza mujer intentó levantarse, pero las manos de Dama Aberia apretaron su cuello.

Tany fue enterrada en el cementerio de palacio sin que el emperador asistiese a la inhumación. Apofis estaba demasiado ocupado examinando las cuentas que le presentaba Khamudi.

-Permitidme, señor, que os presente mis condolencias.

-Nadie, y menos yo, añorará a esa vieja cerda.

Gracias a Khamudi, Dama Aberia se había hecho rica. En adelante, solo trabajaría para él.

La eliminación de la esposa del emperador, cuya perniciosa influencia temía el gran tesorero, era un paso más hacia el poder absoluto.

Khamudi se guardaba de pensar en ello ante Apofis, pues el emperador de las tinieblas podría haberle leído el pensamiento.

El gobernador Emheb dio su veredicto a la reina Ahotep.

-Antes de encargarme de la buena ciudad de Edfú -recordó-, ejercí la profesión de carpintero. Puesto que no deseáis que haya fuga alguna, majestad, yo mismo me he encargado del carro hicso. Se trata de una pieza notable, aunque de

considerable peso. ¡Es preciso para que soporte el peso de cuatro soldados!

-Aligeremos el conjunto y concibámoslo solo para dos hombres -recomendó la reina-. Ganaremos movilidad.

-Sin duda alguna, pero el problema de la estabilidad será dificil de resolver. Además, hay que tener en cuenta la elección de la madera, que debe ser a la vez ligera y sólida. Tres me parecen adecuadas: el tamarisco, el olmo y el abedul. De la primera tenemos en abundancia; las otras dos, en cambio, son más bien raras. Voy a explotar todas las reservas disponibles, que bastarán para un centenar de ruedas, pero, luego, habría que ir a buscar las otras dos esencias en el Delta o en Asia.

La desarmante sonrisa de Ahotep hacía desaparecer las recriminaciones del técnico. Le mostró cómo pensaba doblar la madera, humedeciéndola y caldeándola hasta su punto de resistencia.

¡Y quedaron terminadas las dos primeras ruedas! Eran de un metro de diámetro, y tenían cuatro radios.

-Me he inspirado en la técnica de los hicsos -advirtió Emheb-, pero la he mejorado. Cada radio de las ruedas está formado por dos piezas de madera, que yo he modelado de modo distinto. He procedido, sobre todo, al empalme de varias espigas, que asegurarán el máximo de solidez, ya que he utilizado adhesivos y revoques para endurecerlas(1).

Nota(1)*i. Las indicaciones técnicas sobre la fabricación de los carros egipcios han sido expuestas por J. Spruytte, en Kyphi, 2, pp. SS.*

Con orgullo, Emheb acarició un eje de dos metros de largo que soportaría la caja del carro y una lanza de dos metros cincuenta cuya altura se regularía en función de la talla de los caballos.

-¿Qué has previsto para el suelo? -preguntó Ahotep.

-Tiras de cuero bien tensadas sobre un marco de madera. El conjunto será muy flexible, absorberá las irregularidades del terreno y amortiguará los choques.

Llegó el momento de la primera experiencia.

Dos caballos habían sido uncidos; solo faltaba la tripulación.

-¿Dónde encontrar dos locos capaces de montar aquí y lanzar el carro a toda velocidad? -preguntó el Bigotudo.

-La reina exige secreto absoluto sobre estas pruebas -respondió Emheb-. Entre los que están al corriente, no se trata, claro está, de que el faraón Amosis corra el menor riesgo. El canciller Neshi es un letrado poco acostumbrado a los ejercicios fisicos; el intendente Qaris, demasiado viejo; Heray, excesivamente pesado, y yo me encargo de la fabricación, de modo que...

-¿El afgano y yo?

-¡Os habéis enfrentado a situaciones mucho más peligrosas!

-No estoy tan seguro de eso -respondió el afgano.

-¡Vamos, subid! El Bigotudo conducirá, y el afgano desempeñará el papel del arquero y disparará contra un blanco de paja. El objetivo consiste en dar en el blanco cada vez yendo lo más deprisa posible.

-El porvenir de la guerra depende de vosotros -afirmó Ahotep, aprobada por el faraón.

El Bigotudo y el afgano ocuparon su lugar en el prototipo. En esa clase de situaciones, tanto el uno como el otro adoptaban la misma actitud: ¡adelante!

En línea recta, la experiencia se reveló decisiva. Pero a la primera curva, tomada sin reducir la marcha, el carro volcó, y los dos pasajeros fueron proyectados hacia el suelo.

-No siento ya dolor alguno -comprobó el afgano-. ¡Felina, eres una verdadera bruja!

-Mi esposa dirige el servicio de urgencias -recordó el Bigotudo, también de pie-, y tú ya no lo eres.

-¿Cuándo volveréis a intentarlo? -preguntó la hermosa nubia.

-No hay prisa, querida, y...

-Tampoco hay que perder tiempo. Fabricar un carro superior al de los hicsos exige numerosas experiencias, y no tenéis tiempo para holgazanear.

-Hemos resultado heridos...

-Simples contusiones ya olvidadas. Gozáis de una salud perfecta y podréis soportar algunas caídas más.

La profecía de Felina se cumplió.

Durante los meses que siguieron, Emheb realizó múltiples arreglos para obtener la máquina de guerra más eficaz posible. Aumentó la cantidad de revoque y adhesivos; ajustó con más solidez la parte trasera de la lanza a la barra colocada bajo el suelo, diseñó un arnés ideal, formado por una ancha franja de tela que cubría la cruz, otra más delgada bajo el vientre del animal y una tercera, forrada de cuero, contra su pecho, para que el animal no se hiriera.

Aligeró aún más la caja, abierta por detrás. El armazón se componía de varias barras de madera curvadas, y sus delgadas paredes estaban forradas de cuero. El mismo material guarnecía las partes del carro expuestas al frotamiento, así como los puntos de unión entre los distintos elementos.

Ahotep temía, cada día, recibir malas noticias de Puerto-de-Kamosis, pero las palomas transmitían siempre el mismo mensaje: «Sin novedad».

La resistencia menfita envió un texto sorprendente, basado en rumores procedentes de Avaris: el general Jannas había sido, al parecer, asesinado por uno de sus criados, y el gran tesorero Khamudi, nombrado generalísimo, procedería a la depuración y a la reorganización del ejército hicso.

Si la información era exacta, significaba que una organización de resistencia, aunque fuera ínfima, se había reconstruido en la capital enemiga y conseguía comunicar, sin duda con grandes dificultades, con la sitiada Menfis.

-La desaparición de Jannas explicaría la espera de los hicsos -opinó el rey.

-Por eso es más importante aún lograr nuestros carros -concluyó Ahotep-. Los caballos se reproducen lentamente y disponemos de un pequeño número de parejas. Por consiguiente, habrá que robar otros al adversario, a la espera de que nuestros vehículos de ataque sean operacionales, ¡y todavía no es así!

-Me comprometo a ello -prometió Emheb.

El Bigotudo y el afgano no podían ya contar sus intentos, pero algunos terminaban mejor que otros. Habían aprendido, sobre todo, a manejar las riendas que el conductor enrollaba a su cintura. Con una simple rotación del cuerpo, a la derecha o a la izquierda, hacía girar a los dos caballos en la dirección deseada. Una tensión más o menos acentuada hacia atrás les hacía reducir el paso o detenerse.

En el interior de la caja, el Bigotudo había dispuesto unas bolsas de cuero donde había flechas, jabalinas, puñales y correas de cuero previstas para una reparación de urgencia.

-Siento que esta vez es la buena -confió al afgano.

-¡Ya lo has dicho muchas veces!

-¡Vamos, muchachos, a toda marcha! Liberados, los caballos dieron un brinco.

Pese a las irregularidades del terreno, el carro mantuvo su velocidad. Y llegó la primera curva alrededor de un mojón de piedra. Luego, la segunda, que debía tomarse con sequedad a causa de un bache.

El vehículo conservó un perfecto equilibrio.

El afgano disparó cinco flechas contra el maniquí de paja. Todas dieron en el blanco.

El Bigotudo efectuó una segunda pasada, tan brillante como la primera.

-Lo hemos conseguido -dijo la reina a Emheb, feliz hasta las lágrimas-. Que comience de inmediato la fabricación de otros carros y la instrucción de nuevos aurigas.

Tras haber fumado una buena cantidad de opio, el oficial encargado de la seguridad del puerto mercante de Avaris se desplomó con todo su peso sobre una joven egipcia, que, después de haber sido golpeada, había caído en coma.

-¡Despierta, idiota! A fin de cuentas, no voy a divertirme con una muerta.

La abofeteó varias veces, sin resultado alguno.

Peor para ella. Acabaría en una fosa común con las zorras de su especie.

El hicso salió de su domicilio oficial para orinar junto al muelle, teniendo cuidado de no caer en el agua.

Cuando se vio rodeado de una decena de piratas pertenecientes a la guardia personal de Khamudi, se creyó víctima de una pesadilla.

-Sígueme -ordenó uno de ellos.

-Sin duda, hay un error.

-¿Te encargas tú de la seguridad del puerto?

-Sí, pero...

-Entonces, síguenos. El gran tesorero quiere verte.

-El día ha sido duro... Estoy muy cansado.

-Si es necesario, te ayudaremos a caminar.

Khamudi se había instalado en el despacho del almirante Jannas, en el interior del mayor cuartel de Avaris. Había hecho cambiar el mobiliario y pintar de rojo las paredes. En la mesa de trabajo, algunas denuncias escritas revelaban los nombres de los partidarios de Jannas, en todos los grados y en todos los regímenes. Khamudi examinaba uno a uno los casos y ponía su sello acusador en la casi totalidad de los documentos. Solo una verdadera depuración del ejército le permitiría mandar las tropas de los hicsos sin temor a ser traicionado.

Entraron al sospechoso.

-Estoy seguro de que tienes que darme muchas explicaciones.

-¡Hago bien mi trabajo, gran tesorero! ¡Para mí, la seguridad del puerto es sagrada!

-Eras amigo de Jannas, ¿no es cierto?

-¿Yo? ¡Detestaba al almirante!

-Te vieron a menudo con él.

-¡Me daba órdenes, nada más!

-Admitámoslo.

El sospechoso se relajó un poco.

-Te he convocado por otro motivo, no menos serio guió Khamudi-. En tu cama había una joven egipcia.

-Es cierto, señor, pero...

-Ayer había otra. Y anteayer, otra.

-Es cierto. Soy un hombre fogoso y...

-¿De dónde salen esas muchachas?

-Las encuentro. Yo...

-Deja de mentir. El acusado se agitó.

-Desde que cerraron el harén, bien de modo que... me las he arreglado.

-Has creado tu pequeño harén y clientes, ¿no es cierto?

-Lo hacemos varios, pero es a causa de ese cierre, ¿comprendéis? En cierto modo, presto servicio.

-Soy el gran tesorero y en territorio hicso no puede abrirse comercio alguno sin que yo lo sepa. Defraudar al Estado es una falta muy grave.

-¡Pagaré la multa, señor!

-Quiero saber cómo te has organizado y conocer el emplazamiento de todos los burdeles de Avaris.

El responsable de la seguridad del puerto habló lo suficiente. Satisfecho, Khamudi pensaba echar mano a esa organización de prostitución y obtendría de ella sustanciosos beneficios.

-Has cooperado correctamente -reconoció- y mereces una recompensa.

-¿Ya..., ya no soy sospechoso?

-En absoluto, puesto que los hechos se han aclarado. Acompáñame.

El oficial no comprendió muy bien el sentido de la frase utilizada por el gran tesorero, pero le siguió sin vacilar.

A las puertas del cuartel, Dama Aberia encadenaba personalmente a oficiales y soldados hicsos convictos de complicidad con el criminal Jannas.

-No solo eres sospechoso -advirtió Khamudi-, sino también culpable de alta traición y, por lo tanto, se te condena al penal. Buen viaje.

El hombre intentó huir, pero Dama Aberia lo agarró del pelo y le arrancó un grito de dolor. Lo arrojó al suelo y le rompió una pierna.

-Te queda otra para andar. Y no se te ocurra retrasarte por el camino.

En el arsenal del puerto, se llevaba a cabo la tercera redada de la policía en un mes. Cincuenta miembros del personal habían sido detenidos, y nadie sabía qué había sido de ellos.

Perteneciente al equipo encargado del mantenimiento de las ruedas de carro, Arek, un vigoroso joven de padre caucásico y madre egipcia, había visto cómo su hermano mayor partía en un convoy de hombres, mujeres y niños, acusados de haber conspirado con el almirante Jannas. Según los rumores, los que sobrevivían a la marcha forzada eran amontonados en un campo de concentración, del que ningún prisionero salía vivo.

Convencido de que la locura del emperador sería cada vez más mortífera, Arek había entrado en la resistencia y transmitía todo lo que sabía a un mercader de sandalias, que, en caso de necesidad, se dirigía a Menfis para equipar a los soldados hicsos. Tomando mil precauciones, se ponía, entonces, en contacto con los egipcios.

Aunque se sentía muy solo, Arek tenía una certidumbre: según el mercader, la Reina Libertad no era un espejismo. Había formado un ejército que los hicsos no conseguían destruir. Gracias a ella, algún día, Egipto vencería las tinieblas.

Además de las escasas informaciones que podía ofrecer al mercader de sandalias, el muchacho se entregaba a una tarea

oscura y delicada: sabotear las ruedas de los carros. Hacía profundas muescas en los radios o en la propia rueda, para hacerlos más frágiles, y ocultaba su sabotaje con una capa de barniz. Cuando los vehículos corrieran con rapidez, el accidente sería inevitable.

De pronto, se escuchó un ruido de pasos precipitados y gritos.

-¡La policía! -advirtió a Arek un colega.

-Quedaos donde estáis y, sobre todo, no intentéis huir -ordenó la voz imperiosa de Dama Aberia, acompañada por un centenar de esbirros.

En el arsenal, los empleados se quedaron inmóviles. Empujándoles a bastonazos en los riñones, los policías los agruparon.

A los pies de Dama Aberia, había un mozo de almacén, ensangrentado, cuyas heridas eran horribles.

-Este criminal conspiraba con Jannas -reveló la mujer-. Forzosamente, tiene entre vosotros un cómplice. Si no lo denuncia de inmediato, haré ejecutar a todos los miembros de su familia. Dama Aberia obligó a levantarse al infeliz.

-¡Pero si le han arrancado los ojos! -exclamó, horrorizado, un empleado.

Un policía derribó al insolente y lo arrastró fuera del arsenal, mientras el torturado, titubeante, se acercaba a sus colegas.

-¡Os juro que... no tengo cómplices!

-Toca al culpable, y tu familia será respetada -prometió Dama Aberia, que la haba enviado ya al campo de Tjaru.

El ciego extendió la mano.

Sus dedos rozaron el rostro de Arek, que ya no respiraba.

La mano del moribundo se crispó y asió el hombro del vecino del joven resistente, un sirio que gritó de terror.

Dos felices acontecimientos ocurrieron el mismo día: Nefertari dio a luz un hijo que recibió el mismo nombre que su padre, para que la dinastía del dios Luna pudiera continuar combatiendo, y el gobernador Emheb anunció a la reina Ahotep que el primer regimiento de carros egipcios era operativo.

El faraón Amosis se entrenaba con el Bigotudo y el afgano para adquirir un perfecto dominio de esa nueva arma de guerra. Obstinado, serio y preciso, Amosis igualaba entonces a sus instructores. Unas últimas experiencias en el desierto le habían dado plenas satisfacciones.

Ahotep acunaba al niño, al que su madre amamantaría durante tres meses, antes de confiarlo a una nodriza.

-Majestad -pidió Nefertari-, concededme el honor de atribuir a mi hijo el nombre secreto que llevará si es digno de ello.

-Que sea el fundador de una nueva dinastía que vea la reunificación de las Dos Tierras y el reinado de Maat sobre Egipto. Que su nombre secreto, culminación de su ser, sea Amón-hotep, «Amón está en paz».

La reina no tuvo tiempo para seguir testimoniando su ternura a su nieto, pues *Bribón* acababa de llegar de Menfis y le esperaba en el alféizar de la ventana de su habitación.

Las noticias que traía justificaban la inmediata convocatoria de los miembros del Estado Mayor.

-Disponemos ahora de una fuente de información en la propia Avaris -declaró la reina-. Llega a la resistencia menfita, que nos la transmite.

-¿No se tratará más bien de una desinformación? -se preguntó el canciller Neshi, escéptico-. Procuremos que no nos conduzcan a una trampa.

-Esta advertencia era indispensable -admitió la reina-, pero creo que lo que nos revelan es cierto: la confirmación de la muerte del almirante Jannas, el nombramiento del gran tesorero para mandar las fuerzas armadas de los hicsos y el clima de terror que reina en Avaris. Los partidarios de Jannas son perseguidos, detenidos y ejecutados.

-¿Piensa Khamudi en atacarnos? -preguntó el gobernador Emheb.

-Nuestro informador solo habla de una terrible depuración, que ni siquiera respeta a los dignatarios.

-Se diría que los invasores se retraen -observó el intendente Qaris- y que su barbarie les corroe desde el interior.

-¿No es eso un nuevo signo del destino? -sugirió Heray-. ¡Ha llegado la hora de iniciar la ofensiva!

El Bigotudo y el afgano asintieron con un gesto de cabeza.

-¿Alguno de vosotros opina de un modo distinto? -preguntó Ahotep.

Todos fueron conscientes del peso de su silencio.

-El consejo del faraón es unánime -concluyó la reina-, pero él debe decidir.

-Preparémonos para abandonar Tebas -declaró Amosis.

Hermosa, descansada, feliz por tanta dicha y, a la vez, angustiada al pensar en la intensificación de la guerra, Nefertari paseaba por los jardines de palacio en compañía de Ahotep.

-De nuevo, vas a ser la única responsable de nuestra capital, Nefertari. El enfrentamiento será terrible, y nadie puede predecir su resultado. Como su padre y como su hermano,

Amosis combatirá en primera fila, y su ejemplo será indispensable para asegurar la cohesión de nuestros hombres y acabar con su miedo. Vamos a desafiar las tinieblas. Tal vez ni mi hijo ni yo regresemos del frente. Por eso, debo tomar disposiciones que te conciernen directamente.

La gran esposa real no emitió comentario superfluo alguno. Tenía que contemplar la realidad con la misma lucidez que Ahotep.

-No tuve tiempo para ser joven, Nefertari, y espero que contigo no sea así. Pero si el destino se muestra implacable, tú no tendrás derecho a ser débil.

En un carro conducido por la reina Ahotep, las dos mujeres se dirigieron de palacio al templo de Karnak, donde las aguardaban el faraón Amosis y el sumo sacerdote Djehuty.

Pese a la gravedad del momento, Nefertari había disfrutado de aquel paseo inesperado y de la sensación inédita de velocidad.

Cumplidos los ritos de purificación, el cuarteto atravesó el patio al aire libre y llegó a la capilla donde se había celebrado la coronación del faraón.

Con asombro, Nefertari descubrió allí una estela, cuyo contenido resumió Amosis.

-A petición de la reina Ahotep, concedo a la gran esposa real Nefertari el título de esposa de dios y la función de segundo servidor de Amón. Gobernará el templo de Karnak con el sumo sacerdote. A este efecto, recibirá oro, plata, vestidos, botes de ungüento, campos y criados. Que esta institución perdure y prospere, que encante el espíritu de Amón y mantenga su benevolencia hacia la tierra amada por los dioses.

Nefertari se inclinó ante el rey.

-Me vestiste cuando nada tenía, me hiciste rica cuando era pobre. Esta fortuna pertenece al templo; está al servicio de la potencia creadora que lo hace vivir.

Ahotep abrazó a la nueva esposa de dios, que la sustituiría si caía bajo los golpes de los hicsos.

Al día siguiente, al amanecer, para evitar el fuerte calor, Ahotep atravesó el Nilo en compañía del faraón, de su esposa y de algunos soldados de la guardia real. Puestos a prueba en las pistas del desierto, los carros demostraron, una vez más, sus cualidades de manejabilidad y estabilidad.

Ahotep se detuvo en el lindero de un valle protegido por colinas.

-La verdadera riqueza de Egipto son los constructores que lo crean. Mientras mi hijo y yo misma nos enfrentamos a los hicsos, tú, Ahmosis-Nefertari, fundarás aquí una aldea de artesanos, el Lugar de Verdad. Tendrán que trabajar en secreto, lejos de los ojos y los oídos, y modelar los objetos rituales que necesitamos. En ellos se inscribirá Maat, la rectitud de la obra. Reúne a quienes te parezcan dignos de esta tarea, ponlos a prueba, inícialos de acuerdo con los antiguos ritos y muéstrate inflexible con la calidad de su ser. El más viejo orfebre tebano será tu ayudante. He aquí la ofrenda que ha realizado para el faraón.

La reina puso al cuello de Amosis un pectoral que combinaba el oro, la cornalina, el lapislázuli y la turquesa. Representaba al rey, de pie en una barca, flanqueado por los dioses Amón y Ra. Ambos llevaban cuencos de los que brotaba la energía celestial, que, al impregnar la persona del soberano, le permitía cumplir su función(1).

Nota-.(1) En egipcio set Maat, cuyo nombre moderno es Deir el-Medineh. Se ha hablado de esta excepcional cofradía en los cuatro volúmenes de La Piedra de Luz.

Este pectoral fue encontrado en la morada de etemidad de Ahotep, en Drah Abul Naggah (Tebas oeste).

-Ahora -dijo Ahotep-, podemos partir hacia Puerto-de-Kamosis.

El intendente Qans se presentó ante la reina.

-Majestad, el hombre ha llegado hace una hora. He creído oportuno darle una habitación en palacio, aunque bajo vigilancia. Le he servido vino y un estofado de liebre, y pide más.

-¿De quién hablas?

-Del cretense; ha regresado.

Linas no había cambiado.

-¿La travesía ha sido luena, comandante?

-Execrable, majestad. La mar se ha mostrado caprichosa, y los vientos, malos. Si no hubiera sido un buen marino, habría zozobrado. Y hubiera sido una lástima, tanto para mí como para vos.

-¿Significa eso que traes buenas noticias?

-Permitidme que os ofrezca dos presentes: esta hacha de guerra decorada con grifos y esta daga en la que se ve a un león que caza, en pleno esfuerzo, una presa. La empuñadura tiene la forma de una cabeza de toro, símbolo de nuestro amigo Minos el Grande.(1)

Nota(1) También estos objetos fueron hallados en la tumba de Ahotep.

-¿Vive acaso?

-Regresó de la gruta con una respuesta del oráculo, en efecto, y no mostró clemencia alguna con quienes querían apoderarse de su trono. Os desea la potencia del león y la magia de los grifos para triunfar sobre vuestros enemigos, los hicsos.

-¿Debo entender que no se trata de los enemigos de ambos?

-A todas partes a donde los cretenses vayan, declararán que la Reina Libertad hace la guerra al emperador, que es incapaz de vencerla. Creta os reconoce como soberana de las lejanas

riberas, se coloca bajo vuestra protección y no seguirá proporcionando tributos ni asistencia a los hicsos.

El vicealmirante era el último oficial superior que había combatido junto a Jannas en todas las provincias del Imperio. A los cincuenta y siete años, estaba cubierto de honores, pero vivía más bien pobremente en su vivienda oficial con dos sirvientes.

Todos sus compañeros de armas habían sido ejecutados o deportados a los campos de concentración, cuya existencia acababa de conocer.

Horrorizado, se había encerrado en su casa para embriagarse. ¡Así pues, el gran tesorero mandaba a los leales guerreros hicsos a terminar sus días en unos presidios!

¿Por qué el emperador cedía a los caprichos de aquel enfermo mental, guiado tan solo por su codicia?

Puesto que le habían olvidado, sin duda a causa de su edad, ¿no debía el vicealmirante intentar vengar a Jannas y a sus compañeros de combate? Pediría audiencia a Khamudi con el pretexto de denunciar a unos traidores que no habían sido detenidos aún. En cuanto estuviera ante aquel monstruo, golpearía.

Aunque fuera sencillo, su plan podía tener éxito.

El vicealmirante llamó a su criada para que le sirviera vino aromatizado.

Al no obtener respuesta, salió de la sala de estar y la descubrió en el pasillo, tendida de espaldas y con la lengua colgando. Junto a ella, el marido también había sido estrangulado.

Dama Aberia salió de las sombras.

-No te había olvidado, vicealmirante.

El viejo emperador pasaba la mayor parte de su tiempo en la habitación secreta, en el centro de la ciudadela donde reinaban el frío y la oscuridad.

Allí iba Khamudi, cada mañana, a presentarle su informe y la lista de los nombramientos.

-¿Has eliminado ya a todos los partidarios de Jannas?

-La depuración está en buen camino, majestad. Acosamos sin cesar a los traidores.

Eso está bien, Khamudi. Sobre todo, no reduzcas tus esfuerzos. ¡Y pensar que Jannas se atrevió a exigir plenos poderes! Olvidó que, como cualquier hicso, me debía una obediencia absoluta.

-Gracias a Dama Aberia, detenemos incluso a los conspiradores que se creían al abrigo.

-Perfecto, gran tesorero. Depurar y deportar: esas son nuestras dos prioridades. Cuando Avaris y el Delta solo cuenten con fieles servidores de Apofis, el orden quedará restablecido.

-Tengo noticias bastante buenas de Menfis, donde vuestra estrategia se revela como la mejor. Según el comandante que sitia la plaza, los menfitas están ya sin fuerzas. Os pregunta si deseáis un nuevo asalto.

-Que siga dejando que se pudran; quiero que esos rebeldes revienten en su lodo. Luego, incendiaremos la ciudad. Pudrir, Khamudi, es la verdadera ley de vida.

-Asimismo, las noticias de Asia son más bien satisfactorias. Nuestro ejército, como se lo ordenasteis, acaba con civiles y rebeldes, y recupera aldea tras aldea. En las montañas, la reconquista es lenta pero segura. Pronto no habrá ni una sola alma viviente en Anatolia, y los hititas serán exterminados.

Jannas se equivocaba al reclamar un ataque global. En caso de éxito, nuestros soldados habrían permanecido inactivos. Es bueno que combatan y maten.

-Queda Ahotep, majestad. Es evidente que renuncia a luchar y esta es, sin duda, la razón de que nuestro espía permanezca mudo.

-No es así, Khamudi. He aquí el texto de su último mensaje: «Suceda lo que suceda, cumpliré mi misión».

De pronto, la voz ronca se hizo más siniestra aún, como si ascendiera de unas tenebrosas profundidades a las que solo Apofis tenía acceso.

-Ahotep se acerca; lo presiento. Viene hacia nosotros por que se cree capaz de vencernos. Las desgracias que ha sufrido ya no bastan para detenerla. Va a conocer más desesperación y sufrimiento. ¡Ven, Ahotep, ven! ¡Te estoy esperando!

-Algunas informaciones procedentes de Elefantina -indicó el intendente Qaris a Ahotep-. La crecida será perfecta: unos dieciséis codos.

Era el último detalle, pero muy importante, que le faltaba aún a Ahotep para dar la señal de partida. Si utilizaba la fuerza de la corriente, la flota egipcia, compuesta de nuevas embarcaciones de guerra salidas de los astilleros, llegaría rápidamente a Puerto-de-Kamosis, donde establecería contacto con el grueso de las tropas.

Prosiguiendo su avance con la ayuda del Nilo, se lanzaría hacia el territorio hicso.

Con emoción, la reina contempló la maqueta de Qaris.

-Nuestro primer secreto de Estado -recordó-. Yo era solo una jovencita exaltada, y tú, el sabio y ponderado intendente de un pequeño palacio decrépito; espigabas informaciones sobre el enemigo intentando creer que existían algunos resistentes. Me mostraste esta maqueta, donde el último espacio de libertad era la ciudad del dios Amón.

-Deberíais haberos desalentado, majestad. Aun al contrario, aquella comprobación multiplicó vuestras fuerzas. Gracias a vos, hemos vivido con dignidad y esperanza.

Ahotep pensó en su marido Seqen, en su hijo mayor, Kamosis y en su madre, Teti la Pequeña. Para ella no eran sombras, sino aliados muy vivos, que seguían luchando a su lado.

-Mi maqueta ha cambiado mucho -observó Qaris-. Habéis liberado el sur del país, majestad, y una parte del Medio Egipto.

-Como yo, sabes que aún es demasiado poco. La próxima batalla será decisiva.

-Ahora, poseéis caballos y carros.

-No son suficientes, Qaris. Y no tenemos experiencia alguna de enfrentamientos en terreno llano, ejército contra ejército.

-No renunciéis, majestad. Aunque seáis vencida, aunque Tebas sea destruida, aunque todos muramos, habréis tenido razón. El faraón debe reinar sobre las Dos Tierras, celebrando la unión del Alto y del Bajo Egipto. Al margen de esta armonía, al margen de la confraternización de Set y Horus, no hay felicidad posible.

Pocas veces el intendente se había expresado de modo tan claro, y sus palabras disiparon las últimas vacilaciones de Ahotep.

En el palacio y en los muelles de Tebas, reinaba la efervescencia. Dotado de una sorprendente energía a pesar del peso y la edad, Qaris velaba para que nada fuese olvidado y para asegurar la comodidad de la reina Ahotep y el faraón Amosis. Desde la calidad de las sábanas a la de las navajas de afeitar, vigilaba hasta el último detalle.

El canciller Neshi, por su parte, no confiaba en ninguno de sus ayudantes. Apodado por algunos la Estrella de las Dos Tierras, dado su brillo intelectual, el escriba no se preocupaba en

absoluto de su reputación, pues le obsesionaban los preparativos de la partida. Examinando cada escudo, cada lanza, cada espada, no olvidaba la provisión de vainas de monnga. Zambullidas en jarras de agua, la purificaban; en las de aceite, lo clarificaban. Y no debía faltar ni una estera, ni un taparrabos. Por fortuna, Felina y sus auxiliares médicos se encargaban personalmente de remedios y ungüentos.

Lejos de esa agitación, el faraón Amosis y la gran esposa real Nefertari contemplaban el Nilo, que crecía y tomaba un tinte rojizo. Tras haber abrazado largo rato a su hijo, Amosis había llevado a su esposa a orillas del río, para disfrutar de un último momento de intimidad al abrigo de un tamarisco, antes de lanzarse a una aventura de la que tenía pocas posibilidades de regresar vivo.

No lejos de allí, oculto en un bosquecillo de papiro, el espía hicso pensaba aprovechar aquella ocasión. El rey no iba armado, y sus guardias se hallaban a buena distancia para no importunarles.

Avanzando por la ribera y golpeando con rapidez, el espía pasaría desapercibido.

Siempre tan meticuloso, repitió mentalmente cada uno de los gestos que debía realizar para no dejar a sus víctimas la posibilidad de dar la alerta. La menor imprecisión resultaría fatal. Vacilando, examinó otra vez los parajes.

De nuevo, su prudencia le salvó del desastre.

Un soldado bien oculto, más atento y temible que los demás, le hizo renunciar a su objetivo. Tendido bajo las ramas bajas del tamarisco y al acecho, *Risueño el Joven* protegía a la pareja real.

La constelación de Orión se ha levantado -declaró el sumo sacerdote Djehuty-. Osiris resucita en la luz celestial.

Veinte nuevas embarcaciones de guerra, entre ellas *El que Brilla en Menfis, La Ofrenda y El Toro Combatiente,* largaron amarras, seguidas por el *Septentrión,* que atraía al máximo la

curiosidad, pues transportaba los caballos. Todos los navíos izaron el estandarte con los colores de Ahotep y el disco de la luna llena en su barca. En la proa del *Septentrión,* la reina sujetaba el cetro de oro con la cabeza de Set. El faraón, por su parte, llevaba la corona blanca del Alto Egipto y un corselete de cuero. Cuando blandió la espada de Amón, los sacerdotes de Karnak entonaron el himno compuesto en su honor: «Cuando se muestra, el faraón parece el dios Luna en medio de las estrellas. Cumplido es su brazo al gobernar, felices son sus pasos, firme su ademán, vivas sus sandalias. Él es el símbolo sagrado en el que se posa la luz divina».

Tras haber entregado la espada a la Reina Libertad, Amosis manejó el remo gobernalle, que procedía de Elefantina, y la flota, con la ayuda de una rápida corriente, se dirigió hacia Puerto-de-Kamosis.

-Ya llegamos -dijo el gobernador Emheb.

Instalados en amplias jaulas, parcialmente al aire libre, y divididas por dos tabiques, los caballos no habían manifestado nerviosismo alguno durante el viaje. Al detenerse en Puerto-de-Kamosis, pudieron estirar las patas ante las dubitativas miradas del almirante Lunar y de Ahmosis, hijo de Abana.

-¿Estáis seguro de que conseguiréis dominarlos? -preguntó el almirante al Bigotudo y al afgano.

-Gracias a nuestro entrenamiento intensivo -respondió el primero-, no habrá ningún problema.

Lunar quería ver los carros, fuertemente arrimados en otro barco carguero y custodiados por arqueros.

-¿Serán tan eficaces como los de los hicsos?

-Sin duda, más -afirmó el afgano-. El gobernador Emheb ha mejorado mucho el modelo en el que se inspiró.

El alto iba a ser de corta duración, pues no debían dejar que la crecida tomara una magnitud excesiva.

Cuando el conjunto de las unidades se disponía a aparejar, se levantó un extraño viento. Atorbellinado y gélido, parecía un cierzo de invierno.

-Nuestras maniobras pueden ser gravemente entorpecidas -se lamentó el almirante Lunar.

-Es el emperador -dijo Ahotep-. Intenta retrasarnos levantando los malos soplos del año que muere. Invoquemos a Amón, el señor de los vientos, y protejamos los barcos.(1)

Nota(1). El año nuevo empezaba con la crecida, aproximadamente a comienzos de julio.

En cada cubierta, se depositaron decenas de bolsas de ofrendas, que contenían granos de incienso, polvo de galena, dátiles y pan. Luego, Ahotep levantó su cetro al cielo, que se había vuelto amenazador, para ganarse los favores de Set.

El viento cesó, y las nubes se disiparon.

En el decimoséptimo año de su reinado, Amosis dio al ejército de liberación la señal de partida hacia el Norte.

Los soldados tebanos que habían participado en la expedición contra Avaris, al mando del faraón Kamosis, descubrían de nuevo, con emoción, paisajes grabados en su memoria. Los demás se aventuraban por un mundo desconocido, que, sin embargo, era la tierra de sus antepasados.

Gracias a la potencia de la corriente, la flota avanzaba deprisa. Ahotep esperaba enfrentarse, en cualquier momento, con el enemigo. Pero el emperador había abandonado la zona comprendida entre el frente egipcio y los alrededores de Menfis. Solo había allí algunas milicias que aterrorizaban a los aldeanos y robaban la mayor parte de sus cosechas para llevarlas a Avaris.

-Majestad -sugirió el gobernador Emheb-, no podemos abandonar a estos infelices; de lo contrario, los milicianos los asesinarán. Detener el impulso de la flota hubiera sido un error. Ahotep confió, pues, un mensaje a *Bribón: los* tres últimos navíos se detendrían y sus infantes liberarían varias aldeas. Una vez eliminados los hicsos, los campesinos recibirían armas y, bajo la autoridad de un oficial tebano, propagarían la revuelta por todo el Medio Egipto. El canciller Neshi seguía comprobando el armamento; espadas rectas y curvas, a imitación de los hicsos, para el combate cuerpo a cuerpo, lanzas con puntas de bronce, dagas ligeras y agudas, mazas, hachas muy manejables, arcos de diversos tamaños, escudos de madera reforzados con bronce, corazas y cascos. De mejor calidad que antaño, ¿podría este material compararse con el del enemigo?

Al acercarse al primer objetivo importante, prueba decisiva impuesta al ejército de liberación, un nudo apretaba las gargantas. Incluso aquellos que estaban acostumbrados a los enfrentamientos violentos, como el gobernador Emheb o Ahmosis, hijo de Abana, sabían que el próximo sería muy distinto.

En caso de derrota, Egipto no sobreviviría.

El comandante hicso que se encargaba del asedio de Menfis estaba de un humor de mil diablos. El calor no le sentaba bien y, peor aún, la crecida le obligaba a modificar su dispositivo. Muy pronto el Nilo invadiría las tierras, y Egipto se convertiría en una especie de mar.

El comandante había hecho ya vaciar varios establos. Reunidos en un cercado, los caballos serían evacuados hacia el Norte. Quedaba una sola unidad de carros operativa, que, como las demás, no tardaría en ponerse al abrigo en la fortaleza de Leontópolis, cerca de la ciudad santa de Heliópolis.

-¡Oficial de ingenieros informando, comandante!

-¿Qué pasa ahora?

El técnico estaba excitado.

-Podríamos utilizar la crecida para acabar con Menfis. Instalemos nuestros arqueros en pontones que el río eleve hasta las murallas, y así podrán eliminar facilmente a los defensores. Mis hombres destruirán gran parte de las murallas, y nuestros infantes entrarán en la ciudad por la brecha.

-Delicada operación... No corresponde a las órdenes que he recibido.

-Lo sé, comandante, pero los sitiados carecen ya de fuerzas. Y de todos modos, el emperador no va a reprocharos que os hayáis apoderado de Menfis. Nuestros hombres desean terminar el asedio con un éxito que debiera de valeros un buen ascenso.

Arrasar aquella ratonera tras haberla desvalijado, abandonar por fin aquel campamento donde se aburrían mortalmente, obtener una victoria total... El comandante se dejó tentar. Le explicaría a Khamudi, el nuevo generalísimo, que los menfitas, desesperados, habían cometido un error fatal intentando una salida masiva.

Se dio orden de disponer las embarcaciones, una junto a otra, para formar una especie de muralla en el canal más cercano al muro blanco. Luego, echarían los pontones al agua y dejarían que el río actuara.

La última franja de tierra accesible aún a los carros quedaría inundada en los próximos días, de modo que habían sido reunidos en la parte más ancha antes de ser embarcados en cargueros con destino a Leontópolis.

El comandante convocó a sus subordinados y les reveló sus intenciones.

Un centinela interrumpió la reunión.

-¿Qué significa esta insolencia, soldado?

-¡Comandante, carros a la vista!

-¡Tonterías!

-No, os aseguro que no.

Khamudi enviaba, por fin, refuerzos. Pero ¿de qué servirían en período de crecida? Irritado, el comandante salió de su tienda para recibir con un buen rapapolvo al responsable de aquel inútil regimiento.

El centinela había olvidado indicar que los vehículos no llegaban del Norte, sino del Sur.

Lleno de estupor, el comandante fue el primer muerto de la batalla de Menfis. La flecha disparada por el Bigotudo, bien equilibrado en la plataforma del carro que conducía el afgano, se clavó en la frente del hicso.

Los egipcios no podrían haber soñado con mejores condiciones de combate: los caballos reunidos a un lado; los carros, a otro; los barcos inmovilizados e incapaces de maniobrar; los soldados dedicados a las tareas domésticas... Aprovechándose enseguida de la situación, el regimiento de carros que mandaban el Bigotudo y el afgano acabó con numerosos hicsos gracias a la habilidad de los arqueros.

El ataque, rápido y efectivo, facilitó la tarea de los infantes conducidos por Emheb, mientras los marinos de Lunar y de Ahmosis, hijo de Abana, tomaban por asalto las embarcaciones enemigas. Pasado el efecto sorpresa, los hombres del emperador intentaban organizarse, aunque los distintos cuerpos de ejército estuvieran demasiado aislados unos de otros.

En pleno combate, mientras el faraón hacía flamear la espada de Amón, los resistentes salieron de Menfis y echaron una mano a los tebanos.

Comprendiendo que ninguno de ellos saldría indemne del enfrentamiento, los hicsos vendieron cara su piel. Barridos por el entusiasmo de los egipcios, que sentían muy cercana la victoria, cayeron uno tras otro.

-Menfis ha sido liberada -anunció el faraón Amosis a sus tropas-, y nos hemos apoderado de un número considerable de carros y de caballos. Pero antes de festejar nuestro éxito, pensemos en nuestros muertos, en todos los que han dado su vida por Egipto.

Viendo los numerosos cadáveres que cubrían el suelo o flotaban en los canales, Ahotep se sintió tan desesperada como si el ejército de liberación hubiera sufrido una derrota.

La guerra era una de las peores depravaciones de la especie humana, pero ¿qué otro medio se podía emplear para vencer al emperador de las tinieblas?

Más que encerrarse en sus pensamientos, Ahotep se aseguró de que ninguno de sus fieles compañeros hubiera sucumbido bajo los golpes del adversario. Solo Lunar estaba herido en un brazo. Cuidado por Felina, que no sabía ya hacia dónde volverse, el almirante no se concedió ni un solo minuto de descanso, preocupado por conocer la magnitud de las pérdidas.

Tras reunir a los soldados menos agotados y los carros, el gobernador Emheb formó una primera linea al norte de Menfis. Temía un contraataque de las tropas de los hicsos mantenidas en reserva. En ese caso, la aparente victoria se transformaría en desastre.

El Bigotudo, el afgano, sus soldados y los caballos recuperaban el aliento. También ellos sabían que no estaban en condiciones de contener una oleada de los hicsos.

Cayó la noche. Una opresiva calma reinaba en la llanura menfita.

-Este paraje es muy dificil de defender-estimó Ahotep.

-La muralla blanca de Menfis será una valiosa aliada -indicó el canciller Neshi-. Pongamos carros y caballos al abrigo en la ciudad vieja.

-Manos a la obra -ordenó Amosis-. No dormiremos hasta que haya terminado la maniobra.

Los egipcios consolidaron sus nuevas posiciones en el límite del territorio que los hicsos consideraban como su santuario, tan próximo y tan inaccesible al mismo tiempo.

Bienvenida, la tregua sería de corta duración. Todos pensaban ya en el próximo objetivo: Avaris, la capital de los hicsos. Aquella era la batalla que debía ganarse. En caso de fracaso, los sacrificios realizados habrían sido inútiles.

-Nuestros hombres están listos -dijo el faraón a la reina Ahotep-. Muertos de miedo, pero dispuestos a atacar el cubil de Apofis. Son conscientes de la enormidad de la tarea; nadie retrocederá ante su deber.

-Marchar sobre Avaris sería una locura -dijo Ahotep.

-Madre... ¡No podemos renunciar a ello!

-¿Quién habla de renunciar? El emperador no ha enviado refuerzos a Menfis para saber de qué somos realmente capaces.

Hace mucho tiempo que intentan atraernos a su territorio, con la esperanza de que el conjunto de nuestras fuerzas caiga en su trampa. No, Amosis, no estamos listos.

-¡Bien tendremos que entrar en el Delta!

-Claro, pero cuando nosotros lo hayamos decidido. Tras la expedición conducida por tu hermano mayor, es seguro que los hicsos emplazaron un dispositivo para rechazar una ofensiva naval. Por lo que a nuestros carros se refiere, aún son insuficientes. Transformemos y aligeremos los carros hicsos de los que nos hemos apoderado; formemos, luego, aurigas. Además, no venceremos al emperador solo con armas

materiales. Por eso debemos, tú y yo, dirigirnos a Saqqara, para que tu poder real sea confirmado allí.

Bajo la atenta vigilancia de *Risueño elJoven,* que había disfrutado mucho del paseo en carro hasta la necrópolis de Saqqara, la reina Ahotep y el faraón Amosis contemplaron, maravillados, aquella inmensidad consagrada a los antepasados resucitados en la luz. Pirámides y moradas de eternidad daban testimonio de su presencia, y su palabra seguía transmitiéndose gracias al brillo de los jeroglíficos y de las formas arquitectónicas.

Dominando el paraje, la pirámide escalonada de Zóser, edificada por el maestro de obras Imhotep, cuya fama había cruzado los tiempos, parecía también ser su guardiana. Verdadera escalera hacia el cielo, permitía al alma del faraón comunicarse con las estrellas y, luego, bajar de nuevo a la tierra para encarnar la armonía de lo alto.

La pirámide escalonada se levantaba en el centro de un vasto espacio ritual delimitado por una muralla. El rey y su madre comprobaron que solo existía una entrada. Practicada en la piedra, la puerta estaba, en apariencia, eternamente abierta.

Es extraño -advirtió Amosis-. ¿Por qué los hicsos no han destruido este santuario? Saben forzosamente que el alma real se regenera aquí, en el misterio, fuera de la vista de los humanos.

-Estoy convencida de ello -aprobó la reina-, pero el emperador se vio enfrentado a tal potencia que su magia negativa fracasó.

*1*El faraón quiso penetrar por el estrecho acceso, y Ahotep le retuvo.

-Apofis, ciertamente, no ha renunciado a hacer daño. Si ha dejado intacto este monumento, sin ni siquiera condenar la puerta, es que ha descubierto el medio de bloquear su irradiación.

-¿Habrá encerrado la energía regeneradora en el interior?

-Eso es lo que creo. El emperador ha debido de hacer infranqueable el acceso mediante algún hechizo. Así pues, ningún faraón podrá ya alimentarse de la herencia de los antepasados. La reina se recogió para orar a su marido Seqen y a su hijo Kamosis.

-Hay que romper el maleficio -le anunció a Amosis-. Yo me encargaré, pues creo conocer el nombre de esta puerta.

-Madre, vos...

-No importa mi muerte. Tú debes reunir la corona blanca y la corona roja.

Ahotep avanzó muy lentamente.

Cuando llegó al umbral, un gélido soplo la detuvo.

Luego, le pareció que las jambas, ardientes como brasas, se aproximaban para aplastarla.

La reina estaba clavada en el suelo.

-¡Puerta, conozco tu nombre! Te llamas «la Rectitud da Vida». Puesto que te conozco, ábrete.

Una inmensa luz brotó de la hermosa piedra blanca, y el gélido soplo desapareció.

Ahotep invitó a Amosis a seguirla. Precediendo al faraón, la reina avanzó por el escaso espacio que quedaba libre entre las robustas columnas. *Risueño el joven* se tendió en el umbral, en la postura de Anubis, y custodió la puerta de lo invisible.

Guiado por el espíritu de Seqen y de Kamosis, la reina sentía que el maleficio del emperador no estaba del todo aniquilado. Al salir de la columnata, descubrió varias cobras erguidas en lo alto del muro. Dispuestas a salir de la piedra en la que habían sido esculpidas, ¿se arrojarían sobre Amosis?

-Vuestro papel consiste en abrir el camino del faraón y derramar vuestro fuego contra sus enemigos. ¿Acaso habéis olvidado quién os concibió y la mano que os creó? Vosotras, las serpientes de la realeza, conozco vuestro nombre: ¡sois la Llama del Origen!

Las miradas de los reptiles y la de la reina se desafiaron antes de que las esculturas recuperaran su aspecto hierático.

Agotada pero serena, Ahotep pudo al fin contemplar el gran patio al aire libre, ante la pirámide escalonada. Representaba todo Egipto, sobre el que su hijo estaba destinado a reinar.

Apofis solo ejercía ya dos actividades: o asistía al suplicio de 1os condenados, a quienes mandaba al laberinto o al foso del toro, o se encerraba en la habitación secreta, en plena ciudadela, donde encendía una lámpara.

En la llama, de un inquietante fulgor verdoso, contemplaba escenas que solo él podía ver.

Impaciente, el gran tesorero tenía que aguardar a que el emperador lo quisiera ver para comunicarle las alarmantes informaciones que le llegaban.

-¡Señor, los rebeldes han reconquistado Menfis! Nuestro regimiento, encargado de sitiar la ciudad, ha sido aniquilado.

-Lo sé.

-Nuestras milicias del Medio Egipto han sido exterminadas.

-Lo sé.

-Señor, habrá que admitir que Ahotep y su hijo están a la cabeza de un verdadero ejército.

-Lo sé, Khamudi. La reina ha conseguido incluso romper el maleficio que yo hacía gravitar sobre Saqqara. Ahora, Amosis es un auténtico jefe de guerra.

-¿Cuáles son vuestras órdenes, señor?

-Esperar. Aunque dude todavía, Ahotep vendrá a nosotros.

-¿No habría que atacarla antes de que se acerque a Avaris?

-De ningún modo.

-Perdonad que insista, señor, pero no hay que tomar a la ligera a esos egipcios.

La gélida mirada de Apofis atravesó al gran tesorero.

-¿Crees, realmente, que he cometido un error? Ahotep es una adversaria que está a mi nivel porque yo la dejé crecer. Vive en ella una energía, justamente la energía que yo debo destruir. Si hubiera intervenido antes, esa rebelde no habría cruzado las fronteras de Tebas. Hoy, se cree tan fuerte como yo. La llama me comunica que su esperanza de libertad nunca había sido tan intensa, y esta misma esperanza es la que conduce a los egipcios hacia el abismo. Voy a infligirles una derrota de la que no volverán a levantarse. Y la sufrirán en Avaris, a los pies de mi ciudadela. Desaparecida Ahotep, ni uno solo de sus compatriotas se atreverá a levantar de nuevo las armas contra mí.

Loco de rabia, Khamudi rompió una mesa baja y la pisoteó.

-¡Cálmate, querido! -imploró su esposa Yima.

El generalísimo arrojó los restos del mueble por la ventana.

-El emperador es demasiado viejo para gobernar -declaró crispando las mandíbulas.

-¡Cállate, te lo suplico! Si alguien te oyera...

-Eres la única que puede oírme, y tú no vas a traicionarme, ¿verdad?

La falsa rubia movió la cabeza.

-¡Claro que no, amor mío! Y no te oculto lo que de verdad pienso: puesto que te has librado de Jannas, deja ya de vacilar. El tono cortante de su esposa sorprendió a Khamudi.

-¿Qué quieres decir exactamente?

-Lo sabes tan bien como yo.

Menfis renacía.

Los supervivientes debían acostumbrarse a no seguir temiendo el asalto de los hicsos, a salir de la ciudad sin temor de ser abatidos, a comer hasta saciarse y a hablar del porvenir. Con la ayuda de los infantes, sacerdotes y talladores de piedra, ponían de nuevo en condiciones los templos menos degradados. Aliviados al no tener que marchar de inmediato contra Avaris, los soldados del ejército de liberación aguardaban la decisión del consejo de guerra que se celebraba en el palacio, devastado en gran parte.

-El poder real ha sido confirmado en Saqqara -reveló la reina Ahotep a los miembros del Estado Mayor-. Pero nos acecha un peligro: la falta de *heka.* Sin esta fuerza mágica que nos ha ayudado a superar tantos obstáculos, no tendremos posibilidad alguna de vencer a los hicsos reunidos en el Delta. Por eso, debemos recoger el *heka* del lugar donde fulgura en su más pura forma, en la ciudad santa de Heliópolis.

-Según las informaciones que nos ha proporcionado la resistencia menfita -indicó el canciller Neshi-, por desgracia Heliópolis está fuera de nuestro alcance.

-¿Por qué razón?

-Porque se encuentra en el territorio que controla la fortaleza de Leontópolis, la más importante del Delta después de Avaris.

-Sabemos desmantelar plazas fuertes -recordó Ahotep.

-Esta es distinta, majestad: tiene gruesos muros de diez metros de alto y puertas tan sólidas que ningún ariete podría derribarlas.

-¿Están intactos los monumentos de Heliópolis?

-El emperador inscribió su nombre en las hojas del árbol sagrado -reveló el alcalde de Menfis-. Se colocó así en el linaje de los faraones. Por eso, el santuario de Atum está todavía en pie, aunque custodiado por los hicsos.

-En cierto modo -se lamentó Neshi-, el árbol hace inmortal a Apofis. Además, probablemente destruyó la fuente de *heka.*

-Antes de desesperarnos -recomendó Ahotep-, verifiquémoslo personalmente.

De regreso de su misión, de reconocimiento, durante la que habían cabalgado a *Blanco* y a Gris, el Bigotudo y el afgano se sentían dubitativos. Construida sobre una eminencia, al abrigo de la inundación, Leontópolis parecía inexpugnable. Dos barcos de guerra bloqueaban el canal que la unía a Heliópolis.

-Nuestros nadadores les causarán tales averías que acabarán hundiéndose -estimó el Bigotudo.

-Tampoco hay problemas por lo que se refiere a los infantes hicsos de Heliópolis -añadió el afgano-. Nuestros carros acabarán con ellos.

-La fortaleza mandará refuerzos -objetó el gobernador Emheb-. El emperador será avisado, miles de hicsos se dirigirán a Heliópolis ¡y seremos aplastados allí! Ninguna maniobra tendrá éxito sin la conquista de esa plaza fuerte.

-Por eso, nuestros carpinteros deben ponerse manos a la obra -precisó la reina Ahotep-. ¿Por qué buscar fuera de nuestra propia tradición el arma que necesitamos?

Informado de la victoria de Menfis obtenida por el ejército egipcio, el comandante de la fortaleza de Leontópolis no tenía, sin embargo, más preocupación que los problemas de intendencia. Albergaba numerosos caballos, a los que había que alimentar, y dos regimientos de carros suponían una superpoblación difícil de dominar. Por fortuna, el descenso del río había comenzado. Pasados unos días, sus molestos huéspedes abandonarían el lugar.

-Comandante -le advirtió un centinela-, ¡barcos enemigos a la vista!

Asombrado, subió a la torre de vigilancia más alta.

De hecho, decenas de navíos que izaban el estandarte de la Reina Libertad se metían por el canal que llevaba al embarcadero de la fortaleza.

Los rebeldes habían eliminado los bajeles de guardia, pero aquella hazaña les sería inútil. Inmovilizados ante los altos muros, los egipcios resultarían unos blancos perfectos para los arqueros hicsos. Luego, la gran puerta se abriría, y los carros exterminarían a los fugitivos.

Al comandante de Leontópolis le correspondería así el honor de llevar al emperador la cabeza de la reina Ahotep.

Los barcos egipcios se detuvieron fuera del alcance del enemigo. Ante la estupefacción del comandante de Leontópolis, los tiradores de élite del ejército de liberación utilizaron unos grandes arcos, que les permitieron derribar a un buen número de los hicsos apostados en las almenas.

Llevando enormes vigas, los soldados de ingeniería desembarcaron. Cubiertos por sus arqueros, llegaron a la gran puerta sin sufrir demasiadas bajas.

El comandante sonrió.

Ningún ariete conseguiría derribarla.

¡Pero los egipcios ni siquiera lo intentaron! Muy al contrario, utilizaron las vigas como enormes cerrojos para encerrar a los hicsos en el interior.

Se presentaron luego otros infantes, cargados de larguísimas escalas montadas sobre ruedas. La cadencia de tiro de los arqueros se acentuó, lo que permitió que sus camaradas levantaran las escalas y las movieran tan deprisa como fue posible para apoyarlas en las murallas.

Asustado, el coma dante ordenó que el máximo número de defensores ocupara la almenas. Pero el camino de ronda era estrecho y, ya, los primeros asaltantes llegaban a lo alto de las escalas móviles.

Grandes Pies, el número 1.790, era el más antiguo superviviente del penal de Sharuhen. Solo le mantenía vivo la voluntad de vengarse. Puesto que la muerte no le quería, haría pagar a los hicsos el robo de sus vacas.

Desde hacía varias semanas, los convoyes de deportados se sucedían sin interrupción. Entre ellos, muchos egipcios del Delta, pero también una nueva clase de condenados que descubrían el horror del campo de concentración: ¡militares hicsos!

Agrupados, evitaban la mirada de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que morían de hambre y sufrían las sevicias de sus torturadores. Como ellos, los ex militares tenían entonces un número grabado en su carne.

Cierta noche, un oficial originario del Cáucaso se acercó a Grandes Pies, que dormía sobre unas tablas, inestimable protección contra el barro.

-¡Mil setecientos noventa! ¡Tú no llegaste ayer! ¿Cuál es tu secreto para aguantar en este infierno?

-No acepto la injusticia. Tú y tus semejantes me robasteis mis vacas.

A mí me han robado el honor y mi razón para vivir.

-¿Por qué estás aquí?

-Depuración. Yo y mis camaradas creíamos en el porvenir del almirante Jannas. El emperador ordenó que lo asesinaran.

-Un hicso menos... Excelente noticia.

-Las hay mucho mejores, por lo que a ti se refiere. La reina Ahotep ha liberado Menfis y se ha apoderado de la fortaleza de Leontópolis. Muy pronto atacará Avaris.

Grandes Pies se preguntó si estaba soñando. Luego, comprendió.

-Mientes para torturarme, ¿eh? ¡Puerco! ¡Te diviertes devolviéndome la esperanza!

-No te enojes, amigo. Es la pura verdad. El emperador quiere mi muerte, pero tu reina también. Solo me queda una solución: escapar de este penal.

Grandes Pies se quedó pasmado.

-¡Nadie puede escapar de aquí!

-Con los demás hicsos, eliminaremos a los guardias. Te aviso porque me caes simpático: o nos sigues, o te pudrirás en este lodo.

Grandes Pies quería creer que el caucásico no mentía.

Pero no siguió a los partidarios de Jannas cuando intentaron forzar la puerta del campo de Sharuhen; estaba seguro de que iban a fracasar.

Grandes Pies tuvo razón.

Despedazados, los cadáveres de los insurrectos fueron arrojados a los cerdos.

Gracias a la conquista de Leontópolis, los carros egipcios aumentaban sus efectivos, tanto en caballos como en vehículos. Había que aligerar estos últimos, e instruir aurigas y arqueros capaces de enfrentarse con los hicsos de Avaris.

Aprovechando la retirada de las aguas, que dejaron libre una vasta llanura, los instructores se pusieron a trabajar enseguida, mientras Ahotep y el faraón se dirigían a Heliópolis, liberada por fin. Vacía de los ritualistas y de los artesanos que antaño trabajaban en los talleres del templo, la vieja ciudad parecía extinguida para siempre. Envuelta en una opresiva calma, ¿cómo podía ofrecer *heka?*

Con todos los sentidos alerta, *Risueño el Joven* precedió a la reina y al faraón por la avenida que llevaba al gran templo de Atum y de Ra, cuya monumental puerta estaba cerrada. Siguieron pues, por la muralla, hasta la pequeña puerta de las purificaciones, toscamente emparedada. Un soldado quitó los ladrillos. Sus pasos condujeron a Ahotep y a su hijo hacia un obelisco con la punta cubierta de oro, que se erguía en el otero primordial, una especie de océano de energía en el nacimiento del universo.

Luego, descubrieron el árbol sagrado de Heliópolis, la persea de enormes ramas y hojas lanceoladas, en las que se habían preservado los nombres de los faraones.

Recuperando por instinto el gesto ritual de sus antepasados, Amosis se arrodilló, con la pierna izquierda doblada bajo el cuerpo y la derecha extendida hacia atrás. Presentó a la persea la espada de Amón, para que lo invisible la impregnara con su potencia.

La esposa de dios examinaba las hojas. Sorprendida por sus primeros descubrimientos, lo comprobó.

Esa vez no había duda posible.

-Apofis mintió: ¡su nombre no figura en el follaje del árbol solar! La persea se negó a conservar la memoria de ese tirano. El *heka* de Heliópolis no ha sido mancillado.

Cuando Ahotep inscribió los nombres rituales del faraón Amosis, la espada de Amón se convirtió en un rayo de luz tan intensa que el rey tuvo que cerrar los ojos.

-Ven a mi lado -le pidió su madre.

Ahotep hizo las funciones de Sechat, que daba vida a las palabras de los dioses, y Amosis, las de Thot, que transmitían su mensaje. Y fueron entonces los nombres del joven faraón los que se iluminaron.

En su corazón, percibió la voz de Atum, el ser y el no-ser indisolublemente ligados, la totalidad que precedía al tiempo y el espacio, la materia prima de donde todo procedía. Y se reanudó la cadena con sus predecesores, cuya magia protectora penetró en su aliento.

-Nuestra tarea no ha concluido -dijo Ahotep-. Este templo no vibra aún como debería.

Prosiguiendo su exploración, penetró en una vasta capilla, donde yacían pedazos de dos grandes barcas de acacia.

-La barca del día y la barca de la noche -murmuró-. Si ya no circulan, los ritmos del cosmos están perturbados y las tinieblas invaden la tierra. ¡Por eso, pudo el emperador imponer su ley! Pacientemente, el faraón ensambló cada barca.

A proa de la del día, una Isis de madera dorada; a proa de la de la noche, una Neftis. Frente a frente, las diosas tendían las manos para transmitirse el disco de oro, donde se encarnaba la luz regenerada.

El disco había sido hurtado y destruido por Apofis. Pero en el suelo yacía el amuleto del conocimiento que la reina puso en el cuello de su hijo.

-Colócate entre Isis y Neftis -le ordenó-. Como todo soberano de Egipto, eres el hijo de la luz, que regresa al océano de

energía con el sol del anochecer y renace por el oriente con el de la mañana.

Una apacible sonrisa animó el rostro de las diosas, que llenaron de *heka* el espíritu del faraón.

Después de que Ahotep y Amosis abandonaran el lugar, un disco de oro apareció en manos de Neftis, que lo transmitió a Isis en el secreto del templo.

La circulación de las barcas del día y de la noche acababa de reanudarse.

Lejos, muy lejos de Egipto, el reino nubio de Kerma vivía en una opulencia de la que su príncipe, Nedjeh, se alegraba cada día más. Tras haber intentado poner en un brete a los hicsos en el sur de Egipto, aunque proclamándose su aliado, y haber luchado luego contra la reina Ahotep, Nedjeh se limitaba a su dorada existencia.

Recluido en su provincia de ricos recursos agrícolas, obeso a fuerza de atiborrarse de suculentos alimentos, el rebelde príncipe de Kerma había renunciado a combatir con cualquiera. Pocas veces salía de su palacio, decorado a la egipcia, donde la disposición de las aberturas aseguraba una circulación de aire fresco. Cinco comidas al día, acompañadas por los mimos prodigados por las soberbias mujeres de su harén, bastaban para hacerle feliz. Ninguna mostraba su asco, pues la cólera del viejo déspota hacía temblar aún a sus súbditos. Quien le disgustaba moría con el cráneo aplastado y se reunía con las numerosas osamentas amontonadas en la futura tumba de Nedjeh, más vasta que la sepultura de un rey de Tebas.

-¡Otra vez tú! -gruñó el obeso al ver a Ata, el jefe de la policía, que se acercaba al muelle lecho donde estaba tendido.

-¡Príncipe, esta situación no puede durar! Los soldados de Ahotep, aliados con las tribus nubias que nos han traicionado, nos condenan a la inmovilidad.

-No me dices nada nuevo. Deja de agitarte.

Ata era alto, delgado y nervioso. Nedjeh le reprochaba que no supiera estarse quieto, pero era un buen policía, apto para conseguir que reinara el orden en la ciudad.

-Kerma es un principado guerrero que debe recuperar su orgullo -insistió.

-Olvida esos peligrosos sueños y aprovecha la vida. Empiezo a hartarme de algunas hembras, y voy a ofrecértelas. Apaciguarán tus nervios.

-Hace ya demasiado tiempo que estamos aislados del mundo exterior y no recibimos información alguna -declaró Ata-. He puesto fin a este aislamiento.

El obeso frunció el ceño.

-¿Que has hecho qué?

-Mis mejores hombres han arriesgado su vida para atravesar el territorio bajo control egipcio y llegar a Avaris, pasando por el desierto.

-¡No permito que nadie tome semejantes iniciativas! -gritó el príncipe de Kerma.

-Debéis aprobarme, señor. Sin duda, tuvisteis razón al contemporizar, pero ahora hay que estrechar nuestros vínculos con los hicsos y reconquistar el territorio perdido.

-¡Te has vuelto loco, Ata!

-Mis mensajeros han anunciado al emperador que Kerma reanudaba la lucha contra Egipto.

El obeso estaba atónito.

-¿Cómo te has atrevido...?

-Tenéis que aprobarme -repitió el jefe de la policía.

-¡Te equivocas y mucho!

-Peor para vos, entonces.

Ata clavó su espada en la panza del obeso, estupefacto ante ese crimen de lesa majestad.

Con amenazadora lentitud, se levantó.

-¡Voy a aplastarte, gusano!

Olvidando el mortal dardo, Nedjeh avanzó hacia Ata, que retrocedía, incrédulo. ¿Cómo aquel barrigudo conseguía moverse aún?

Tomando una lámpara de bronce, le asestó un fuerte golpe en la cabeza.

Inmóvil durante unos instantes, Nedjeh volvió a avanzar. Tenía el rostro ensangrentado.

Ata golpeó de nuevo. Esa vez, el sibarita se derrumbó. El antiguo jefe de la policía podía comunicar al pueblo de Kerma que tenía un nuevo príncipe.

-La fortaleza de Leontópolis ha caído -anunció Khamudi al emperador, hundido en un sillón de bastos brazos.

-No tiene importancia.

Con los tobillos hinchados y doloridos, las mejillas más colgantes que de ordinario y la voz desgastada, Apofis no salía ya de la habitación secreta situada en el corazón de la ciudadela. Solo el generalísimo Khamudi tenía acceso a ella.

-La caída de Leontópolis ha provocado la de Heliópolis precisó.
«Ahora -pensó el emperador-, Ahotep sabe que el árbol sagrado se negó a aceptar mi nombre y que no pertenezco al linaje de los faraones. Por eso, debe morir.»

-No debemos permanecer pasivos, majestad. Esta reina acumula demasiados éxitos. Propongo atacarla sin dilación. En las llanuras del Delta nuestros carros aplastarán al ejército egipcio.

-Déjala que llegue hasta la capital -ordenó Apofis-. Mi plan se desarrolla punto por punto, y es aquí donde Ahotep caerá en mis manos; aquí, y en ninguna otra parte. Cuanto más se aturda con inútiles victorias, más vulnerable será.

-Majestad, yo...

-Ya basta, Khamudi. Necesito descansar. Avísame cuando Ahotep llegue a las puertas de mi capital.

Khamudi no se calmaba. ¿Cómo hacer entrar en razón a ese viejo senil que no percibía ya la realidad? Ciertamente, el propio gran tesorero se había mostrado, por algún tiempo, hostil al despliegue de las fuerzas, pero la situación había cambiado mucho. Hoy, Ahotep y el faraón Amosis estaban a la cabeza de un verdadero ejército, que acababa de apoderarse de una fortaleza considerada inexpugnable y de violar el santuario hicso.

Su estrategia era clara: destruir, una a una, todas las plazas fuertes del Delta y solo desafiar Avaris tras haberla aislado. Esperar sería, pues, suicida. Puesto que cometían el error de adentrarse en terreno llano, el generalísimo los aniquilaría.

¡Pero era imposible lanzar los carros al asalto sin una orden explícita del emperador! Mientras pensaba en las palabras de su esposa Yima, Khamudi fue informado de que unos emisarios del príncipe de Kerma habían llegado a Avaris. Aquellos negros a los que Ahotep había reducido al estado de corderos le ofrecían una buena ocasión para calmar sus nervios.

-Señor -dijo un joven de aspecto marcial-, os transmitimos los saludos del príncipe de Kerma.

-¿De ese cobarde que se limita a comer y fornicar?

-Nedjeh ha muerto, y el príncipe Ata en nada se parece a él. A la cabeza de los guerreros de Kerma, romperá el yugo que está ahogándonos.

-¿Quiere Ata combatir a los egipcios?

-En un principio, recuperará Nubia. Luego, se apoderará del Sur de Egipto, siempre que vos estéis de acuerdo y no impidáis su avance.

Khamudi no se lo pensó mucho tiempo.

-Estoy de acuerdo.

-Majestad, se han descubierto unos exploradores del ejército egipcio -anunció Khamudi.

-¡Por fin, están aquí! ¡Ven, Ahotep, acércate!

El odio que llenaba la mirada del emperador le hacía insoportable.

-¿No deberíais ir al templo de Set para despertar su furor contra el enemigo? -sugirió el generalísimo.

-Ahotep sabe cómo conjurarlo. Pero tienes razón; no hay que desdeñar ese precioso aliado. Una tormenta de extremada violencia caerá sobre los egipcios, y el rayo destruirá parte de su flota.

Khamudi ayudó al emperador a levantarse y andar.

En el umbral de la ciudadela, Apofis se acomodó en una silla de mano sin advertir el discreto gesto que el gran tesorero dirigía al jefe de los piratas chipriotas.

Obsequioso, Khamudi sostuvo también a Apofis cuando se instaló en la barca que atravesaría el brazo de agua para atracar en el islote donde se había erigido el templo de Set.

-Estos remeros no pertenecen a mi guardia personal -advirtió el emperador.

-Es cierto; son mis hombres.

-¿Qué significa eso, Khamudi?

-Que yo asumo el poder.

-¡Has perdido la cabeza, como Jannas!

Jannas contemporizó. Yo no cometeré el mismo error.

-Eres pequeño, amigo mío, y seguirás siendo pequeño, a pesar de tu vanidad, tu fortuna y tus sórdidas maniobras.

La voz y la mirada de Apofis helaron la sangre de Khamudi, que sintió cómo sus miembros se paralizaban.

Buscando en lo más hondo de su rabia, golpeó con el puño el rostro del emperador, cuya nariz y labios reventaron. Colérico, le clavó un puñal en el corazón. Mientras la víctima se derrumbaba hacia un lado, Khamudi tomó la daga de Apofis y la hundió en la espalda del anciano.

Atónito, se apartó del cadáver.

-Seguid remando -ordenó a los soldados. La barca atracó.

-Llevad esta carroña al altar de Set y quemadla.

-¡Se mueve aún! -exclamó un marino, aterrorizado. Khamudi tomó un remo y golpeó al emperador diez veces, veinte, cien, hasta que solo fue un muñeco ensangrentado y desarticulado.

La mano diestra de Apofis se levantó ligeramente.

Histérico, Khamudi comprendió que el anciano llevaba con él una protección.

De su cuello colgaba una cadena de oro con el *ankh,* la cruz de vida, y en el dedo meñique de su mano izquierda llevaba un escarabeo de amatista en un anillo de oro.

El gran tesorero arrancó las joyas y las pisoteó. La mano del anciano cayó, inerte por fin.

-¡Pronto, quemadlo!

El humo que se levantó por encima del templo de Set esparció un hedor pestilente.

Ya está -anunció Khamudi a su esposa, Yima.

-¡Entonces, eres... el emperador de los hicsos!

-Ahora todos me deben obediencia absoluta.

-¡Es maravilloso, maravilloso! Pero... ¡qué mal hueles! Estás cubierto de un polvo negruzco. Ve a lavarte enseguida. Haré que te sirvan nuestro mejor vino. Y yo... ¡soy emperatriz!

Abandonando a Yima a sus sueños de grandeza, que se hacían realidad, Khamudi se apresuró a reunir a los oficiales superiores y dignatarios en la sala de audiencia de la ciudadela.

-El emperador Apofis ha fallecido -reveló-. He tenido el triste privilegio de recoger su última voluntad: que su cuerpo sea incinerado en el altar del templo de Set y que yo le suceda para mantener la grandeza del Imperio.

¿Quién podría haberse opuesto a la toma del poder por el generalísimo y gran tesorero Khamudi? Tras haber depurado el ejército y haber puesto la mano en la economía de los hicsos, no tenía rival alguno.

Todos se inclinaron ante el nuevo emperador, que sintió que su pecho se hinchaba y su torso se ensanchaba. Aquella consagración era más embriagadora que todas las drogas reunidas.

Con paso inseguro, como si estuviera ebrio, Khamudi penetró en los aposentos privados de Apofis, cuyos guardias habían sido eliminados aquella misma mañana por los piratas chipriotas fieles al gran tesorero. Había ordenado a Dama

Aberia que enviara a presidio a toda la servidumbre de su predecesor. Un buen barrido: esa era la consigna que se aplicaba también a los objetos. Todo recuerdo del tirano tenía que desaparecer, a excepción de las pinturas cretenses, cuya frescura complacía a Khamudi.

Yima corría de una estancia a otra, lloraba, reía, besaba a una sirvienta, abofeteaba a otra, se tendía en una cama, se levantaba, pedía bebida, olvidaba su copa, tomaba un poco de droga y desgarraba sus antiguos vestidos lanzando gritos.

-¡Lo hemos conseguido! ¡Soy emperatriz! ¡Yo emperatriz, te das cuenta!

Se arrojó al cuello de su marido, que la rechazó.

-Tenemos trabajo. Hay que seguir depurando. Harás una exhaustiva investigación de cada uno de los miembros del personal de la ciudadela. A la menor sospecha, que Dama Aberia nos libre de ellos.

Tras dejar a su esposa entregada a sus ocupaciones, Khamudi convocó a los generales y almirantes para preparar el contraataque que le permitiera recuperar Leontópolis, Heliópolis y Menfis, mientras los nubios del nuevo príncipe de Kerma caían sobre el Alto Egipto. Obligada a retroceder hasta Tebas, Ahotep quedaría entre dos fuegos.

Khamudi la quería viva. Inventaría, para ella, suplicios inéditos, con el fin de que muriese lo más lentamente posible entre insoportables sufrimientos.

Perdido en sus pensamientos, el nuevo emperador topó con el viejo almirante al que había puesto a la cabeza de la flota.

-¡Los egipcios, señor!

-¿Qué pasa con los egipcios?

-¡Están aquí!

¿Por qué repetía aquel imbécil la fábula que le había contado a Apofis para incitarle a salir de la ciudadela?

-Regresa a tu puesto.

-¡No lo entendéis, señor! ¡Los egipcios atacan Avaris!

-Tonterías, nuestros vigías los habrían descubierto hace mucho tiempo.

-No, porque no han venido por el Sur.

-¡Eso es imposible!

-Esperamos vuestras órdenes, señor.

¿Qué preveían los hicsos sino una ofensiva de la Marina egipcia como la realizada, con indiscutible éxito, por Kamosis? Pero Ahotep había sugerido una estrategia totalmente distinta esa vez: atacar Avaris de diferentes modos y por varios lugares al mismo tiempo. Eso implicaba lanzar a la batalla la totalidad de las fuerzas egipcias y, antes, destruir todos los puestos de observación.

El afgano y el Bigotudo se habían encargado de la tarea mientras la reina reforzaba las medidas de seguridad en torno a la persona del faraón. Si el espía hicso seguía activo, intentaría matar a Amosis para dificultar la marcha del ejército de liberación. *Risueño el Joven* permanecía, más que nunca, ojo avizor.

-Aquí está Avaris -dijo el gobernador Emheb, conmovido. ¡Ahotep descubría, por fin, la capital del imperio de las tinieblas! Como su madre, el faraón Amosis quedó impresionado por la magnitud del paraje, la dimensión de los puertos de guerra y mercante y, sobre todo, por el tamaño de la ciudadela. Ninguna fortaleza podía comparársele.

El miedo se apoderó de las filas egipcias, pues los navíos de la flota de los hicsos y los carros alineados en la ribera oriental les parecieron innumerables.

Todos se habían preparado para ese instante, pero nadie había imaginado que el adversario fuera tan monstruoso.

-Corremos hacia una matanza -predijo el canciller Neshi, lívido.

-¿Qué piensan de eso los dos oficiales más intrépidos? -preguntó Ahotep.

-El canciller tiene razón -aprobó el Bigotudo.

-Por una vez -reconoció el afgano-, mi camarada no se equivoca.

-Mejor será batirse en retirada antes que sufrir una irremediable derrota -observó el gobernador Emheb-. Sé que nunca habéis retrocedido, majestad, pero nadie os lo reprochará.

El silencio del almirante Lunar demostró que compartía la opinión de sus compañeros de armas.

En la mirada de su hijo, la reina descifró unas intenciones muy distintas.

-Mirad a los hicsos -recomendó Amosis-, ¡corren en todas direcciones como presas asustadas! Nuestro dispositivo de asalto es excelente y nos permitirá colmar nuestra inferioridad en hombres y material. Que cada cual ocupe de inmediato su puesto. Cuando suenen los tambores, que todas nuestras unidades actúen según el plan previsto.

Khamudi no se había derrumbado.

Muy al contrario, la inminencia del enfrentamiento con los egipcios había despertado en él un furor tal que se había multiplicado para incitar a los oficiales superiores a tomar de nuevo las riendas de sus soldados. ¿Acaso no eran los hicsos superiores a sus adversarios, y Avaris, inexpugnable?

Se iniciaba la verdadera batalla, y había que ganarla. Sobreexcitados por el ardor de su nuevo jefe, los hicsos se organizaron. Los aurigas y sus tripulaciones saltaron a los

vehículos, los marinos corrieron a sus puestos de combate y los arqueros ocuparon el lugar debido en las torres de la ciudadela. Seguido por varios navíos, el bajel almirante de la flota egipcia, El Halcón de Oro, avanzaba ya por el canal que llevaba al embarcadero de la ciudadela.

¡El fatal error que Khamudi esperaba!

Imitando a su hermano mayor, Amosis intentaba apoderarse de los puertos, que se convertirían en cementerios para las embarcaciones egipcias.

Pero El Halcón de Oro se detuvo a mitad de camino, mientras otros navíos penetraban por el canal del norte para tomar por la espalda a las naves de los hicsos, al abrumador redoble de los tambores.

A aquella mala sorpresa le sucedió el pasmo cuando del navío almirante desembarcó un carro tirado por dos caballos y conducido por el faraón en persona, tocado con la corona blanca del Alto Egipto. En los flancos del vehículo estaban pintados unos hicsos arrodillados y atados.

-¡Han logrado construir un carro! -se asombró Khamixdi.

-Un carro, no -rectificó, despechado, un general-. ¡Centenares de carros!

A toda velocidad, los carros egipcios se lanzaron contra los de los hicsos.

Según Ahotep, solo unas maniobras combinadas e inesperadas podían dar al ejército de liberación una mínima posibilidad de derrotar al adversario.

El navío almirante y sus acompañantes sirvieron de cebo para la Marina de los hicsos, que los consideró, erróneamente, presas fáciles. Un feroz combate se entabló mientras otros bajeles egipcios, llegados por el canal del norte, cortaban en dos la flota enemiga.

Y la Infantería de Marina, al mando del gobernador Emheb y de Ahmosis, hijo de Abana, utilizó unas barcazas fortificadas para lanzarse al abordaje de las pesadas embarcaciones de los hicsos, totalmente desprevenidos.

En esos dos frentes, el entusiasmo y la movilidad de los egipcios les permitieron igualarse con el adversario.

Quedaba el enfrentamiento principal, del que dependía el resultado de la batalla de Avaris: ¿qué carros saldrían victoriosos del enfrentamiento?

Sorprendido por aquel ataque en terreno llano, con vehículos ocupados solo por dos hombres, el jefe de los carros hicsos lanzó un regimiento en línea para que lo barriera todo a su paso.

Tras una orden de Amosis, los egipcios se apartaron a toda velocidad, y mientras giraban, dispararon contra los flancos adversarios. La mayoría de los dardos alcanzaron sus blancos. Algunos caballos se derrumbaron, lo que produjo un verdadero caos, del que numerosos hicsos salieron heridos o muertos.

Como abejorros, los carros del faraón llegaban a la altura de sus adversarios, lentos y menos manejables. Los arqueros derribaban a los aurigas enemigos. Sin control, los caballos chocaban entre sí y provocaban una confusión alimentada por otras tripulaciones desamparadas.

Los egipcios observaban escrupulosamente la consigna: evitar cualquier choque frontal con los hicsos, sorprenderles de lado o por detrás. Como verdaderos virtuosos, el Bigotudo y el afgano se permitieron un buen cuadro de caza.

Protegido por varios carros que lo envolvían, de acuerdo con las órdenes de Ahotep, el faraón Amosis disparaba flecha tras flecha.

En un siniestro concierto de relinchos y gritos de sufrimiento, los soldados del emperador se vieron rodeados. Revoloteando a su alrededor, los egipcios no les concedían respiro alguno.

Cuando una nueva oleada de carros hicsos inició el contraataque, la reina Ahotep temió que fuese decisivo. Casi agotados, ¿cómo conseguirían contenerlos los egipcios?

Pero los vehículos iban provistos de las ruedas saboteadas por el almacenero Arek, y la mayoría cedieron a la primera aceleración. Así pues, quienes habrían tenido que cambiar el curso del conflicto se añadieron a la desbandada de su propio ejército, incapaz ya de defenderse.

Impulsados por Amosis, los regimientos de carros egipcios no redujeron sus esfuerzos, exigiendo el máximo tanto de los animales como de los hombres. Brotaban, mortíferas, lanzas y flechas.

Por el lado del navío almirante, la situación no evolucionaba de modo favorable. Tras haber rechazado dos intentos de abordaje, los marinos del faraón, diezmados, sucumbían en número. Fue necesaria una audaz maniobra de Lunar para evitar lo peor. Pero al abandonar el canal del norte, permitió a varios navíos hicsos agruparse y recuperar el control de aquel acceso a Avaris.

Felina calentó una lanceta al fuego y cauterizó la profunda herida que una espada hicsa había abierto en el costado izquierdo del afgano. Aunque resistente al dolor, no pudo reprimir un sonoro gemido.

-Has tenido suerte -le dijo ella-. Es espectacular, pero no grave.

-Y yo -se quejó el Bigotudo-, ¿me quedo sin cuidados?

-Tú solo tienes arañazos.

-De todos modos, tengo sangre por todos lados y he estado a punto de morir cien veces.

-Primero, tengo que encargarme de los casos serios. Los supervivientes y tú, ayudadme.

Los heridos eran innumerables. Felina y los enfermeros estaban desbordados, pero los carros egipcios acababan de obtener su primera gran victoria.

Sin embargo, no hubo manifestación de alegría alguna en las filas del ejército de liberación, pues la ciudadela, intacta, lo desafiaba con toda su masa.

Llegó la hora de los informes, que la reina y el faraón escucharon atentamente en la cabina del navío almirante.

-Una cuarta parte de nuestros carros ha sido destruida -dijo el canciller Neshi-, pero hemos conseguido mucho material del enemigo. Nuestros soldados se han comportado de un modo admirable. Mañana mismo habrá que formar nuevos aurigas para sustituir a los muertos. Gracias a las riquezas de la campiña que nos rodea, los caballos estarán bien alimentados.

-No tengo nada que añadir -dijo el Bigotudo, con el asentimiento del afgano.

-¿Y tu herida? -se preocupó la reina.

-Durante unos días, majestad, me molestará un poco, pero no me impedirá cumplir con mi papel de instructor.

-Diez barcos hundidos o gravemente dañados -indicó el almirante Lunar-, graves pérdidas entre los navegantes y la Infantería de Marina. Por fortuna, la flota de los hicsos se ha visto mucho más afectada que la nuestra, pero sigue siendo importante y está agrupada en el canal del norte. No aconsejo un enfrentamiento inmediato, nuestros hombres están agotados.

-Hay que darme tiempo para organizar la intendencia -pidió el canciller Neshi-, y la cosa no se anuncia fácil. Es necesario que nuestros valientes coman correctamente y duerman en buenas condiciones.

-Nuestras escalas móviles no son útiles en este caso -advirtió Emheb-. Los muros de la ciudadela son demasiado elevados y, contrariamente a lo que ocurrió en Leontópolis, los arqueros

están perfectamente protegidos por almenas. Fuera de alcance, derribarán a los soldados que intenten acercarse a la muralla.

Ahotep reconoció la validez de los argumentos.

Pese a su valor, las tropas egipcias solo habían obtenido un éxito a medias.

-Estoy muy preocupado -reconoció el canciller Neshi-. Sin duda, queda gran cantidad de hicsos al este del Delta y más aún en Siro-Palestina. El emperador los llamará en su ayuda para liberar Avaris, y seremos eliminados.

-No se trata de retroceder -advirtió el faraón Amosis-. Debemos apoderarnos de Avaris a cualquier precio.

-Este es nuestro más preciado deseo -confirmó Emheb-, pero conseguirlo será difícil, muy difícil.

-Todos necesitamos descanso y reflexión -decidió Ahotep.

¡Qué extraña noche! Aunque el cielo estrellado fuese el del Bajo Egipto, la tierra negra, los canales y los cultivos pertenecían aún al emperador de las tinieblas.

Ahotep pensaba en su hijo Kamosis, que, con muy escasos medios, había lanzado un primer asalto contra Avaris y había conseguido desvalijar el puerto mercante. Sin la intervención del espía hicso, el joven rey habría causado mayores daños al enemigo. Pero también él habría sido impotente al pie de esa ciudadela que se burlaba del ejército de Amosis.

Ante cada obstáculo, la reina había encontrado el medio de superarlo o esquivarlo. Esta vez, parecía en exceso monumental. Sin embargo, Ahotep sabía desde su adolescencia que, donde no existía camino, era necesario abrir uno.

Dejando que su pensamiento vagara por las estrellas dónde vivían, para siempre, los faraones Seqen y Kamosis, la reina se acercó a la tienda de Amosis para comprobar las medidas de seguridad.

Durante el combate, el espía de los hicsos nada había podido intentar. Formada por fieles entre los fieles, la guardia personal del rey era la mejor de las protecciones. Y Risueño el joven, tendido en el umbral de la tienda, dormía con un ojo abierto.

Como los alimentos y las bebidas ofrecidos al monarca eran probados por dos cocineros voluntarios, el espía tampoco conseguiría envenenar al faraón.

De nuevo, circulaban las barcas de la noche y del día. Ahotep vivió la transmisión del antiguo al nuevo sol, y su renacimiento por el Oriente, tras haber vencido a la serpiente de las tinieblas en el lago de la llama.

Al alba, la decisión de la reina había sido tomada.

O el ejército de liberación se apoderaba de Avaris, o sería aniquilado.

Gracias a los estupefacientes, ningún soldado hicso temía a los egipcios. Los unos veían cómo desaparecían sus angustias, los otros se sentían capaces de enfrentarse a diez adversarios al mismo tiempo. Khamudi había hecho distribuir, incluso, droga mediocre a la población, para que los civiles no fueran presa del pánico. Era evidente que un solo objetivo interesaba a la reina Ahotep y a su hijo Amosis: la ciudadela. Pero no tenían medio alguno de entrar en ella. El asedio terminaría en un fracaso, y los refuerzos procedentes del Delta y de Canaán les infligirían una derrota definitiva.

Desde lo alto de la principal torre de vigía, Khamudi observaba al adversario, cuyo comportamiento le pareció extraño. Los cuerpos de arqueros e Infantería de Marina embarcaban en navíos de guerra, que, uno a uno, se metían en los canales y en el lago de Avaris.

En la proa del navío almirante, el faraón Amosis era fácilmente reconocible por su corona blanca.

«Quieren destruir mi flota -pensó el nuevo emperador- para rodear mejor Avaris.»

-Encuéntrame un excelente arquero -ordenó al oficial que estaba junto a él-. Que tome una barca ligera con dos buenos remeros y se acerque hasta tener al alcance a ese reyezuelo imprudente.

Al mando del barco llamado El que Aparece Glorioso en Menfis desde la liberación de la ilustre ciudad, Ahmosis, hijo de Abana, era ayudado por arqueros de élite, que causaban estragos en las filas enemigas. Eliminando a los defensores adversarios, facilitaban las maniobras de abordaje. Dos barcos hicsos habían caído ya en manos de los egipcios.

Ahmosis, hijo de Abana, descubrió una barca ligera. A bordo, iban tres hombres con el torso desnudo; dos de ellos eran remeros que mantenían una desenfrenada cadencia.

Los remeros, de pronto, redujeron el ritmo.

Cuando el tercer hombre se puso de pie y sacó una flecha del carcaj, Ahmosis, hijo de Abana, advirtió que estaba mirando hacia el navío almirante.

El faraón... El arquero hicso quería matar al faraón, cuya corona blanca refulgía al sol.

Tensando su arco, el egipcio apenas se tomó el tiempo de apuntar. La saeta rozó la cabeza del hicso, que, aterrado, soltó su arma. Abandonando a sus compañeros, se tiró al agua.

Por precaución, Ahmosis, hijo de Abana, acabó con los dos remeros. Luego, rabioso ante la idea de que aquel gusano pudiera haber herido al rey, se zambulló también.

Gracias a su croll(1), poderoso y regular, no tardó en alcanzar al hicso, al que dio un violento puñetazo en la nuca antes de

arrastrarlo hacia la ribera y echárselo al hombro como un vulgar saco de mercancías.

(1) Ese estilo de natación se practicaba ya en el Imperio Antiguo.

Medio consciente, el prisionero intentó apoderarse del puñal del egipcio. Ahmosis, hijo de Abana, lo arrojó al suelo, le cortó la mano y lo dejó sin sentido.

-Comandante Ahmosis, hijo de Abana, te entrego el oro del valor -declaró el faraón Amosis, que puso un fino collar al cuello del oficial.

La reputación del héroe no dejaba de crecer entre las filas del ejército de liberación que se había apoderado de varios barcos hicsos. Muy pronto se reanudarían los combates, intensos y mortíferos.

Ahmosis, hijo de Abana, se inclinó.

-¿Puedo solicitar un favor, majestad?

-Habla.

-¿Me concederíais el honor de mandar vuestra guardia personal, de modo que sea yo el primero en protegeros en cualquier circunstancia?

-Tras la hazaña que acabas de realizar, accedo de buena gana a tu petición.

La reina Ahotep parpadeó.

¿Y si Ahmosis, hijo de Abana, era el espía hicso? ¿Y si su acto de valor había sido solo un señuelo destinado a ganar la confianza del faraón? En adelante, si estaba muy cerca de él, antes o después dispondría de las condiciones ideales para eliminarlo.

Esas sospechas eran absurdas. Ahmosis, hijo de Abana, servía en el ejército de liberación desde su adolescencia y había arriesgado innumerables veces su vida luchando de modo ejemplar contra los hicsos. Sin embargo, la reina vigilaría a su hijo. -Interroguemos a tu prisionero -decidió Amosis.

Cuidado pero aterrorizado, el hicso no se atrevía a posar los ojos en el soberano.

-Tu grado y tu función.

-Primer arquero en el regimiento de la parte baja de la ciudadela.

-Descríbeme el interior -exigió Ahotep.

-No se me admitía allí. Solo sé que alberga soldados y víveres suficientes para aguantar varios años.

-¿Quién te dio la orden de disparar contra el faraón?

-Khamudi... El emperador Khamudi.

-Querrás decir... Apofis.

-No, Apofis murió. Bueno, el gran tesorero lo mató, y su cadáver fue quemado. Ahora, el emperador es Khamudi.

-Si quieres salvar tu vida, ve a decirle que el faraón está gravemente herido.

-¡Oh, no, majestad! -gritó el hicso-. ¡Khamudi no me creería nunca! Seré arrojado al laberinto o al recinto del toro.

El prisionero contó detalladamente los suplicios y las torturas que tanto gustaban al antiguo y al nuevo emperador..

-Matadme enseguida -imploró.

-Cuando hayamos ganado esta guerra -decretó Ahotep-, te convertirás en servidor de Ahmosis, hijo de Abana.

Todos los almaceneros del arsenal de Avaris habían tomado droga barata y navegaban por unos sueños en los que las flechas y lanzas egipcias no causaban herida alguna.

Todos, salvo Arek.

El joven resistente, privado entonces de cualquier contacto con el exterior, a duras penas contenía su alegría. ¡Por fin, los egipcios asaltaban Avaris! Aunque Khamudi se comportara como un animal temible, la desaparición de Apofis debilitaba a los hicsos.

Tras haber saboteado las ruedas de los carros, Arek la había emprendido con los arcos. Una vez tensados, la madera se rompería en seco.

Mucho más fácil que con las ruedas, el trabajo presentaba mayores riesgos, pues el muchacho no estaba autorizado a entrar en aquel almacén. Debía esperar a que sus colegas estuvieran dormidos para quitar los cerrojos y atarearse durante la noche.

-¿Qué estás haciendo aquí, pequeño? Arek se quedó petrificado.

Era la pedregosa voz de su jefe de equipo, un asiático cuya resistencia a la droga desafiaba cualquier entendimiento.

-Esta noche he observado que no tomabas nada, pequeño, y eso me ha intrigado. No tienes derecho a estar aquí.

-¡Que..., quería un arco!

-Eso es un robo, y un robo de arma, en plena guerra, es un crimen.

-Olvídalo. Te lo compensaré.

-¡Yo no soy un malhechor!... Vas a acompañarme a la ciudadela y te explicarás ante nuestro nuevo emperador. Si ocultas algo, te lo hará confesar. Y a mí me lo agradecerá.

Arek tomó impulso, empujó con fuerza al asiático y salió del almacén corriendo.

El jefe de equipo avisó a los guardias que patrullaban en el muelle.

Una atroz quemadura desgarró el hombro de Arek. Sobreponiéndose al dolor provocado por la lanza, se arrojó al canal. Para él, suponía la muerte más dulce. El joven Arek no sabía nadar.

Con la mirada perdida, vacilante, Yima se agarró al brazo de su marido.

-Emperador mío, ¿realmente estamos seguros?

-Has tomado demasiada droga -dijo Khamudi.

-¡Hay que luchar contra el miedo! Aquí, nadie teme ya a los egipcios porque eres el más fuerte, el único dueño del país. Y yo, te ayudo... Con mi amiga Dama Aberia, ejecutaremos a todos los traidores.

-Excelente idea. Si no tenéis pruebas, elegid un culpable al azar, reunid a sus íntimos y matadlo ante ellos. Que todos comprendan que Khamudi es invulnerable.

Encantada ante la idea de aquel entretenimiento, la emperatriz fue al encuentro de la torturadora de manos desmesuradas, mientras que el emperador reunía a sus generales.

-La batalla sigue siendo muy dura, tanto en los canales como en el lago -indicó uno de ellos-. Contrariamente a lo que creíamos, Ahotep y Amosis no se interesan por la ciudadela. Su único objetivo parece ser la destrucción de nuestra flota. No lo lograrán antes de que lleguen los refuerzos. Por desgracia, es inútil mandar comandos para acabar con el faraón, que desconfía y no se muestra ya

-Releva la guardia cada tres horas. El máximo de arqueros en las torres de vigía y las almenas -ordenó Khamudi.

Mientras Ahotep, el gobernador Emheb y el almirante Lunar dirigían el enfrentamiento naval, procurando que durara, el faraón Amosis estaba lejos de Avaris, en la pista del Uadi Tumilat, que tomaban las caravanas de avituallamiento. Protegido por Risueño el Joven y Ahmosis, hijo de Abana, nuevo comandante de su guardia personal, el faraón ponía en práctica el plan defendido por su madre: cortar la ruta comercial e impedir que los refuerzos hicsos, procedentes de Canaán y el Delta oriental, llegaran a Avaris.

Apoderarse de varios cargamentos permitió a los soldados darse una comilona antes de que el regimiento de carros, al mando del Bigotudo, se enfrentara con su homólogo cananeo, mientras el afgano y el suyo chocaban con los hicsos del Delta.

En contacto con ellos gracias a Bribón y su escuadra de palomas mensajeras, el faraón Amosis acudía donde las tropas estaban en apuros.

Inferiores en número, los egipcios utilizaban su movilidad. Bajo el sol ardiente, la espada de Amón resplandecía con un fulgor tan intenso que todos los soldados se sentían animados por una inagotable energía.

Ni las estaciones, ni los meses, ni los días, ni las noches, ni las horas, nada contaba ya, salvo la batalla de Avaris, donde, poco a poco, la Marina egipcia iba prevaleciendo. Privada de Felina que, por fortuna, había formado a algunas ayudantes, Ahotep se encargaba de los heridos, que en su mayoría exigían regresar al combate. Estando tan cerca del objetivo, nadie aceptaba renunciar a él, aunque la ciudadela, arrogante, asistiese a los violentos enfrentamientos sin perder un ápice de su soberbia.

-Acabamos de hundir sus mejores barcos -anunció Emheb-. Nuestra superioridad es clara, por fin.

Fue el momento que eligió Bribón para posarse en el hombro de Ahotep, que, como de costumbre, lo gratificó con numerosas caricias antes de consultar el valioso mensaje del que era portador.

La reina pensaba, sin cesar, en su hijo, con la esperanza de que su protección estuviera realmente asegurada. ¿Cómo olvidar el combate durante el que su esposo, Seqen, había sido traicionado y asesinado? Y sin embargo, no existía otra estrategia: si Amosis no conseguía cortar el camino a los refuerzos, el ejército de liberación sería aplastado. Hasta entonces, la estrategia de Ahotep había tenido éxito: hacer que el emperador Khamudi creyera que los egipcios concentraban el conjunto de sus fuerzas en Avaris, atacando solo a la Marina adversaria.

El gobernador Emheb no ocultaba su impaciencia.

-¿Qué noticias hay, majestad?

-Los refuerzos procedentes de Canaán han tenido que retroceder.

-¿Y los hicsos del Delta?

-También ellos se han batido en retirada, pero nuestros regimientos de carros han sufrido graves pérdidas. El faraón nos pide que le mandemos hombres y material.

-Es posible, pero quedaremos debilitados. Si los hicsos de la ciudadela efectúan una salida, podría ser una catástrofe. -¡Entonces, Emheb, hay que acabar con su Marina!

Viendo el cetro de Ahotep que simbolizaba el poder de Tebas, los egipcios olvidaron la fatiga y las heridas. Tanto en el lago como en los canales, sus bajeles se lanzaron al asalto del enemigo. Y el almirante Lunar, a pesar de la lanza que llevaba clavada en el muslo izquierdo, cortó las manos del último capitán hicso que había combatido hasta la muerte.

-Señor, ¿no habría que intentar una salida? -sugirió un general hicso.

-¡De ningún modo! -se enojó Khamudi-. ¿No comprendes, acaso, que es eso exactamente lo que esperan los egipcios? No nos queda ya ni un solo barco. Ahotep ha bloqueado todos los canales, ¡Avaris está sitiada! Dicho de otro modo, nuestros carros caerían en una trampa. Solo estamos seguros dentro de la ciudadela.

«¿Dónde está ahora aquel rayo de la guerra que iba a asolarlo todo a su paso?», se preguntó el general, al igual que sus colegas.

-¿Han llegado, por fin, noticias de nuestras tropas de Canaán y del Delta? -preguntó el nuevo emperador.

-Ninguna, pero no tardarán.

-¿Acaso están cortados nuestros contactos con el Norte?

-Es evidente, señor. Ningún mensajero hicso puede llegar ya a Avaris. Estad seguro, sin embargo, de que nuestros hombres, como una nube de langostas, caerán sobre los egipcios.

Para tranquilizar sus nervios, Khamudi asistió a una ejecución. Con creciente placer, Dama Aberia estrangulaba, a manos llenas, a los supuestos traidores.

La Reina Libertad compartía, cada día, la comida de sus soldados, compuesta de pescado o cerdo seco, ajo, cebollas, pan y uva, todo regado con cerveza ligera. Tras haber tenido el privilegio de tratarla, todos recuperaban el valor.

-¡Los hicsos no podrían comer eso! -se divirtió un infante-, pues la carne de cerdo les está prohibida. Yo sueño con un buen asado con lentejas.

-Gracias, soldado. Me das una excelente idea para hacer que mi mensaje llegue al emperador Khamudi.

El infante se quedó boquiabierto, y sus compañeros no dejaron de pincharle mientras la reina hacía preparar un odre de piel de cerdo, donde puso una tablilla inscrita.

El oficial sacó la tablilla y la puso, asqueado, en una almena. El texto redactado por Ahotep comunicaba a Khamudi que ya no podía contar con ayuda alguna, puesto que sus tropas habían sido detenidas por el faraón Amosis.

-Tira eso.

El oficial lo hizo.

-Hiedes a cerdo; eres impuro. ¡Un lienzo para mis manos, pronto!

Sin mancharse, Khamudi tomó el odre, lo puso en la cabeza del oficial y lo empujó al vacío.

-¡Barco a la vista! -gritó un centinela hicso.

De inmediato, los arqueros de la ciudadela se pusieron en posición, y un diluvio de flechas cayó sobre el navío de guerra, que no respondió.

-Que cese el tiro -ordenó Khamudi.

El barco chocó violentamente con un muelle, al norte de la ciudadela, y se detuvo.

Es uno de los nuestros -observó un arquero-, pero no hay nadie a bordo.

-¡Mirad en lo alto del palo mayor! -recomendó su vecino. Allí estaba sujeto un maniquí de madera que vestía una coraza negra e iba tocado con un odre.

-Debe de ser un mensaje del enemigo -estimó un oficial.

-Ve a buscarlo -exigió el emperador.

-Pero si yo...

-¿Te atreves a discutir?

O moría torturado, o caía bajo las flechas egipcias. El oficial prefirió la segunda opción. Bajando con una cuerda de lo alto de las murallas, se sintió muy sorprendido de seguir vivo cuando llegó a lo alto del mástil y descolgó el extraño adorno.

Sano y salvo, compareció ante Khamudi.

-No toquéis este odre, majestad; es un horror... ¡Es piel de cerdo!

-Ábrelo.

D e nuevo, la situación se había estancado.

Al abrigo en su ciudadela, Khamudi se burlaba de Ahotep. En cuanto al faraón Amosis, era incapaz de proseguir la ofensiva. En los meses, en los años incluso, siguientes, tendría que limitarse a consolidar el nuevo frente y cerrar el paso a los refuerzos esperados por Khamudi.

La reina meditaba en compañía de Viento del Norte. Fulgurando con mil colores, el ocaso era suntuoso. Fatigado tras una larga jornada de trabajo, en la que había llevado armas y provisiones, al asno le gustaba aquel momento de calma.

Y junto a aquel fiel servidor, de quien Ahotep no debía temer traición alguna, se impuso la evidencia.

Cuando el campamento egipcio estaba ya adormeciéndose, convocó al almirante Lunar, al gobernador Emheb y al canciller Neshi.

-La ciudadela de Avaris es inexpugnable a causa de la magia de Apofis -declaró la reina-. Mientras no sea aniquilada, nuestros esfuerzos serán inútiles. Me corresponde destruirla para honrar a los antepasados. Sin ellos, Amosis no vencerá en la guerra de las coronas, y nunca unirá la roja a la blanca. Por eso, debo partir.

El almirante estaba pasmado.

-Partir... ¡No comprendo, majestad!

-Me dirigiré a la isla de la llama, donde imploraré a los antepasados que ayuden al faraón. Durante mi viaje, proseguid el asedio de Avaris.

-¿Cuántos soldados necesitáis? -preguntó Neshi.

-Dos remeros.

-¡Es demasiado arriesgado! -se rebeló Emheb. Ahotep se limitó a sonreír.

-¿Debemos informar al rey? -preguntó el canciller Neshi.

-Claro está. Si no estoy de regreso dentro de veintiocho días, pedidle que se repliegue y regresad a Tebas. Amón será nuestra última muralla.

Siguiendo algunos brazos de agua, la barca de Ahotep atravesaba vastas extensiones pobladas de cabras y de ovejas para lana. Algunas jinetas huían cuando se acercaba la embarcación, observada por toros salvajes, medio ocultos en las altas hierbas. La vigilancia debía ser permanente para descubrir a tiempo la presencia de hipopótamos, a los que no debía importunarse, o de cocodrilos, a los que se alejaba golpeando el agua fuertemente con los remos.

La barca navegó por un lago poco profundo, lleno de peces como el barramundi, los mújoles o los siluros. Gracias a los ungüentos, el trío formado por la reina y los dos remeros evitaba las picaduras de los innumerables mosquitos.

Poco a poco, la espesura de papiro se hizo más densa, hasta resultar impenetrable.

-No podemos proseguir con esta barca -advirtió uno de los remeros-. Fabriquemos una balsa.

Los dos hombres extendieron haces de papiro sobre un armazón de ramas entrecruzadas y lo ataron todo con

cuerdas. -Aguardadme aquí -dijo la reina, que penetró sola en un bosque oscuro y hostil.

Para hacer que avanzara la balsa, se apoyaba en un largo bastón que clavaba en el lodo.

Centenares de pájaros y de pequeños carniceros vivían en aquel territorio, perpetuamente inundado, donde la vegetación superaba los seis metros de altura. Ibis, grullas, avefrías y becadas se reproducían allí, a pesar de las agresiones de las jinetas y de los gatos silvestres.

De pronto, descubrió la trampa: una red tendida entre dos estacas. La balsa se detuvo.

La observaban.

-Mostraos -exigió Ahotep.

Eran cuatro pescadores desnudos y barbudos.

-¡Caramba! -exclamó el más joven-. ¡Una mujer! ¡Una mujer, aquí!

-Debe de ser una diosa -estimó un pelirrojo-, a menos que... ¿No seréis vos esa Reina Libertad a la que todos los hicsos quieren eliminar?

-¿Sois acaso sus aliados? -preguntó la soberana.

-De ningún modo, ¡por culpa de ellos nos morimos de hambre!

-Entonces, llevadme hasta Buto. El pescador puso mala cara.

-Es un territorio sagrado, donde nadie puede entrar. Hay monstruos que devoran a los curiosos.

-Llevadme hasta los alrededores y penetraré sola.

-Como gustéis, pero es muy peligroso. El paraje está infestado de reptiles.

-Mi vara de cornalina los mantendrá a distancia. Subyugados por la prestancia de la reina, los cuatro hombres la hicieron subir a una barca de papiro y avanzaron con habilidad por un dédalo, donde solo un conocedor del lugar podía orientarse. Al detenerse en una colina, comieron pescado asado y tallos de chufa, de amargo sabor.

-Los hicsos intentaron explorar estas marismas -reveló el pelirrojo-, pero ninguno salió vivo de aquí. Vamos a dormir y, mañana, os pondremos en el camino de Buto.

Al despertar, uno de los pescadores había desaparecido.

-Es Gruñón, un tipo extraño, medio loco -comentó el pelirrojo-. Nos ha robado algunos pescados. Que se vaya con viento fresco.

Tras varias horas de un deslomador periplo, la espesura se aclaró. El bosque desapareció y dio paso a un lago atravesado por una estrecha franja de tierra.

-Os bastará con seguirla y llegaréis a la isla de Buto. Nosotros os aguardaremos algún tiempo aquí. Pero sabed que no vais a regresar.

Armada solo con su vara de cornalina, Ahotep se dirigió al lugar donde reposaban los espíritus de los reyes de la primera dinastía y los de sus antepasados divinos, las Almas de Pe y de Nekhen, las dos ciudades míticas edificadas en su honor en una isla del primer amanecer del mundo.

La reina caminaba con paso ligero. No se oían ya cantos de pájaro, y el agua era de increíble pureza.

De pronto, la vio.

La isla, con grandes palmeras, albergaba dos santuarios: uno custodiado por estatuas que representaban a unos hombres con cabeza de halcón; otro, con cabeza de chacal.

Cuando Ahotep abordó aquel lugar sagrado, una llama brotó de su centro. La reina se quedó inmóvil, y la llama se materializó en una cobra coronada por un disco de oro.

Ahotep estaba en presencia del ojo de Ra, la luz divina. Aquí se consumaba el imposible matrimonio del agua y del fuego, de la tierra y el cielo, del tiempo y la eternidad.

-He venido a buscar la ayuda de las Almas -declaró la reina-. Vosotros que habéis reunido lo que estaba disperso, vosotros que habéis realizado la Gran Obra, permitid al faraón Amosis llevar la doble corona hacia la que se dirigirá el ojo de Ra para iluminar su camino.

Comenzó un largo silencio.

Cuando fue tan profundo como el Nun, el océano de energía primordial, la voz de los antepasados se levantó en el corazón de Ahotep.

En el extremo de la vara de cornalina se erguía entonces una pequeña serpiente de oro tocada con la doble corona.

A la reina le habría gustado permanecer en la isla y disfrutar por más tiempo de la paz que allí reinaba. Pero duros combates la esperaban todavía.

Recorrió en sentido inverso la lengua de tierra.

En el dintel del bosque de papiros, se escucharon gritos y ruidos de lucha.

La sangre de los tres pescadores enrojecía el agua.

Apareció Gruñón, a la cabeza de una patrulla de hicsos con corazas y cascos negros, a quienes había guiado por el laberinto vegetal.

Ahotep no tenía posibilidad alguna de huir.

Correr como una presa aterrorizada hacia la isla, y ser abatida, mientras, por flechas que se le clavarían en la espalda era indigno de una reina.

Así pues, Ahotep plantó cara a los hicsos.

-¡Es ella! -gritó Gruñón-. ¡Es ella! ¡La Reina Libertad! Ahotep lo miró con tal desprecio que el delator, inquieto, se ocultó detrás de un soldado.

Cuando vieron a aquella soberana, hermosa y serena, que avanzaba hacia ellos, los hicsos retrocedieron. ¿No ocultaría aquella seguridad algún maleficio contra el que sus espadas serían impotentes?

-No lleva armas -apreció Gruñón- y solo es una mujer. ¡Apoderaos de ella!

Los soldados se sobrepusieron. Semejante captura les valdría una fabulosa recompensa.

Cuando estaban solo a unos pasos de su presa, un delfín efectuó un gracioso salto y se acercó a la lengua de tierra.

En su mirada había una llamada. Ahotep se zambulló.

-¡Alcanzadla! ¡Alcanzadla de una vez! -gritó Gruñón. Como los soldados hicsos no se atrevían a arrojarse al agua, dado el peso de la coraza, el traidor corrió solo persiguiendo a la reina.

Con un movimiento de suprema elegancia, el delfín le desgarró el rostro con la cortante aleta que tenía en el lomo con la que también rajaba el frágil vientre de los cocodrilos.

Cuando los hicsos lanzaron espadas y puñales, la reina se agarró al delfín, que la arrastró hacia el sur.

Sin guía, los soldados del emperador nunca saldrían vivos del bosque de papiro.

Apodado Disco Solar, el rey de los peces llevaba milagrosas pescas a las redes de los pescadores que eran sus amigos.

Llevó a su protegida hasta el lugar donde la aguardaban los dos remeros egipcios.

Como la esposa de Apofis, a la que había ordenado asesinar por Dama Aberia, la nueva emperatriz Yima detestaba el arte egipcio y, especialmente, la alfarería. Así, solo admitía en la capital las ovoides jarras de los hicsos, de tipo cananeo, con una estrecha boca y dos asas. Avaris recibía cada año más de ocho mil. Cubiertas con un vidriado de color rosa pálido, las más hermosas se reservaban para la aristocracia militar.

A pesar de la prohibición formal de fabricar alfarería tradicional, un viejo artesano se había atrevido a utilizar el torno. Denunciado por la esposa de un oficial sirio, acababa de ser estrangulado por Dama Aberia ante sus colegas.

Convertidos en esclavos, comprendieron que muy pronto correrían la misma suerte.

-Reunión mañana por la mañana, en casa del *cojo* -anunció el hijo de la víctima.

En la mayoría de las villas de los hicsos, donde los alfareros se veían reducidos a la servidumbre, ya solo quedaban las esposas y los hijos de los oficiales encerrados en la ciudadela o que habían partido a guerrear en Asia. «Reunirse en casa del cojo», para el padre del almacenero Ark, que se había suicidado para escapar de la tortura, tenía un significado concreto: no aceptar ya humillación alguna y librarse de los torturadores.

Al día siguiente, la emperatriz reunió de nuevo a los ex alfareros en una pequeña plaza de Avaris. Tras ella, estaban Dama Aberia y algunos policías.

-No habéis aprendido la lección. ¡Sois unos piojosos tozudos! ¿Quién ha sido lo bastante loco como para dejar una jarra a la antigua ante la morada del rebelde ejecutado ayer? Si el culpable no se entrega, ¡moriréis todos!

Embriagada por su omnipotencia, Yima se sentía exultante. Después de esos, acabaría con los demás artesanos.

-He sido yo -reconoció el hijo del anciano.

-¡Ven aquí!

Con la cabeza gacha, vacilante, el delincuente obedeció.

-Ya conoces la suerte que te espera.

-¡Piedad, majestad!

-¡Pandilla de cobardes, me dais asco! ¿Creéis que vuestra Reina Libertad va a liberaros? Pues bien, os equivocáis. Los refuerzos no tardarán ya en llegar, será hecha prisionera y la torturaré con mis propias manos.

El alfarero se arrastró a los pies de la emperatriz.

-Lo lamento, piedad.

Yima escupió sobre el condenado.

-Tú y tus cómplices no sois siquiera hombres.

Levantándose con rapidez, el alfarero degolló a la emperatriz con el pedazo de cristal oculto en su mano derecha.

Para permitir que rematara a Yima, cuya sangre manchaba ya la parte alta del vestido, sus colegas se lanzaron contra los guardias. Sorprendidos por la rebelión de aquellos a quienes consideraban unos corderos incapaces de combatir, tardaron en reaccionar. Sin tener ya nada que perder, los artesanos golpeaban una y otra vez.

Impulsada por Dama Aberia, la policía prevaleció muy pronto y pasó de inmediato al conjunto de los insurrectos por el filo de la espada.

-Pareces tan estúpida muerta como viva -dijo Dama Aberia al cadáver de la emperatriz Yima.

En cuanto la reina Ahotep regresó, Emheb entregó un mensaje a *BríbÓn* para que avisara al faraón Amosis. La leyenda de la Reina Libertad, aclamada por los soldados, se enriquecía con un nuevo capítulo.

-Las Almas de los antepasados nos protegen -declaró-. En adelante, Amosis se inscribe en su linaje. Para que no lo dudéis y el emperador Khamudi sea informado del castigo que va a recibir, acerquémonos a la ciudadela.

El gobernador Emheb palideció.

-Majestad..., ¿qué pensáis hacer exactamente?

-Que levanten un estrado.

Algunos soldados de ingeniería ejecutaron la orden, pero la reina no pareció satisfecha.

-Movedlo y colocadlo más cerca de la ciudadela.

-Imposible, majestad, estaríais al alcance de sus tiros.

-Khamudi debe oír claramente lo que tengo que decirle.

Para no cavar una nueva fosa en el estrecho y superpoblado cementerio del palacio, Khamudi hizo abrir aquella en la que se había inhumado a Tany. Sobre su cadáver se arrojó el de Yima, con el vestido manchado de sangre. Luego, volvió a cubrirse de tierra.

Ciertamente, aquella histérica había sido de gran ayuda a Khamudi, que apreciaba los perversos juegos de los que ella era una avisada instigadora. Pero en ese momento, como jefe supremo de los hicsos, no le desagradaba haberse librado de ella. Un centenar de artesanos serían decapitados, a guisa de represalia, y Dama Aberia no se separaría ya del emperador, para encargarse de su seguridad.

-¡Señor, los egipcios van a intentar tomar por asalto la ciudadela! -le avisó un oficial.

Khamudi subió de cuatro en cuatro la escalera que llevaba a la más alta torre.

Ciertamente, los asaltantes se habían reunido, aunque a bastante distancia de las murallas.

A excepción de Ahotep, que estaba de pie en un estrado. La reina blandió la vara de cornalina.

-Mira, Khamudi, mira bien a la diosa cobra de Buto tocada con la doble corona. Quieres ignorarlo, pero tu reinado ha terminado ya. Si te queda alguna inteligencia, ríndete e implora clemencia al faraón Amosis. De lo contrario, la cólera del ojo de Ra te aniquilará.

-¡Un arco! -exigió el emperador, loco de furia.

Ahotep no apartaba los ojos del asesino, que la apuntaba.

-¡Retroceded, majestad! -suplicó el gobernador Emheb.
Cuando el arco estuvo tendido al máximo, la madera se hendió y el arma estalló.

Entonces, tanto los hicsos como los egipcios sabían que el ojo de Ra protegía a Ahotep y al faraón.

El afgano y el Bigotudo se miraron, pasmados.

Era el tercer ataque de los carros cananeos que rechazaban en menos de diez días.

Agotados, ellos y sus soldados se preguntaban de dónde sacaban aún fuerzas para combatir. Los caballos, por su parte, se comportaban de un modo admirable, respondiendo a las menores indicaciones de los aurigas. Entre los cuadrúpedos y los hombres había nacido una complicidad permanente, que les permitía sobrevivir en las situaciones más desesperadas.

-¿Nuestras pérdidas? -preguntó el faraón Amosis.

-Un verdadero milagro -respondió el afgano-. Solo diez muertos. Enfrente, treinta carros puestos fuera de combate. -Con todos los respetos, majestad -dijo el Bigotudo-, deberíais exponeros menos.

-Con un arquero como Ahmosis, hijo de Abana, como cobertura, nada temo. Y si no participara en el combate, ¿por qué mis hombres iban a arriesgar su vida ante la mirada de un cobarde?

Cuando el sol se ponía, un explorador que regresaba del este del Delta les llevó una excelente noticia. Varias localidades se habían levantado contra los hicsos y, un poco por todas partes, los insurrectos saboteaban carros y robaban caballos. Ocupado en restablecer el orden sin lograrlo realmente, el enemigo no estaba ya en condiciones de reanudar la ofensiva.

-Apoyemos a los resistentes -decidió el rey-. Que doscientos hombres les echen una mano y que sigan fomentando los disturbios.

Desde que Ahotep había regresado indemne de Buto y había ridiculizado a Khamudi, cada soldado del ejército de liberación la consideraba como una diosa protectora, que, gracias al ojo de Ra, les sacaría de las peores calamidades. Pero los recursos del adversario eran enormes aún y la ciudadela de Avaris seguía siendo inexpugnable.

-Nuestros soldados desfallecen -indicó Felina, delgada también a fuerza de pasar las noches en blanco cuidando a los heridos-. Si no descansamos, nos derrumbaremos aquí mismo.

-Tras la paliza que acabamos de dar a los cananeos -consideró el Bigotudo-, no deben de estar mucho más frescos que nosotros.

Ahotep recibió al canciller Neshi, que regresaba del frente del norte.

-Tu opinión, y sin florituras -exigió la reina.

-La cosa no es muy brillante, majestad. Gracias a la intercepción de las caravanas, la comida es buena y abundante. Pero nuestras tropas están agotadas. Ciertamente, la revuelta que ruge en el este del Delta está preñada de promesas; los carros palestinos han sido diezmados. Pero el tiempo no juega a nuestro favor, y el hecho de que la ciudadela de Avaris parezca inexpugnable asegura la cohesión de nuestros enemigos.

El canciller, desgraciadamente, tenía razón.

Y las informaciones que la reina acababa de recibir de Elefantina ensombrecían aún más el panorama. El nuevo príncipe de Kerma, Ata, se había apoderado de algunas aldeas controladas por los egipcios y bajaba por el Nilo. Pero la guarnición del fuerte de Buhen y las tribus nubias fieles a Ahotep se habían movilizado para detenerlo. Entre la segunda y la primera catarata, la guerra hacía estragos.

En caso de victoria de Ata, Elefantina sería amenazada; luego, Edfú y Tebas. Era imposible enviar, ni siquiera un regimiento, en su ayuda.

-¿Qué propones? -preguntó Ahotep al gobernador Emheb.

-Los voluntarios que han alcanzado las murallas de la ciudadela han sido aniquilados por los arqueros o los honderos. Un ataque masivo sería suicida. Somos impotentes, majestad. -Habrá que esperar a que se agoten sus reservas de agua y de alimentos.

-El frente del Norte podría caer antes de ese plazo -profetizó Emheb.

-¡Busquemos, entonces, otra solución! Cansado, el gobernador se retiró a su tienda.

Herido en la frente y en el vientre, el explorador egipcio agonizaba. Sin las drogas administradas por Felina, habría sido presa de abominables sufrimientos e incapaz de hablar. Con el

rostro casi relajado, estaba orgulloso de informar al propio rey de Egipto en persona.

-Los dioses me han protegido, majestad; he conseguido atravesar las líneas cananeas. Es grave, muy grave... Miles de soldados hicsos procedentes de Asia no tardarán en reunirse con los cananeos. Una verdadera nube de carros y de infantes se apresta a caer sobre nosotros...

El explorador se crispó, su mano apretó la del rey y su mirada se extinguió.

El faraón vagó largo rato por el campamento, tras haber entregado un mensaje a *Bribón* para que Ahotep fuera avisada lo antes posible.

Era el fin del camino.

Todos aquellos muertos, todos aquellos sufrimientos, todo aquel heroísmo, para acabar bajo las ruedas de los invasores, porque la represión iba a ser terrorífica. Nada quedaría de Tebas. Khamudi acabaría la obra destructora de Apofis.

El faraón reunió a sus íntimos y les dijo la verdad.

-¿Deseáis levantar el campo mañana por la mañana, majestad? -preguntó el afgano.

-Nos quedamos -declaró Amosis.

-Majestad..., ni uno solo de nosotros escapará de eso -protestó el Bigotudo.

-Mejor morir como guerreros que como fugitivos.

Sabiendo que era portador de muy malas noticias, *Bribón,* con los ojos tristes, se mantenía apartado de Ahotep, que ni siquiera pensó en acariciarle.

-Esto se ha terminado -reveló al gobernador Emheb, al canciller Neshi y al almirante Lunar-. Aliadas con los carros cananeos, las tropas de Asia caerán sobre Amosis y, luego,

sobre nosotros. El faraón aguantará tanto como sea posible para cubrir nuestra retirada a Tebas.

-Puesto que los hicsos nos perseguirán y nos destruirán -propuso el almirante Lunar-, ¿por qué no asaltar la ciudadela con todos nuestros efectivos? Morir por morir, majestad, yo preferiría no tener remordimientos

-Más vale proteger Tebas -consideró Emheb.

-¿No deberíais convencer al rey de que se reuniese con nosotros? -sugirió el canciller Neshi-. Juntos seríamos más fuertes.

-Mañana por la mañana, os comunicaré mi decisión.

Fuera cual fuese la solución adoptada, el ejército de liberación sería aniquilado. Sin embargo, Ahotep había ido a Buto, había escuchado la voz de los antepasados y había recibido el ojo de Ra.

La reina levantó los ojos e imploró la ayuda de su protector, el dios Luna.

Era el decimocuarto día de la luna creciente cuando se efectuaba el llenado del ojo completo, pescado y reconstituido por los dioses Thot y Horus. Provocando todo crecimiento, brillaba en su barca.

No, su compañero celestial no podía abandonarla así. Negándose a creer en el desastre, la reina pensó, durante toda la noche, en las hazañas de aquellos que habían combatido por la libertad.

Al alba, no había oído aún la voz de los antepasados. De pronto, se escuchó un gruñido terrorífico.

Apenas se hubo levantado, el sol desapareció. El cielo se hizo más negro que la tinta; vientos de inaudita violencia arrancaban las tierras y la emprendían con las murallas de la ciudadela.

Una lluvia de ceinzas cubría Avaris, mientras unas enormes olas asaltaban la costa mediterránea.

¡Y añadiéndose a esta furia, la de un terremoto!

A novecientos kilómetros de allí, en las Cícladas, el volcán de Thera había entrado en erupción(1).

Nota (1) Conocido también con el nombre de Santorini.

-¡Majestad, llueven rocas! -exclamó el canciller Neshi.

De hecho, restos de piedra pómez, últimos avatares de la lava del volcán arrastrados por el viento, caían sobre la capital de los hicsos.

Aterrorizados, los egipcios corrían en todas direcciones.

-Tranquilizad a los caballos -exigió Ahotep.

Por su parte, Viento del Norte lanzaba imperiosos gritos para incitar a los asnos de su compañía a permanecer calmados. Poco a poco, la lluvia de piedras cesó, el viento se atenuó y el velo negro se disipó. Con el regreso del sol, Ahotep comprobó que el campamento egipcio estaba devastado y que había numerosos heridos.

Sin embargo, una amplia sonrisa iluminó su rostro.

Los egipcios habían sufrido una nadería en comparación con los daños infligidos a la ciudadela.

Profundas grietas hendían los muros, y la mayoría de las almenas se había derrumbado, arrastrando en su caída a centenares de arqueros. En vez de la gran puerta, había un gran agujero.

-Reunid a los soldados y los carros -ordenó la reina a Emheb.

Una muralla entera vaciló, y las piedras y los ladrillos se dislocaron con gran estruendo.

Todos los soldados del ejército de liberación contemplaban el increíble espectáculo. Ante ellos ya solo quedaba una ruina.

-Demos gracias al dios Set por su ayuda -declaró Ahotep-. Acaba de poner su furor y su poder al servicio de la libertad. ¡Al ataque!

Cubiertos de cenizas, infantes y arqueros se lanzaron al asalto del monstruo despanzurrado.

Abrumado, el emperador Khamudi observaba el desastre. Habitaciones enteras habían desaparecido, los techos y los suelos no existían ya, e innumerables cadáveres cubrían el gran patio interior.

-Organicemos nuestra defensa Dama Aberia, levemente herida en la cabeza.

-Es inútil; hay que huir.

-¿Y abandonar a los supervivientes?

-No resistirán mucho tiempo. Vayamos a la cámara fuerte. Khamudi esperaba apoderarse de los tesoros de Apofis, sobre todo de la corona roja del Bajo Egipto, pero unos bloques le cerraron el paso.

Llamó al jefe de su guardia, un chipriota bigotudo.

Yo rechazaré a los asaltantes, al norte de la ciudadela. Tú reúne a los supervivientes y encárgate del sur. Los egipcios no han ganado todavía. Si logramos contener su primer asalto, se desalentarán.

Se entablaron sangrientos cuerpo a cuerpo. Decididos a plantar cara a los egipcios, los hicsos aprovechaban los recodos intactos de la ciudadela y formaban bolsas de resistencia dificiles de reducir.

Durante horas, Ahotep exhortó a sus soldados a no desfallecer. Pese a esas excepcionales circunstancias, la victoria estaba lejos de haberse logrado.

-¡Majestad, el faraón! -exclamó el gobernador Emheb. ¡Qué agradable era oír el ruido de las ruedas de carro! La suerte había querido que el cataclismo afectara duramente a las tropas cananeas y asiáticas, pero muy poco a las egipcias. Esperando que la ciudadela de Avaris estuviera muy tocada por la cólera del cielo y de la tierra, Amosis se había dirigido hacia la capital enemiga.

El resultado le colmaba.

Asumiendo de inmediato el mando, el rey acabó, una a una, con las defensas adversarias.

Ya solo quedaba por conquistar una sala de armas, la parte menos dañada de la ciudadela. Penetrando en ella, el monarca no vio al chipriota bigotudo, que, apareciendo a su espalda, se dispuso a clavarle un hacha en la espalda.

Rápida y precisa, la flecha disparada por Ahmosis, hijo de Abana, se clavó en la nuca del jefe de la guardia personal del emperador.

Tras haber recibido, de nuevo, el oro del valor y haber obtenido tres prisioneras como futuras siervas para su casa, Ahmosis, hijo de Abana, volvió a leer el texto jeroglífico que el canciller Neshi había inscrito en el trofeo del que estaba más orgulloso: «En nombre del faraón Amosis, dotado de vida: punta de flecha obtenida en Avaris, la vencida».

En el año decimoctavo del reinado del hijo de Ahotep, la capital del Imperio hicso acababa de entregar su alma.

Varias palomas mensajeras partieron hacia el Sur, llevando la extraordinaria noticia, mientras los exploradores egipcios se encargaban de propagarla por las ciudades del Delta, donde la resistencia se intensificaba.

-No hay ningún rastro de Khamudi -se lamentó el gobernador Emheb.

-¡Ha huido, el muy cobarde! -se indignó el almirante Lunar.

-Mientras el emperador de los hicsos siga vivo -advirtió el faraón Amosis-, la guerra proseguirá. Khamudi dispone aún de un poderoso ejército y solo soñará con la revancha.

-Sus hombres sabrán muy pronto que Avaris ha caído -consideró Ahotep-, y esta derrota obsesionará sus espíritus. Nuestra tarea más urgente consiste en liberar por completo el Delta y enrolar nuevos reclutas. Antes, cumplamos la voluntad de los antepasados. Estoy convencida de que la corona roja está oculta aquí, en la ciudadela. Desmontémosla piedra a piedra si es preciso.

Mientras numerosos soldados iniciaban la caza, el afgano, visiblemente conmovido, llamó al faraón y a la reina.

-Venid a verlo, os lo ruego...

Era un extraño jardín, lleno en parte de ladrillos procedentes de la caída de los muros de palacio. Ante el primer arco cubierto de plantas trepadoras, había unas cincuenta grandes jarras.

-He quitado las tapas -indicó el afgano-. En el interior hay cadáveres de niños y de bebés degollados.

Centenares de jarras se amontonaban en el jardín.

Durante el sitio de Avaris, Khamudi había hecho eliminar todas las bocas inútiles.

-Allí, ante el bosquecillo de tamariscos, está el cadáver de un hombre casi cortado en dos por una hoja -advirtió el Bigotudo.

-He aquí el siniestro laberinto -observó la reina, segura de que el emperador de las tinieblas había soñado con lanzarla a esa trampa de aspecto campestre-. Quemadlo.

Cerca, un animal emitió un lamento.

El gobernador Emheb descubrió un toro salvaje, encerrado en un recinto, cuyo acceso estaba taponado por los cascotes. -Liberadlo -exigió Ahotep.

-Este animal es peligroso -advirtió el almirante Lunar.

-El toro es el símbolo del poder del faraón. Apofis lo hechizó para transformarlo en asesino. Es conveniente devolverlo al dominio de Maat.

En cuanto el recinto quedó abierto, lanzas, espadas y flechas apuntaron a la bestia, que solo tenía ojos para la reina.

-¡No os mováis, majestad! -recomendó el gobernador-. Podría atravesaros de una sola cornada.

El monstruo arañaba el suelo con sus cascos. -Cálmate -aconsejó Ahotep-. Ya nadie te obliga a matar. Déjame ofrecerte la paz.

El animal estaba a punto de atacar.

-Bajad las armas -ordenó la soberana.

-¡Es una locura, majestad! -protestó Lunar.

Con un gesto preciso rápido, la reina puso el ojo de Ra en la frente del toro, cuya mirada expresó de inmediato una inmensa gratitud.

-Ahora -le dijo ella-, eres realmente libre. Apartaos.

Sin vacilar, el animal salió corriendo de la fortaleza y tomó la dirección de las marismas.

-¡Quedan hicsos aún! -avisó el canciller Neshi-. Uno de nuestros infantes ha sido gravemente herido en las ruinas de la sala del trono.

El afgano y el Bigotudo fueron los primeros en llegar al umbral con el puñal en la mano.

Procedente del fondo de la estancia, una llama los agredió, y produjo una quemadura en la muñeca del afgano.

-¡Hay un ser maléfico aquí dentro! -exclamó el Bigotudo.

-El ojo de Ra lo cegará -prometió Ahotep, entrando en la sala con su vara de cornalina y apuntando hacia el lugar de donde había brotado la llama.

En el caos de ladrillos, los rostros de dos grifos habían sido respetados. Fulminaban a quien se acercaba al trono del emperador.

Protegida por el ojo de Ra, Ahotep tapó los de los malignos genios con un lienzo. Luego, Emheb los cubrió de yeso para hacerlos inofensivos.

-¡Romped el trono en mil pedazos y tapad la nariz de todas las estatuas intactas! -ordenó la reina-. Sin duda, el emperador las ha hechizado para que propaguen miasmas.

-Majestad, majestad -anunció Neshi-, hemos encontrado una cámara fuerte.

Temiendo una última emboscada de Apofis, Ahotep hizo encender una hoguera. Cuando los cerrojos metálicos se fundieron, la puerta se abrió chirriando.

En el interior de la cámara fuerte estaba la corona roja del Bajo Egipto.

Grandes Pies, el número 1.790, estaba inquieto. Desde hacía más de un mes, no había llegado ni un solo convoy de deportados.

A su alrededor, los prisioneros seguían muriendo. Convertido en sepulturero oficial del campo de concentración, Grandes Pies recibía una ración extra por semana. Hábil con sus manos, reparaba las sandalias de los guardias, que no desconfiaban ya de aquel esqueleto ambulante, cuya supervivencia era un misterio.

-Tengo que enterrar dos chiquillas y un anciano -le dijo al jefe de los vigilantes, un iraní barbudo-. Mirad, mi pico se ha roto... ¿Puedo tomar otro?

-¡Te bastará cavar con tus manos!

Resignado, Grandes Pies se alejaba cuando el vigilante le llamó.

-De acuerdo, de acuerdo... Sírvete tú mismo en la cabaña. Entre las herramientas, había varias marcas de bronce que servían para grabar en la piel de los prisioneros el número que les correspondía. Grandes Pies tomó uno y lo ocultó en una esquina del campo. Si salía vivo de aquel infierno, tendría así una prueba de sus sufrimientos y la contemplaría cada día para dar gracias al destino.

Tras haber realizado su penosa tarea, devolvió el pico al vigilante.

-Hace mucho tiempo que no llegan nuevos -observó.

-¿Y eso te molesta, mil setecientos noventa?

-No, pero...

-Limpia esta pocilga y desaparece.

Por la acritud del tono, Grandes Pies comprendió que las cosas no iban bien entre los hicsos. ¿Acaso la Reina Libertad habría obtenido victorias decisivas y el Imperio comenzaba a tambalearse?

Más que nunca, el deportado tenía que rechazar la desesperación. Hoy, el pan duro tendría mejor sabor.

En la antigua sala del trono del emperador de los hicsos, el faraón Amosis llevó, por primera vez, la doble corona, unión de la roja del Bajo Egipto y de la blanca del Alto Egipto. Compareció, luego, ante sus tropas, que le aclamaron.

Ahotep permanecía algo apartada para mejor ocultar sus lágrimas de alegría, pero su hijo le rogó que ocupara la primera fila.

-Esta inmensa victoria se la debemos a la Reina Libertad. Que el nombre de Ahotep se haga inmortal y sea ella la benevolente madre de un Egipto resucitado.

La reina pensaba en Seqen y en Kamosis. Estaban allí, a su lado, y compartían aquel momento de intensa felicidad.

Sin embargo, no era hora de descansar aún, pues era preciso transformar la capital de los hicsos en una base militar egipcia. El primer trabajo de los prisioneros de guerra, incluidas las mujeres, consistió en purificar las casas que permanecían de pie, fumigándolas. Luego, fueron puestos al servicio de los oficiales y recibieron la seguridad de que, si se comportaban correctamente, algún día serían liberados.

Mientras los especialistas en ingeniería derribaban las partes demasiado dañadas de la fortaleza y restauraban las que merecían serlo, la reina hizo enterrar a los soldados muertos en combate. Indignada, advirtió que los hicsos sepultaban a sus difuntos en los patios de las casas o en las propias viviendas, y que las tumbas del cementerio de palacio contenían considerables cantidades de droga. No había ni estelas de ofrenda ni las inscripciones de eternidad que habría debido pronunciar un servidor del ka. Separados de sus tradiciones y sus ritos, los egipcios de Avaris habían vivido horas horribles.

Antes de formar de nuevo un ejército para liberar el conjunto de las ciudades del Norte, era preciso purificar el templo de Set. Ahotep fue allí en barca, con el faraón, protegidos por Ri*sueño el Joven* y Ahmosis, hijo de Abana. Como no se había producido incidente alguno durante los numerosos combates librados por el rey, la razón imponía suavizar las medidas de seguridad. Pero la guerra no había terminado, y Ahotep se negaba a que el monarca que debía inaugurar una nueva dinastía corriera el menor riesgo.

Según las últimas informaciones -recordó Amosis-, las tropas del príncipe de Kerma no avanzan. No es pues, necesario, desguarnecer nuestros regimientos para ayudar a la fortaleza de Buhen y a nuestros aliados nubios.

El faraón y su madre se quedaron sorprendidos por la insignificancia del templo, un mediocre edificio de ladrillo, indigno de una potencia divina.

En el altar, rodeado de encinas, los restos mortales de Apofis habían sido desgarrados por los buitres. En un foso, se veían asnos sacrificados.

-¡Qué siniestro lugar! -afirmó el faraón-. Nada debe subsistir de este santuario del mal.

-Aquí se levantará un gran templo dedicado a Set, pues el emperador no consiguió esclavizarle y nos procuró su fuerza cuando la necesitábamos. Que Horus y Set se reúnan y se pacifiquen en el ser del faraón.

Apenas el carro conducido por Dama Aberia hubo entrado en la fortaleza de Sharuhen, los dos caballos se desplomaron, muertos de agotamiento. Al emperador Khamudi le satisfizo poner pie en tierra, al cabo de un fatigoso viaje durante el que había temido, a cada instante, ser interceptado.

Había signos del cataclismo por todas partes: árboles arrancados, granjas destruidas, campos agrietados y centenares de cadáveres de hicsos derribados por el furor de los elementos. Con gran alivio del emperador, la fortaleza de Sharuhen parecía casi intacta.

-¿Magnitud de los daños? -preguntó Khamudi al comandante que había salido a recibirlos.

-Solo grietas en una muralla, majestad. Estamos consolidándola. Algunos caballos han enloquecido y han pisoteado a unos infantes. Varios centinelas apostados en las murallas han sido arrastrados por la tormenta.

-Concedo un gran honor a Sharuhen -declaró Khamudi-: se convierte en la capital de mi Imperio. Convoca a los oficiales en mi sala del trono.

El lujo del palacio de Avaris estaba muy lejos, pero el señor de los hicsos sabría tener paciencia antes de gozar, otra vez, de un marco digno de él.

Hambriento, devoró un cordero asado, un pato y una oca, y bebió una jarra de vino blanco. ¿Acaso no era invencible, puesto que había conseguido librarse de Apofis y apropiarse del poder supremo?

-Los egipcios no han obtenido ninguna victoria -anunció a su Estado Mayor-. A causa de los defectos de construcción, la ciudadela de Avaris no resistió un temblor de tierra y algunas fuertes ventoleras. El enemigo se ha limitado a invadir unas ruinas. Podéis estar seguros de que no cometeré los mismos errores que mi predecesor. Nuestro ejército sigue siendo el mejor y aplastará a los rebeldes. Ahotep y el faraón ignoran que disponemos de una inmensa reserva de tropas en Asia, a las que daré órdenes de regresar de inmediato y en su totalidad. Comenzaremos recuperando el Delta, y luego arrasaremos Tebas. Mi reinado será el mayor de la historia de los hicsos y mi reputación superará la de Apofis. Preparad a vuestros hombres para el combate y no dudéis de nuestro triunfo.

Los oficiales se retiraron, salvo cinco de ellos.

-¿Qué queréis? -se extrañó Khamudi.

-Acabamos de llegar de Anatolia -respondió un general sirio y somos portadores de muy malas noticias. Por eso, prefería, con los otro cuatro generales supervivientes, hablaros en privado.

-Supervivientes... ¿Supervivientes de qué?

-Ya no controlamos ningún territorio en Asia. El rey Hattusil I se puso a la cabeza de un enorme ejército hitita y nos ha vencido. Nuestras bases del norte de Siria han sido destruidas. Alepo ha

caído. Los escasos regimientos que subsisten están rodeados; no quedará superviviente alguno.

Khamudi permaneció largo rato petrificado.

-Combatiste mal, general.

-Todas nuestras provincias de Asia se han levantado, señor, incluso los civiles han tomado las armas. A la larga, la guerrilla hitita se ha revelado muy eficaz, y ya solo faltaba un Hattusil para federar a los insurrectos.

-Un hicso vencido no es digno de obedecerme. Tú y tus incompetentes generales vais a conocer el lugar que os corresponde: el penal.

Abandonados a su suerte por el emperador, los soldados hicsos del Delta no recibían ya ninguna orden clara. Desprovistos de contactos, incapaces de coordinar sus esfuerzos, eran acosados por los resistentes y los comandos de Amosis.

Cuando el ejército egipcio entró en el este del Delta, encontró solo una débil oposición por parte de un enemigo desmoralizado. Y las ciudades del Bajo Egipto fueron liberadas una tras otra, en un clima de indescriptible júbilo.

En la antigua ciudad de Sais, donde la diosa Neith había pronunciado las siete palabras creadoras, una anciana arrugada se derrumbó no lejos de Ahotep, a la que todos querían acercarse. La reina ordenó que fuese llevada a una habitación de palacio, donde Felina la examinó.

Con una sola mirada, la nubia hizo comprender a la soberana que el organismo de la infeliz estaba desgastado.

La anciana abrió, sin embargo, los ojos y se expresó con tanto dolor en la voz que Ahotep quedó conmovida.

-Los hicsos se llevaron a mi marido, mis hijos y mis nietos para torturarlos...

-¿Dónde están?

-En un campo de concentración, en Tjaru. Quienes se atrevían a hablar de él fueron también deportados. Salvadles, majestad, si hay tiempo aún.

-Tienes mi palabra.

Apaciguada, la anciana murió dulcemente.

El faraón estaba tan conmovido como su madre.

-Un campo de concentración... ¿Qué significa eso?

-Apofis se adentró más por los caminos del mal que cualquier demonio del desierto, y temo los peores horrores. Parto de inmediato hacia Tjaru.

-La plaza fuerte se levanta en un territorio controlado aún por los hicsos, madre. Y es seguro que Khamudi está reuniendo importantes fuerzas en Siro-Palestina; tenemos que prepararnos para una nueva batalla de envergadura.

-Disponlo así, Amosis. Yo he dado mi palabra de intervenir tan pronto como sea posible.

-Escuchadme por una vez, os lo suplico. No corráis riesgo alguno. Egipto os necesita demasiado; Egipto y vuestro hijo.

El faraón y la reina se abrazaron.

-Tjaru está en el límite de la zona de influencia enemiga. El Bigotudo y el afgano me acompañarán con dos regimientos de carros. Si esa fortaleza es un obstáculo excesivo, aguardaremos tu llegada.

-¡Resistir, resistir, está muy bien eso de resistir! -se indignó el comandante cananeo de la fortaleza de Tjaru-. Pero resistir ¿con qué y con quién? Khamudi ha olvidado por completo que somos la posición más avanzada del Imperio hicso desde la caída de Avaris.

Acostumbrado a amontonar deportados en el campo de concentración contiguo a las marismas y a vivir cómodamente al abrigo de sus murallas, el cananeo no sentía deseo alguno de sufrir un asedio.

-No desesperemos, comandante -sugirió su adjunto-. El emperador reconstruye un ejército. La contraofensiva no tardará ya.

-Pero, mientras, nosotros estamos en primera línea. ¿Hay noticias del Delta?

-No muy buenas. Me temo que el faraón y la reina Ahotep lo han reconquistado por completo.

-Ser vencidos por una mujer, ¡qué vergüenza para los hicsos! Pateando rabiosamente el enlosado, el comandante se hirió en el talón.

-Estado de alerta permanente -ordenó-. Arqueros en las almenas, día y noche.

En la desembocadura de la ruta comercial procedente de Canaán y en el lindero de los múltiples canales que atravesaban el Delta hacia el valle del Nilo, la fortaleza de Tjaru era, a la vez, un puesto de aduana y un lugar de almacenamiento de mercancías. Construida sobre el istmo que se había formado entre los lagos Ballah y Menzala, se erguía en un paisaje que vacilaba entre el desierto y las extensiones verdeantes.

Nervioso, el comandante pasó revista a sus hombres e inspeccionó las reservas de agua y alimentos. Ciertamente, podía aguantar varias semanas, pero ¿de qué serviría resistir si no iban a socorrerle? El cananeo había obedecido tan ciegamente a Apofis del mismo modo que desconfiaba de Khamudi, financiero venal y mercader de droga, desprovisto de experiencia militar.

-Aquí están los egipcios, comandante -anunció su adjunto con voz temblorosa.

-¿Son muchos?

-Tienen carros, muchos carros, y escalas móviles.

-¡Todo el mundo a sus puestos!

-Hermosa bestia -dijo el afgano, observando la fortaleza de Tjaru-. Pero, comparada con Avaris, parece casi un aperitivo.

-No te confundas -le recomendó el Bigotudo-. Esa bestia es sólida y sabrá defenderse.

-¿Hemos descubierto tropas de los hicsos en la región?

-No, majestad. Khamudi abandona Tjaru a sí misma, con la esperanza de que nos retrase en nuestro avance hacia el nordeste. Es probable que la fortaleza disponga de suficientes víveres para aguantar un prolongado asedio.

-Debemos liberar enseguida a los deportados -advirtió Ahotep.

-Podemos intentar un asalto, pero perderemos muchos hombres -afirmó el afgano-. Estudiemos antes el terreno, detalladamente, y descubramos los puntos débiles del edificio.

-Tengo prisa -cortó la reina.

El plan que Ahotep expuso al Bigotudo y al afgano les hizo estremecer. Pero ¿cómo impedir a la reina ponerlo en práctica?

-¿Cómo que sola? -se sorprendió el comandante.

-La reina Ahotep está sola ante la puerta principal de la ciudadela -confirmó el adjunto- y desea hablar con vos.

-¡Esa mujer está completamente loca! ¿Por qué no la han abatido los arqueros?

-Una reina sola, sin armas... No se han atrevido.

-¡Pero si es nuestro peor enemigo!

«Los hicsos han perdido la cabeza», pensó el comandante, que corrió para encadenar, personalmente, a aquella diablesa e impedirle que hechizara a la totalidad de la guarnición.

La puerta principal había sido entornada. Ahotep se hallaba ya en el interior de la fortaleza.

Una fina diadema de oro, una túnica roja y una mirada intensa, franca y penetrante... El comandante quedó subyugado.

-Majestad, yo...

-Tu única posibilidad de sobrevivir es rendirte. Tu emperador te ha abandonado; se acerca el ejército de liberación. Del sur al norte, ninguna fortaleza ha resistido.

El cananeo podía detener a Ahotep y entregarla a Khamudi, que le convertiría en un general cubierto de riquezas. Estaba allí, a su merced; le bastaría con dar una orden.

Pero la mirada de la Reina Libertad le obligaba a adoptar la solución que le ofrecía.

-Hemos sabido que hay un campo de deportados en Tjaru. El comandante bajó la mirada.

-Lo abrió Dama Aberia, por orden de Khamudi... Yo no tengo nada que ver.

-¿Qué ocurre en ese campo?

-Lo ignoro. Soy un soldado, no un carcelero.

-Los soldados hicsos serán prisioneros de guerra y empleados en la reconstrucción de Egipto -decretó Ahotep-, pero no los verdugos. Reúne de inmediato a todos los torturadores que

han actuado en ese campo y no olvides ni uno solo. De lo contrario, te consideraré uno de ellos.

La reina ni siquiera conseguía llorar.

Tras tantos años de lucha, creía conocer ya todo el sufrimiento, pero lo que acababa de descubrir en Tjaru le desgarraba el corazón.

Había salvado solo a unos cincuenta deportados, entre ellos diez mujeres y cinco niños, y algunos no sobrevivirían a las heridas y a la desnutrición.

Una niñita había muerto en sus brazos. En el suelo, había cadáveres medio devorados por los roedores y las rapaces.

Los dos únicos supervivientes capaces de expresarse contaron, con sus pobres palabras y frases a veces incoherentes, lo que Dama Aberia y sus esbirros les habían hecho padecer.

¿Cómo unos seres humanos, aun al servicio de un monstruo que les aterrorizaba, podían haberse comportado así? Ahotep no quiso oír ninguna explicación; solo los hechos contaban. La falta más grave, que inevitablemente habría provocado la repetición de los mismos errores, hubiera sido perdonada, de modo que la reina hizo ejecutar en el acto a los torturadores.

En cuanto llegó, el faraón Amosis advirtió que Tjaru era una hermosa presa: caballos, carros, armas, provisiones... Pero temblaba aún al saber cómo se había apoderado Ahotep de la fortaleza.

-Madre, no deberías haber...

-Según el comandante, existe otro campo de concentración, más grande que este, en Sharuhen, una ciudad fortificada. Allí se ha refugiado Khamudi.

Hacía ya dos años que duraba la guerra de Canaán, y Grandes Pies seguía resistiendo. Ya no se arrojaban al campo egipcios del Delta, sino soldados hicsos, culpables de haber desertado

o retrocedido ante el enemigo. Torturados por Dama Aberia, morían deprisa.

El número 1.790, al menos, disponía entonces de algunos alegres rumores. Paso a paso, el ejército del faraón y de la Reina Libertad estaban acabando con las tropas siro-cananeas, duras sin embargo en el combate. La ciudad fortificada de Tell Hanor, cuyo gobernador se complacía matando perros, se había rendido. Esa vez, Sharuhen estaba aislada.

Grandes Pies se acercó a un joven libanés sin un brazo.

-¿Lo perdiste en la guerra, pequeño?

-No, me lo cortó Dama Aberia porque me había escondido para escapar de los carros egipcios.

-¿Están lejos de aquí aún?

-Pronto llegarán a Sharuhen. Nada puede frenarlos. Grandes Pies respiró a pleno pulmón, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo por miedo a romper su frágil osamenta.

-Señor -declaró el comandante de la fortaleza de Sharuhen-, la guerra está perdida. Todas nuestras plazas fuertes han sido tomadas; no nos queda ya ningún regimiento que oponer al ejército del faraón Amosis. Si lo deseáis, Sharuhen puede resistir aún por algún tiempo. En mi opinión, más valdría rendirse.

-¡Un hicso muere con las armas en la mano! -exclamó Khamudi.

-A vuestras órdenes.

El emperador se retiró a sus aposentos, donde Dama Aberia, detestada por la guarnición, había encontrado refugio. Por la noche, se divertía satisfaciendo los caprichos de Khamudi.

-Organiza nuestra partida, Dama Aberia.

-¿Adónde vamos?

-A Kerma. El príncipe Ata me dispensará un recibimiento digno de mi rango y se pondrá a mis servicios.

-No os gustan demasiado los negros, señor.

-Son mejores guerreros que ese montón de cobardes que se ha atrevido a perder esta guerra. El error fatal de los egipcios será creer que estoy vencido. Tomaremos un barco hasta la costa libia; luego, seguiremos por las pistas del desierto. Selecciona una tripulación segura, y haz que embarquen el máximo de oro y droga.

-¿Cuándo partimos?

-Pasado mañana al amanecer.

-En cuanto el barco esté listo, me quedará aún una pequeña formalidad -indicó, golosa, Dama Aberia-. Cerraré personalmente el campo de Sharuhen.

Por lo general, los suplicios terminaban al caer la noche, justo antes de que los prisioneros tuvieran derecho a una infame pitanza. Por eso, a Grandes Pies le sorprendió ver a Dama Aberia y sus esbirros penetrando en el campo al anochecer. ¿Qué nueva tortura había inventado aún?

-Ven a mi lado -le ordenó al libanés que solo tenía un brazo. Los prisioneros contemplaron a la torturadora que regía aquel infierno.

-Dentro de unas horas -reveló-, los egipcios entrarán en Sharuhen y en este campo. Estaréis de acuerdo conmigo en que no es posible dejarlo en semejante desorden, pues dañaría gravemente mi reputación. La causa de ese abandono sois vosotros y vuestra pereza, y debo erradicar esa causa.

Dama Aberia puso el brazo alrededor del cuello del joven soldado y le rompió las vértebras cervicales.

Grandes Pies desenterró la marca que había ocultado, mientras los policías arrojaban al suelo a un libio que intentaba huir. Con el pie, Dama Aberia hundió el rostro del libio en el lodo y mantuvo su presión hasta que la víctima dejó de respirar. Con lentos pasos, el número 1.790 se aproximó.

-¿Debo enterrar los cadáveres? La idea divirtió a Dama Abena.

-Cávame una hermosa fosa, ¡y pronto!

Cuando pasó ante la escultural directora del campo, capaz de matar de un solo puñetazo, ningún policía podría haber imaginado que Grandes Pies, sumiso y roto, hubiera sido capaz del menor gesto de rebelión.

Fue precisamente este cálculo lo que le permitió actuar con toda seguridad.

-Eso -dijo tranquilamente clavando la marca de bronce en el ojo derecho de Dama Aberia- es por mis vacas.

Mientras ella aullaba de dolor, Grandes Pies golpeó por segunda vez, hundiendo su arma en la boca de Dama Aberia, tan violenta y profundamente que salió por la nuca.

Atónitos por un instante, los policías levantaron sus espadas para acabar con el número 1.790. Pero los prisioneros hicsos, sintiendo que tenían una ocasión única de escapar, se arrojaron sobre los guardias.

Antes de salir del campo, Grandes Pies recogió una espada y cortó las enormes manos de Dama Aberia.

-Yo he ganado mi guerra -dijo.

La gran esposa real Nefertari hizo que el viejo intendente Qaris volviera a leer el mensaje enviado por medio de Bribón: la ciudad fortificada de Sharuhen, última zona de resistencia de los hicsos, acababa de ser conquistada.

-¡Ahotep ha salido victoriosa! -exclamó el anciano, pensando en la joven que, hacía más de cuarenta años, había sido la única que había creído en la liberación de Egipto.

-Te llevaré al templo -anunció Nefertari.

-Claro, claro... Pero los carros me dan cierto miedo.

-¿Te parecería mejor una silla de mano?

-¡Majestad! Soy solo un intendente y...

-Eres la memoria de Tebas, Qans.

La buena noticia se propagó muy deprisa. Estaban ya preparando una inmensa fiesta para el regreso de la reina Ahotep y del faraón Amosis.

El sumo sacerdote Djehuty estaba en el umbral del templo. Su grave rostro no expresaba la menor alegría.

-La puerta de la capilla de Amón sigue cerrada, majestad. Eso significa que la guerra no ha terminado y que todavía no somos los vencedores.

Tras haber advertido al rey Hattusil I de que Egipto estaba liberado del yugo hicso y que pensaba mantener las mejores relaciones con Anatolia, el faraón Amosis se había encargado de ocupar militarmente el corredor siro-palestino para desalentar cualquier tentativa de invasión. Una Administración especial regiría la región, y gracias al cuerpo de élite de palomas mensajeras, el rey sería informado de los menores disturbios.

Quedaba un solo punto oscuro: la desaparición del emperador Khamudi, que, según algunos testigos, había abandonado Sharuhen en barco. Puesto que la puerta de la capilla de Amón seguía obstinadamente cerrada, Amosis y Ahotep sabían que les aguardaban otras pruebas.

-En el norte, Khamudi no encontrará ningún aliado -afirmó el rey- y tampoco en el Delta. O ha zarpado hacia las islas del

mar Egeo, con la intención de ocultarse allí hasta su muerte, o solo piensa en tomarse la revancha.

-Plantear la pregunta es ya responderla -consideró Ahotep-. Queda solo una posibilidad: Khamudi ha intentado llegar al reino de Kerma, el último adversario con el que tendremos que enfrentarnos. Aunque Tebas tenga el corazón en fiestas, nuestra tarea no ha concluido.

Mientras Amosis disfrutaba del jubiloso encuentro con su esposa y su hijo, Ahotep consultaba los últimos informes procedentes de Nubia. Ciertamente, el príncipe Ata no avanzaba, pero la guerrilla seguía haciendo estragos.

Sin duda alguna, aquel absceso era la razón de que Amón pusiese en guardia a los egipcios.

-¿Nada sobre Khamudi?

-Nada -respondió el canciller Neshi-. Tal vez se ha extraviado en las arenas del desierto.

-No contemos con ello. El odio le habrá permitido encontrar su camino.

-Majestad..., ¿podemos esperar vuestra presencia en el banquete de esta noche?

-Estoy cansada, Neshi.

Ahotep pasó la noche en el templo de Karnak ante la diosa Mut. Había recibido tanto de la esposa de Amón, la madre de las almas vivas y poseedora del fuego divino, que le debía el relato de aquellos espantosos años de guerra, al cabo de los cuales Amosis llevaba, por fin, la doble corona.

¿A quién sino a Mut podía Ahotep confiar que aspiraba al silencio y a la soledad?

-El faraón ya no me necesita -le dijo-. Mi hijo se ha convertido en un excelente jefe que inspira respeto y confianza.

En los ojos de piedra había un brillo enojado.

-Si me concedes el descanso, diosa Mut, inclina la cabeza. La estatua permaneció inmóvil.

Entre Ata, príncipe de Kerma, y Khamudi, emperador de los hicsos, el primer contacto fue glacial.

-Vuestra presencia me honra, señor, pero habría preferido veros a la cabeza de miles de soldados.

-Tranquilízate, Ata, existen. Mi reputación sigue intacta. Por lo que a los egipcios se refiere, tiemblan ante la mera idea de pronunciar mi nombre. En cuanto hayamos reconquistado Nubia y destruido Elefantina, mis partidarios se levantarán y se unirán a nosotros. Yo me pondré a la cabeza de nuestro ejército, claro está.

-Vos no sois un nubio, señor, y mis guerreros solo obedecen a su príncipe.

Khamudi encajó la injuria sin inmutarse.

-¿En qué consiste tu estrategia, Ata?

-En recuperar las aldeas que nos han robado los egipcios y apoderarnos, luego, del fuerte de Buhen; de lo contrario, es imposible pensar en la conquista del sur de Egipto.

-Nada sabes de fortalezas, Ata. Y a mí me son familiares.

-¡Vuestros consejos me serán muy valiosos!

-Primero habrá que abrirse camino hasta Buhen, y no son las operaciones de guerrilla lo que va a permitírnoslo.

-¿Qué proponéis?

-Dame un mapa de la región y hablaremos de ello. De momento, voy a descansar.

Los aposentos del palacio de Kerma eran espaciosos y confortables, pero la mirada del mayordomo llamó la atención de Khamudi. Era la de un drogado.

-¿Cómo te llamas?

-Tetian.

-Fumas hierbas, ¿no es cierto?

El mocetón inclinó la cabeza afirmativamente.

-¡He traído algo mucho mejor! Si quieres droga de primera calidad, tendrás que escucharme. Tienes un aspecto de guerrero, no de servidor. Ata te ha ordenado que me espíes, ¿no es cierto?

-Es verdad, señor.

-¿Por qué aceptas esta humillación?

-No pertenecemos al mismo clan. Algún día, el mío tomará su revancha y gobernará Kerma.

-¿Por qué aguardar, Tetian? Actúa inmediatamente y combatiremos juntos a los egipcios. Matarás a muchos y el pueblo estará a tus pies.

-Mataré a muchos, muchos, y seré admirado. ¡Yo, Tetian!

-Antes, amigo mío, prueba las maravillas prometidas. Durante toda una noche, Tetian consumió la mejor droga de los hicsos.

Avanzada la mañana, se presentó ante Ata, como estaba acordado, para hacer su informe.

-¿Has obtenido las confidencias de Khamudi?

-Sí, príncipe.

-¿Cuáles son sus intenciones reales?

-Ponerse a la cabeza de nuestro ejército e invadir Egipto. Además, me ha encargado una misión.

-¿Cuál?

-Acabar contigo.

Ata no tuvo tiempo de combatir. El puñal lanzado por Tetian le atravesó el corazón.

Kerma tenía un nuevo príncipe.

Dada la advertencia del dios Amón, Ahotep se tomaba muy en serio el asunto nubio.

Algunos pensaban que un simple cuerpo expedicionario habría bastado para acabar con la revuelta de Kerma, pero no era esa la opinión de la reina, que había convencido a su hijo para que no tratara a la ligera este último obstáculo.

Así pues, Amosis partía hacia el Gran Sur con casi todo el ejército de liberación. El almirante Lunar, el gobernador Emheb, el canciller Neshi, el Bigotudo, el afgano y todos los héroes de la guerra partían con él, así como Ahmosis, hijo de Abana, y Risueño el Joven, encargados como siempre de la seguridad del monarca.

Solo Viento del Norte había sido desmovilizado. El viejo asno disfrutaba, por fin, de los goces de una merecida jubilación.

En el muelle donde se estaba acabando de embarcar, la atmósfera era sombría.

-Entonces, ¿la reina Ahotep no viene? -preguntó el afgano.

-Necesita descanso -respondió el Bigotudo, tan despechado como su colega.

-Sin ella -afirmó un joven marinero, que expresaba la opinión general-, corremos el riesgo de ser vencidos. Los nubios son unos guerreros más temibles que los hicsos. La reina habría sabido romper su magia.

-Somos diez veces más numerosos -dijo el afgano.

-También los hicsos eran diez veces más numerosos -recordó el marinero-, pero no estaban bajo el mando de la Reina Libertad.

La agitación llenó un extremo del muelle. De pronto, se oyeron gritos de júbilo.

Apareció Ahotep con su vara de cornalina, su fina diadema de oro y una túnica verde que había tejido Nefertari.

En cuanto la reina estuvo a bordo del navío almirante, la maniobra se aceleró.

El primer alto ordenado por Ahotep sorprendió a la flota egipcia. ¿Por qué detenerse a la altura de Aniba, mucho antes de Buhen? Solo desembarcaron un centenar de hombres, entre ellos unos veinte aurigas. Incluyendo numerosos asnos cargados de odres de agua y provisiones, la expedición se dirigió hacia la cantera de diorita que había explotado el faraón Kefrén, constructor de una de las tres pirámides de la planicie de Gizeh. Al reabrirlas de un modo solemne, Ahotep inauguraba un programa a largo plazo: una vez pacificada Nubia, se cubriría de templos, en los que residirían las potencias divinas. Al producir Maat, los santuarios disminuirían los riesgos de conflicto.

Con un gran alivio, Turi, el comandante de la fortaleza de Buhen, recibió al ejército del faraón. Olvidando el protocolo, se dirigió a la reina y a su hijo sin ocultar su angustia.

-Llegáis justo a tiempo, majestades, pues unos dramáticos acontecimientos han trastornado el equilibrio de Nubia. El hicso Khamudi se ha aliado con el nuevo príncipe de Kerma, un tal Tetian, que ha asesinado a su predecesor y ha levantado a las tribus, inofensivas hasta ahora. Nuestro dispositivo defensivo ha sido hecho pedazos. Aparecer, los guerreros de Kerma nunca se habían mostrado tan violentos. ¡Incluso heridos de muerte siguen combatiendo! Según mis exploradores, acaban de cruzar la segunda catarata y se

lanzan sobre Buhen. ¡La guarnición y yo mismo estamos aterrorizados! Por fortuna, un escultor ha modelado una obra que preserva la esperanza.

El comandante Turi mostró un dintel sobre el que se habían representado al faraón Amosis, tocado con la corona azul, y la reina Ahotep, con una peluca en forma de buitre, símbolo de la diosa Mut. Madre e hijo veneraban a Horus, protector de la región.

-Manos a la obra -exigió el rey-. Tenemos una dura batalla que preparar.

Khamudi se felicitaba por haber acarreado una cantidad suficiente de droga, que transformaba a los guerreros de Kerma en verdaderas máquinas de matar. Tetian era un loco de atar, aunque un excepcional conductor de hombres, sin conciencia del peligro. Manejando la honda tan bien como el arco o la lanza, solo se complacía con la extrema violencia de un combate, durante el cual acababa con el máximo de adversarios, que en su mayoría, petrificados, ni siquiera conseguían luchar.

Impulsado por Tetian y Khamudi, el ejército de Kerma había exterminado a los policías egipcios y sus aliados nubios, había devastado numerosas aldeas pobladas por partidarios del faraón y se había apoderado de embarcaciones mercantes, reconvertidas en navíos de guerra.

El próximo objetivo era Buhen.

Si hacía saltar aquel cerrojo, Khamudi abriría de par en par las puertas de Egipto.

-Señor, un mensajero desea hablar con vos -le advirtió su ayuda de campo.

-¿De dónde viene?

-Dice que de Buhen.

Khamudi sonrió. Un soldado egipcio se disponía a sacrificar su vida para eliminar al emperador de los hicsos. ¡Qué grosera añagaza!

-Tráemelo.

El hombre era un joven negro y estaba visiblemente aterrorizado.

-¿De modo, chiquillo, que quieres matarme?

-¡No, señor, os juro que no! Alguien me ha entregado un mensaje urgente para vos. A cambio, me ha prometido que me daríais oro, una casa y criados.

-¿Su nombre?

-¡Lo ignoro, señor!

-Muéstrame ese mensaje.

-Aquí está.

Cuando el joven negro metía la mano en su taparrabos, el ayuda de campo lo arrojó al suelo, temiendo que sacara un puñal. Pero el único objeto que ocultaba era un pequeño escarabeo hicso, cubierto de escritura cifrada, cuya clave Khamudi conocía. ¡Así pues, el espía de Apofis seguía vivo! Y lo que proponía a Khamudi era para alegrarse.

-¿Tendré lo que me prometieron, señor? -preguntó el mensajero.

-¿Quieres saber lo que me recomienda, realmente, el autor del texto?

-¡Oh, sí, señor!

-Para que el mensajero calle, mátalo.

-Los nubios de Kerma han elegido el choque frontal -advirtió el faraón Amosis viendo cómo se acercaban los barcos enemigos

cargados de guerreros con pelucas rojas, pendientes de oro y gruesos cinturones-. Que nuestros arqueros se pongan en posición.

Un oficial de enlace se acercó.

-Reclaman a retaguardia al comandante Ahmosis, hijo de Abana.

-¿Por qué razón? -se extrañó el aludido.

-El almirante Lunar desea consultarlo con urgencia.

Amosis dio su conformidad. Ahmosis, hijo de Abana, se alejó cuando el enfrentamiento estaba a punto de comenzar.

Solo la presencia de la Reina Libertad tranquilizaba a los soldados egipcios, más numerosos y mejor armados sin embargo, pues los gritos de los guerreros de Kerma les helaban la sangre. Ahotep dio la orden de que redoblaran los tambores para cubrir aquel estruendo. Y cuando los primeros asaltantes, inconscientes del peligro, cayeron bajo las flechas egipcias, todos comprendieron que solo eran hombres.

Tetian solo tenía una idea en la cabeza, mil veces remachada por Khamudi: destrozar con su maza el cráneo del faraón Amosis. Mientras se desarrollaba el combate naval, Tetian, sobreexcitado, había nadado a toda velocidad. Escaló la proa del navío almirante con tanta rapidez como si fuera el tronco de una palmera, decidido a acabar con quien se le opusiera.

Febril, veía ya muerto al faraón, con el rostro ensangrentado. Privado de su jefe, el ejército enemigo se dislocaría, y Egipto quedaría indefenso.

Con los *ojos* enloquecidos, Tetian se encontró en la cubierta del navío almirante. Pero la proa de *El Halcón de Oro* estaba vacía.

-¿Dónde estás, faraón? ¿Dónde estás? ¡Ven a batirte con Tetian, el príncipe de Kerma!

-Suelta tu arma y ríndete -exigió Ahmosis, hijo de Abana. Lanzando un grito de bestia feroz, Tetian se abalanzó sobre el arquero.

Pese a la flecha clavada en su frente, el nubio consiguió golpear con su maza al jefe de la guardia personal de Amosis.

La operación de Felina había sido todo un éxito. Ahmosis, hijo de Abana, estaba entonces provisto de una notable prótesis, un dedo meñique del pie izquierdo, de madera pintada del color de la carne, que sustituía al original aplastado por la maza de Tetian.

El cadáver del príncipe de Kerma se había añadido a los de sus guerreros vencidos, arrojados a una inmensa hoguera. Por su nueva hazaña, Ahmosis, hijo de Abana, había recibido, de nuevo, el oro del valor, más cuatro criados y un inestimable regalo que consistía en un gran terreno cultivable en Elkab, su ciudad natal, donde podría pasar su vejez.

Ni por un instante había creído que el almirante Lunar deseaba consultarle. Solo querían alejarle del faraón, de modo que había rogado al rey que se dirigiera a popa del navío almirante, mientras él aguardaba el seguro ataque de un asesino.

Convocado por el monarca, el almirante Lunar había afirmado con vehemencia no haber solicitado nunca a Ahmosis, hijo de Abana. Pero era imposible interrogar al oficial de enlace para saber algo más, pues había muerto durante el combate.

-Un solo barco ha conseguido huir -se lamentó Lunar-, y Khamudi iba a bordo.

Después de que Ahotep distribuyera víveres a la población duramente afectada por las tropelías de Ata y de Tetian, el ejército de liberación remontó el Nilo hacia Kerma sin encontrar resistencia.

Cuando la flota llegó a la cuenca, rica en cereales, cuya capital era Kerma, los soldados se prepararon de nuevo para combatir. Conociendo la bravura de los nubios, serían

necesarios aún duros enfrentamientos antes de que pudieran arrancar a Khamudi de su madriguera.

El terreno, llano, permitiría a los regimientos de carros al mando del afgano y del Bigotudo lanzar el primer asalto, en cuanto los últimos barcos de Kerma fueran reducidos a la impotencia.

Pero estos estaban amarrados en el muelle y no había ningún marinero a bordo.

-Desconfiemos -recomendó el almirante Lunar-; probablemente es una trampa.

Avanzó un anciano, con un bastón en la mano, y levantó los *ojos* hacia el faraón y la runa, que se mantenían a proa de *El Halcón de Oro.*

-Soy un delegado del consejo de ancianos -declaró-, y os entrego la ciudad de Kerma. Tened la bondad de respetar su población, que aspira a la paz tras tantos años de tiranía. Que Egipto nos gobierne sin esclavizarnos.

La reina Ahotep fue la primera que pisó el suelo de Kerma. Suspicaz, el gobernador Emheb escrutaba los alrededores. Desembarcó parte del ejército, y los arqueros permanecieron en estado de alerta. Pero el anciano no había mentido, y los habitantes de Kerma, ansiosos, se ocultaban en sus moradas, aguardando la decisión del faraón.

-Aceptamos tu petición -anunció Amosis- con la condición de que nos sea entregado Khamudi.

-Cuando ese fugitivo ha llegado hasta aquí, nos ha ordenado que tomáramos las armas y lanzáramos a la lucha a todos los habitantes de nuestro principado, incluidos mujeres y niños. Nos hemos negado y nos ha insultado. ¿Con qué derecho ese hombre de mal corazón nos ha hablado así?

-¿Ha huido de nuevo?

-No, se ha quedado en Kerma.

-Llévanos hasta él -pidió Amosis.

Con sus puertas monumentales, sus bastiones y su templo-castillo, Kerma tenía un hermoso aspecto.

El anciano subió lentamente la escalera que llevaba a lo alto del edificio.

El último emperador de los hicsos no tendría ya ocasión de atacar Egipto. Empalado en una larga estaca cuidadosamente tallada por un basurero, que sonreía mostrando todos sus dientes, se había quedado inmóvil mientras profería un último grito de odio.

La puerta de la capilla de Amón se había abierto por sí sola.

El faraón Amosis ofreció al sol del alba la espada llameante con la que había vencido a las tinieblas. Luego, la entregó a la reina Ahotep, que, como esposa de dios, penetró en el santuario y la depositó en un altar. A la gran esposa real, Nefertari, le correspondería alimentar esa llama, para que la unidad de las Dos Tierras los pusiera, en adelante, al abrigo de una invasión.

Yo te venero, único de múltiples manifestaciones -dijo Ahotep-. Despierta en paz, que tu mirada ilumine la noche y que nos dé la vida.

El faraón hizo al dios Amón, a su esposa Mut y al dios luna Khonsu, que formaban la Santa Trinidad de Kamak, la ofrenda de Maat, la rectitud de la que Ahotep nunca había prescindido y gracias a la que sería posible reconstruir un Egipto digno de sus años felices.

-Debo cumplir una importante promesa -recordó la madre a su hijo.

La corte al completo se dirigió al lugar donde la princesa adolescente se había encontrado con un agrimensor,

desaparecido desde hacía mucho tiempo. Él le había permitido tocar por primera vez el cetro de Set sin ser fulminada, con la esperanza de que la reina devolviera algún día a Egipto sus verdaderas fronteras.

El lugar estaba desolado; las oficinas del catastro amenazaban ruina.

-¿Por qué no han sido restauradas? -preguntó Ahotep al intendente Qaris.

-Lo he intentado varias veces, majestad, pero los obreros no quieren trabajar con el pretexto de que el lugar está hechizado. Con el cetro del poder en la mano, Ahotep dio unos pasos y notó extrañas sensaciones, como si el terreno se negara a ser conquistado.

En la esquina de los degradados edificios, había un tamarisco, del que solo dos ramas aún estaban floridas. A sus pies, se veía un montón de leña seca.

Percibiendo un foco de energía negativa, la reina se acercó. Ocultos entre las ramas, había jirones de ropa manchados de sangre, manojos de cabellos y trozos de papiro cubiertos de fórmulas mágicas, donde aparecía el nombre de Apofis.

Ahotep posó el extremo del cetro sobre aquel maléfico conjunto. De los ojos del animal de Set brotó un fulgor rojo, que inflamó la leña.

Pese a los esfuerzos de su espía, Apofis había muerto definitivamente.

La reina pudo así recorrer la extensión reservada al catastro, donde trabajarían, a partir del día siguiente, un responsable de los cultivos, un guardián de los archivos y algunos escribas especializados. La tierra de Egipto atraía de nuevo el amor de los dioses. Luego, la corte se trasladó a un vasto campo arado. La gran esposa real Nefertan extendió allí polvo de oro, que haría fecundas las siembras en la totalidad de las provincias.

La verdadera jerarquía se había restablecido por fin. En lo alto, reinaban los dioses, las diosas y los espíritus glorificados, que representaban, en la tierra, el rey y la reina; a estos les correspondía la responsabilidad de nombrar un primer ministro, el visir, magistrados encargados de aplicar la ley de Maat y responsables de cada sector de la comunidad de los vivos.

-En primer lugar reconstruiremos los templos -anunció Amosis-. Las murallas serán levantadas de nuevo, los objetos sagrados depositados en los santuarios, las estatuas erigidas en su justo lugar, la circulación de las ofrendas restaurada y se celebrarán de nuevo los rituales de los misterios.

-¿Adónde nos lleva este paseo en barco? -preguntó a su hijo la reina Ahotep, intrigada.

-Os corresponde proceder al cierre de nuestra antigua base secreta, madre. Además, os he reservado una sorpresa.

Ahotep recordó las angustiosas jornadas durante las que su marido, Seqen, reunía al norte de Tebas los primeros soldados del ejército de liberación. Hoy, el cuartel estaba desierto, el palacio vacío y el templo abandonado. Pasados algunos años, las tormentas de arena habrían cubierto aquella base donde había nacido la esperanza. Centenares de hombres formados allí habían perdido la vida en los campos de batalla; otros sufrían aún graves heridas y nunca borrarían de su memoria los terribles combates en los que habían participado. Pero Egipto estaba libre. Las generaciones futuras olvidarían la sangre y las lágrimas, puesto que el faraón reconstruía la felicidad.

Con su cetro, la reina cerró la boca de la capilla y la del palacio. Esa vez, la guerra había realmente terminado.

Cuando regresó hacia el barco, descubrió, en el muelle, a un hombre de anchos hombros que estaba junto al rey y a Ahmosis, hijo de Abana. *Risueño elJoven* estaba apaciblemente tendido.

-He aquí al maestro de obras del Lugar de Verdad, la aldea de los artesanos -dijo Amosis-. Ha querido presentaros la primera obra maestra de su cofradía en el mismo sitio donde se ha extinguido el estruendo de las armas.

El maestro de obras dejó en el suelo su precioso fardo, cubierto con una tela blanca, que levantó lentamente, desvelando una piedra cúbica tallada a la perfección.

-Extrajimos la piedra bruta de un profundo valle, perdido en la montaña -explicó-. Ese solitario lugar está dominado por la cima, de forma piramidal, donde reside una diosa cobra que exige el silencio y castiga a los charlatanes y los perjuros. Con cinceles de cobre y mazos de madera, creamos ese zócalo sobre el que reposarán nuestras obras futuras, siempre que vuestra majestad tenga a bien darle vida.

El faraón ofreció a su madre la maza blanca, la iluminadora, con la que consagraba las ofrendas.

Ahotep golpeó la piedra, que llameó como la espada de Amón.

Luego, los rayos de luz se concentraron en el interior del cubo mineral, que el maestro de obras volvió a cubrir con su velo.

-Que esta piedra de luz transforme la materia en espíritu -declaró la reina-, y que sea fielmente transmitida de maestro de obras en maestro de obras.

Asesino de dos faraones, el espía de los hicsos no había conseguido acabar con el tercero. Pero aunque lo hubiera logrado, el ejército de liberación habría alcanzado, sin embargo, su objetivo.

Pues su verdadero corazón era Ahotep.

Al principio, le divertía. Nunca la habría creído capaz de semejantes hazañas, y había querido saber hasta dónde era capaz de llegar. A cada nueva etapa, se convencía de que la reina no seguiría adelante. Sin embargo, fueran cuales fuesen los golpes del destino y a pesar de la magnitud de sus

sufrimientos, ella seguía, empecinada, como si nada pudiera desviarla de su ruta.

La admiraba, y más aún, sin duda.

Y luego, había gozado del favor de los dioses, con la desaparición de Apofis y la erupción de Thera. Entonces, el Imperio hicso había sido aniquilado y las Dos Tierras se habían reunido.

Pero el espía había prometido llevar a cabo su misión. Y cumpliría su palabra.

Ese Egipto renaciente era mucho más frágil de lo que imaginaba. Matando a Ahotep, destruiría el zócalo sobre el que estaba levantándose. Durante las próximas festividades, elegiría la mejor ocasión para demostrar al pueblo que la Reina Libertad no era inmortal.

Privada de aquella que le había devuelto la vida, Egipto se hundiría en el caos.

Y el emperador de las tinieblas habría triunfado por fin.

Seis bueyes gibosos tiraban del primer bloque del futuro templo de Ptah de Menfis, puesto en una narria de madera. El boyero que se encargaba con dulzura de esos animales de origen asiático no era otro que Grandes Pies, restablecido ya.

Propietario entonces de una granja y de un dominio donde pastaban numerosas vacas, empleaba a prisioneros de guerra que no habían matado ni torturado a los egipcios.

Se restauraba y se construía por todas partes. Menfis, la ciudad del muro blanco, recuperaba poco a poco su esplendor de antaño. De Asia y de Nubia llegaban, de nuevo, el oro y la plata; del Sinaí, el cobre y la turquesa; de Afganistán, el lapislázuli, símbolo de la bóveda celeste y del agua primordial.

¿Quién sino el afgano, ascendido a general de reserva, como el Bigotudo, podría haber sido nombrado director de las importaciones?

-¿Sigues decidido a regresar a tu país? -le preguntó su amigo-. Aquí eres rico y estás cubierto de honores, las mujeres te persiguen, el vino es excelente y el clima maravilloso.

-Añoro mis montañas.

-¿Sabes, afgano? Puedo entenderlo casi todo, pero eso...

-No olvides que debes escalar una ladera cubierta de nieve para demostrarme que eres realmente un hombre.

-Mira más bien esta piedra y dime si es digna de ser llevada al templo.

-Este lapislázuli es magnífico.

La economía tradicional recomenzaba. En Menfis, como en Tebas, los talleres reales volvían a trabajar, al igual que los servicios del catastro, de pesos y medidas, de limpieza de los canales y del censo. El principio de redistribución de las riquezas se aplicaba de nuevo bajo la égida de Maat, garante de la solidaridad y de la cohesión social.

En presencia de Ahotep, el faraón Amosis celebró el inicio de su vigésimo segundo año de reinado reabriendo las famosas canteras de Tura, de donde se extraía el mejor material calcáreo del país. Dos estelas talladas y colocadas en la entrada de las galerías conmemorarían el acontecimiento.

La flota real navegaba hacia Abydos.

Pese a su avanzada edad, el intendente Qaris quería estar presente en las ceremonias durante las que se honraría la memoria de Teti la Pequeña. Mimado por el gobernador Emheb, que no tardaría ya en regresar a su buena ciudad de Edfú, y por el canciller Neshi, cada vez más preocupado desde que las tareas administrativas se acumulaban sobre sus hombros, el anciano recordaba cada uno de los episodios de la guerra de liberación.

-¡Qué increíble existencia hemos tenido! -le dijo a Emheb-. Gracias a Ahotep, nos alimentamos de esperanza y hemos creado un porvenir donde ya no existía.

El ministro Heray sirvió vino fresco y pasteles.

-Las responsabilidades no te hacen adelgazar -observó Neshi.

-Qaris y yo no tuvimos la suerte, como vosotros, de estar en primera linea. En Tebas, conocimos a menudo la angustia, y la angustia abre el apetito. Mira al afgano y al Bigotudo; desde que no despanzurran hicsos, están engordando.

-Ya llegamos -les avisó el almirante Lunar.

-Pareces preocupado -se sorprendió Heray.

-La navegación no era fácil. El Nilo tiene a veces caprichos que necesitan una extremada vigilancia. Yo no he tenido tiempo de probar ese vino.

-Ya lo compensarás -predijo Emheb.

La gran esposa real Nefertari quería celebrar, especialmente, a la abuela del faraón, cuya popularidad nunca había decaído. Venerada en Tebas, también debía serlo en Abydos, en el sagrado dominio de Osiris.

Así pues, el monarca llevó a cabo, para Teti la Pequeña, de acuerdo con la fórmula ritual, «lo que ningún rey había hecho antes». Se construyó una capilla y una pequeña pirámide, rodeadas ambas de plantaciones, y se creó un servicio de ofrendas provisto de un personal que alimentaba cada día el ka de la difunta, presente entre los vivos. Alojados, alimentados, vestidos, propietarios de tierras y ganados, los sacerdotes no tendrían más preocupación que realizar su función de un modo impecable.

Se erigió una gran estela en la que se había representado a Amosis, tocado unas veces con la corona blanca del Alto Egipto, y otras, con la doble corona, y consagrando ofrendas ante Teti la Pequeña.

En el tesoro reservado a su madre, Ahotep depositó la fina diadema de oro que tan a menudo había llevado y que de tantos peligros la había protegido.

Para el espía, una ceremonia demasiado íntima. Actuaría en Tebas, para que la brutal desaparición de Ahotep tuviera la máxima resonancia.

Era evidente, Heray, Qans y Neshi conspiraban.

-¿De qué estáis hablando? -les preguntó Ahotep.

-De naderías, majestad-respondió el canciller Neshi.

-¿Es verdad eso, Qaris?

El viejo intendente vaciló.

-En cierto modo... En fin, desde cierto punto de vista...

-Nunca has sabido mentirme -observó Ahotep, sonriendo.

-Permitidme que guarde el secreto, majestad.

-¿Es una conspiración de tres, u otros dignatarios conocen el secreto?

-Todos lo conocemos -reconoció Heray-, y la orden viene de arriba, ¡de muy arriba!

-En ese caso -admitió la reina, divertida-, es inútil que os pregunte más.

Ahotep se reunió con su hijo en la cámara del navío almirante, cuya puerta estaba siempre guardada por Ahmosis, hijo de Abana, y *Risueño el Joven.*

-¿No creéis, madre, que convendría aligerar el dispositivo de seguridad en torno a mi persona?

-El Estado Mayor está convencido de que el oficial de enlace muerto durante el combate naval, en Nubla, era el espía hicso, pero yo no lo creo.

Y suponiendo que ese espía siga vivo, madre, ¿su único objetivo no será el de que lo olvidemos?

-Asesinó a tu padre y a tu hermano. Dejar impunes esos crímenes supondría inclinarse ante el espectro de Apofis. Mientras ese criminal no haya sido identificado y puesto a buen recaudo, ¿conoceremos realmente la paz?

De nuevo, el templo de Amón en Karnak(1) vibraba al son de los mazos y los cinceles. Poniendo en marcha un vasto programa de desarrollo del santuario, el faraón Amosis velaba por la instalación de nuevas mesas de ofrenda, copiosamente provistas cada mañana. Utilizando aguamaniles y jarras de oro, los ritualistas cumplían su oficio con calma y gravedad, preocupándose de purificar los alimentos, para que su aspecto recargara con energía positiva las estatuas divinas, cuyos ojos, boca y orejas había abierto el rey con el venerable bastón.

Nota.(1) Ipet-sut, el templo de Luxor.

Para cada miembro de la trinidad de Karnak se había modelado una gran barca de cedro, recubierta de hojas de oro, que navegaría por el lago sagrado y sería llevada en procesión durante las fiestas.

-He tomado dos nuevas decisiones -anunció el monarca a la reina Ahotep-. La primera consiste en construir un nuevo templo en Tebas, para albergar la forma secreta de Amón y venerar su ka. Este santuario se llamará «el que censa los lugares»', dicho de otro modo, el que revela el número, la naturaleza real de las divinidades. La segunda decisión os concierne, madre. Ya es hora de que seáis honrada como merecéis.

-¡Esa era, pues, la conspiración!

-Pedí a los íntimos que guardaran el secreto, en efecto, pues se prepara una gran ceremonia.

-¿No será eso inútil, Amosis?

-Muy al contrario, madre. Sin vos, Egipto no existiría. Y no es solo el hijo el que desea esa celebración, sino también el faraón.

El gran día había llegado.

En el patio al aire libre del templo de Karnak, todos los notables de Tebas e, incluso, de otras ciudades de Egipto asistirían al triunfo de Ahotep. Fuera se amontonaba ya una numerosa multitud que quería aclamar a su reina, que nunca había retrocedido ante la adversidad.

Ahotep lamentaba haber cedido a las exigencias del faraón, pues no buscaba honores. Como tantos otros soldados caídos por la libertad, solo había cumplido con su deber.

Ahotep recordó que Teti la Pequeña, en cualquier circunstancia, iba admirablemente maquillada y vestida. Para honrarla, la reina se puso en manos de dos especialistas de palacio, que manejaban con destreza los peines, las agujas acondicionadoras de alabastro y las brochas de maquillar. Utilizando productos de belleza de excepcional calidad, pusieron a la reina más seductora que una joven belleza.

Con tanto respeto como emoción, el intendente Qaris colocó a Ahotep una diadema de oro, y en la parte delantera, una trenza en relieve y el cartucho de Amosis sobre fondo de lapislázuli, enmarcado por dos esfinges. Luego, puso en el cuello de la reina un ancho collar, formado por numerosas hileras de pequeñas piezas de oro: unas representaban leones, antílopes, corzos y uraeus; otras, figuras geométricas, como espirales o discos. Los cierres eran dos cabezas de halcón.

El anciano intendente añadió un colgante, compuesto por una cadena de oro y un escarabeo de oro y lapislázuli, que encarnaba la perpetua regeneración del alma y sus incesantes metamorfosis en los páramos celestiales. A Qaris solo le

quedaba adornar las muñecas de la soberana con admirables brazaletes de oro, cornalina y lapislázuli. Lejos de ser simples objetos con vocación estética, servían como soporte a escenas que afirmaban la soberanía del faraón sobre el Alto y el Bajo Egipto. El dios tierra, Ged, lo entronizaba en presencia de Amón. Y la diosa buitre, Nekhbet, creadora y guardiana de la titularidad real, recordaba el papel esencial de la reina.

Muy impresionado, el anciano intendente se apartó de la soberana.

-Perdonad mi desvergüenza, majestad, pero... sois tan sublime como una diosa.

-¡Esta maldita espalda -se quejó el Bigotudo-, todavía me duele! ¿No podrías darme un masaje, Felina?

-La ceremonia comenzará en menos de una hora, no he terminado de vestirme y tú acabas de ponerte tu túnica de ceremonia. ¿Crees que tenemos tiempo para ese tipo de cuidados?

-¡Realmente me duele! Si no puedo permanecer de pie y asistir al triunfo de Ahotep, no lo soportaré.

Felina suspiró.

-Un momento; voy a buscar tus píldoras calmantes.

El Bigotudo se miró en un espejo. Nunca había estado tan soberbio, con los collares de oro que recompensaban sus hazañas, su ancho cinturón y las sandalias de primera calidad.

-Lo había olvidado -dijo Felina-, se las di al afgano para el dolor de la nuca. ¡En qué estado se encuentran esos dos héroes de la guerra de liberación!

El afgano vivía en la villa contigua a la del Bigotudo y la nubia. El Bigotudo corrió hacia allí.

-Mi señor está en el cuarto de baño -indicó la camarera.

-No le molestes; ya me arreglaré.

El Bigotudo entró en la estancia donde su amigo guardaba armas, taparrabos y remedios. Tras haber explorado en vano un cofre para la ropa, dio con una caja que contenía pequeños botes de ungüento y un curioso objeto, cuyo examen le dejó estupefacto. Un escarabeo.

Pero no era un escarabeo egipcio, sino hicso, con el nombre de Apofis. Sirviendo de sello, el objeto había sido utilizado a menudo. En el lomo, unos signos convenían el código de una escritura cifrada.

-¿Buscas algo? -preguntó el afgano, mojado aún.

Con mirada furibunda, el Bigotudo mostró el escarabeo.

-¿Qué significa esto?

-¿Realmente necesitas explicaciones?

-¡Tú no, afgano! ¡No es posible!

-A cada cual su combate, amigo. Hay un detalle que ignoras: Egipto arruinó a mi familia comerciando con el clan rival. Juré vengarme, y la palabra de un hombre de las montañas no puede recuperarse. Los hicsos me dieron la oportunidad; el emperador Apofis me encargó que me infiltrara en la resistencia, y realmente tuve más éxito del esperado. Dos faraones en el saco, Seqen y Kamosis. ¿Te das cuenta? ¿Qué otro espía puede alardear de haber sido tan eficaz?

-Pero combatiste conmigo, corriste riesgos insensatos y mataste a muchos hicsos.

-Era indispensable para obtener una total confianza y para que ninguna sospecha pesara sobre mí. Y no he acabado aún mis hazañas.

-¡Quieres también asesinar a Amosis!

-A él, no; a Ahotep. Ella es la que destruyó el Imperio hicso. Me corresponde destruirla en la cima de su gloria, para que Egipto se desmorone.

-¡Te has vuelto loco, afgano!

-Muy al contrario: cumplo por fin la misión que me fue confiada. Y mi emperador muerto será el verdadero vencedor de esta guerra. Lo siento, amigo, pues no he dejado de admirar a Ahotep. Creo, incluso, que me enamoré de ella en cuanto la vi, y que todavía lo estoy. Por eso la he respetado durante tanto tiempo, demasiado... Pero soy un hombre de honor, como tú, y no podré regresar a mi país sin haber cumplido mis compromisos. Lamento verme obligado a suprimir a Ahotep después de haberte eliminado, amigo mío.

Con igual rapidez, ambos hombres tomaron cada cual un puñal. Los dos sabían que nunca habían tenido enfrente más duro adversario.

Desplazándose con mucha lentitud, mirándose a los ojos, buscaban la apertura, convencidos de que el primer golpe sería decisivo.

Fue el Bigotudo el que hirió primero.

Su puñal solo arañó el brazo del afgano, que desequilibró a su agresor y lo arrojó de espaldas al suelo.

Al caer, el Bigotudo había soltado su arma. La hoja del espía se apoyó en su garganta, de la que corría ya un hilillo de sangre.

-Lástima -se lamentó el afgano-, no deberías haber registrado mis cosas. Te apreciaba y he sido feliz combatiendo contigo.
De pronto, el espía se puso rígido y lanzó un grito ahogado, como si quisiera contener el atroz sufrimiento que le arrebataba la vida.

Aun herido de muerte por el puñal que Felina acababa de clavarle en la espalda, el afgano podría haber degollado al

Bigotudo. Pero respetó a su hermano de armas y, con la mirada perdida ya en la nada, cayó de lado.

-Olvidé decirte la posología -explicó Felina al Bigotudo-. Tomar demasiadas píldoras hubiera sido peligroso.

En un altar, el faraón Amosis depositó una barca de plata, montada sobre unas ruedas que recordaban las de los carros de guerra. Así se evocaban la potencia y la capacidad de desplazamiento del dios Luna, el protector de Ahotep.

Como los demás, el Bigotudo, cuya herida estaba cubierta por un paño, no apartaba los ojos de la reina Ahotep, maravillosamente ataviada. La belleza de aquella mujer de sesenta años eclipsaba la de las elegantes de la corte.

Gracias al relato del Bigotudo, Ahotep estaba serena por fin. Ningún peligro amenazaba ya la vida del faraón.

-Inclinémonos ante la Reina Libertad -ordenó Amosis-. A ella le debemos la vida. Ella resucitó este país, que reconstruiremos juntos.

En el silencio que reinó en el gran patio de Kamak, el amor de todo un pueblo llenó el corazón de Ahotep.

El faraón avanzó hacia su madre.

Jamás, en toda la larga historia de Egipto, una reina ha recibido una condecoración militar. Majestad, vos seréis la primera y, lo deseo, también la última, puesto que, cumpliéndose vuestro nombre, la paz ha sucedido a la guerra. Que este símbolo de la acción incesante que habéis mantenido contra los poderes de las tinieblas sea testimonio de la veneración de todos vuestros súbditos.

Amosis condecoró a Ahotep con un colgante de oro, al que se habían sujetado tres moscas, también de oro, admirablemente talladas.

En primera fila, *Risueño el joven, Viento del Norte y Bribón* compartían el mismo pensamiento: no existía ningún insecto tan tenaz e insistente como la mosca. Ahotep había transformado esa manía en virtud para acabar con los hicsos.

-A vos debería corresponderos el poder supremo, madre -murmuró el rey.

-No, hijo mío. Tú debes fundar una nueva dinastía y hacer que reviva la edad de oro. Por lo que a mí concierne, hice un juramento: retirarme al templo en cuanto mi país fuera liberado. Y ese feliz día ha llegado ya, hijo mío.

Resplandeciente, la reina se dirigió hacia el santuario, donde, como esposa de dios, viviría entonces en compañía de Amón, en el secreto de su luz.

cABD EL-MAKSOUD, M., *Tell Heboua (1981-1991). Enquéte archéologíque sur la Deuxiéme Príode intermédiaíre et le Nouvel Empire a' Pextremité orientale du Delta,* París, 1998.

ALT, A., *Die Herkunft der Hyksos in neuer Sicht,* Leipzig, 1954. BECKERATH, J., *Untersuchungen zur politischen Geschichte der Zweiten swischenzeit in ligypten,* Glückstadt, 1965.

BIETAK, M., *Avaris. The Capital of the Hyksos. Recent Excavations at Tell el-Daba,* Londres, 1996.

BIETAK, M., «Hyksos», en *Lexikon der Ágyptologie,* 1977, 93-104. -, y STROUHAL, E., «Die Todesumstánde des Pharaos Segenenre (XVIIe dynastie)», *Annalen Naturhistorischen Museums,* Viena, 78, 1974, 29-52.

CAUBET, *A. (ed.), L'Acrobate au taureau. Les Découvertes de Tell elDab'a et l'Archéologie de la Méditerranée orientale,* París, 1999. DAVIES, W. V. y SCHOFIELD, L. (ed.), *Egypt, the Aegean*

and the Levant. Interconnections in the Second Millenium BC, Londres, 1995

ENGBERG, K. M., *The Hyksos reconsidered,* Chicago, 1939.
GABOLDE, L., *Le «Grand Chdteau d'Amon» de Sésostris Iei d Karnak,* París, 1998.

GITTON, M., *Les Divínes Épouses de la XVIIIe dynastie,* París, 1984.

GOEDICKE, H., *Studies about Kamose and Ahmose,* Baltimore, 1995

HABACHI, L., *The Second Stela of Kamose and his Struggle against the Hyksos Ruler and his Capital,* Glückstadt, 1972.

HAYES, *W. C., The Scepter of Egypt, II: the Hyksos Period and the New Kíngdom,* Nueva York, 1968.

HEINSOHN, G., «Who were the Hyksos?», *Sesto Congresso Internazionale di Egittologia,* Turín 1991, 1993, Atti II, 207-217.
HELCK, W., *Die Beziehungen Agyptens zu Vorderasien im 3. und* 2. *Jahrtausend v. Chr.,* Wiesbaden, 1962.

JANOSI, P., «The Queens Ahhotep I and II and Egypt's Foreign Relations», *The journal of Ancien Chronology, Forum* 5, 19911992, 99-105.

KEMPINSKI, A., *Syrien und Palüstina (Kanaan) in der letzten Phase der Mittle-bronze II B - Zeit (16.50-1.570 v. Chr.),* Wiesbaden, 1983.

LABIB, P., *Die Herrschaft der Hyksos in Agypten und íhr Sturz,* Glückstadt, 1936.

LACOVARA, P., *The New Kingdom Royal Cíty,* Londres y Nueva York, 1997

MAYANI, Z., *Les Hyksos et le Monde de la Bible,* París, 1956.
OREN, E. D. (éd.), *The Hyksos: New Historical and Archeological Perspectives,* Filadelfia, 1997.

REDFORD, D. B., «The Hyksos Invasion in History and Tradition», *Orientalia,* 1970, I-5 I.

R0BINS, G., «Ahhotep I, II and III», *Góttinger Miszellen,* 56, 1982,71-77.

RYHOLT, K. S. B., *The Second Intermediate Period in Egypt, Co*penhague, 1997

SXVE'SÓDERBERGH, T., «The Hyksos in Egypt», *Journal of Egyptian Archaeology,* 37, 1951, 57-71.

SEIPEL, W., «Ahhotep», *Lexíkon der Ágyptologie* I, 1972, 98-99. SETERS, J. VAN, *The Hyksos, A New Investigation,* New Haven,1966. VANDERSLEYEN, C., «Les deux Ahhotep», *Studien zur Altügyptischen Kultur,* 8, 1980, 237-241.

-, *L'Egypte et la Vallée du Nil,* 2, París, 1995, 119 sq.

-, *Les Guerres d'Amosis, fondateur de la XVIIIQ dynastie,* Bruselas, 971

-, «Kamose», *Lexíkon derflgyptologie,* 111, 1978, 306-308. -, «Segenenré», *Lexíkon der figyptologie, V,* 1984, 864-866. VYCICHL, W., «Le Nom des Hyksos», *Bulletin de la Société d'Égyptologie de Genéve,* 6, 1982, 103-III.

WACHSMANN, S., *Aegean in the Theban Tombs,* Lovaina, 1987. WEILL, R., *XIIQ Dynastie, Royauté de Haute-Égypte et domination hyksos dans le Nord,* El Cairo, 1953.